

Un relato conmovedor de la genial novelista norteamericana.

EL ANGEL LUCHADOR

A painting of a cowboy on a horse overlooking a valley. The cowboy is seen from behind, wearing a dark jacket, dark pants, and a light-colored hat. He is riding a brown horse. The landscape below is a vast, hilly valley with several small figures of people scattered across it. In the distance, there are mountains under a pale sky. The overall style is that of a classic Western painting.

PEARL
S. BUCK

Lectulandia

Una biografía vigorosa del padre de la autora. Un aventurero solitario que va al interior turbulento de la antigua China a través de los peligros de la hambruna, el bandidaje y la revolución.

Lectulandia

Pearl S. Buck

El ángel luchador

ePub r1.1

Titivillus 31.12.14

Título original: *Fighting Angel*
Pearl S. Buck, 1936
Traducción: Manuel Bosch Barrett

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO I

Hubiera podido vérselo caminando por cualquier calle de un pueblecillo de China, o en el mercado de una ciudad; era un americano alto, delgado, ligeramente encorvado. En cierto momento de su vida usó ropas chinas. Tengo una fotografía suya vestido de esta forma, sentado en un macizo sillón tallado, con sus grandes pies de americano metidos en unos enormes zapatos chinos, esos zapatos que hacen que las mujeres chinas se rían disimuladamente cuando cortan las suelas y obligan al transeúnte a detenerse y mirar, al verlo pasar a zancadas por las calles pavimentadas de guijarros. Incluso él se reía algunas veces, un poco dolorido, cuando a su paso se producían bromas demasiado directas. Pero ni sus zapatos chinos, ni su larga túnica china, ni el sombrerito redondo chino con el botón colorado le daban el menor aire oriental. Nadie podía engañarse. Su cabeza huesuda, las manos largas y delicadas, las nobles y grandes facciones, la nariz larga, la mandíbula inferior recia y aquellos ojos vivos y extraordinariamente infantiles, todo era pura y simplemente americano.

Pero anduvo rondando por China durante más de medio siglo. Fue allí muy joven y allí murió, ya viejo, con el cabello blanco como la nieve, pero con un azul infantil todavía en los ojos. En aquellos días de su vejez le dije: «Quisiera que escribiese usted lo que ha sido su vida para poder leerlo». Porque había recorrido el país de norte a sur, de oriente a occidente, ciudades y campiñas. Había tenido aventuras suficientes para llenar varios libros, y puesto su vida en peligro una y otra vez. Había visto el pueblo chino como pocos hombres blancos lo vieron; en los momentos más íntimos de su vida, en sus hogares, en las fiestas matrimoniales, en la enfermedad y en la muerte. La había visto como nación en el ciclo de los tiempos; durante el reinado de los emperadores y la caída del Imperio, la revolución, la implantación de la República y de nuevo la revolución.

Y así escribió la historia de su vida tal como él la juzgaba cuando tenía sesenta años. Pasó escribiéndola los momentos perdidos de todo un verano. Yo solía oír su incierto escribir a máquina a horas en que todos los demás estaban durmiendo, o al alba, porque habiendo vivido de niño en una granja del oeste de Virginia y teniendo que levantarse temprano, no podía dormir hasta tarde. Era más que una incapacidad física, era una incapacidad espiritual. «¡Arriba, alma mía, que es de día! ¡Noche vendrá en que ningún hombre podrá trabajar!». ¡La noche!... ¡La noche!..., Siempre recordaba lo breve de la vida. «Porque, para el hombre, sus días son como la hierba; así florece una flor en el prado. Porque el viento pasará por encima de ella y no será ya más; y el lugar donde estuvo no volverá a verla».

Pero cuando hubo terminado la historia de todos sus días, ésta había quedado reducida a veinticinco páginas. En veinticinco páginas había consignado todo lo que a su juicio había sido importante en su vida. Lo leí en una hora. Era la historia de su alma, de su alma inmutable. Una vez mencionaba su matrimonio con Carie, su

esposa. Otra, hablaba de un hijo que tuvo con ella, pero olvidó completamente a otro que vivió hasta los cinco años y fue el hijo favorito de Carie, y no hizo comentario alguno sobre ninguno de ellos.

Pero la omisión era tan elocuente como todo lo demás. Porque, desde luego, el relato no era la narración de un hombre, ni de una mujer, ni de un chiquillo, sino de un alma y su marcha a través del tiempo hacia la meta que le estaba destinada. Porque en esta alma había nacimiento, predestinación, un deber que cumplir y que había sido ya cumplido, y el cielo estaba el final; ésta era la historia. No había en ella nada de las vidas de los hombres, ni diversiones, ni festejos, ni alegría, amor, ni cuentos de muerte. No decía una sola palabra de los increíbles peligros que tan a menudo había corrido. No había en ella nada que aludiera al imperio ni a los emperadores, ni a las revoluciones, ni a todos los avatares de los inconstantes tiempos humanos. No había ninguna reflexión sobre las mentalidades y costumbres de los hombres, ni sutilezas, ni filosofías. La historia era referida con la misma sencillez con que sale el sol al alba, cruza el firmamento y se dirige a su ocaso para ocultar su propia gloria.

Y así fueron los demás quienes me refirieron su historia, sus hermanos y hermanas, Carie y su hijo. Oí hablar a la gente entre quienes trabajó y vivió. Más aún, yo misma lo recordaba como uno de mis más remotos recuerdos, como uno en cuya casa pasé mi juventud, como alguien que durante los diez últimos años de su vida vino a vivir bajo mi techo y acudió a mí en busca de cuidados y solicitud para su vejez. A pesar de esto, transcurrieron muchos años después de su muerte antes que consiguiese saber quién era. Sus características exteriores seguían siendo para mí como las de un fantasma, cuando comía en mi mesa y muy particularmente cuando estaba enfermo y yo lo cuidaba. Sólo cuando regresé al país que lo había criado y expedido, vi por fin claramente en él. Porque había nacido en América y era el hijo de muchas generaciones de americanos. Ningún otro país que no fuese América hubiera podido reproducirlo exactamente como era.

No sé de forma precisa la vieja historia de su familia y no la he preguntado porque, en el fondo, no tiene importancia. En algún tiempo anterior a la revolución americana, por razones de libertad religiosa, llegaron allí procedentes de algún lugar de Alemania. No sé exactamente cuándo fue, pero sí a tiempo de que uno de sus antepasados fuese correo de Jorge Washington también. Y digo que no tiene importancia porque no desde un punto de vista individual tiene significado. Si su vida tiene algún significado para alguien más que para él, es como manifestación de que era un espíritu y un espíritu creado. Porque era un espíritu, y un espíritu creado por esta ciega certidumbre, esta pura intolerancia, este celo por la misión, este desprecio del hombre y de la tierra y esta alta confianza en el cielo, que nuestros antepasados nos legaron.

Las primeras palabras que recordaba haber oído pronunciar fueron palabras que jamás olvidó en su vida. Quedaron grabadas en él, no como palabras, sino como heridas no cicatrizadas. No podía tener más allá de siete años. Era un día de verano, en junio, un día hermoso, y la tarde era cálida y clara. Estaba sentado en los escalones de un porche de la vasta granja que era su hogar. Venía del huerto, donde había ido en busca de una manzana bien madura, cuando oyó rumor de ruedas, y mirando por entre los árboles vio a una robusta y gruesa vecina que iba a visitar a su madre.

Mistress Pettibrew siempre le había gustado. Le gustaba su charla animada, llena de anécdotas, sus súbitas explosiones de risa, pese a que él era terriblemente tímido y no contestaba nunca a sus respuestas si no era con una sonrisa, arrancada contra su voluntad. Pero deseaba estar cerca de ella porque era una mujer que quería a todo el mundo y estaba siempre alegre. Esperó, pues, hasta que estuvo sentada en el parque y su madre tomó el chiquillo en sus brazos y se instaló en la mecedora para cuidarlo. Entonces Andrew se retiró hacia la casa y se sentó, tranquilo, escuchándolas, saboreando su manzana. No había que demostrar interés por ellas, porque al fin y al cabo eran mujeres.

—¡Hola, Andy! —le gritó *mistress Pettibrew*.

—¡Hola!, —susurró, bajando los ojos.

—¡Habla más alto, Andrew! —le ordenó su madre.

Las dos mujeres lo miraron. El muchacho se sonrojó. Sabía, porque sus hermanos se lo habían dicho, que su rostro se ponía fácilmente del color de la cresta de un gallo. Aunque hubiera querido, no hubiese podido hablar: tan seca tenía la boca. La manzana que había mordido parecía de polvo. De una manera lamentable frotaba la hierba con el dedo gordo de su pie. Las dos mujeres lo miraban.

—No entiendo qué es lo que le hace tan timorato —dijo su madre, preocupada.

—No parece suya, Débora —dijo *mistress Pettibrew* solemnemente—. Ni siquiera se parece a usted. No sé de dónde habrá sacado estos ojos claros y este cabello rojo. Hiram, especialmente, es de los muchachos más bellos que he visto; sus nueve hijos son fuertes y hermosos, salvo Andy. Pero ya sabe, muchas familias tienen su desgracia.

¡Y lo decía la buena de *mistress Pettibrew*! Su corazón comenzó a hincharse como un balón. Estaba a punto de estallar y le saltaban las lágrimas. Quería huir y no podía. Permanecía sentado, con la boca llena del serrín de la manzana, frotando la hierba con el dedo de su pie, presa del sufrimiento. Su madre salió en su defensa.

—Bien, quizá no es muy hermoso —dijo gentilmente—, pero es muy bueno. Ninguno de los otros es tan bueno como él. Siempre digo que probablemente será predicador también, como quieren serlo Dave e Isaac; pero si lo es, será el mejor de todos ellos.

—Sí, claro; es mejor ser bueno que hermoso —dijo *mistress Pettibrew* con firmeza—. Oiga, Débora, antes de que lo olvide, tengo una receta para la compota de membrillo.

Se olvidaron de él. Podía ya levantarse y marcharse. La tensión que le ahogaba cedió y pudo respirar un poco. Podía marcharse aparentando no haber oído nada. Las dos mujeres seguían hablando de membrillos, sin darse más cuenta que él de lo que habían hecho. Aquel día de junio, en una granja de las colinas del Oeste de Virginia, le habían dirigido sus pies hacia el sendero que tenía que llevarlo, a través de mares y llanuras, a un país extranjero, donde pasaría largos años, para terminar yaciendo en una tumba lejana, mezclado su cuerpo con el polvo de una tierra extranjera, porque su rostro no era bello. Toda su vida fue buena. Era mejor ser bueno que bello. «¿Qué provecho conseguirá un hombre al conquistar todo el mundo si pierde su alma?». La bondad era lo mejor. Aquel día tomó la firme decisión de ser siempre bueno.

Pero en su familia había una tradición de bondad. Recordaba muy bien a su abuela sentada al lado del fuego. Durante su juventud su familia se había trasladado de Pensilvania a Virginia. Todos eran presbiterianos menos ella. Había nacido y sido educada según la fe *mennonita*^[1] y hasta el final de su vida usó el apretado gorrito menonita, aferrada a su rigurosa fe. Jamás asistió a lo que ella llamaba un «placer». La iglesia los sábados, dos reuniones religiosas los miércoles, hasta que fue vieja, y dos oraciones diarias, era la rutina de la casa que quería mantener. Permanecía sentada al lado de la chimenea, no admitiendo ninguna otra vida.

Tenía, además de la religión, una aferrada creencia en los fantasmas; Me asombraba a menudo aquella extraña timidez de Andrew e incluso, durante mi infancia, me sentí algo avergonzada de ella. No era en absoluto que fuese un cobarde cuando había necesidad de demostrar que no lo era. Es decir, que por cumplir con su deber podía obrar con una completa indiferencia de su vida. No, era una timidez infantil, una repulsión, por ejemplo, a subir solo, a oscuras, al piso de arriba, una resistencia a ir de noche a averiguar de dónde procedía un ruido. Le he visto ir doce veces a cerciorarse de que la puerta estaba cerrada con llave. «No puedo evitar pensar en ella hasta que estoy seguro», confesaba semiavergonzado.

Un día, siendo ya viejo, descubrió su secreto sin darse cuenta, porque conscientemente no se revelaba nunca a nadie. Alguien comenzó, medio en broma, sentados cerca del fuego, a contar una historia de fantasmas. No pudo soportarlo. Se levantó y se marchó. Después, a solas, con aquella semisonrisa de vergüenza, me dijo: «La gente cuenta historias de fantasmas en mi casa y no me atrevo a irme a la cama. Pero no tengo más remedio. Además, no son sólo historias, dicen que son verdad».

La anciana abuela creía en ellos. Sentada cerca del fuego, muy vieja ya, era incapaz de discernir la línea divisoria entre la carne y el más allá. Muchos a quienes había conocido en carne y hueso se convertían para ella en espíritus eternos. También

ella cambiaría pronto. Era natural creer que los espíritus regresaban a los lugares que habían conocido y amado... y, por lo tanto, también ella regresaría. El chiquillo, sentado atento entre sus hermanos, escuchaba y no olvidaba nunca.

Pero toda la casa estaba llena de la creencia en los espíritus. Dios era un espíritu y Dios estaba para siempre en aquella casa. Pero el demonio era también un espíritu y donde estaba Dios estaba también el diablo. Eran inseparables... enemigos, pero inseparables. Se acostumbró a familiarizarse con ambos. De la mañana a la noche estaba allí oyendo a su padre leer en la Biblia la historia de la guerra entre ellos. Año tras año su padre se sumergía absorto en la lectura de la Biblia, del principio al fin. La casa también estaba llena de religión. Eran siete hermanos y seis de ellos eran religiosos. La religión era su alimento y su pasión, su nutrición mental y su placer emotivo. Peleaban sobre religión como otros pelean sobre política.

Porque aquélla era una familia pendenciera. El padre y la madre se peleaban. El padre era un hombre dominante, campesino, de mandíbula cuadrada. Sentía una verdadera pasión por la tierra. Los mantenía a todos en la pobreza comprando tierras tras tierras e infiltraba en sus hijos un odio tal contra la tierra, que ninguno de ellos sentía deseos de cultivarla después de él. Recuerdo que Andrew no experimentaba siquiera el menor interés por ninguno de los jardines de Carie. Ella se sentía ofendida, pero yo veía que él no podía evitarlo. Lo conocí abrumado de trabajo, suspirando por los libros, sediento de aprender, odiando la tierra, pero atado a ella hasta los veintiún años. Sólo a los veintiún años fue libre, y se marchó en el caballo que su padre regalaba a cada uno de sus hijos al llegar a la mayoría de edad. Se fue al suspirado colegio, a recuperar los años que consideraba perdidos. Jamás volvió a coger la pala ni la azada, ni miró una flor o una legumbre, ni se interesó por el jardín de Carie.

Pero hasta que cumplían los veintiún años tenían todos que trabajar la tierra con su padre, y su mujer y sus dos hijas tenían que ocuparse de los menesteres de la casa y la cocina. El padre poseía algunos negros, pero no le gustaba ser dueño de ellos. Además, tenía a sus hijos y a sus hijas. Los criaba y guiaba, siempre dominador, impetuoso, leyéndoles la Biblia cada noche, mandando en ellos. «Honrarás a tu padre y madre», si bien lo de la madre no tenía tanta importancia. Los dominaba de una manera alegre, porque tenía un agudo sentido del humor. Mandaba sobre toda la comunidad. Era director del comité escolar y elegía los maestros para la modesta escuela del lugar, y cuando venían, los alojaba en su bulliciosa casa destartalada, en la que podían comer media docena de personas más sin que nadie se diese cuenta. En su casa se alojaban también, los predicadores que venían siguiendo el circuito de la iglesia presbiteriana, porque dominaba también la iglesia. Algunas veces, un predicador lo enojaba con sus sermones, y dos veces por lo menos, se hizo metodista, tan sólo como medida de disciplina contra un predicador refractario. Más tarde tenía que sufrir por haber introducido este método de rebeldía. Porque Débora, su esposa, después de una de sus querellas, se pasó a la iglesia metodista y no se movió nunca más de ella. Jamás la perdonó, no sólo por su rebelión, sino porque lo privaba de uno

de sus instrumentos contra los presbiterianos cuando lo necesitaba. Y de sus siete hijos presbiterianos, uno, Christopher, en la locura de su rebelión juvenil, se pasó a la iglesia metodista y permaneció en ella, obstinado, inexorable, como era toda la familia: «La familia más predicadora del condado de Greenbier», la llamó un periódico local al escribir sobre ellos medio siglo más tarde, «con una sangre de disentimiento más fuerte que la lejía».

Cuando fui mandada a América, mi país, al colegio, trabé por primera vez conocimiento con todos ellos. La mayoría tenía ya el cabello blanco en aquellos tiempos y formaban un sorprendente grupo de hombres fornidos, apasionados y coléricos; ninguno de ellos medía menos de seis pies, todos ellos con los mismos ojos azules y brillantes, un humor agrio y una mentalidad intolerante. Las peleas entre ellos eran tan violentas como siempre, tan violentas, incluso, que había llegado a ser el lugar común del condado, motivo de risa y de vergüenza; hasta los periódicos se habían ocupado de ellos. Los cinco predicadores presbiterianos se peleaban por una serie de temas, porque hallaban interminable materia de discusión; desde el período de la creación en el Génesis y la interpretación de los profetas menores, hasta el Cántico de Salomón y la predestinación y la segunda venida de Cristo; y si fallaba esto, siempre podían pelearse sobre la distribución de las tierras, la venta de la vieja granja y su viejo mobiliario hecho a mano, y sobre si el marido de Becky la trataba o no debidamente. Pero siempre se unían en el mismo bando contra el metodista, si bien Andrew llevaba por aquel entonces sosteniendo su propia guerra de misionero. Llamaban al metodista «El Pobre Cristo», tratando de compadecerlo por haberse descarriado.

Pero cuando vi al «Pobre Cristo», no era mucho de compadecer. Era el presidente decano de su elegida iglesia, tan obcecado e intolerante, como todos ellos, y tan amargamente seguro como los otros de su propia teología como único camino de salvación. Aumentaba las dificultades el hecho de que obtuviese un gran éxito y que no se diera cuenta de su lamentable condición, y que se mostrase altivo, confiado y totalmente arrogante. Oírle rugir las Bienaventuranzas una mañana del domingo, gritarlas como disparos de cañón a sus adeptos, ver su ceño fruncirse sobre sus ojos azules mientras clamaba: «Bienaventurados los pobres de espíritu...», era cosa digna de ser vista y oída.

Sí; Andrew creció en un ambiente de lucha, el ambiente de una religión militante. Pero jamás igualó a sus hermanos en aspecto ni seguridad. Era alto, pero un poco encorvado. No tenía la mirada de orgullo de sus hermanos. Las muchachas no lo miraban nunca como miraban a Hiram, de pelo negro, que templaba la guitarra y no devolvía nunca el dinero que pedía prestado, o como miraban al cauteloso John, que prudentemente se casó, siendo muy joven, con una mujer rica y viuda ya de años, y se retiró de la guerra religiosa familiar para dedicarse a la legislatura rural, o como miraban a todos los demás. Las muchachas no miraron a Andrew porque él no pudo olvidar nunca lo que una tarde había dicho *mistress* Pettibrew. Aquellas palabras

inolvidables hicieron de él un ser tímido para toda la vida. Se refugió cada vez más en su apasionada religión personal. Pero bajo su timidez y su lejana apariencia, ardía el fuego de la obstinación. No estaba en esto en absoluto por debajo de ninguno de ellos. Al contrario, era el más ardiente en su bondad, porque no había en él toda esa fraseología que lo apaciguara.

No fue por Andrew por quien me enteré de la historia de esta terrorífica familia. En verdad, sólo recuerdo haberle oído contar una historia a este respecto. Una vez, siendo yo muy chiquilla, insistí en que me contase una historia, sin esperar, sin embargo, gran cosa. Carie era mi gran recurso, pero en aquellos momentos estaba muy ocupada con un nuevo chiquillo. Andrew acababa de regresar de una expedición evangelista y en un momento de involuntaria expansión me sentó sobre sus rodillas, delante del fuego. Eran unas rodillas, lo recuerdo, bastante huesudas, y yo las sentía bajo mis falditas cortas, porque siempre fue delgado y sentía un profundo desprecio por las personas obesas. Si a algún misionero correligionario suyo se le desarrollaba un poco la barriga, se indignaba y se volvía suspicaz. «Come demasiado», exclamaba, «se vuelve perezoso». Era su gran acusación, muy próxima a la de falsa teología.

En aquella ocasión, inclinado sobre su rodilla derecha, me preguntó:

—¿Quieres que te cuente una historia?

Yo me quedé mirándolo a sus ojos llenos de bondad.

—No una historia de la Biblia —interrumpió rápidamente—, ya las sé todas.

Quedó sorprendido; sin duda había ya hurgado en el Antiguo Testamento en su mente.

—Vamos a ver... —dijo reflexionando.

—Quizás una de cuando eras pequeño —propuse para ayudarlo.

Esperé un rato que me pareció muy largo. Por lo visto no recordaba gran cosa de cuando había sido niño.

Pero por fin recordó algo.

—Una vez mi padre tenía unos cerdos —comenzó solemnemente, mirando al fuego, como tratando de recordar—, y estos cerdos estaban siempre pasando por el seto que cerraba el huerto donde se les ponía, para que las comiesen, las hojas que había arrancado el viento. Y se metían en el patio principal. Bien, mi padre era hombre de muy mal genio. Se puso furioso, por ocupado que estuviese, en el acto de echarlos de allí; pero volvían al cabo de un momento. Un día se puso tan furioso que no pudo soportarlo más. Salió corriendo tras ellos, y ellos corrían tanto como les era posible y se le escaparon todos, menos uno. Como este último era más gordo que los demás, pudo agarrarlo. Mi padre sacó de su bolsillo el cuchillo y le cortó la cola.

Yo me quedé mirando a Andrew asombrada.

—¿Y por qué hizo esto? —pregunté.

—Para darle una lección —dijo sonriendo levemente.

Pero yo permanecí grave.

—¿Qué lección? —pregunté.

Me dirigió una de sus inesperadas risas ahogadas.

—Quizá la de que no fuese tan gordo —respondió.

Más tarde pude conocer muchas historias referentes a aquel hombre intrépido, padre de Andrew. La gente lo temía y lo quería; se reía de él, pero también inspiraba confianza. Turbulento y colérico, inmensamente obstinado, su bondad no tenía, sin embargo, fin para con sus vecinos y su familia. En una ocasión, cuando daba la vuelta a la esquina de uno de sus grandes heniles, tropezó con un pobre hombre, de aspecto mísero, que sostenía un gran saco abierto, en el cual caía un chorro de trigo desde un agujero. Cuando el hombre vio al padre de Andrew, echó a correr. El padre de Andrew no dijo nada. Ocupó el sitio del hombre y sostuvo el saco, guiñando los ojos. Al cabo de un rato se oyó una voz desde el henil, que decía:

—¿Todavía no está lleno?

—Sí, ya está —respondió amablemente.

En el interior del henil reinó un silencio de muerte. Ató el saco y se lo echó a la espalda; entró en el henil y vio a un hombre que esperaba atemorizado y en quien reconoció a un pobre vecino, granjero.

—Toma —le dijo—, la próxima vez ven a pedírmelo a mí y te lo daré.

No he conocido nunca ni al padre ni a la madre de Andrew, pero he visto fotografías suyas.

El padre tenía un rostro cuadrado e indomable, con los ojos más arrogantes que he visto en mi vida. Sólo un hombre seguro cíe Dios y de sí mismo puede tener unos ojos como aquéllos. No los he visto nunca más en ningún rostro humano.

Y su mujer hacía pareja con él. Su mandíbula no era ni un ápice menos voluntariosa que la de su marido, y si en sus ojos no había el resplandor de Dios, tenían, en cambio, la calma de los del diablo. ¡No era de extrañar que Dios y el diablo sostuviesen aquellas luchas en aquella turbulenta casa! Alguien me contó, y no fue Andrew, que cuando Débora tuvo sesenta años, no sólo se hizo definitivamente metodista, sino que decidió que había trabajado bastante ya y que era hora de no trabajar más. Con esta decisión cambió radicalmente. De ser una mujer incesantemente ocupada, hacendosa, elaborando constantemente pasteles y quesos, tartas y grandes panes, porque era una excelente cocinera, se convirtió en una holgazana. No volvió a hacer ni siquiera su cama. Cuando hacía buen tiempo se pasaba el día sentada ante la puerta de la granja, balanceándose apaciblemente en una mecedora, y los días malos se sentaba al lado de la ventana del salón. Era una mujer alta, erguida, y le gustaba dar grandes paseos sola. Iba a la iglesia metodista sola, salvo cuando Christopher estaba en casa.

Su familia estaba asombrada y su marido se sentía poseído por la rabia. Pero ella no les hizo el menor caso y durante cerca de cinco años mantuvo su completa haraganería, mientras los demás, de grado o por fuerza, tenían que ocuparse de ella. Se convirtió en el centro de las visitas de sus vecinas. Una vez, sin haberse puesto de

acuerdo, se reunieron allí veintidós mujeres, y una docena no era nada inusitado. Se sentaban bajo el porche, o en el gran salón, cuchicheando, murmurando, haciéndose confianzas unas a otras. Si Dios tenía cierta preeminencia en la casa era por un margen muy pequeño.

Pero es la historia de Andrew la que estoy refiriendo y no la de los otros, porque tenían muy poca importancia para él. Sus padres le dieron cuerpo y alma, conservaron en él la idea de Dios y el diablo, y es seguro que, hasta cierto punto, contribuyeron a darle forma. De ellos aprendió su credo, no solamente el credo de su teología, sino el de su lugar en la creación en tanto que hombre. En aquella casa tumultuosa, con los siete hijos mayores, con la tormenta de las luchas entre los dos esposos, frecuentemente había oído decir a gritos que la Biblia dice que el hombre es el dueño de la mujer. A menudo había oído gritos contra aquella mujer indomable, eternamente sentada en su mecedora. A ella no le causaba ninguna impresión, pero sí a sus siete hijos. Carie me dijo un día que ninguno de aquellos siete hijos, hombres ya hechos cuando ella los conoció, hubiera pensado en irse a la cama al primer piso si una de las dos hermanas no encendía una vela y pasaba delante de ellos. Seguían uno tras otro formando procesión: David, Isaac, Hiram, John, Christopher, Andrew y Franklin. Y las hermanas eran Rebeca y Mary, altas como sus hermanos y apagadas, a quienes su padre, siendo jóvenes, había impedido que se casaran, porque tanto él como sus hijos necesitaban sus servicios. Se casaron finalmente con hombres demasiado humildes para ellas. De esta semilla furiosa, de esta tierra turbulenta, nació Andrew.

CAPITULO II

La historia comienza cuando, a los veintiún años, Andrew se marchó de su casa, porque el propio Andrew comenzaba siempre su historia en este punto, considerando como inexistentes los años en que no desempeñó otra labor que la de sus manos para no alimentar más que cuerpos humanos. Pero nadie parece acordarse mucho de él como chiquillo o muchacho. Alguien había dicho un día, creo que fue una mujer ya de edad que había sido vecina de ellos un tiempo: «Este muchacho siempre ha tenido manos de viejo; dicen que nació con manos de anciano». Y sólo una cosa puede decirse de su adolescencia, porque es realmente lo único que sé, salvo que oí rumores de que tenía un cierto humorismo sofocado, de payaso, una especie de humor que conservó toda su vida. Algunas veces se me ocurría pensar que se manifestaba con cierta crueldad, pero estoy segura de que no era intencionadamente. Sin embargo, una vez conocí a un hombre ya viejo que lo había conocido de muchacho y había ido algunos meses de invierno a la escuela con él cuando no había trabajo en la granja. El viejo escupió jugo de tabaco, y haciendo una mueca, dijo: «¡Este Andrew! Cuando era chiquillo era capaz de hacer unas muecas y poner unas caras que hubieran hecho reventar de risa a un gato. Y cuando todos nos estábamos riendo a carcajadas, el maestro se volvía y veía sólo su rostro impasible». Fuese el que fuese su humor, lo refrenaba siempre bajo su rostro impasible y sólo se manifestaba a veces en bromas duras y algún que otro acerado dardo. No se reía nunca ruidosamente, y como quiera que se contenía, en sus bromas había una cierta amargura y su risa era silenciosa y ahogada.

Una vez le dije:

—¿Qué hiciste durante todos tus años de juventud?

—Trabajé para mi padre —contestó sombríamente en tono seco.

Su hermana Mary intervino en el acto.

—Papá quería que Andrew se quedase en casa porque era muy útil. Era el único de los siete en quien podía uno fiarse de que las cosas serían hechas como hay que hacerlas. Tenía un extraordinario sentido del deber.

—Supongo que ya sabrás que odiaba aquel trabajo —dije.

—Para él no había diferencia —respondió ella con vigor. Y sonrió—. Para papá, quiero decir.

Era ya bastante vieja, demasiado gorda, vulgar y un poco desaliñada. Años de vivir con un hombre inferior a ella la habían vuelto descuidada. Pero cuando sonreía se veían en ella los ojos familiares, duros, osados y azules.

Y sin embargo, aquellos años de adolescencia fueron años tremendos, porque fueron los de la guerra civil. Cuatro de los hijos se fueron a luchar contra el Norte: David, Hiram, Isaac y John; salieron de la casa con sus uniformes grises, transfiriendo de momento a los yanquis su guerra contra el diablo. Dos fueron

heridos, uno estuvo prisionero durante largo tiempo en una cárcel del Norte. Jamás oí hablar de ellos a Andrew, salvo un día en que dijo que le desagradaba la sopa de habichuelas desde que Isaac regresó de la guerra y le dijo que en la cárcel había tenido que comerla tres veces al día.

—Y era tan clara —añadió Andrew con su sonrisa—, que Isaac tenía que pescar para encontrar las habichuelas.

Cuando la última hija de Andrew fue a participarle su casamiento, levantó la vista de lo que estaba leyendo para exclamar en aquella forma tímida tan suya:

—No sé qué debo haber hecho para tener tres hijas casadas con yanquis.

Sí, tenía otro recuerdo, además; jamás oyó mencionar el nombre de Abraham Lincoln sin comentar secamente, casi con estas exactas palabras: «Lincoln era un hombre que gozaba de una reputación exagerada». En la casa de Andrew crecí sin haber sabido nunca que Abraham Lincoln fuese un héroe nacional ni que en América los chiquillos tuviesen fiesta escolar el día de su nacimiento.

Pero ni las guerras ni los hombres tenían *importancia para la vida de Andrew*. Durante aquellos años de adolescencia, mientras ayudaba a su padre cuidadosamente y en silencio, esperando con temor, recibió de una u otra forma la llamada de misionero. Lo sé porque la breve historia que escribió de su vida comienza con ella. Para él, aquella era el alba de su vida, su verdadero nacimiento. «A la edad de dieciséis años —escribió— recibí la primera llamada divina en el terreno de las Misiones».

Después, interrogándolo, reconstruí su historia por sus escasas palabras. Era, desde luego, inevitable que llegase a ser predicador de los Evangelios. Era imposible imaginarse meros sacerdotes a aquellos hombres fornidos; eran predicadores, no sacerdotes, lo mismo que Andrew. Era inevitable que todos ellos fuesen predicadores. Aparte la oportunidad que aquello les daba de ejercer autoridad personal sobre la mentalidad de las gentes, existían otras razones. En aquellos tiempos ser predicador era aspirar a una alta posición social. El predicador en una comunidad era también, por otros conceptos, el jefe, y un hombre joven que aspirase al poder difícilmente podía encontrar otro medio de alcanzarlo. Y aquellos siete jóvenes eran todos ambiciosos y aspiraban al poder.

Pero el propio Andrew me dijo que al principio no soñó nunca en hacerse misionero ni abandonar la tierra de sus padres. En su curioso carácter experimentaba un intenso amor y apego al hogar. Yo creo que aquel amor a la seguridad y el amparo formaba parte de su timidez física. Si no hubiese nacido en una época religiosa, se hubiera dedicado a la enseñanza, encerrándose para toda la vida en una habitación cálida forrada de libros. Lo he visto regresar de un largo y penoso viaje a través de media provincia de China, a pie o montado en un borriquillo, y experimentar una especie de gozo infantil al encontrar comida, una taza de té bien caliente y un buen fuego.

—¡Qué bien se está en casa! ¡Qué bien se está en casa! —murmuraba a media

VOZ.

—Jamás abandoné mi casa sin sostener una lucha interna —me dijo siendo ya anciano. Pero había nacido con una conciencia inquieta e impetuosa y jamás le vi demorar la hora de su marcha o eludir la menor dificultad o viaje peligroso. Llevaba sus disciplinas en su propio corazón. Y porque era tan riguroso consigo mismo, era implacable en sus juicios sobre los demás hombres. Le he oído exclamar contra un compañero suyo misionero:

—No le gusta abandonar las comodidades de su casa; es un holgazán.

Si no hubiese sido nunca tentado, o habiéndolo sido, hubiera sucumbido alguna vez a las tentaciones, habría sido más indulgente con sus semejantes. Pero era inflexible con las debilidades, como todos aquellos que son lo suficientemente fuertes para resistir las tentaciones. Porque era lo bastante fuerte para vencer el mayor conflicto de su vida, el conflicto entre su sentido del deber y su extraña y física timidez.

He aquí la historia de su llamada a la misión. De China vino un misionero a predicar en la vieja iglesia de piedra de Lewisburg, al oeste de Virginia, y contó la historia de su vida. Andrew, que tenía a la sazón dieciséis años, escuchaba, sentado en el banco de la familia, la historia de los azares y peligros de la necesidad humana, y al escucharlos sentía miedo. Tenía tanto miedo que fue corriendo a su casa y evitó al misionero. Pero su padre invitó a aquel hombre fornido a la gran comida del domingo y entonces no fue ya posible evitarlo. El misionero, después de contemplar durante largo rato toda la línea de muchachos, dijo a su padre:

—¿Con todos estos muchachos que tiene usted, no dedicará uno a China?

Nadie contestó. El padre quedó embarazado. Estaba muy bien oír a un misionero predicar una vez al año o cosa así, y darle luego una gran comida y aun acompañarlo en el carricoche hasta la iglesia vecina, pero otra cosa era darle un hijo.

—No quiero que mis hijos tengan estas ideas —dijo decididamente Débora desde el extremo de la mesa.

—Dios nos llama —dijo el misionero con calma.

—Tome un poco más de pollo —dijo apresuradamente el padre—. Débora, dame... más puré de patatas. Trae el pan caliente, Becky... ¡Coma, hombre! Aquí somos gente hospitalaria...

Nadie contestó, pero el terror se apoderó del corazón de Andrew. ¿Y si Dios lo llamaba a él? La comida se le secaba en la boca.

Durante muchos días no pudo librarse del miedo. «Yo creo que perdí cinco kilos», decía al recordarlo, después de cincuenta años. Tenía miedo de decir sus oraciones por temor a que Dios lo llamase mientras rezaba. Trataba de no estar nunca solo, no fuese que el cielo se abriese y la voz de Dios lo llamase para darle órdenes.

Jamás encontró su casa tan cálida, tan protectora. Pero sufría. «Evitaba a Dios —escribió cuando fue viejo—. Lo sabía y era desgraciado».

Pero a su naturaleza le era necesario sentir el camino libre entre Dios y él, y

ahora, hiciese lo que hiciese y fuese donde fuese, sentía la persecución de Dios.

Su madre le habló un día:

—¿Qué te pasa, Andy? Parece que tengas ictericia.

Durante mucho tiempo se resistió a decírselo, pero ella lo agarró con firmeza por el hombro. Era todavía más alta que él. Finalmente, el muchacho le confesó la verdad, con los ojos llenos de lágrimas de desesperación.

—Temo oír la llamada —dijo.

—¿Qué llamada? —preguntó su madre. Había olvidado completamente al misionero.

—Al extranjero.

—¡Bah! —dijo ella con vigor—. ¡Qué se entere tu padre de esto! Cuenta contigo para hacerte cargo de la tierra.

Creo que nada hubiera enfurecido más a Andrew, pese a que hace ya mucho tiempo que ha muerto, que saber que esto tuviese nada que ver con hacer más tolerable la idea de la llamada de Dios. Pero lo cierto es que su alma se rebeló contra las palabras de su madre. Liberó sus hombros y se alejó. Jamás permanecería en aquella tierra, con llamada o sin ella. De momento la cólera alejó el temor. Se fue solo a los bosques y allí llamó resueltamente a Dios. «Sometí mi corazón obstinado —escribió—. Llamé a Dios: ¡aquí estoy... mándame! Inmediatamente la paz llenó mi corazón. Ya no tenía miedo. Me sentía fuerte. Cuando renuncié a mi propia voluntad, el poder de Dios bajó a mí. Y Dios me mandó».

Así su vida estaba decidida. Pero no dijo nada. Trazó planes para los años venideros. Tenía que servir a su padre cinco años más. Lo sabía, porque cuando cumpliera veintiún años, su padre le ofrecería la elección que había ofrecido a los demás: quedarse en casa y cobrar un salario por el trabajo que hasta entonces habían hecho por nada, o recibir un buen caballo y cien dólares y marcharse. Todos habían elegido marcharse y él lo elegiría también. No lo diría a nadie, pero iría al colegio y al seminario y dispondría de su vida. Su corazón latía aceleradamente al pensarlo. Libros..., por fin tendría muchos libros. Siempre suspiró por ellos y jamás se cansó del colegio. Una de las frases más fervientes que le había oído decir fue: «¡Adoraba la escuela!». En realidad, no recuerdo haberle oído nunca más la expresión *adorar*, en cosas relacionadas con él. Era extraño oírle decir *adoraba*. Lo recuerdo porque aquellos días me mandaban a mí precisamente a la escuela y no estaba muy segura de *adorarla* también, y no creía que él pudiese adorar nada excepto a Dios.

El día que cumplió veintiún años se marchó, pues, con el ardor de la llamada en su pecho. Su vida había comenzado y entraba en ella agotado. Su historia me dice que no estaba en condiciones de entrar en el colegio superior en seguida. La guerra civil había interrumpido toda enseñanza, y los hijos mayores, cuando regresaban a la casa o antes de marcharse, enseñaban a los pequeños; pero a pesar de ello estaba insuficientemente preparado. Fue, por consiguiente, un año a la Frankfort Academy; es todo lo que sé, y de allá a Washington, a la Lee University, donde Hiram había ido

antes que él.

Mis primeros conocimientos sobre esta época datan de cuando ya era todavía una chiquilla. Andaba escudriñando todas las estanterías de libros de la misión situada en la colina que domina el río Yangtsé, en un estado de agotamiento muy parecido al de Andrew. Todos los libros del mundo no hubieran sido suficientes para mí, y en aquella misión había pocos, muy pocos, de los que posee el mundo. Y así, mientras Andrew estaba haciendo uno de sus largos viajes de prédicas, hice lo que jamás había osado hacer cuando estaba en mi casa: ir a su habitación a revolver sus estanterías, con pocas esperanzas, sin embargo, porque las había expurgado ya, y leído las «Vidas», de Plutarco, Flavio Josefo, y «Los Mártires», de Foxe, y todo lo que pudiese prometer una historia interesante. Aquel día estaba tan desesperada que cogí los «Comentarios a la Biblia», y los volví a dejar. Era peor que nada. Presa de un completo abandono decidí mirar los cajones de su viejo escritorio. Recordaba haber visto en ellos algún libro al abrir un cajón. Pero cuando los abrí encontré tan sólo los libros de contabilidad de su misión llevados con minucioso cuidado, con su escritura ligeramente vacilante, porque una vez había tenido una insolación, que a poco le cuesta la vida, y le había dejado un ligero temblor en la mano derecha, temblor que se notaba cuando escribía. Abrí un cajón tras otro. En el fondo de uno de ellos encontré un montón de curiosos rollos de papel apergaminado. Estaban muy polvorientos y nadie los había tocado desde hacía mucho tiempo. Algunos de ellos no habían sido siquiera abiertos jamás. Los cogí uno tras otro y los desenrollé. Sobre ellos había impresas unas palabras latinas. Yo estaba precisamente estudiando latín y vi su nombre seguido siempre de las tres palabras *Magna cum laude*.

—¿Qué significan? —le pregunté a Carie.

Estaba en su dormitorio zurciendo hábilmente un grueso calcetín enfundado en su mano. Los huesudos pies de Andrew, recorriendo cotidianamente millas y millas en su misión por los caminos empedrados y las calles pavimentadas con guijarros, mantenían siempre bien repleto el cesto de la labor. El orgullo apareció en su rostro como un relámpago.

—Tu padre se graduó en la universidad con honores en todos los temas —dijo.

Años después, cuando fui al colegio, me sentí ofendida cuando no hizo ningún comentario a la hoja de estudios que le entregué con la mención A. Pero si no dijo nada fue porque no esperaba menos de su hija y, al contrario, esperaba incluso algo mejor de lo que había jamás conseguido de ella. Una vez, con gran sorpresa mía, recibí un marco por un 99 de geometría, tema en el cual no había despuntado nunca.

—Una buena puntuación —dijo con cierta reserva; pero añadió en el acto—: Un cien hubiera sido mejor.

En el colegio sufrió una terrible pobreza. Me lo imagino alto, un poco encorvado ya, pero con aquel majestuoso porte de gran dignidad que tuvo siempre. Lo tenía ya porque sus camaradas parecían tener miedo de él y ninguno de ellos estaba familiarizado con su manera de ser, y esto tenía que ocurrirle con todo el mundo

durante toda su vida. Era también muy corto de vista, pero no lo sabía, ni nadie le había prestado suficiente atención para observarlo. Se sentaba en el primer banco cuando podía, y si no, copiaba lo escrito en la pizarra de uno de sus compañeros. No reconocía a la gente hasta que se decidían a tocarlo, y así nunca aprendió a reconocer los rostros ni observaba nada de lo que tenía a su alrededor, y esto lo reconcentraba todavía más en sí mismo. Más tarde, cuando uno de sus profesores le aconsejó que se pusiese lentes, su mayor deleite fue poder leer mejor. En la universidad no llevó ninguna vida social, en parte porque era pobre y su único deseo era comprar más libros, y en parte porque no le gustaba la compañía. Sólo deseaba ganarse la comida con sus libros. El bello Hiram podía ir a reuniones, tocar la guitarra y hablar con muchachas bonitas, pero para Andrew nada de todo esto tenía valor alguno. Y, sin embargo, experimentaba casi un temblor de felicidad. Se levantaba más temprano que nunca, con una inmensa sensación de voluptuosidad, porque no había vacas que ordeñar ni trabajos manuales que hacer. Podía seguir sus propios impulsos, sus libros. Pasaría por encima de todos. Hiram no conseguiría jamás acercarse a él; ninguno de ellos, ni siquiera David, dotado hasta la genialidad para los idiomas.

Sé, porque Andrew me lo dijo, que era demasiado pobre para poder pagar los once dólares al mes de la pensión en el refectorio del colegio. Hiram y él vivían en una habitación del viejo dormitorio entarimado, y cortaban leña en el invierno y la amontonaban en un rincón, y guisaban un modesto plato de carne con setas en conserva en el mismo fuego que los calentaba. Me dijo todo esto porque le parecía imposible que, cuarenta años después, una muchacha pudiese gastar tanto en el colegio. Al oírlo, la muchacha no tuvo siquiera el valor de decirle que lo que le daba, aun creyéndolo generoso, no era suficiente siquiera para pagar la comida y el alojamiento. Ella permanecía silenciosa, y cuando él se hubo marchado salió y se buscó un empleo de maestra en una escuela nocturna. Pero para Andrew los tiempos no habían cambiado. Jamás vivió en el tiempo, sino en la eternidad.

No sé nada más de su colegio, salvo que se graduó brillantemente con honores y alentado por la atención pública, y otra cosa que fue una tragedia para él durante toda la vida, incluso cuando era ya viejo.

La noche siguiente a su graduación, cuando tenía que marcharse al día siguiente, estalló un incendio en el destaralado dormitorio de madera. Hiram se había graduado el año anterior, y Andrew estaba solo, y siendo joven y estando agotado por el nerviosismo del triunfo, dormía profundamente. Se despertó sólo en el último momento, ahogado por el espeso humo y el terrible calor. La casa ardía. Buscó a tientas su camino por la escalera en llamas y corrió a ponerse a salvo. La escalera se derrumbó detrás de él. No murió nadie quemado porque casi todo el mundo estaba fuera ya. Pero se quedó contemplando el derrumbamiento de aquel viejo edificio hecho pavesas, con tal sufrimiento que creo que jamás experimentó otro parecido. Sus libros, a los cuales estaba ligado toda su vida, que tan penosamente había adquirido, desaparecían uno tras otro.

Regresó de nuevo a su casa sin un céntimo, lodo estaba igual. Su padre lo recibió con una adusta bienvenida, con escasa simpatía y afecto. ¿Libros? ¿No estaba todavía cansado de ellos? ¿Estaba ya dispuesto a emprender un trabajo serio? El salario estaba a punto. Pero él no. Le parecía imposible empezar otra vez aquel rudo y torpe trabajo físico. Temía aquel trabajo que absorbía las facultades del cerebro y dejaba una torpe fatiga corporal que sólo podía compensarse con el sueño. Se aventuró a acudir a una demanda aparecida en un periódico religioso: «Se desea hombre joven para vender Biblias». Se le ocurrió pensar que vender Biblias era algo más que vender libros: era difundir la palabra de Dios. Respondió al anuncio, recibió un paquete de Biblias, y se dispuso a ir de casa en casa.

«No sé de qué dependió —escribió más tarde al redactar aquel relato abreviado de su vida—, pero vendí un solo ejemplar. No sé si no estuve afortunado en la elección de mi camino o si la gente era dura de corazón. Sólo sé que Dios no bendijo mi tentativa».

La verdad es que jamás existió nadie menos apto para vendedor que Andrew. Para vender Biblias se necesita también tener dotes de corredor. Me lo imagino llegando a una casa con la congoja de su timidez. Me imagino una mujer hacendosa y robusta abriéndole la puerta temprano, por la mañana, después de los quehaceres del desayuno, y encontrándose con aquel hombre alto, encorvado, sonrojado y tímido, tendiendo un libro y articulando con dificultad:

—Señora, vendo Biblias... No sé si...

—Ya tenemos una —debía responder con vigor la mujer.

En efecto, al fin y al cabo en cada casa hay una Biblia. ¿No es acaso un país religioso? Le cerraría la puerta de golpe para volver a sus sartenes. ¡Una Biblia! ¡Qué idea!

«Al terminar el mes llegué a la conclusión de que Dios no me había creado para vender», escribió.

Volvió, pues, a su padre, sin saber qué otra cosa hacer, y éste, con cierta ironía, le pagó generosamente, si bien para Andrew no había paga que le compensase de un trabajo que odiaba.

Durante todos los años de colegio había conservado en secreto su determinación de ser misionero. ¡Y en qué forma era Andrew capaz de guardar sus propias determinaciones! Podía llevar en su interior un plan trazado y pulirlo y limarlo en todos sus pormenores. Años después, su carácter reservado fue un tormento para Carie, la exasperación de sus colegas misioneros. Andrew había descubierto desde hacía ya tiempo que el medio más seguro de hacer lo que quería era hacerlo sin decirle nada a nadie. Pero a medida que iba terminándose el verano vio la necesidad de decirle a su padre y a su madre que en otoño ingresaría en el seminario para hacerse misionero. Había economizado su salario hasta el último céntimo. En la prodigalidad de la comida de la casa había más que suficiente para su sustento. Y su

hermano John, que se había casado ya con la viuda rica, le había prometido hacerle un préstamo. También David, que estaba predicando en una pequeña población de una región cercana, le había prometido asimismo su ayuda.

Por fin se lo dijo a sus padres y encontró la más terrible oposición por parte de su padre.

—¡Qué desatino! —rugía el tempestuoso anciano, sacudiendo sus blancas melenas sobre su frente—. Ve a predicar, si quieres, aunque me parece ya demasiado que de siete que tengo lo hagan seis. Pero irte a predicar por estos mundos de Dios del extranjero es una idea descabellada.

—Ni iré más allá de la voluntad de Dios —dijo Andrew. Era, en todos conceptos, el hombre más testarudo en cuanto hacía referencia a las cosas que le mandaba Dios. Sé, pues, cuáles fueron los rugidos de su padre, pero también sé que estos rugidos no hicieron más que fortalecer su decisión. Respecto a su madre, nadie sabe lo que hubiera dicho si hubiese debido opinar. Pero en cuanto oyó el veredicto de su marido se pasó inmediatamente al bando contrario.

—A mí no me importa, Andy —dijo, sin dejar de balancearse en la mecedora—. Haz lo que tengas en la cabeza, pero no hay más que una cosa que quiero pedirte como hijo mío. ¡Prométemela, Andrew!

En su alivio y gratitud hizo la promesa.

—Te lo prometo, madre.

No había ni soñado cuál era la condición que le imponía.

—No te marcharás hasta haber encontrado una mujer para irse contigo —dijo sin dejar de mecerse—. No estaría tranquila si no tuvieses una mujer para cuidar de ti.

Andrew casi se desvaneció. ¡Una mujer! No había pensado en tal cosa, Jamás había soñado en casarse... Una mujer cuando tendría que vivir en extrañas condiciones, en países extranjeros... ¡Una mujer, cuando ni siquiera conocía ninguna!

—¿Cómo quieres que encuentre una mujer dispuesta a marcharse? —gruñó—. Es lo mismo que si me prohibieses marcharme.

—¡Vamos, vamos! —respondió amablemente su madre—. Siempre hay una mujer dispuesta a casarse con dos piernas metidas en unos pantalones.

Andrew seguía más inquieto todavía. Su madre no lo tranquilizaba.

Al final parece que dejó este asunto en manos de Dios. No diré que no hiciese personalmente algunos esfuerzos, pero fueron inútiles. No los conozco en detalle, ya que siempre mantuvo el más estricto silencio sobre sus fracasos y los olvidaba en seguida. Pero una noche, siendo ya muy viejo, me habló de ello. En aquellos años yo pasaba un rato con él cada noche, de manera que pudiese hablarme si quería. Habló más durante aquellas horas que en todos los tiempos anteriores, no diré un hablar seguido, sino pormenores e incidentes elegidos al azar de aquella vida de tres cuartos de siglo. Yo tenía que irlos juntando. Una de aquellas noches me dijo:

—Tu madre debió haber sido Jennie Husted.

—¡Cómo! —exclamé. Yo no concebía a nadie más que a Carie como nuestra

madre.

Instantáneamente sentí un resentimiento contra Jennie Husted. ¿Quién sería?

—En el seminario estuve sumamente preocupado a causa de la promesa hecha a mi madre —dijo mirando al fuego—. Me fijé en algunas mujeres jóvenes... a distancia, quiero decir —se apresuró a añadir—. Si alguna parecía remotamente posible, devota y firme en su fe, le preguntaba ante todo si había pensado alguna vez en las tierras extranjeras. Me parecía prudente cerciorarme sobre este punto antes de perder el tiempo y el dinero en seguir adelante. Todas ellas respondieron con una negativa.

—Pero ¿quién era Jennie Husted? —pregunté.

—Mi sermón de prueba —prosiguió con su calma habitual, sin hacer caso de la interrupción— fue considerado muy bueno; tan bueno, incluso, que fue publicado en un boletín de la iglesia. Se titulaba: «De la necesidad de predicar el Evangelio a los paganos, con especial referencia a la doctrina de la Predestinación». Después de su publicación, recibí una carta de mis Jennie Husted. En ella corroboraba mis puntos de vista y nos carteamos. Vivía en Louisville, Kentucky. Durante mi último año de seminario le pedí permiso para ir a visitarla. Tenía el vivo presentimiento de que Dios la había destinado a ser mi mujer. Con esta impresión recorrí toda esta distancia para verla. Pero cuando nos conocimos, vi que me había equivocado.

—¿Qué ocurrió? —pregunté yo, sumamente curiosa.

—Sencillamente, me había equivocado —repitió con firmeza, sin querer decir nada más.

—Bien, por lo menos dime cómo era —insistí amargamente decepcionada.

—No me acuerdo —dijo con gran dignidad.

Nunca supe nada más sobre este asunto. No me parecía, sin embargo, que el puesto de Carie como madre nuestra hubiese estado nunca seriamente amenazado.

CAPITULO III

Alejí enteramente de mi mente la parte de Carie referente a su conocimiento y su matrimonio. Después de todo, en cuanto a Andrew hacía referencia, Carie, como Carie, tenía muy poco que ver con ello. Fue una cosa providencial; es decir, Dios dispuso que el verano en que se graduó en el seminario, cuando estaba a punto para ejercer su misión y sólo lo detenía la promesa hecha a su madre, se encontrase con una mujer joven que estaba dispuesta, y al parecer interesada, en irse con él a las misiones.

Aquel verano, como el anterior, había ido a casa de su hermano David a estudiar bajo su dirección. David era profesor de sánscrito, hebreo y griego, sin mencionar otros lenguajes bíblicos importantes. Además, Andrew, indudablemente, necesitaba práctica. Jamás pudo desprenderse totalmente de su embarazoso manto de timidez. Una especie de duda secreta de sí mismo se mezclaba siempre con su certidumbre de ser el mensajero de Dios. No cabía la menor duda de su divina guía; ninguna duda de la justicia de su misión. Yo creo que la razón de todo aquello era que jamás pudo quitarse de la cabeza las palabras de *mistress* Pettibrew. Toda su vida sintió una admiración por la belleza masculina. Muchos chinos bellos e inteligentes hicieron lo que quisieron de él.

Sin embargo, a pesar de *mistress* Pettibrew, había mejorado más de lo que creía. Aquel pelo crespo y rojo de su infancia se había vuelto milagrosamente rizado y castaño oscuro. Sé que fue un asombro para todos, pues el cambio se produjo muy rápidamente, de manera que, con gran horror de su parte, fue hostigado incluso con la acusación de que se lo había teñido. Carie me dijo que la primera vez que lo vio, su pelo era innegablemente rojo, pero que en el verano en que le pidió relaciones, el mismo verano en que se casaron y se fueron a China, tenía el cabello oscuro. Era, según dijo ella, «no de mal ver». Pero conservaba sus cejas color de arena, y el bigote era rojizo, y más tarde, cuando en sus andanzas por la China se dejó crecer la barba, lo llamaron «Barbarroja»; si bien los que lo conocían le daban el apodo, porque en China todo el mundo tiene un apodo, de «El Loco de los Libros». Siguió tan enamorado de los libros como siempre, hasta el día en que lo enterraron con su pequeño Nuevo Testamento en griego, que formaba más parte de su persona que cualquiera de nosotros.

Tengo una fotografía suya, tomada el verano en que se casó con Carie. A la moda de aquellos tiempos, él está sentado; ella de pie a su lado, con la mano colocada descuidadamente sobre su hombro. Pero es evidente que no se da cuenta de estar allí. Mira más allá de la fotografía, con aquella mirada que conozco tan bien; una mirada ajustada a aquella barbilla voluntariosa y obstinada, a aquellos ojos azules infantiles y a una frente despejada, de santidad. Aquella inmutable frente suya permaneció siempre la misma, pese a que hubiera cumplido los ochenta años si hubiese vivido

hasta el verano de aquel año. No he sabido jamás cuál de estas tres partes de su rostro era más inmutable, pero me parece que era la frente. Era una frente ancha y lisa, de piel transparente y clara. Llevaba el casco colonial muy inclinado sobre los ojos, de manera que el rojo de sus mejillas curtidas por el sol no alcanzaba la frente. Por la mañana, después de su habitual hora de solitaria oración en su estudio, su frente mostraba las tres rayas rojas de los dedos sobre los que había apoyado la cabeza. Pero pronto se desvanecían, dejando nuevamente la frente blanca y tersa. Jamás fue calvo y su cabello oscuro se fue volviendo más delgado y blanco. Porque jamás sufrió. Vivió esta cosa extraordinaria y rara: una vida completamente feliz, y jamás hubo una arruga sobre su noble frente blanca.

Sin dudar un instante, prescindió en esta historia de todo cuanto se refería a Carie.

Durante aquellas largas veladas de su vejez yo le hacía preguntas.

—¿Cómo era mamá cuando te casaste con ella? —le preguntaba.

Él se quedaba mirando los carbones encendidos que le gustaba tener en la chimenea de su habitación. Tendía sus manos al calor, que no mostraban rastro de su juventud pasada en una granja. Eran manos de hombre estudioso, grandes, delgadas y de bella forma, con las uñas cuidadosamente arregladas. Jamás lo vi de otra manera que aseado e impecablemente limpio. Ni una sola vez durante toda nuestra pobre infancia, o: durante los últimos años de su vida, lo vi sino pulcramente afeitado, con su cuello blanco almidonado y el cabello bien peinado. En medio de su pobreza era sumamente minucioso. Jamás tuvo más de dos trajes; si tenía alguno más, lo daba a alguien necesitado, y los suyos los usaba hasta la trama, pero iba siempre aseado y pulcro. Doquiera que fuese, viajando y deteniéndose en alguna hostería china, jamás comenzaba el día sin bañarse. Y nunca le vi las manos sucias.

—¿Tu madre? —reflexionaba—. No recuerdo bien. Tenía el cabello y los ojos negros y le gustaba cantar.

—¿Cómo te declaraste a mamá? —le pregunté, con demasiada osadía.

Se quedó embarazado.

—Le escribí una carta —respondió. Reflexionó un momento y después añadió—: Me pareció que era la mejor manera de exponerle las cosas claramente para que pudiese reflexionar.

—El padre de mi madre no quería que te casases con ella, ¿verdad? —dije yo para ayudarlo a recordar.

—Hubo no sé qué tonterías —respondió tranquilamente—, pero esto no me detuvo. Era un hombre de mal genio, pero buen hombre; no obstante, era muy obstinado. No me gusta la gente terca.

—¿Y entonces?

—Pues nos casamos y nos vinimos directamente a China. Recuerdo que nadie me dijo que hubiese camas en el tren y vinimos sentados.

Yo traté de acorralarlo y le dije:

—Creo que alguien dijo que no habías comprado más que un billete de

ferrocarril.

—¡Oh, esto no, no es verdad! —replicó.

—¿Entonces es un bulo?

—Bueno, desde luego, pagué en seguida el otro billete en cuanto me llamaron la atención —dijo.

Y se echó a reír, con su risa seca y silenciosa, porque fue siempre muy inocente en cuestión de viajes y billetes. Lo verdaderamente gracioso es que no se dio nunca cuenta de que no era más que un infeliz en todas las cuestiones de la vida. Los billetes y lo intrincado de los viajes fueron siempre un asombro para él, si bien de un modo u otro llegaba siempre a su destino. Lo conseguía llegando muy temprano al muelle o estación, de manera que si se metía en un tren que no era el suyo, siempre había alguien que se lo indicaba a tiempo para tomar el que quería. Viajó, desde luego, a distancias increíbles y por todos los medios que encontraba. Sin embargo, jamás lo vimos marchar en un tren o un barco, o en cualquier otro medio de locomoción moderno, sin esa sensación de ansiedad y duda de llegar a su destino, llegando casi hasta la certidumbre de no regresar jamás. Sin embargo, generalmente gracias a la ayuda de alguna persona piadosa que se daba cuenta de su desorientación, volvía siempre sano y salvo. Tenía arraigados principios contra el lujo de cualquier clase que fuese, si bien secretamente le gustaba la comodidad, y jamás quiso oír hablar de viajar en primera clase hasta que fue ya muy viejo; ni siquiera segunda. Cuando comenzaron a rodar trenes en China, estuvo entusiasmado como un chiquillo y experimentaba un indecible placer en recorrer en ellos el país que hasta entonces había atravesado a pie o en asno. Pero durante muchos años se negó a viajar en ellos salvo en tercera clase; los bancos eran entonces unas angostas planchas de madera, y si no vigilábamos se metía incluso en cuarta clase con los *coolies*. No era porque sufriese estrechez económica. Lo hacía en nombre de Dios, porque todo debía hacerse en loor de la causa a que había dedicado su vida, y a la cual, con toda su alma, sin descanso, dedicaba también todas aquellas vidas de las cuales era responsable.

Su luna de miel, a bordo de un barco a través del Pacífico, la empleó mejorando sus conocimientos de chino, que había empezado a estudiar hacía unos meses. Ordenó su vida como había hecho siempre. Pasaba un cierto número de horas estudiando el chino; otras, el griego y el hebreo. Leía siempre la Biblia en estas lenguas. La gran contrariedad de su vida era las deficientes traducciones de la Biblia al inglés y más tarde al chino. Pese al absolutismo de su credo, jamás había considerado una traducción de la Biblia como la palabra final de Dios. La palabra final de Dios estaba allí, oculta en los originales griegos y hebreos, y la pasión de su vida era descubrir la verdad de esta Palabra. La primera herejía que dijo, y estaba lleno de inconscientes herejías que jamás él hubiera considerado como tales, fue que «se equivocaban» al traducir la palabra «día» del primer capítulo del Génesis; porque no quería decir «día», sino «período». «Dios creó el mundo en siete períodos», solía

decir. Pero no tenía la menor fe en los científicos ni en su estudio sobre los principios del hombre. «Un puñado de hombres que se han entusiasmado con cuatro arañazos hechos en las paredes de las grutas», decía, desechándolos. A Darwin lo tenía por un alma poseída por Satanás. «¡Evolución!», exclamaba; «¡Devilución!»^[2], diría yo. Y sin embargo, escuchaba con profunda reverencia los relatos de algún eminente arqueólogo bíblico, cuando refería los descubrimientos de Nínive y Tiro, y oía con sorprendente humildad y credulidad tales fantasías como el cumplimiento de antiguas profecías, tales locuras de los milagros, tales imaginaciones de resurrecciones y milenios como no se encuentran entre las cubiertas de cualquiera de las novelas que desdeñaba leer porque no eran «verdad».

Se sumergió, pues, en el chino con ardiente apasionamiento. Era en realidad un hombre genial en cuestión de lenguas, y se deleitaba en las intrincadas dificultades del chino; el tono, las aspiradas, el ascenso, el nivel, el acento, la exclamación, en todos los sutiles matices del sentido y la construcción. Hablaba el chino como pocos blancos lo han hablado, con sentido y precisión materna, y lo hablaba con muchísima frecuencia. Una vez, en un púlpito americano, de regreso durante unas vacaciones, se levantó ante un inmenso auditorio para rezar. Como hacía siempre, permaneció largo rato en silencio para vaciar su mente de todo menos de Dios. Entonces, encontrándose a solas con Dios, comenzó a predicar, pero el sermón salió de sus labios en chino. Sólo cuando estuvo a la mitad se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se detuvo y prosiguió en inglés. Pero el sermón quedó reducido a la nada. Ahora se daba cuenta de la existencia de los demás y Dios había desaparecido.

Pocos eran los chinos que hablaban tan correctamente como él, porque pocos eran los que conocían tan bien como él la sintaxis de su idioma. Hoy existe un pequeño libro que una vez escribió sobre los idiomas chinos, un estudio de verdadero valor, escrito con la comprensión que era característica en él. Y fue también característica en él que, una vez revisado, cuando le pidieron que pusiese un índice en él, se negó a ello diciendo: «A la gente no le molestará buscar lo que desea, si realmente lo quiere».

Aquella misma precisión de sus conocimientos, hacía, sin embargo, su hablar chino demasiado literario y a menudo no era comprendido por la gente ordinaria. Recuerdo que toda su vida se quejó de que Carie tenía una pronunciación china sumamente defectuosa.

—Vuestra madre —solía decirnos con voz plañidera— no aprenderá jamás que ciertas palabras son aspiradas. —La censuraba, porque su oído se hería al oírla hasta hacerlo sufrir—. Carie, por favor esta palabra es aspirada...

A lo cual ella respondía con energía:

—¿Y qué importancia tiene? Con tal de que me entiendan, ya basta. Además, el pueblo me entiende mejor a mí que a ti.

El hecho de que esta observación fuese perfectamente justa no solucionaba la divergencia.

Cuando dirijo una mirada retrospectiva a los ochenta años de la vida de Andrew, me doy cuenta de que la pauta de la misma es muy sencilla. Los primeros veintiocho años fueron de lucha y preparación, llevada a cabo minuciosamente con un verdadero genio de obcecada persistencia hasta el momento en que embarcó para China. A partir de aquel momento, durante cincuenta años, la característica es de simple felicidad. En todos los países del mundo, a mi alrededor, veo gentes que luchan por la felicidad personal. Luchan de mil maneras. Ponen sus esperanzas en cien cosas diferentes: en nuevas formas de gobierno o teorías sociales, en planes para el bienestar público, en la acumulación particular de riquezas. Nadie está enteramente libre de esta persecución de la felicidad individual. Porque por mucho que traten de disimular sus luchas invistiendo con nombres de gran nobleza sus causas y cruzadas, la amarga verdad es que no hay ningún individuo perfectamente feliz que tome parte en esta lucha. Andrew fue la persona más feliz que he conocido, y jamás luchó. Siguió su camino, sereno y confiado, seguro en el conocimiento de su propia rectitud. Lo he visto enojarse con los demás porque obstruían el camino hacia el Señor que con tanta seguridad pisaba, pero jamás lo he visto perplejo o desconfiado de sí mismo. Jamás le oí sostener con los demás una discusión poco digna. Avanzaba por su camino con una orgullosa tranquilidad. En su clara determinación había una inmensa grandeza.

No toleraría tampoco la despreciable idea de que fuese la religión lo que le daba aquella fuerza. La religión no tenía nada que ver con ello. Si hubiese tenido una mentalidad inferior hubiera elegido un dios inferior; si hubiese nacido para el «hoy», hubiera elegido otro dios también; pero cualquier cosa que eligiese habría sido dios para él. Cualquiera que hiciera la hubiera hecho con la acerada sencillez de su corazón. Tal como era, hijo de su tiempo y de su sangre luchadora, eligió el mayor dios que conocía y avanzó para dar a conocer al Universo que su dios era el verdadero Dios, ante el cual todos debían postrarse. Era un magnífico imperialismo del espíritu, increíble, comprensible sólo para aquéllos que han sido educados en él y han crecido a su sombra. Para Andrew el imperialismo espiritual era tan natural como para Carlos I el derecho divino de los reyes. También Andrew tenía esta misma cándida e infantil inocencia del rey. Hubiera sufrido y se hubiese quedado atónito si alguien le hubiera dicho que era arrogante y dominador. En realidad no lo parecía: sus modales eran gentiles y dignos, su paso pausado, su voz suave, sus ademanes siempre restringidos y dominados, salvo durante sus súbitas y raras cóleras, cuando ese algo que llevaba tensado y contenido dentro de él saltaba de repente. En estos momentos todo el mundo tenía miedo de él. Sus hijos quedaban aterrorizados cuando veían esa súbita expresión de su rostro y el rápido ademán de su mano. Alguien podía ser

golpeado o herido; su mano o su bastón volaban por el aire. Pero al cabo de un segundo había terminado, y se reprodujo cada vez menos mientras fue haciéndose viejo, hasta que, supongo, cesó totalmente al fin, o se convirtió en una especie de fuerza difusa que no estallaba ya en accesos de cólera, de manera que durante sus últimos años todo en él fue sólo beatitud.

Pero durante su juventud tuvo esos ataques de cólera. Ahora sé que jamás tuvo uno sin que, una vez pasado, sintiera vergüenza y arrepentimiento. No dudo de que en cuanto bajaba la mano súbitamente y salía de la habitación con rapidez, se iba a su estudio para caer de rodillas e implorar el perdón de Dios. Pero no creo que se le ocurriese nunca pedir el perdón de ningún hombre. En realidad no se le ocurrió porque no era humanamente orgulloso. Si lo hubiese considerado su deber, lo hubiera hecho en el acto, de todo corazón. Jamás rehuyó su deber. Pero, a su juicio, lo único importante era obtener el perdón de Dios, cerciorarse de que en el profundo canal abierto entre Dios y él no había obstáculo alguno. A toda costa lo mantenía limpio y profundo, y así vivía feliz. Porque tenía esa felicidad; abrazó de joven una causa en la cual creyó toda su vida sin la sombra de una duda. Ni su propia mente lo traicionó. Mantenía su mente bajo un dominio inexorable. Murió con la certidumbre de haber elegido con justeza, creído con verdad y obtenido el éxito en lo que había hecho. No a muchos les es dada esta felicidad.

Siendo completamente feliz irradiaba una especie de encanto. A menudo estaba alegre y en ocasiones gastaba bromas. Muchas veces lo vi sentado en medio de la tranquilidad de la tarde, una vez terminado el trabajo del día, y súbitamente sus claros ojos azules se iluminaban con una sonrisa y se echaba a reír silenciosamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba yo.

Algunas veces, raramente, me lo decía. Pero casi siempre me respondía sencillamente:

—Me acordaba de una cosa...

Me parece que consideraba incorrecto reírse abiertamente. Sin embargo, cuando nos decía lo que pensaba, se reía a gusto e intensamente. Cuando nos lo decía nos dejaba siempre un poco sorprendidos, porque lo que le hacía reír era de una sencillez infantil, una Incongruencia cualquiera. Carie lo miraba sonriendo como hacía con alguno de sus hijos. La percepción de esta incongruencia era el máximo a que su humorismo llegaba.

Pero otras veces podía mostrarse difícil, porque cuando no le gustaba alguien no disimulaba sus sentimientos. Por ejemplo, le desagradaban las mujeres en todos los casos, pero muy especialmente y de una forma abierta odiaba ese tipo de mujer voluminosa, rozagante y confiada que nuestra civilización occidental parece haber desarrollado en tan alto grado. Una vez, siendo ya muy viejo, estaba a la mesa frente a una invitada que respondía a este tipo. Sintiendo por ella una aversión desde el primer momento, rehusó dedicarle más atenciones que una inclinación de mera cortesía. Ella, charlando profusamente sin parar, hablaba del baile a que asistiría,

después de cenar, en el Consulado Americano, preguntándose si tendría «inconveniente» o no en bailar con los chinos que pudiesen hallarse presentes. No había bailado nunca con hombres de otra raza que la suya.

Andrew levantó los ojos del plato, pronto al ataque. Yo sabía que detestaba el aspecto de aquella mujer, con sus gruesos brazos desnudos hasta el hombro y su opulento pecho marcándose bajo el traje. La carne abundante lo enfurecía hasta ponerlo rabioso. En aquel momento vi sus ojos lejanos tomar esa expresión familiar en él de malicia y tristeza a la vez. Con su voz pausada y suave, dijo:

—No creo que pueda encontrarse ningún chino que...

Yo le di un pisotón por debajo de la mesa. Los grandes ojos de la dama centellearon.

—Tome un poco de... de café —le supliqué—. ¡Oh, lleva usted un traje precioso! —seguí yo balbuceando—. Este color le sienta tan bien... es exacto al de sus ojos.

Se volvió hacia mí, halagada y efusiva.

—¿Crees?

—¡Oh, sí, seguro, seguro! —grité.

Apreté mi pie con fuerza sobre el de Andrew. Estaba llenando su taza de té, riéndose silenciosamente, olvidándolo todo, salvo el cuadro que veía en su imaginación de esta inmensa americana soportando contra su volumen la figura de un frágil chino en medio de la locura de la danza. Más tarde, cuando le eché una reprimenda, como me atrevía a hacerlo en aquellos tiempos, observó con calma:

—Esta mujer merece que se rían de ella; es idiota.

Andrew estaba siempre muy seguro de sí mismo.

—Fue una lástima —solía decirnos Andrew— que vuestra madre tenga tanta propensión al mareo. Recuerdo que se mareó en cuanto nos separamos de las costas de América. Yo la insté a que tratase de dominar el mareo, pero ella parecía dispuesta a dejar que siguiese su curso. En una naturaleza más obstinada que la suya hubiera sido posible dominarse. Pero en su caso dejó que el mareo hiciese su obra y llegó a tal gravedad que no se curó nunca.

—¿No vas a decir que hubiera podido evitarlo? —dijimos saliendo en defensa de Carie.

—Hay que hacer un esfuerzo —observó él serenamente—. Por otra parte, era de lo más inconveniente.

En realidad, no me imagino que durante aquel viaje de novios, a través de un océano azotado por tifones, Andrew fuese un buen enfermero para la novia mareada. Debíó, desde luego, ser muy considerado en sus investigaciones, pero debíó saber qué hacer. No estuvo nunca enfermo. Como recuerdo inconscientemente agradable me dijo que aquel día, al salir de la Puerta de Oro, probó las primeras ostras de su vida. Hacía tan mal tiempo que la primera se la tragó a causa de un brusco balanceo del

barco, sin siquiera saborearla. La segunda la mordió.

—Con un poco de pimienta y *catsup* —dijo con condescendencia— la encontré comestible. Creo que tomé doce, pero después lamenté no haberme contentado con seis.

—¿No te mareaste? —pregunté yo con malicia.

—En absoluto —respondió—. No me he mareado nunca. Tengo como una especie de malestar durante algunas horas, pero fijo mi mente en otras cosas.

Tenía una constitución de hierro y un estómago que nada podía alterar. Durante muchos años, en sus viajes comió cuando había que comer. Los huevos duros eran una exquisitez que las mujeres chinas del campo le ponían delante y él se los comía. Una noche, en casa, vio unos huevos duros en una ensalada que Carie había preparado.

—Doce —murmuró gentilmente—. Doce huevos duros me he comido hoy.

—¡Andrew! —exclamó Carie asustada—. ¿Por qué has hecho esto?

—¡Por Cristo! —dijo él—. Si hiriese los sentimientos de las gentes no me escucharían, y siendo pobres era lo mejor que podían ofrecerme.

Una vez, para seguir la conversación en una casa de campo, contemplaba un campo de alforfón florido y dijo que le gustaban los pasteles de harina de alforfón. La mujer se levantó en el acto y de repente se encontró delante de una enorme bandeja llena de grandes pasteles de alforfón sin acompañamiento. Comió todos los que pudo. Ni aquella vez, ni todas cuantas fue a aquella casa eludió comer pasteles de aquéllos, pese a que los detestaba y quedaba desfallecido cada vez que creía su deber ir a aquella casa.

De manera que le era imposible creer que Carie no hubiera podido encontrarse mejor cuando estuvo mareada.

—Haz un esfuerzo... —le había murmurado sobre su dolorida cabeza.

—¡Oh, vete, Andrew! —imploraba ella—. ¿No tienes algún libro que estudiar?

—Andrew no tiene la menor idea... —solía decirnos incansable. Pero al cabo de un segundo, añadía—: No debéis hacer caso de lo que os digo. Vuestro padre es un hombre maravilloso.

Era maravilloso. Pronunció su primer sermón en China seis meses después de su llegada. Se consideraba ya una hazaña hacerlo al cabo de dos años, de manera que Andrew fue considerado como un misionero prodigioso. Estaba muy orgulloso de sí mismo y lo confesaba a menudo con cándido orgullo, si bien hay que decir que solía añadir, con una expresión humilde en sus ojos azules:

—Desde luego, si me han entendido todos o no, ya es otro asunto. No he oído ninguna conversación como resultado directo de él.

Sus recuerdos sobre su primer desembarco en las playas chinas eran muy diferentes de los de Carie. No podía dejar de ver la miseria de la gente que tenía frente a él. Pero Andrew quedó sorprendido al ver las comodidades con que vivían los misioneros.

—En cuanto desembarcamos —solía decir— vino a nuestro encuentro una delegación de ancianos misioneros que estuvieron muy contentos de vernos, porque no habían recibido refuerzos desde hacía muchos años. Nos llevaron a comer a casa del doctor Young Alien. La comida fue excelente; demasiado excelente para la mesa de un misionero, recuerdo que pensé entonces. Pero después me enteré de que el doctor Young Alien estaba metido también en empresas mercantiles. Empezó este camino durante los tiempos de la guerra civil americana, cuando la Iglesia no estaba en condiciones de mandar salarios. Creo que vendía fogones y hornos.

—Tú te quedaste dormido durante la comida y Carie se avergonzó —le decíamos por habérselo oído contar a Carie.

—No recuerdo nada de esto —respondía con humildad—. Me compré mi primer gabán en Shanghai —proseguía—. Fue una extravagancia, pero me dijeron que era esencial.

Carie, en medio de su mareo, había echado las cuatro muelas del juicio durante su luna de miel, de manera que su mandíbula inferior estaba tan llena que le dolía atrocemente. Andrew la llevó a un dentista, porque los únicos dentistas de China estaban en Shanghai, y esperó mientras le arrancaban sin anestesia cuatro enormes muelas nuevas. Carie había tenido siempre una bella dentadura muy sana. Una vez, a los dieciséis años, un dentista llamó a sus discípulos para mostrarles cuán perfecta puede llegar a ser una dentadura a aquella edad. Los jóvenes dentistas chinos se agruparon a su alrededor mientras ella abría la boca tanto como podía. Se reía al contarlo.

—Me miraban tanto que me parece tener la boca llena de sus miradas —decía.

Pero en su voz había un cierto orgullo: sabía que tenía un bonito cuerpo. Y las muelas del juicio habían echado hondas raíces.

En cuanto le hubieron arrancado las muelas, fueron a un junco para ir a Hangchow por el canal —fue Andrew quien me contó la historia, no Carie—, y antes de que zarpase el junco, se le declaró una hemorragia y tuvieron que volver a casa del dentista.

—Fue sumamente molesto —dijo—, pero volvimos a embarcar con sólo dos horas de retraso. Tenía ganas de ponerme a trabajar.

CAPITULO IV

Lo verdaderamente encantador de Andrew y Carie era que siempre tenían dos versiones totalmente distintas de la misma historia. Jamás veían la cosa de la misma manera ni pensaban igual sobre nada, y parecía casi que no hubiesen ido al mismo sitio ni hubieran visto la misma gente. Andrew no recordaba del viaje por el canal más que su conversación con un misionero anciano y sus inmensos progresos en la lengua china, mientras Carie pasaba las horas en la diminuta cubierta bajo la gran sombrilla para protegerse del sol, contemplando el desfile de las riberas, los campos de arroz en plena siega y los diminutos pueblecillos. Lo sé porque cuantas veces me he paseado por los campos chinos en septiembre, he oído resonar en el aire cálido y sin brisa el sincopado golpear de los mayales que derriban las espigas sobre las eras. Conozco el azul profundo de los cielos por encima del oro de los campos segados, y las bandadas de blancos ánades picoteando los diseminados granos de arroz. Hacía calor todavía y grupos de chiquillos desnudos y tostados por el sol se agrupaban agachados bajo la sombra de los árboles. Y el aire era dulce y soñoliento bajo el rítmico golpear de los mayales.

Pero Andrew estaba atento a los quehaceres de su misión.

—Todo era mucho mejor de lo que yo había soñado —me dijo un día—. Las casas eran grandes y limpias y la comida excelente. Yo había esperado vivir en pequeñas chozas. Me sentí incómodo en medio de aquellas comodidades, buena comida, servicio, espacio... Vuestra madre hizo unas cortinas rosa para nuestra habitación. Me pareció demasiada coquetería y así se lo dije.

—¿Y las quitó? —pregunté yo.

—No —dijo—, siempre tuvo sus ideas. Pero yo estaba muy poco allí. Pasaba la mayor parte del tiempo abajo, en mi estudio. Comenzamos a estudiar el chino a la mañana siguiente a nuestra llegada. Empezábamos a las ocho y estudiábamos hasta las doce, y de nuevo desde la una hasta las cinco. Entonces íbamos a andar para hacer un poco de ejercicio. No teníamos libros de texto, por decirlo así, de manera que comenzamos a leer la Biblia por el Nuevo Testamento. El profesor nos leía un versículo y nosotros lo repetíamos tan parecido como nos era posible y en el mismo tono. Lo hacíamos cada día, excepto el domingo.

—¿Y no os cansabais? —preguntamos.

Carie a menudo se había cansado. Contra la pared de cemento de nuestra casa había un arriate de crisantemos, y cuando no podía soportar por más tiempo el zumbido monótono de la voz del viejo profesor, se sentaba junto a la ventana y contemplaba el fuego de las carnosas flores. No lo hacía muy a menudo, sólo cuando no podía soportar por más tiempo aquel zumbido. Y cuando se mustiaban, teníamos también un macizo de bambúes cerca de la ventana. Y algunas veces, por el trozo de cielo que veíamos, pasaba una bandada de gansos.

—¡Cansarnos! —exclamó Andrew—. ¿Cómo podía yo cansarme cuando estaba haciendo la cosa que más había anhelado hacer..., prepararme para mi obra?

Toda su entereza, heredada de los teutones ancestrales, llenaba aquel estudio. Hurgaba y desmenuzaba las raíces de aquel lenguaje. Aprendió los doscientos catorce radicales y los tonos de las palabras, las aspiradas y las no aspiradas. Dominó la gramática y profundizó en el idioma. Comenzó el estudio de los clásicos de Confucio. De manera que poseyese, desde el principio, un vocabulario y un modo de expresión cultos. Una característica de su tenacidad y la exclusividad de su propósito fue que la filosofía de Confucio, tan esencialmente igual a la de Jesucristo, nunca le pareció que tuviera importancia.

—Confucio dice algunas cosas muy bonitas —decía a menudo con calma—, pero no sabe nada de Dios y, desde luego, no entiende nada de la perversidad de la naturaleza humana y de la necesidad de la salvación del pecado por el camino de Nuestro Señor Jesucristo.

Al cabo de unos años sentía un profundo desprecio por aquellas almas misioneras más delicadamente equilibradas, que veían en la sapiencia de Confucio, a pesar de todo, un medio de salvación.

«Está fuera del buen camino», solía decirles con acento de piedad auténticamente genuina.

Pero Andrew hallaba motivos de un asombro interminable en sus compañeros de misión. El pueblo que lo rodeaba se hallaba en el estado en que había esperado encontrarlo: ignorante. Pero no había esperado encontrar misioneros tan humanos.

—La mayoría de ellos —decía—, aunque buena gente, no eran muy brillantes. Aquél —exclamaba refiriéndose a otro, uno determinado— era un holgazán... No quería dejar las comodidades de su casa. Iba a la iglesia cercana un par de veces por semana y después se asombraba de que Dios no le enviase conversiones.

»Había muchos que se peleaban —añadió, recordando los primeros religiosos que conoció—. Recuerdo cuán asombrado quedé cuando fui mandado a Suchow y encontré allí al doctor DuBose y al doctor Davis, los dos únicos blancos de la ciudad, que vivían uno en el Norte y el otro en el sur y no se veían nunca ni se hablaban. Cuando fui a ver al doctor Davis y le hablé del doctor DuBose, me dijo: «¡Oh, cuánto detesto a este hombre!». —Hizo una pausa y prosiguió—: Me *quedé escandalizado*. —Y después reanudaba su relato—: Cuando fui mandado río arriba hasta Chingkiang encontré al doctor Woodbrigde y el doctor Woods. Pasaban la mayor parte de tiempo jugando al ajedrez y eran alternativamente amigos y enemigos. Yo llegué durante un período de enemistad. No se hablaban. Cada uno de ellos me expuso la total incapacidad del otro para la Obra de la Misión. Yo creí mi deber escucharlos a ambos imparcialmente y tratar de reconciliarlos.

Esbozó una sonrisa de desengaño.

—¿Y lo conseguiste? —preguntamos.

—Hasta cierto punto; conseguí que se uniesen contra mí.

Y soltó su risa cordial y silenciosa.

Lo que Andrew no supo jamás, ni lo supe yo hasta que crecí y pude darme cuenta, era que, bajo su aparente tranquilidad, Andrew era un batallador, un hijo de Dios yendo continuamente hacia adelante, un ángel luchador. Uno de mis más remotos recuerdos de aquella casita cuadrada de la misión es el de la tarde de un lunes consagrado a lo que llamábamos «reunión local», y a la que acudían los misioneros residentes. El domingo anterior todos habíamos quedado saciados de los tres servicios religiosos, y no solamente saciados, sino agotados. Al día siguiente era lunes. Centenares de tardes de lunes he asistido, en mi asombro de chiquilla, a esas reuniones, mirando los rostros obstinados de mis mayores y escuchando una voz obstinada después de otra.

En aquellos tiempos, me era imposible saber cuál era el motivo de la discusión porque cambiaba continuamente. Muchas veces era por cuestión de dinero: si míster Wang, por ejemplo, el evangelista de la capilla de la Puerta del Oeste, tenía que cobrar diez dólares al mes en lugar de ocho. Yo esperaba que le diesen diez, porque me gustaba el alegre rostro redondo del pequeño míster Wang, que me traía paquetes de pasteles de arroz el día de Año Nuevo. Transcurrieron horas en la discusión de los dos dólares. Pero parece que los dos dólares podían darle ideas a míster Wang..., le proporcionarían lujo quizá..., el dinero de la misión era sagrado..., era un depósito. Míster Wang tenía que quedarse con los ocho dólares. Carie se levantó y salió con el rostro muy colorado. Yo la seguí tímidamente.

—¿Qué te pasa, mamá? —quise saber.

—¡Nada!, —dijo ella, apretando los labios—. ¡Nada, nada absolutamente!

Pero yo lo vi todo en su rostro. Volví a la habitación, desfallecida, pero vi que míster Wang había sido completamente olvidado, y estaban discutiendo ahora el repintado de la puerta de la iglesia, o un nuevo crédito para impresión de folletos o la apertura de una nueva residencia. Andrew quería extender continuamente la Obra, abrir nuevas residencias y los demás no se lo dejaban hacer. Al oírlos, mi corazón se llenaba de lágrimas de desaliento. Me parecía que aquellos hombres y mujeres de pieles correosas, labios duros y ojos amargos iban siempre contra Andrew y Carie. Andrew estaba allí sentado, sin mirarlos nunca, oteando a través de la ventana hacia el valle y las colinas, con su frente blanca y serena, su voz pausada y tranquila.

Una y otra vez repetía:

—Considero mi deber penetrar más hacia el interior. Siento que sea contra su voluntad, pero tengo que cumplir con mi deber.

Así Andrew tomaba también parte en la discusión, pero a su manera. Jamás obedecía a ninguna regla, porque parecían estar siempre en contradicción con su deber y él sabía siempre cuál era. Los demás podían votar y decidir, porque la Obra era regida por una especie de democrática decisión de todos los misioneros, sujetos a

los comités financieros de América. Pero Andrew no escuchaba más que a Dios. La falta de dinero no lo detuvo nunca. Si no tenía dinero —y no tenía nunca—, escribía a alguien que conociese y lo tuviera, pidiéndolo sin avergonzarse. Si lo conseguía, lo cual era frecuente, tenía el deber, según la regla de la misión, de comunicarlo y ponerlo a la disposición del presupuesto general. Pero si bien pensaba en ello y lo comunicaba, jamás lo entregaba y disponía de él como quería, siempre para penetrar más hacia el interior y abrir nuevos centros en los que predicar. He visto a misioneros inferiores y más burocráticos volverse casi locos tratando de fiscalizar a Andrew. Le dirigían palabras amargas, lo amenazaban con la expulsión si no obedecía las reglas establecidas; una y otra vez lo trataban de hereje, lo llamaron incluso demente porque no escuchaba lo que le decían. Era una roca en medio de aquel mar de espuma, inmovible, sereno, sin resentimiento, pero tan determinado, con tanta obstinación en sus designios, que sé que hubo quienes, al ver aquella alta, obstinada y angélica serenidad, tuvieron la sensación de rugir y golpear sus cabezas contra un muro en un exceso de rabia irrefrenable. Pero Andrew no se daba cuenta siquiera de que estuviesen enojados con él. ¿No les había dicho acaso la voluntad de Dios? Tenía que obedecerla.

Bien, pues la voluntad de Dios lo llevó a la línea de batalla toda su vida. Mantuvo una guerra constante, batallas y escaramuzas, pero nunca una retirada. Una de sus guerras, que el tiempo y su determinación le ganaron al fin, fue la educación del clero chino. Cuando llegó a China encontró al clero del país en su mayoría analfabeto. Habían sido *coolies*, criados, porteros de las misiones, gentes humildes que se habían convertido fácilmente y que con mayor facilidad todavía habían alcanzado la alta supremacía de subir al púlpito para arengar a una muchedumbre indiferente. Andrew quedó profundamente impresionado. Era un hombre letrado, amante del saber; se daba cuenta de la calidad intelectual de los chinos y de cuán poco los chinos de cierta valía y calidad podían respetar aquellos hombres ignorantes. Aquello era llevar la Iglesia al menosprecio.

Parece absurdo ahora, tres cuartos de siglo más tarde, recordar el escándalo suscitado por esta creencia de Andrew. Fue llamado herético, denunciado por liberal y modernista, por no creer en el poder del Espíritu Santo, confiar más en el cerebro del hombre que en el poder de Dios, por todo aquel escándalo y alboroto habitual contra los que habían osado diferir de los principios de la religión ortodoxa. Porque, gritaban los ortodoxos —¿es que no gritan siempre los ortodoxos?—, Dios lo puede todo. Puede hacer de un portero un gran predicador. El conocimiento humano no era más que decepción, «sucios andrajos»: así les había enseñado San Pablo a llamar todo raciocinio humano.

Andrew, sacando la cabeza por encima de aquel remolino, comenzó a juntar a su alrededor un pequeño grupo de cinco o seis intelectuales a quienes daba clase en su estudio. Les enseñaba historia, filosofía religiosa, hebreo, griego, *homilética*, todo aquello que le habían enseñado a él en el seminario. Dio esta clase durante años

enteros, mientras los discípulos cambiaban. Jamás empleó un hombre inculto en sus iglesias. Cincuenta años después de comenzar esta guerra vio inaugurado un floreciente seminario teológico y cerró su clase. Su mundo había creído en él.

Venía después la cuestión de las sectas religiosas. Uno de los más avasalladores imperialismos del Oeste había sido hasta entonces la dominación de los metodistas, presbiterianos, bautistas, etc., sobre el pueblo chino, hasta alcanzar el número de más de cien tipos diferentes de sólo religión cristiana protestante. Esto había sido en China, más que un imperialismo espiritual, imperialismo físico también. Se había hablado mucho en las esferas políticas de influencia, y el Japón, Alemania, Inglaterra y Francia dividían la China en áreas para ejercer en ellas su poderío y su comercio. Pero los misioneros dividían China también. Ciertas provincias, ciertas áreas, eran concedidas para su dominio y propaganda sin que en ellas hubiese competencia.

Andrew había nacido desde luego para la competencia, porque hacía siempre lo que quería. Iba a predicar donde le parecía. Si algún metodista airado le hacía ver que en determinada población había ya una capilla metodista y que, por consiguiente, él no tenía derecho a predicar allá, se encogía de hombros y predicaba igualmente. Acusado, decía con calma:

—Los metodistas no realizan nada allí. El hombre que tienen en la capilla es más seco que un palo. No puedo consentir que toda la población se quede sin Evangelios.

Sí, era verdaderamente un hombre para enloquecer a cualquiera.

Porque, por ilógico que parezca, era capaz de mostrarse implacable con el que pisase su terreno. Una especie de duende de nuestra infancia era un cierto misionero bautista tuerto, que ahora sé que era un buen hombre a carta cabal, no más obstinado que los demás en sus creencias, pero a quien juzgué durante toda mi infancia por un espíritu de las tinieblas. Yo saqué esta impresión de Andrew, porque el buen hombre creía en la inmersión total como verdadero bautismo, mientras Andrew, siendo presbiteriano, se limitaba a rociar las cabezas de los conversos. Pero el bautista tuerto se metió en el territorio de Andrew diciendo que el rociar era erróneo.

Era una situación divertida, humorística sólo para el observador imparcial. Porque el pueblo ignorante, creyendo que si un poco de agua era saludable para el alma, cuanta más agua mejor, con gran indignación de Andrew, seguía al tuerto. Más aún, había ciertos desconcertantes pasajes del Nuevo Testamento que parecían apoyar la teoría del tuerto de que Jesús metió enteramente en el agua a algunos catecúmenos. Lo único que verdaderamente ayudaba a Andrew era que la mayoría de los chinos se mostraban reacios a dejarse meter en el agua, especialmente en invierno, de manera que esta inmersión sólo gozaba de cierta popularidad en verano.

La guerra siguió adelante año tras año, y la cosa era tanto más embarazosa cuanto que Carrie tenía una buena amistad con la esposa del bautista. A menudo, durante las comidas, permanecíamos todos silenciosos mientras Andrew, con involuntaria elocuencia, decía el concepto que le merecían las otras sectas, sobre todo la locura de la inmersión, y muy especialmente la de decir al pueblo ignorante que debía

practicarla.

En su defensa hay que reconocer que era una ruda prueba trabajar para hacer de un pagano un buen presbiteriano en un solo curso y averiguar al final que había sido inmerso como bautista. Había que trabajar y pensar y sufrir molestias para imbuir a un pagano los fundamentos del cristianismo y poder apuntarlo como un adepto más en las estadísticas, y cuando el adepto resultaba que se había inscrito como bautista, la cosa no era ni más ni menos que un robo religioso.

Después de treinta años de guerra implacable, la situación quedó definitivamente solucionada una mañana al ser hallado el misionero tuerto muerto en un bosque, de un ataque al corazón. Andrew se consideró suficientemente vengado. Estaba desayunando cuando un portero de la misión le trajo la triste noticia. Antes de responder vertió leche condensada en su café y añadió un poco más de azúcar que de costumbre. Tenía una secreta adoración por el azúcar, pero se obligaba a ser parco con él. Pero aquella mañana se excedió. Después nos miró a todos a su alrededor y con una voz que delataba un legítimo triunfo dijo con calma.

—Ya sabía yo que el Señor no permitiría que estas cosas durasen eternamente.

Después se convirtió en un infatigable abogado de la unión de las sectas. Pero ésta es la historia de otra guerra y murió antes de haberla terminado.

La verdad es que los primitivos misioneros eran guerreros natos y hombres de gran valor, porque en aquellos días la religión era todavía una bandera bajo la cual se alistaban. No había alma timorata o débil capaz de surcar los mares hacia tierras extrañas y desafiar la muerte, a menos de llevar consigo la bandera bajo la cual incluso la muerte sería un final glorioso. Los primitivos misioneros creían en su causa de la misma manera que hoy el hombre no sabe en qué creer. El cielo era un espacio lleno de toda suerte de bondades. El infierno quemaba, no sólo para los malvados que morían con falsas creencias, sino, más horrible todavía, para los que morían en la ignorancia. Seguir adelante, predicar, advertir, salvar al prójimo; todo esto eran urgentes necesidades que tendían a salvar las almas. Era una especie de locura de necesidad, una agonía de salvación. Aquellos primitivos misioneros luchaban por una causa desesperada, para salvar a aquéllos que nacían más aprisa, y morían más rápidamente de lo que podían ser salvados. Trazaban vastos planes, hacían campañas de centenares y miles de kilómetros, iban rápidamente de un alma a otra. Llegaban incluso a estimar en dos minutos el tiempo necesario para decirles a modo de camino de salvación: «¡Cree en Nuestro Señor Jesucristo! ¿Crees? ¡Salvado! ¡Salvado!».

No es cosa de reírse de ello, ni aun en nuestros días de general escepticismo. Era algo terrible, un escalofriante horror, no sólo por el bendito ignorante que moría pacíficamente e iba al infierno con su ignorancia, sino por aquellos hombres y mujeres frenéticamente desesperados que sentían sobre ellos la, responsabilidad de salvar las almas. Sólo el fuerte podía soportar la carga, sólo el esperanzado podía comer, dormir tener hijos, viviendo sus días bajo el peso de tal opresión.

Pero eran fuertes. No he visto en ninguna parte el semejante de Andrew y su

generación. No eran gentes pacíficas que se quedaran en casa y vivieran beatamente de la tierra. Si no hubieran sido osados misioneros, hubieran sido buscadores de oro, exploradores de los Polos o habrían navegado en las barcos piratas. Si Dios no se hubiese apoderado de sus almas tan jóvenes, hubieran mandado de alguna otra forma sobre los indígenas de lejanas tierras. Eran orgullosos y pendencieros, bravos, intolerantes y apasionados. No había ni un solo pusilánime entre ellos. Caminaban por las calles de China con el paso firme del hombre seguro de su derecho. Ningún desfallecimiento los asaltaba, ninguna duda los debilitaba. Tenían razón en todo lo que hacían y libraban las guerras de Dios seguros de su victoria.

¡Ya se fueron todos hoy! No queda ya ninguno como ellos. Los que ocupan sus sitios en nuestros tiempos modernos mueren con la duda y la desconfianza en sí mismos y en su misión. Hablan de tolerancia y mutua estimación, de educación liberal, de relaciones amistosas y de toda clase de debilidades. Ven el bien en todas las religiones y no sostienen guerras ya, sino que consagran sus vidas a asegurarse un buen pasar. No hay vocación en ellos. Me parece oír todavía a Andrew leer el Libro de la Revelación: «Y porque eres tibio, ni frío ni caliente, así te escupiré de mi boca». Los titanes han muerto.

Mi recuerdo de aquel grupo de media docena de personas modestamente vestidas es un poco vago. Ahora, desde luego, después de saber cómo es la gente en los sitios ordinarios, me doy cuenta de la imposibilidad a que sus almas humanas eran sometidas. La verdadera historia de la vida en la residencia de una misión no ha sido referida nunca. Si se cuenta, debe ser referida, si ha de referirse verídicamente, con tan vasta comprensión, ternura y crueldad que quizá no será descrita nunca. El drama es aterrador. Imaginad dos, cuatro, cinco; seis —raras veces más—, hombres y mujeres blancos, algunos casados, otros desfalleciendo sin el consuelo de ser consagrados por el celibato; imaginadlos arrojados juntos, heridos o ilesos, sin la menor consideración a ninguna clase de simpatía natural, a una ciudad del interior de China, viviendo juntos durante años y años, sin alivio a esa forzosa intimidad de la misión, obligados a trabajar juntos, pero incapaces, debido a la estrechez de sus puntos de vista mental y espiritual, de hallar alivio o escape en la civilización que los rodea. Entre esos muros de cemento está todo su mundo real. Sus únicas amistades son de unos con otros; de lo contrario, la soledad absoluta. Raras veces llegan a conocer el idioma chino lo suficiente para gozar de la sociedad china o de la literatura, incluso si sus prejuicios no se lo prohíben. Allí están, luchando por mantener las bases de la fraternidad cristiana, luchando contra sus deseos y antipatías naturales, malgastando su espíritu en su intento de conciliar lo que es irreconciliable.

¡Y cuántas historias increíbles, patéticas, humanas, inevitables! Son historias calladas, mantenidas secretas por la salvación de la Obra, de la Iglesia, de la vergüenza, de Dios... pero ¡qué historias!

Hubo aquel santo varón de cabello blanco que con tanto ahínco trabajó durante años y años, para acabar al fin con una locura extraña, pacífica, amparado tan sólo por su fiel y acongojada esposa. La historia trascendió, como trascienden siempre, por causa del servicio. Tenía una concubina, una muchacha china del campo, de lozano rostro. Sí, su esposa lo sabía. Juntos habían orado por ellos en la congoja, pero había en él la sed insaciable de... estas cosas. Era difícil de comprender, era tan bueno. Y entonces su mujer se había acordado del anciano Abraham suspirando por la joven Agar, y le parecía ser como Sara, y Sara le dio a Agar a su marido. Y Dios no se enojó, Dios comprendía... Pero la historia trascendió y el pobre misionero de cabellos blancos fue retirado.

Y había también aquella muchacha china pálida, de ojos grises y pelo negro que paseaba una pandilla de chiquillos de un pastor presbiteriano chino. Y había también aquel misionero alto y solitario cuya esposa estaba en su país cuidando de sus hijos desde hacía varios años. Nadie sabe cómo salió la historia de aquel pueblecillo. Algún enemigo suyo lo diría. Nadie carece de enemigos en China. Pero cuando le preguntaron al pastor chino cómo, entre toda su oscura prole, existía un chiquillo pálido de ojos extranjeros, contestó con candidez: «El hombre blanco que es mi jefe lleva una vida muy solitaria. ¿Y no tomó David la esposa de otro hombre, y no obstante, era el amado de Dios?».

Y había también aquellos dos viejos misioneros, hombre y mujer, que llevaban cuarenta años viviendo una vida de peligros y sacrificios, valientes, y cuya vida se hizo añicos súbitamente cuando ya eran viejos, porque el hombre, sensible y agotado hasta los huesos, proclamó a voz en grito que durante años enteros había detestado a su esposa, que su carne se rebelaba contra la de ella, y que había vivido terriblemente desgraciado. Uña y otra vez gritaba por todas partes una sola cosa:

—¡No quiero volver a oír su voz! ¡No quiero sentir jamás el contacto de su mano!

Y la historia de aquel misionero de agradable apariencia, sujeto durante años enteros a obcecaciones y manías, que a veces imaginaba que su linda esposa de ojos negros le era infiel, y agarrando un cuchillo, una silla u otro objeto, la perseguía tratando de matarla. Sus cuatro chiquillos crecieron con este horrible secreto y ninguno de ellos dijo nunca nada, porque su madre, una vez había pasado la crisis y él le había impuesto la penitencia de arrastrarse a sus pies con las manos y las rodillas en el suelo, les encarecía con pasión que no debían decir nunca nada. Y nunca lo dijeron. Crecieron con una extraña tensión en la mirada, pero nadie lo supo. Y entonces la fiel esposa murió, y el misionero se casó de nuevo con una gentil solterona, y ella tampoco lo dijo, y así siguió todo hasta que, finalmente, él mismo lo reveló todo durante una crisis, y todos los años de tortura aparecieron a la luz en las temblorosas palabras de los hijos, libres al fin de revelar lo que sabían.

Y nadie ha hablado de la historia de las solteras que en el dulce idealismo de su juventud se fueron a unas solitarias residencias de las misiones. Año tras año fueron poniéndose pálidas y silenciosas, cada vez más marchitas, más anhelantes, unas veces

mostrándose severas y crueles con sus semejantes, y obrando otras veces también verdaderos milagros de altruismo. La mayoría de ellas no se casaron porque jamás un hombre se lo pidió, y es porque no había ninguno para pedírselo. Algunas se casaron con algún hombre inferior, un anciano viudo, un tosco capitán del río; incluso, algunas veces, pero esto no hay que decirlo nunca, con algunos de sus colaboradores chinos. Pero este caso es tan raro que creo que es mejor no mencionarlo.

¡Y aquellos viudos misioneros que cuando morían sus esposas se volvían a casar tan rápidamente que incluso los chinos polígamos se extrañaban! Los cementerios de las misiones están llenos de esposas. Recuerdo la negra estela de una tumba de un recinto amurallado en un lugar cercano al Yangtsé, donde un anciano hijo de Dios yace con tres esposas y siete chiquillos habidos con ellas. Pero la estela está dedicada sólo a él. Sí, la sangre de estos hombres blancos corre más ardiente que la de los paganos, pese a que sean hombres de Dios.

Pero comprender la imposible estrechez de la vida de la misión es perdonar cada lazo que algunas veces se rompe. Bajo aquel clima ardiente, en medio de las tormentas de viento y arena, en las inundaciones y las guerras y los levantamientos de las muchedumbres contra ellos, en aquella inquietud de la vida, en la imposibilidad de conseguir lo que han intentado, en el amargo apartamiento de sus semejantes, en la interior opresión de sus almas, esa opresión que se asoma a sus ojos sombríos y resuena en sus voces, apáticas si no presas del odio; lo sorprendente no es que esos hombres de Dios se peleen entre ellos con tanta frecuencia, sino que no se maten entre ellos o se maten a sí mismos más a menudo de lo que lo hacen.

Algunas veces se matan. Hubo aquella esposa de un misionero que se levantó un día de su cama, después de haberle dado ocho hijos, y en medio de la noche corrió por la ciudad con su bata blanca para arrojarse al Yangtsé desde un acantilado. Y aquella linda muchacha de los Estados del Sur que otra noche se levantó también, entró en la cocina y con un gran cuchillo de carnicero trató de cortarse la garganta, pero no se murió, y mientras su marido y sus cuatro hijitos dormían subió al ático, se ahorcó y saltó por la ventana, y la cuerda se rompió, y no murió tampoco, y se levantó, chorreando sangre, y volvió a subir al cuarto de baño donde tomó un veneno y se murió por fin. Existen todas estas historias, pero nadie quiere hablar de ellas en interés de la Obra. Ya he dicho que lo que maravilla no es que hayan ocurrido estas historias, sino que no haya más de las que hay. En realidad, la conversión no cambia las necesidades del cuerpo humano.

Pero, desde luego, todo esto lo supe después. Durante aquellos días de mi infancia debo confesar que le tenía miedo a Andrew y a todos los demás. Mi verdadera vida privada era vivida en un lugar aparte, donde no había Dios.

Había mañanas, mañanas soleadas de primavera, en que nacía uno en imaginación. Generalmente eran los días en que Andrew se disponía a salir de viaje.

Puedo incluso decir algo más de la verdad. Cada vez que salía para uno de sus viajes de propaganda, todos nosotros experimentábamos un cierto alivio. La servidumbre se apresuraba a hacer los equipajes. Había siempre una cama portátil que preparar, un gran saco de tela parda de algodón, alargado, en el cual se metía un colchón delgado, una manta y una almohada. A Andrew no le gustaba dormir en las camas de las posadas chinas. Si viajaba por tierra, este saco se sujetaba atravesado en los lomos de un borrico blanco. Después, él, usando casco colonial y un ligero traje de algodón gris, y anteriormente sus trajes chinos, montaba en el borrico, delante de su saco, dejaba caer sus largas piernas, y los pies llegaban a pocos centímetros del suelo. Pero el borrico era un animal fuerte y salía trotando alegremente moviendo las orejas y la cola. Nosotros veíamos salir aquella tosca e indomable figura por la callejuela de guijarros, y una sensación de paz descendía sobre nosotros. La servidumbre holgazaneaba. Carie se sentaba al órgano y cantaba largo rato, o leía algún libro, y yo... yo me iba al jardín y jugaba todo el día allí donde no había Dios. Y Carie me ayudaba algunas veces inconscientemente diciéndome a la caída de la tarde:

—Esta tarde, en vez de rezar, iremos a dar un paseo: por una sola vez a Dios no le importará.

¡Dios! En todo el día no había habido Dios.

Una de esas noches mi imaginación se sumergió en un pozo peligroso. Decidí no decir mis oraciones. No pude dormir durante largo rato; tenía miedo a la oscuridad. Porque en la oscuridad sabía, desde luego, que había un Dios; aquel Ojo que lo veía todo. Pero me aferré a mi maldad y me desperté, con gran asombro por mi parte, perfectamente a salvo, con el sol brillando a través de mi ventana. Desde entonces no volví a temer tanto a Andrew. Dios no me había hecho nada.

Ahora que ya no soy joven, sé que Andrew no tuvo nunca intención de atemorizar a una pobre chiquilla ni supo jamás lo que hacía. Había veces, lo recuerdo ahora, en que regresaba de sus largas expediciones extenuado, pero con una especie de gloriosa satisfacción, su trabajo, bien hecho, Dios bien servido. Raras veces se fijaba en la belleza de las cosas y, no obstante, había algunas en que durante la cena decía:

—Las montañas estaban muy bellas hoy, cubiertas por todas partes de azaleas rojas y amarillas.

Algunas veces traía incluso una brazada de flores, y esto ocurría cuando su corazón estaba contento por lo que le había ocurrido. Otros días nos contaba lo que había visto: una pequeña pantera sentada en medio del camino, y no había sabido si seguir adelante o volver atrás, pero había prometido estar en determinado pueblo a las doce y había gente que le esperaba. Y había seguido adelante como si no se hubiese dado cuenta, y la pantera no lo había atacado. En invierno veía a menudo lobos, algunas veces metiéndose en los campos de donde los campesinos los echaban. Pero yo tuve un desengaño la primera vez que vi un lobo, porque parecía un perro del pueblo, aunque un poco más grande, de un color gris bastante sucio.

En primavera, Andrew estaba siempre fuera. Al aproximarse el final del invierno

comenzaba a impacientarse, y en cuanto las aguas del río, hinchado por el deshielo de las montañas, comenzaban a verterse en los canales, empezaba a establecer sus planes de viaje para predicar por el país, en junco o montado en su borriquillo blanco. Carie, moribunda ya, me dijo, sabiendo que alguna mujer tendría que ocuparse de Andrew:

—Vigílalo en primavera. Hacia el primero de abril es difícil de manejar. No importa que tenga ochenta años, querrá irse a recorrer el país a hacer sus prédicas.

Bien, era una buena cosa que tuviese siempre sus Evangelios para predicar, de manera que podía recorrer el mundo sintiéndose feliz, porque sabía que era su deber. Ya he dicho siempre que Andrew tuvo una vida feliz. Parecía que Dios le hubiese dicho siempre que hiciese lo que deseara.

En toda mi vida sólo oí a Andrew hablar con gran alabanza de dos hombres, y si bien no los conocí porque había nacido demasiado tarde para ello, siempre los consideré como gigantes. Por lo que sé, debieron de ser hombres de talla ordinaria, pero yo los veo altos como dioses. Ocupan un lugar entre David y Goliat, y en cuanto a bondad se sitúan entre los ancianos profetas. De lo contrario, Andrew no los hubiera alabado. Porque era capaz de derrochar su oro y su plata con indiferencia, pero no hacía nunca otro tanto con sus alabanzas. Esperé años enteros para escuchar una palabra de aprobación de sus labios, y cuando salía, sabía yo que lo había merecido; de lo contrario, no la hubiera pronunciado.

Parecía que Andrew estuviese muy descontento de los planes de expansión de la misión en que trabajaba.

—¡Ir de pueblo en pueblo! —exclamaba—. ¡Contentarse con un par de capillas en una calle de cada pueblo! Aquí hay que pensar en continentes y millones de personas.

Comenzó a trazar un plan de rápida expansión hacia el norte, que sus compañeros de misión no pudieron menos que juzgar una locura. Pero para Andrew la oposición era energía.

Esto ocurrió cuando Carie cayó enferma de tuberculosis y se fueron a la costa del norte para que pudiese reponerse. Mientras ella se cuidaba, Andrew hacía investigaciones, y emprendió uno de sus viajes circulares a este fin, para ver los métodos de los misioneros de la provincia de Shantung, región que pertenecía a otra secta religiosa.

Allí encontró a los dos gigantes, cuyos nombres eran Corbett y Nevius. No trabajaban juntos. Creo, incluso, que eran mortales enemigos. Pero ambos eran hombres tan estatales, tan vastos en sus planes, que Andrew sentía por ellos una profunda admiración. Iba con ellos, escuchando, aprendiendo. Durante años enteros discutió los méritos relativos de sus opuestos sistemas de difundir el Evangelio. Uno de ellos trabajaba extensamente, sobre vastas áreas, aprovechando todas las oportunidades, contentándose con resultados menos que satisfactorios algunas veces,

a fin de conseguir una constante expansión. El otro trabajaba intensamente, completando y perfeccionando cada centro antes de abrir otro, creando una cadena continua de iglesias en lugar de diseminarlas extensamente. Ambos eran hombres de brillante inteligencia, imperativa voluntad y energía física volcánica. Pero uno era un rudo hijo de un granjero americano, y el otro un hombre culto y refinado. De tan opuestos extremos proceden los hombres de Dios.

Andrew, en la ilimitada extravagancia de su ambición, planeaba adoptar la parte mejor de ambos métodos. Extendería y desarrollaría a la vez. «Estos meses han sido los más fructíferos de mi vida», escribió: «Estos dos grandes misioneros han establecido el plan de mi propia carrera de misionero».

Cuando Carie estuvo de nuevo restablecida y regresaron a la China central, sentía un verdadero frenesí por comenzar su verdadero trabajo. Llevaba ya cerca de cinco años en China, pero tenía la sensación de que sólo entonces comenzaba su obra. Dejó su familia en una casa de alquiler de Chingkiang e izó velas, solo, remontando el Gran Canal.

CAPITULO V

Al narrar esta historia sigo olvidando contar algo referente al nacimiento de los hijos de Andrew. Estoy poseída por Andrew. Lo veo, como tantas veces lo vi, ansioso, eternamente dispuesto a emprender un nuevo viaje. Me parece oírlo todavía, siendo ya viejo, contándome con aquella manera suya fragmentada, detalles de su vida; pero nunca me dijo nada de sus hijos. Yo no había nacido todavía, de manera que no puedo contar mi propia historia sobre él. Pero cuando emprendió el viaje remontando el Gran Canal para iniciar su trabajo de abrir nuevos territorios, tenía un hijo vivo, una hija muerta y otro chiquillo que debía nacer en breve. Carie me lo dijo.

Jamás me dijo una palabra respecto al nacimiento y la muerte de sus hijos. Me dijo, riéndose silenciosamente, que en una ciudad de la parte alta del canal donde decidió fundar su primer centro, había alquilado lo que llamó una «casa espléndida», casi por nada. Ningún chino quería vivir en ella porque estaba embrujada por una zorra. «No era más que una comadreja», dijo riéndose a gusto, no viendo parecido alguno entre los temores de los chinos y sus secretas creencias en los fantasmas. Hizo lavar y asear la casa y fue a buscar a su familia, dejando a Carie que se ocupase de ella mientras él seguía río arriba. Pero siempre hablaba de esta casa con placer. Se consideraba orgulloso de haberla encontrado y hablaba calurosamente de sus comodidades mientras hacía sus prodigiosos viajes. No tengo de la casa descripción alguna hecha por él porque era incapaz de ello. Pero compró una de las estufas en Shanghai, y hacía calor en invierno y había un estudio particular suyo donde tenía todos sus libros, y una lámpara grande sobre una mesa china y un sillón muy cómodo. Eran cosas dignas de ser recordadas cuando tenía que dormir en un lecho de piedra de una posada china o seguía los intolerables caminos cabalgando en su borriquillo.

A fin de poder trabajar más rápidamente, planeó y se hizo hacer por un carpintero chino una especie de carricoche montado sobre unos muelles muy duros. Estuvo de pie al lado de la forja del herrador mientras éste los golpeó sobre el yunque, y a su alrededor se agrupaba la gente viendo forjar aquellas extraordinarias piezas de hierro. ¿No serían una parte de alguna espada de país extranjero? Y entonces compró una mula, la enganchó al carricoche y comenzó a recorrer la región de un lado a otro con gran contento y admiración de los habitantes.

Tan grande fue la envidia suscitada por su furgón que al final algunos ladrones oyeron hablar de él y vinieron y se llevaron todo lo que contenía, salvo sus folletos y sus Biblias, que arrojaron a la cuneta. Y Andrew tuvo que andar treinta millas descalzo y en paños menores, con tres grandes heridas en la espalda, producidas por los ladrones cuando se resistió. Carie, al interrogarlo, se dio cuenta de que había sostenido una lucha terrible. Consiguió que le contara la historia a fragmentos. Sí, desde luego, había dicho que no quería ceder su carruaje. ¿Por qué tenía que cederlo?

¿Qué había hecho? Sí, los había azotado con el látigo hasta que lo sacaron del asiento, y entonces se levantó y les golpeó las cabezas una contra otra. Era tan alto que pudo hacerlo con facilidad, pero eran demasiados, no podía romperles las cabezas con suficiente celeridad. Carie le lavó las heridas y lo vendó, y él se quejó amargamente de tener que dormir de bruces durante semanas enteras, y llevado más por su irritación que por ningún otro sentimiento, fue al magistrado del pueblo y pidió que le devolviesen la mula y el coche. El magistrado era un hombre viejo, amante de la paz y del opio, y le dijo que aquello era imposible, pero que le daría el dinero. Pero Andrew insistió en que quería un carruaje y una mula. Lo amenazó con complicaciones internacionales si no lo complacía. Andrew echaba siempre mano de los tratados internacionales y la extraterritorialidad. ¿No tenía acaso el perfecto derecho de predicar el Evangelio? El magistrado lanzó un suspiro y prometió. La mula no fue encontrada; el magistrado presentó toda clase de excusas y dijo que, desgraciadamente, se la habían comido. Pero el carruaje fue encontrado hecho pedazos, y Andrew lo miró un poco contrariado, pero satisfecho. Por lo menos, nadie sacaría provecho de él. Volvió a cabalgar en su borriquillo, como medio de locomoción más seguro y, además, más adecuado para un hombre de Dios.

Éstos eran los procedimientos de Andrew durante aquellos días de expansión militante. Solía entrar en el pueblecillo o ciudad que había elegido como centro de sus actividades y se dirigía a la casa de té más importante de la localidad, ataba su borriquillo a una de las pértigas de bambú que sostenían el toldo de algodón y se sentaba a una mesa cercana a la calle. Su gran estatura, su larga nariz, sus ojos azules y brillantes, su aspecto totalmente de forastero agrupaban en un cuarto de hora una gran muchedumbre a su alrededor. En el transcurso de una hora, o en el tiempo necesario para que corriese con la velocidad del telégrafo de boca en boca el mensaje: «En la casa de té del Gran Puente hay un demonio extranjero», la ciudad entera se hallaba allí congregada, a menos que estuviesen enfermos. El dueño de la casa de té no sabía si estar contento o atemorizado de ver en su casa tal multitud. Lo cierto es que jamás había tenido un cliente como aquel gigante.

Pero Andrew sonreía amablemente, y bebía taza tras taza de té y hacía preguntas sobre la ciudad; se informaba sobre cuántas familias vivían en ella, cuál era la principal ocupación y quién era el primer magistrado. Los más osados respondían, un poco atemorizados y acercándose a él, porque se decían: «¿Por qué querrá saber todo esto un demonio extranjero?». Y los más arrojados se atrevían a hacerle una pregunta:

—¿Cuál es el honorable país del Demonio Extranjero?

—¿Mi indigno país? ¡América!

La muchedumbre respiraba tranquilizada. ¡Ah, América! América era un buen país. Había una pausa mientras todos lo contemplaban. ¡Conque los americanos eran así! Lo examinaban minuciosamente y le hacían otra pregunta.

—¿Cuál es su oficio, Señor Extranjero?

—Pertenezco a la Iglesia de Jesús.

De nuevo la muchedumbre se miraba, haciéndose señales unos a otros. La Iglesia de Jesús... ya habían oído esta frase. Bien, era una buena cosa; todas las religiones son buenas; todos los dioses son buenos. Habiéndolo identificado, se sentían más tranquilos.

Pero Andrew movía la cabeza. No, todos los dioses no eran buenos, les decía con firmeza. Hay falsos dioses, dioses de yeso y piedra, pero su dios era el único verdadero. Ellos lo escuchaban respetuosamente. Después de todo, era un extranjero; no había que pedirle que tuviese modales.

Les daba folletos y ellos movían la cabeza.

—Ninguno de nosotros sabe leer —decían excusándose.

Era mejor no aceptar nada de él, y menos aún papeles raros con dibujos.

—Tengo también algunos libros —decía—. Los vendo a un penique cada uno.

Bien, venderlos ya era diferente. Esto había que comprenderlo. Algunos, por curiosidad, buscaron unos peniques en el cinturón y tomaron el librito envuelto en papel. Allí estuvo sentado un par de horas y después se marchó. Detrás de él, la multitud hacía sus comentarios; era un buen hombre inofensivo que sin duda cumplía una penitencia religiosa. Debióse hacer a algún dios el voto de realizar un acto meritorio; de lo contrario, no se comprendía que hubiese abandonado su casa para ir a rondar por el mundo. Debía estar haciendo méritos para ganarse un sitio en el cielo. Quizá había cometido un crimen en su tierra. De todos modos, era un hombre feísimo, con unas manos y unos pies enormes, una nariz como un arado y unos ojos de demonio, pero un buen hombre, sin duda, que vendía aquellos libritos para ganarse el arroz para el viaje. En fin, era ya hora de irse a casa.

A los pocos días Andrew regresaba. De nuevo se reunía la muchedumbre, quizá no tan populosa, pero amistosa y familiar.

—¡De nuevo aquí, extranjero! ¡Te gusta nuestro pueblo!

—Sí, es un bonito pueblecito. Me gustaría predicar aquí.

—Predica, predica lo que quieras, te escucharemos —decían ellos, riéndose.

Y así Andrew se instalaba en la casa de té y predicaba.

—«Porque Dios amaba tanto el mundo que dio por Él su único Hijo, y así quien crea en Él no perecerá, sino que gozará de una Vida eterna».

De estas palabras, solemnemente repetidas, Andrew había hecho una breve exposición compendiada de todo el plan de salvación. Dios, Su Hijo, creer, no perecer, vida eterna. Todo su credo estaba allí. «Tracé un breve sermón», escribió gravemente al cabo de algunos años, «que comprendía todos los puntos esenciales de la salvación, de manera que el alma no redimida al oírlo acaso una sola vez pudiese entenderlo y adquirir con ello su propia responsabilidad».

Una y otra vez Andrew volvía al lugar hasta llegar a ser una figura familiar entre ellos, y entonces buscaba una habitación que alquilar, una habitación que diese a la

calle. Cuando la había encontrado la hacía enjalbegar, ponía algunos bancos de madera barata, una mesa basta como púlpito y un texto pintado en la pared detrás de él. Y detrás de aquella mesa predicaba regularmente Andrew dos veces a la semana, tres quizás, tantas como podía, y la multitud iba y venía. Campesinos que se disponían a regresar a sus granjas dejaban allí sus cestos de vuelta del mercado y se sentaban a escuchar. Ciudadanos curiosos acudían allí y se sentaban un rato para oír algo nuevo. Las madres acudían con sus hijos a escucharlo.

Pero las mujeres eran siempre una pesadilla para Andrew.

—No escuchan nunca —se quejaba—. Se hablan de una parte a otra de la habitación preguntándose tonterías sobre cocina y los chiquillos. No entienden una palabra, de manera que es inútil perder el tiempo con ellas.

—Pero también tienen alma, Andrew —solía decirle siempre Carie con gracia.

Pero Andrew no contestaba nunca. Era evidente que lo dudaba. En todo caso, una alma de mujer difícilmente podía contar por un alma entera. En sus memorias sobre las conversiones, siempre las anotaba. «Setenta y tres conversiones este año (quince mujeres).» Un año triunfal era cuando el porcentaje de mujeres era bajo. Cuando acudían a examinarse para formar parte de la iglesia no las trataba nunca lo mismo que a los hombres.

—En realidad no tienen gran idea de lo que hacen —solía decir—. Está fuera de su alcance.

En cuanto tenía un pequeño grupo de convertidos, dos, tres, o cuatro, se iba a otro pueblo dejando en el lugar a un viejo converso de otro centro anterior a quien había enseñado a predicar. Dos veces al año, durante sus largas peregrinaciones de otoño y primavera, visitaba pueblo por pueblo, examinaba a los nuevos convertidos, bautizaba a los que le parecían sinceros, oía quejas y lamentaciones, y salpicaba las cabezas de los nacidos cuyos padres estaban convertidos. Una de las pruebas sobre las que insistía para demostrar la estupidez de las mujeres era que aquellas cuyos infantes rociaba con el agua bautismal no podían comprender que no los hiciese miembros de la Iglesia. Una y otra vez durante la Comunión vi su rostro convulsionarse de horror al ver una inocente madre china poner el pan sagrado en la boca del chiquillo y hacerle beber un sorbo de vino. El chiquillo lanzaba siempre un grito de protesta; por lo visto, ninguno de ellos quería ser cristiano. Andrew «hablaba» siempre con las madres. Ellas lo miraban, impresionadas por la seriedad de su rostro indignado.

—¿Se va a morir? —preguntaban algunas.

—¡No, no, no es eso! —trataba de explicarles—. ¿No veis?... —E intentaba que comprendieran. Ellas escuchaban tratando de entenderle. Todos, hombres y mujeres, escuchaban sus sermones tratando de comprender.

En aquellos pequeños grupos de convertidos había algo que me estruja todavía el corazón, pese a los años transcurridos. Tenía un algo de patético. ¿Por qué se habrían apartado de su pueblo para escuchar a aquel extranjero? ¿Por qué se apartaban de la

seguridad de su pueblo para creerle? En todos los pueblos eran iguales; se veían los mismos rostros, la vieja mujer cuyo rostro paciente era la misma escultura de la decepción, intensa y larga. Su vida se acercaba al final, y, ¿qué había entonces? Sus ojos eran siempre demasiado inteligentes, demasiado profundos. Había nacido con algo más de inteligencia que sus semejantes. La vida conjunta del matrimonio y la crianza de sus hijos no le había bastado. Tenía suficiente para todo ello y algo más. Preguntadle por qué estaba allí y os contestaría un poco dolorido: «He probado todos los demás caminos para hallar la paz, pero no la he encontrado».

—¿Por qué caminos, mujer?

—He orado a demasiados dioses. He escuchado a demasiados sacerdotes y tengo todo esto en mí que me atormenta.

Y se llevaba al pecho su mano exquisitamente envejecida.

—¿Qué es lo que te duele aquí?

—No lo sé.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tengo hijos. Tres hijos. No es esto...

—¿Lo tienes todo?

—Todo... menos la paz.

—¿Cómo sabes que no tienes paz?

—Pienso tanto..., día y noche estoy inquieta pensando.

—¿Qué piensas?

—Me pregunto por qué estoy viva. ¿Por qué viven todos éstos que me rodean? ¿Qué significa el nacimiento y el matrimonio y de nuevo el nacimiento, si al final no hay más que la muerte? ¿Qué significa todo esto?

—¿Y no esperas encontrar en ello la paz?

—No lo sé... pero hay un dios que no he conocido y hay un extraño clérigo que no he escuchado.

—¿Crees en lo que dice?

—No lo sé, pero creo que debo hacerlo puesto que él cree en sí mismo. Es algo que un clérigo cree también. Así, pues, lo probaré.

Hay también otra mujer anciana sentada a su lado, una mujer vulgar de rostro virulento, que se duerme mientras Andrew predica, y su mandíbula inferior cuelga.

—Buena madre, ¿por qué estás aquí?

Gruñe, abre los ojos, se ríe y se frota la cabeza para despertarse.

—Pues, verás, es así. No tengo ningún hijo porque estoy maldita y sólo dos hijas, casadas ya. Soy vieja; mi hombre, que es un haragán, hace diez años que no me da de comer, de manera que hago algún trabajo para alimentarme. Zurzo calcetines para los soldados, o lavo las legumbres para el dueño de una hostería, o friego los vasos de noche en lugar de los esclavos de los ricos, que son demasiado remilgados para hacer estos menesteres; hago todo lo que encuentro, porque no puedo estar constantemente yendo a llamar a la puerta de mis hijas con mi escudilla vacía, porque sus maridos se

lo harían pagar a ellas. Tengo que arreglarme. He venido a ver si este extranjero quiere darme algún trabajo.

—Pero has dicho que crees en sus palabras... Deja que te rocíe con agua la cabeza.

—Bien... sí... ¿agua? Dejaré que me eche un poco porque estará contento y quizá me dará trabajo. ¿Lo conoces? ¿Quieres hablarle de mí? Dile...

En el otro lado de la sala donde están sentados los hombres, hay un muchacho pálido, con las piernas cruzadas, golpeando el suelo de ladrillos con el pie mientras escucha a Andrew sin oírlo. Algunas veces abre indiferente el libro de oraciones y otras mira hacia fuera por la ventana de sucios cristales.

—¿Por qué has venido, muchacho?

—Quiero aprender el inglés.

—¿Por qué?

—Quiero marcharme de este miserable poblacho. Quiero encontrar un empleo en una gran ciudad, Shanghai... Si sé hablar inglés, puedo encontrar un empleo en alguna gran oficina extranjera.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he oído decir.

—¿No crees lo que dice?

—¿El extranjero ese alto? No creo en ninguna religión. No quiero religiones. Quiero dinero. Quiero ver el mundo.

Hay también un anciano, hay siempre un anciano.

—Anciano, ¿por qué has tomado el pan y el vino?

—La religión es buena... Todas las religiones son buenas... traen la paz.

—¿Crees en otros dioses además del de este hombre?

Sonríe con la alegría y la paz en el rostro; en él se refleja una calma de Buda.

—Creo en todos los dioses; todos son buenos.

Hay un mahometano alto. Todo es árabe en él; la demacrada línea de sus mejillas, la curva de su nariz, el delgado arco de sus labios.

—¿Has abandonado a Alá?

—Veo que el Alá que he buscado es el dios de este hombre. Me ha obligado a creer en Él.

—¿Cómo te ha obligado?

—Tiene fuego. Tengo fuego yo también. La llama de su alma se ha extendido y ha alcanzado la mía, y me ha obligado.

—¿No han renegado de ti tus amigos, tu familia?

—Sí, han renegado. No tengo amigos, ni tengo familia. Mi nombre ha sido borrado de los nombres familiares. Lo arrojaron a lo lejos el día que les dije que era cristiano.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguir a éste hombre.

—¿Y después?

—Lo seguiré.

Este hombre, en realidad, siguió a Andrew toda su vida y Andrew hizo de él un buen predicador. Hubiera podido ser el hermano de Andrew, tan iguales eran; ambos altos y delgados, rostros demacrados, narices aguileñas. Andrew era rubio, y el viento y el sol había dado a su rostro un tinte rojo oscuro, y el mismo viento y el mismo sol había curtido la faz del mahometano dándole un tono de cobre oscuro. Pero sus almas eran hermanas.

Y así venían, unos por una razón, otros por otra. Los que venían sólo por ver y oír una cosa nueva se marchaban. Pero siempre había el puñado que se quedaban por oír, por escuchar, aprender y comer, por lo menos, el pan y beber el vino. Después, habiendo ya comido y bebido, se aferraban a Andrew. Porque después de aquello estaban perdidos. Se habían separado voluntariamente de sus semejantes y no volverían a estar nunca más donde habían estado. ¡Cristianos! El color de sus almas había cambiado. Habían absorbido substancia extranjera. Jamás podrían regresar a aquella vieja vida hermética, bulliciosa y alegre de las calles, las casas de té y los mercados. Tampoco podrían presentarse nunca más ante los viejos dioses. Sus hermanos, sus amigos, no volverían a confiar jamás plenamente en ellos. Habían comido la carne y bebido la sangre de un nuevo dios.

Por aquellos tiempos había nacido Comfort, pero fue un hecho insignificante y para Andrew no representó diferencia alguna, especialmente siendo una hija. Sin embargo, hubiera debido estarle agradecido porque lo ayudó por el mero hecho de haber nacido. La cosa ocurrió de esta forma. Carie había perdido dos hijos en rápida sucesión y, súbitamente, ella, a quien Andrew conocía tan entera, tan invencible, quedó destrozada. Desfalleció y pidió regresar a su tierra.

Tampoco dejó Andrew de sentirse conmovido. Carie me dijo que no había visto jamás lágrimas en los ojos de Andrew, pero que la vez que estuvo más cerca de ellas fue cuando la muerte de Arthur. Aquella noche, mientras aquel cuerpecito yacía esperando su entierro, Andrew y Carie leyeron, como de costumbre, las Escrituras antes de irse a acostar. Andrew leyó el pasaje del rey David llorando delante del cuerpo de su hijo moribundo. «¡Oh, mi hijo Absalón, hijo mío!».

—Sollozó un poco —me dijo Carie—. Después siguió leyendo hasta el final con su habitual firmeza. «¡Hubiera querido Dios que muriese yo por ti, oh, Absalón, hijo mío, hijo mío!».

Cerró la Biblia y volvió a ser el de siempre. Porque Andrew creía de tal modo en Dios y en la Divina Providencia que no podía dolerse de nada. «Dios me lo dio y Dios me lo ha quitado. ¡Alabado sea el nombre del Señor!».

Para él, esta vasta serenidad cubría el universo. Pero cuando su segundo hijo, una muchacha, murió, Carie se volvió casi loca de dolor. Años después Andrew me dijo con voz sofocada:

—Jamás he visto un corazón más duro, una mentalidad tan irrazonable como la suya en aquellos tiempos. Nada de lo que le dije pudo convencerla. El doctor de Shanghai dijo que tenía que distraerse o perdería la razón. Tomé, pues, pasaje para Europa. Yo hubiera preferido Tierra Santa, pero ella no quería ir porque le habían dicho que los perros de los pueblos eran sarnosos como los de China y que el pueblo era pobre. Desembarcamos, pues, en Brindisi. Recuerdo que en Lucerna nos daban una miel deliciosa para el desayuno. En Roma vi una gran cantidad de estatuas desnudas. Esto parece extraño si se tiene en cuenta que Roma es el centro de la religión cristiana. Porque supongo que, para el Papa, el catolicismo no es más que una forma del cristianismo. Me cansé de Europa.

La verdad es, desde luego, que Andrew se cansaba pronto de todo lo que no fuese su trabajo. Había trazado tantos planes que cualquier vida era corta. Ante él se extendía todo el continente de China. Sólo avanzando incesantemente pudo conseguir completar, antes de morir, la campaña que con tanto ahínco había establecido en su mente. Carie solía decir que le parecía que el cerebro de Andrew era un mapa de China. Conocía todas las provincias, todas las ciudades, todos los ríos y poblaciones. Consideraba como suya aquélla en que había fundado una capilla. Ya establecida a su cadena de centros, se iba a un nuevo territorio.

Aportaba una profunda tensión interna y emotiva a su interminable y celoso predicar, a su desesperada idea de salvación, una tensión que le devoraba cuerpo y alma. Bajo su sereno exterior, ardía en su interior como una fiebre. Mientras visitaba las catedrales de Roma y de Florencia, estaba en realidad en China, planeando y pensando, preocupado, si el apóstol Chang no sería demasiado débil para ser dejado solo, si Li no sería demasiado dominador para las almas confiadas a su cuidado.

Pero tenía mucho más miedo de sus compañeros misioneros que de otra cosa, no fuese que cambiasen sus planes, despidiesen o substituyesen a sus ministros, o creasen disturbios metiéndose en sus intrincadas campañas. Cuando regresaba al hotel tomaba una hoja de papel y comenzaba a redactar con sus claras letras chinas cuadradas sus instrucciones, avisos y advertencias. «No escuches», escribía una y otra vez a su camarada Ma, mahometano un día, y hoy cristiano Ma, «no escuches a nadie más que a mí, que soy tu hermano espiritual. Recuerda el plan que trazamos juntos, síguelo hasta que yo llegue». Contemplaba las calles de Roma y veía el sol caer sobre los mármoles de las iglesias.

—Roma está llena de imágenes —decía— infinitamente peores en su desnudez que los dioses de los paganos. —Se pasaba la mano por la frente con un ademán de inquietud—. Tengo que ocuparme de los asuntos de mi Padre...

Anduvo por Europa como un león encadenado y pendenciero, intolerante con respecto a las costumbres locales. Se enfurecía particularmente con las continuas propinas. ¿Por qué a un tipo que no ha visto uno nunca, por haber llevado una maleta, hay que darle una cantidad de dinero suficiente para comprar el Antiguo y el Nuevo Testamento o ir a predicar durante una semana? Llevaba las maletas él mismo,

entrando en los vestíbulos de los hoteles y apartando a los criados como si fuesen moscas. Sólo una vez fue vencido. Había instalado a Carie y a Edwin en el tren hacia Francia, y en vista de que había que esperar diez minutos, fue a los lavabos de la estación. Allí se dirigió a la encargada, que le tendía la mano y, sin hacerle caso, entró. Pero por una vez Andrew fue burlado. La encargada lo encerró dentro y escuchó incommovible las vociferaciones de Andrew. Nadie sabe todo lo que dijo. Puesto que la encargada no hablaba inglés, y Andrew no quiso contar nada más que los hechos escuetos. Llegó corriendo al tren en los últimos minutos, con gran alivio de Carie y de Edwin.

—Me han encerrado —murmuró, jadeante.

Carie comprendió en el acto lo que había ocurrido.

—Hay que dar algo —dijo.

—No le hubiera dado nada si el tren no hubiese estado a punto de partir —dijo Andrew con firmeza, recobrando el aliento.

—Después de todo, están en su tierra —dijo Carie gentilmente—. Aquí somos forasteros.

—Esto no excusa el robo —dijo Andrew.

Era evidente que había habido una agarrada fuerte y, como dijo Andrew, el tren estaba a punto de arrancar. La única consecuencia de lo ocurrido fue hacerlo más empedernido que nunca. Sus mayores triunfos los consiguió en Francia y llegó más alto que ningún otro americano en la hazaña de no dar propinas en Francia. Sin embargo, a Andrew no le importaba nada el dinero y era capaz de arrojarlo a manos llenas cuando se trataba de comprar Biblias y folletos o libros de carácter bíblico, o se trataba de ayudar a algún estudiante en teología que esperaba a entrar en el seminario. Pero darlo sin más ni más, esto era una locura semejante a perder el tiempo fuera de los intereses de la Obra. Lo consideraba un pecado y era siempre intolerante con el pecado. Años después, sus hijos, demasiado sensibles, sufrieron y se estremecieron ante su desprecio y desdén por los rostros serviles. Su alta figura avanzaba indiferente, cargado de bultos y maletas.

—La gente no hace eso... —murmuraban angustiados en su adolescencia.

Pero Andrew apretaba sus mandíbulas con tesón. ¡La gente! Él escuchaba sólo a Dios.

Después de Europa, pensaba en su país con impaciencia. Allí, por lo menos, había una nación cristiana donde los hombres eran honrados y no estaban pensando siempre y únicamente en el dinero. El día en que el barco atracó en los muelles de Nueva York, estaba loco de alegría. Llevó sus equipajes a tierra y los metió en el primer coche de alquiler que encontró.

—Lléveme a un hotel decente y razonable —le dijo al cochero.

Carie, recordando los incidentes ocurridos en Europa, le dijo con su habitual cautela:

—¿No hubieras hecho mejor en preguntar el precio del coche?

Pero Andrew, con su habitual inconsciencia, respondió:

—Gracias a Dios, estamos ahora en un país cristiano.

Fueron dando tumbos por calles que no conocían.

—Está lejos —dijo Carie.

—¡Bah, Carie! Este hombre sabe lo que se hace —respondió Andrew.

El caballo, obedeciendo a un tirón de las riendas, se detuvo delante de un modesto hotel.

—¿Cuánto es? —preguntó Andrew.

—Cinco dólares —dijo el cochero.

Andrew quedó atónito. ¡Cinco dólares! Era mucho dinero. Pero el recorrido había sido largo. Pagó, siempre de buen humor.

—Estamos en nuestro país —dijo, subiendo las escaleras al lado de Carie y Edwin.

Entraron en la habitación que les habían dado. Carie fue directamente a la ventana, como hacía siempre en una ciudad desconocida. Se quedó con la boca abierta.

—¡Oh, Andrew, oh!... ¡Ven en seguida! —gritó, echándose a reír a carcajadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, alarmado.

Llegó a su lado y siguió con la mirada la dirección que le señalaba su dedo. Allí, a menos de dos manzanas, estaba el barco del que habían desembarcado hacía media hora.

—¿De qué te ríes? —dijo Andrew con cierta amargura—. ¡Cinco dólares!

—Es que estamos en un país tan cristiano...

Fueron a su casa en tren, atravesando los Estados, las colinas pobladas de bosques que tan extrañas parecían después de la desnudez de los paisajes chinos, cruzando ríos que parecían arroyuelos después de la inmensidad del Yangtsé y el Río Amarillo, atravesando ciudades cuyas casas parecían irreales, tan ordenadas y limpias estaban al lado del hacinamiento fangoso y la confusión de los pueblos chinos. Durante sus diez años en China, Andrew no había visto un tren, y sintió un inocente deleite en aquella velocidad, si bien un deleite sólo relativo. Viajar en *pullman* no hubiera sido propio de un misionero. ¡Cómo! ¿Tomar el dinero que la iglesia había recogido a fin de que los Evangelios pudiesen ser difundidos en tierra de paganos y gastarlo en preocuparse un muelle lecho para él y los suyos? Hubiera sido para él un sufrimiento. Viajaron en coches ordinarios y aun así temía que fuese demasiado lujo. En cuanto a los coches restaurantes, los consideraba sencillamente una extravagancia pecaminosa. ¡Pagar aquellas cantidades por la comida! Compró unos bocadillos y gozó tanto con ellos como con el sacrificio.

El regreso a su casa le causó una extraña impresión. Cuando diez años antes Carie y él se marcharon, tuvieron la sensación de abandonar el hogar y sus padres para ser dignos de la causa que había emprendido. La inmensa granja se extendía por aquellos campos como hogar de su cuerpo, como el cielo que la cubría era el hogar para su

alma. Sus padres parecían inmortales, aferrados a la tierra. Pero ahora llegaba para darse cuenta de que la casa, el hogar, era como una concha que hubiese crecido demasiado. Sus ojos habían visto extrañas cosas. Sus pies habían recorrido muchas millas sobre otros suelos. Habían criado chiquillos bajo otros techos, y tres de ellos yacían ahora sepultados en tierras extranjeras. La vieja alquería estaba destartada, amenazando ruina. Lo que le había parecido tan espacioso y bello en su juventud, se había convertido ahora en una estructura vieja que necesitaba remiendos y pintura. Los pilares de madera del porche se tambaleaban, el techo estaba resquebrajado, y el vallado tan destrozado que los cerdos entraban y salían a su antojo. En la casa vivía todavía el anciano granjero, pero su fuego se había convertido en rescoldo. La eterna querrela entre él y su mujer no se había modificado. Cada noche se sentaba en el suelo delante del fuego, como siempre había hecho, contemplando los carbones ardientes, y ella lo censuraba como de costumbre por no sentarse decentemente en el sillón frente al suyo.

—¡Qué tontería!..., Te estás haciendo viejo... te acercas a la muerte.

Lo cierto era que, de los dos, ella era la más fuerte, la más viva, la más alerta. Pero no había trabajado tanto como él. Se limitaba a permanecer sentada bajo el porche o al lado de la ventana y así pasaba las horas. De vez en cuando, erguida y firme, se atrevía a entrar en la cocina a pescar algo que comer, un resto de tarta, un poco de mermelada de manzana y un trozo de pan salado, una pata de pollo asado fría o una lonja de jamón, y con esto volvía a su inmóvil pasatiempo.

—¡Comiendo otra vez! —gruñía el viejo—. ¡Siempre comiendo!

Pero ella seguía tan delgada, y esbelta y firme como un nogal, y vivió mucho más que él.

Todos los hijos se habían marchado de la casa desde hacía tiempo, salvo el menor, que estaba ya hablando de marcharse. Un hijo tras otro se habían ido por estos mundos a predicar y él quería irse porque había oído la llamada también. Pero el viejo no quería que se fuese. Uno de los hijos tenía que trabajar la tierra. Y así, el más joven de ellos, alto y de ojos azules como todos ellos, empujaba el arado con rabia, pensando en que el día en que su padre muriese seguiría el camino de los otros. Iría al colegio y al seminario y subiría al púlpito y diría a sus fieles cuál era la voluntad de Dios. Entretanto, se había casado con una rolliza irlandesa de vivos ojos negros, famosa cocinera y excelente ama de casa. Ella era quien barría y aseaba, cocinaba y arreglaba la casa, e intervenía en las discusiones entre marido y mujer. Tenía una lengua viva y un temperamento irlandés, el que suelen tener los irlandeses de cabello y ojos negros, y sus mejillas eran rojas, y su boca adusta. Pero tenía buen corazón, la comida era abundante, y alrededor de la mesa había sitio para todo el mundo.

Pero los hermanos y sus esposas estaban desparramados por el Estado. David, el más docto, era desde hacía mucho tiempo ministro en el pequeño pueblo de donde era oriunda Carie. Hiram, el más bello, se había casado con una joven beldad, de bolsa bien forrada, y sabía que había conseguido una cosa rara. Predicaba en el Sur. Isaac

estaba en Missouri, delicado todavía a causa de sus años en la cárcel; Christopher, el metodista, estaba «alborotando», como decían sus hermanos, en la iglesia metodista. John, el prudente, casado con la viuda rica, administraba su fortuna, viviendo en una espaciosa y confortable casa de ladrillos en medio de sus vastas y fértiles tierras y había sido elegido en la legislatura. La vieja casa estaba vacía.

Andrew no pudo quedarse allí tampoco. Cuando llegó a su casa, los antiguos quehaceres cayeron de nuevo sobre él; vacas que ordeñar, heno que segar, caballos a los que dar el pienso. Cayó de nuevo en aquel viejo trabajo agotador y fue horrible para él. A cada momento recordaba que en China había millones de hombres que morían sin conocer la existencia de Dios y que él era capaz de salvar sus almas, y en cambio, ¡estaba allí ordeñando las vacas! La vieja impaciencia se apoderó de él.

Y era todavía Andrew el más joven. En el momento en que entró en aquella casa dejó de sentirse el elegido de Dios. Volvió a ser el más joven de los hijos, menos favorecido que los demás. Su madre, mirándolo, observó que estaba amarillo. Su padre se echó a reír en son de mofa. «El clima pagano y la comida pagana», exclamó.

Sus manos se endurecieron y sus uñas volvieron a romperse. Desde hacía años había sentido una secreta vergüenza de sus manos, desde que uno de sus hermanos, Hiram quizá, lo había hostigado aludiendo a su tamaño y sus huesos. «Parecen unas manos de viejo», decía siempre. Y su madre, al oírlo, respondía plácidamente: «Andy ha tenido siempre manos de viejo, incluso cuando era un chiquillo». Ya viejo, sus manos eran sumamente bellas, grandes y esqueléticas, pero delicadas y llenas de gracia. Pero Andrew odiaba el trabajo manual, si bien lo hacía concienzudamente, como todo lo que hacía, hasta donde supiese, pese a detestarlo.

Años después, el gran resentimiento que guardó contra su primera visita a su casa fue que nadie le preguntó nada respecto a su vida y a su obra.

—No lo comprendo —decía con sinceridad, con sus ojos azules llenos de dolor y extrañeza—. No me han preguntado nada sobre China.

Era un viejo resentimiento que llevó en su corazón durante todos aquellos años. Llegó a su casa hecho un hombre, alto y sensato, más maduro en experiencia que ninguno de los demás. Había estado más allá de los campos y las colinas, más allá incluso de los horizontes del Oeste, que tan lejanos parecían, más allá del mar. Había comido manjares extraños, paseó por calles de ciudades alejadas y aprendió a hablar otra lengua que la suya. Pero ahora no era más que Andrew que había regresado a su casa. A nadie le importaba que hablase, leyes y escribiese el chino a la perfección; nadie le preguntó: «¿Qué comen en aquel país y de qué manera van vestidos?». Examinaron brevemente algunos regalos que Carie había traído. Su anciano padre estuvo más que contento cuando Carie cogió su vieja chaqueta y le dio vuelta y la dejó nueva otra vez.

Andrew, pensando en aquello cuando era ya viejo, dijo, mientras aparecía en sus mejillas un doloroso rubor:

—Decían que era muy tranquilo y que nunca hablaba. Pero ellos no me

preguntaron nada. ¿Por qué tenía que decirles lo que no les interesaba saber?

Eran gente poco comunicativa. Una vez, riéndose y con un cierto punto de amargura en la voz, Carie dijo:

—¡Pobre abuelo! Nadie lo ha besado desde hace muchos años. Recuerdo que la primera noche que estuvimos allí, Edwin nos besó al darnos las buenas noches, como hace siempre, y en un arranque de cariño, fue y besó al abuelo también, y el pobre viejo quedó tan extrañado que creí que iba a asustar al chiquillo. No se movió ni dijo una palabra, y su rostro no se inmutó, y Edwin se echó atrás, asombrado. ¡Me dolió tanto!... Me dolió por los dos.

Estar en su casa no era, pues, un consuelo para Andrew. Era tan sólo un retorno a las antiguas inferioridades. Sin embargo, Andrew fue quien, durante su estancia allí, ayudó a su padre a percibir los arrendamientos de los colonos descuidados y le puso las cuentas en orden. Fue Andrew quien reconstruyó el techo del viejo henil, pintó la casa y reparó la escalera. El deber lo empujaba, como la ambición, el amor o el placer pueden empujar a otro hombre. Jamás eludía un trabajo que detestaba si creía que era su deber. Porque Dios ha dicho, «Honrarás padre y madre». Obstinadamente y con paciencia, él los honraba.

Pero había veces en que Andrew conseguía hallar la satisfacción de que su alma estaba sedienta. Fue enviado a predicar en algunas iglesias por las misiones. No predicó en las iglesias de las ciudades ante un auditorio elegante y orgulloso que en media hora quería que les diese un resumen de las necesidades de China. Andrew iba a las iglesias rurales, donde la gente no tenía prisa, y en las que los fieles esperaban algo suficientemente largo que mereciese la pena de ponerse el traje de los domingos y recorrer largas distancias por caminos polvorientos. Los granjeros y sus esposas escuchaban atentamente las historias que él les refería respecto al pecado y la miseria, y cómodamente sentados se daban cuenta de que ellos no cometían pecados ni tenían mucha miseria. Cuando había terminado, nadie miraba el reloj, contribuían con su óbolo a la colecta y alguno que otro lo invitaba incluso a comer.

¡Aquellas comidas! Recordándolas al cabo de algunos años, Andrew solía decir con una especie de culpable placer:

—¡Qué derroche! Pollo asado, jamón frío, cuatro o cinco clases diferentes de legumbres y patatas, ensaladas, variantes y conservas, libras de *cake* y, lo creáis o no, ¡helado! Hubiera sido servir más a Dios poner más en el plato de la colecta y menos en el estómago.

Pero Andrew conservaba su horror por todo lo que fuera excederse. Le gustaba la buena comida, como a todo el mundo, pero no comía más que lo que consideraba necesario para tener fuerzas para la obra de Dios. Cuanto más refinado era el trozo, con mayor obstinación rehusaba un nuevo bocado. Platos sencillos y comer lenta y parsimoniosamente, era su regla. Y, sin embargo, su inocente placer ante una buena taza de té caliente un día de frío, o un buen plato de sopa a la hora de la cena, terminados ya sus deberes, era tan intenso como el del más refinado *gourmet* ante la

vista de una tortuga o caviar o cualquier otra inútil delicadeza. El resultado de esta parquedad fue, naturalmente, que vivió hasta los ochenta años fuerte como un roble, y cuando su cuerpo fue lavado para el entierro, su carne era tan tersa y suave bajo el intenso curtido del sol en su rostro y su cuello, como podía ser la de un chiquillo.

Poco anotó de aquellos dos años transcurridos en su tierra natal. Dos años permanecieron dolorosamente allí contra su deseo, porque Carie estaba embarazada y no quería volver a China hasta que el chiquillo hubiese nacido. Él hubiera podido insistir y vencer, pero el padre de Carie, que era un hombre pequeño de estatura, pero con un alma de Hércules, le recordó los tres hijos que habían muerto.

—Este chiquillo tiene que nacer bajo mi techo —dijo en tono conminatorio.

Y así Andrew esperó al lado de Carie en su viejo caserón, impaciente por salvar otras almas ya nacidas, hasta que la nueva alma apareció. Era una niña y no valía la pena de haberla esperado. Andrew no lo ocultó nunca. Años después, cuando la chiquilla creció y comenzó a escribir libros, Andrew no quedó impresionado: Novelas... No tenían valor; si era perder el tiempo de Dios incluso leerlas, mucho más escribirlas. Cogió una de ellas una vez, un grueso volumen, y lo miró, volvió una o dos páginas y lo cerró.

—Me parece que no lo entendería —dijo con su abstraída amabilidad y sin querer en absoluto ser desagradable.

Una vez, creyéndolo su deber, dijo:

—Espero que no escribirás nunca nada que no sea verdad, hija mía.

Pero no esperó la respuesta. No le importaba cuál pudiese ser. Desde el momento en que había hecho la observación, su deber estaba solamente en cumplido.

Andrew no pretendió nunca hacer creer que quería tanto a sus hijas como a sus hijos. Sus hijas existían, como su madre, para ocuparse de él. Si en esto hubiese advertido su egoísmo, difícilmente lo hubiera soportado. Pero no se daba la menor cuenta de ello. Era tan confiado, tan egoísta como un chiquillo. Cándidamente veía a las esposas y las hijas sólo para las cosas materiales, dando por cosa sabida la comodidad de la comida y el aseo de las ropas, y el calor, y la luz, y todo lo que requería un hogar. Una vez, siendo ya viejo, cuando Carie no estaba allí y dependía en estas cosas de una de sus hijas, ya casada también y hacendosa como la que más, cayó muy enfermo, y después de algunos días de cuidados, no teniendo a su lado más que a su hija, el doctor lo mandó a un hospital. El pobre hombre fue muy desgraciado allí porque no tenía confianza en manos desconocidas.

—Quiero irme a casa —dijo al tercer día—; tengo una hija que no tiene otra cosa que hacer que cuidarme.

Para esto eran las hijas.

Pero cuando era joven no las necesitó y tenía prisa en acudir al servicio de Dios. De nuevo se despidió de su hogar y de sus padres. Pero esta vez no estaba en la duda y la ignorancia de lo que le esperaba. Poseía plena fuerza de madurez y confianza. Sabía a lo que iba, y estaba tan seguro de sí mismo como de su misión.

No tenía que volver a ver nunca más su casa ni sus padres. Cuando, algunos años después, regresó de nuevo, aquella mujer plácida y obstinada y aquel hombre de espíritu altivo y dominador habían muerto, y el padre había dicho antes de morir:

—Dios me ha engañado. He tenido siete hijos y no me ha dejado ni uno para cuidar de la tierra. —Y así, gruñendo, entró en la eternidad. La casa y las tierras fueron vendidas en subasta, y cuando el dinero fue repartido entre siete hijos, les tocó un trozo de pan a cada uno. Eligieron a uno de los hermanos para ocuparse de la sucesión y, una vez estuvo terminada, lo recriminaron por ser mal administrador; todos menos Andrew quien, a diez mil millas, era indiferente a todo. Cobró su parte y la invirtió en su Nuevo Testamento. Pero también Andrew, como todos los hombres de Dios, era mal hombre de negocios.

CAPITULO VI

Cuando los pies de Andrew tocaron el suelo chino, cambió. Cualquiera que lo hubiese visto en su país no lo hubiera reconocido en China. En su país, parecía un poco ridículo con su elevada estatura y su delgadez, vestido con unos trajes mal cortados hechos por un sastre chino, su cabeza profética inclinada sobre sus robustos hombros y sus ojos con la duda y el asombro. A bordo, les parecía a los pasajeros el tipo de misionero de novela, absorbido por su misión, no mezclándose con nadie. No era que le importase lo que pudiesen pensar de él, iba y venía entre ellos sin darse cuenta de su presencia. Yo creo que no se le ocurrió pensar que los pasajeros también tenían alma. Ciertamente, las mujeres no la tenían. Con profundo desagrado veía sus frivolidades. Pero era un hombre al que las mujeres no conseguían ablandar. Una vez, a bordo, estaba sentado en cubierta leyendo un libro chino sin darse cuenta de nada de lo que pasaba. Y ocurría que se había designado un comité de lindas mujeres que habían de efectuar una colecta para comprar objetos como premios para un concurso de deportes. Evidentemente, consideraban a Andrew algo difícil. Las vi discutir entre ellas, dirigiendo miradas en su dirección, a lo cual él era completamente ajeno. Súbitamente, la más linda y alegre dijo, con jactancia:

—¡Yo lo haré! ¡Todavía ningún hombre me ha dicho a nada que no!

Avanzó hacia él, y con su más seductora sonrisa, se sentó en el brazo del sillón de Andrew y comenzó a hacerle monerías.

Nadie sabe lo que le dijo. Pero Andrew le dirigió una mirada en la que había toda la cólera de Dios, y se levantó con majestuosa dignidad y cruzó por cubierta aireando los faldones de su levita. Jamás había mirado a una mujer. A menudo me quejaba a él de que no reconociese a mis amigas, y pasaba por la calle al lado de sus hijas sin dirigirles la palabra. A lo cual me contestaba con firmeza:

—Jamás miro el rostro de una mujer. Lo considero una grosería.

El ridículo y el desprecio le eran totalmente indiferentes, por la sencilla razón de que no se le había ocurrido nunca pensar en lo que la gente opinaba de él. Si le hubiesen hecho ver que se reían de él, le hubiera tenido sin cuidado. «¿Qué puede hacerme a mí el hombre?», solía decir. El mundo se dividía para él en los que podían salvarse y los que no podían. Los que no podían salvarse estaban perdidos ya y no había que contarlos entre los vivos.

Hay que confesar que en esta última categoría incluía a la mayoría de los hombres blancos y a todas las mujeres blancas.

—Tienen el camino de la salvación —solía decir— y no lo toman.

Pensaba en todas las iglesias de las ciudades y los pueblos de su país, pero me parece que pensaba en las almas un poco como mucha gente piensa en los huevos; las quería de color, y un alma de color valía por varias blancas. Por lo que yo sé, jamás intentó salvar el alma de un hombre o una mujer blanca, ni siquiera las de sus propios

hijos. Lo cierto es que jamás nos dijo una palabra sobre el tema de la religión. Tanto por la mañana como por la noche tenía una forma sencilla de recitarnos nuestras oraciones, pero jamás nos hizo plática alguna. Nos leía un capítulo de la Biblia; cuando éramos pequeños, nos oía recitar un versículo a cada uno y después rezaba.

Cuando oraba quedaba transfigurado por su propia fe. He oído muchas veces a los hombres orar descuidadamente, y más para el oído de los hombres que para el de Dios. Los he oído leer oraciones en voz alta, abierta o secretamente, oraciones preparadas. Pero Andrew, cuando oraba, lo hacía con una total e intensa sinceridad. Jamás abría la boca y empezaba a orar. Oraba siempre algunos momentos en silencio, los que necesitaba, para darse cuenta de la presencia de Dios. En su rostro aparecía una profunda y solemne tranquilidad. No lo sentíamos ya entre nosotros. Incluso su voz cambiaba, era más profunda, más llena de reverencia; se dirigía a Dios y nos arrastraba consigo también. Nunca, en los miles de veces que lo oí orar, pidió un beneficio material, excepto, en caso de enfermedad, para el restablecimiento del enfermo, si tal era la voluntad de Dios. Dedicaba siempre sus plegarias para el alma, para una mayor comprensión de Dios y de nuestros deberes, y tener fuerzas para hacer la voluntad de Dios. Incluso la bendición de la mesa era, después de la comida, reducida a estas palabras: «Bendice esta comida para que la empleemos en Tu servicio para siempre. Amén».

De manera que Andrew no oía las risas ni veía el ridículo. Estaba a salvo en el santuario de su propia alma. Pero cuando desembarcaba en una playa china carecía ya de ese aire forastero que tenía en su propio país. Estaba de nuevo en su casa, no en su casa en el sentido físico, sino en su sitio, en su trabajo, en el cumplimiento de su vida. La felicidad asomaba a su mirada, en la involuntaria energía de su paso y de su voz, en su impaciencia por estar fuera de Shanghai y hallarse en el interior del país entre la gente que había ido a salvar. Todos los instintos paternales de su alma se dirigían a aquellos que formaban su rebaño. Sus hijos jamás sintieron ese calor, pero estaba en él; cualquier alma china que fuese en busca de Dios sentía esa sacerdotal paternidad de Andrew. Era capaz de ser tan cariñoso, atento y persuasivo con un alma como un padre con un chiquillo. Iba a ellos con alegría, y ellos le concedían el honor que jamás halló en su propio país.

Nada tenía de extraño, por consiguiente, aquel regreso. Tomó pasaje en uno de los barcos que remontaban el Yangtsé y amontonó sobre cubierta la caja de libros que había traído, la caja de los nuevos impresos que se había procurado en Shanghai y las cajas de papel de escribir barato, pero tenía ya en la cabeza una nueva tarea que había de ocupar el resto de su vida. Entre estas tajas se hallaba el baúl de tapa curvada en el cual, diez años atrás, Carie, había encerrado su ajuar de desposada, y el suyo de menores dimensiones. Pero en el baúl de Carie había esta vez ropas infantiles también y una pequeña reserva de agujas y alfileres e hilo, trozos de cinta y madejas

de lana, y todo lo que una mujer necesita *para hacer ropa para los chiquillos, y que no podían comprarse por las calles de las ciudades chinas. Por la pasarela entraron todos, Andrew y su hijo Edwin y Carie llevando a su hijito que tenía entonces cuatro meses. Y de nuevo se dirigieron hacia el corazón de China.*

Algunas de las más temibles batallas que Andrew libró se produjeron a bordo de estos barcos del Yangtsé. Eran barcos pequeños, toscamente contruidos, la mayor parte de ellos en Inglaterra, y sus tripulaciones políglotas eran mandadas por unos capitanes ingleses de rostro colorado que durante años enteros habían rondado por las costas de la China, bruscos y blasfemos, que desde hacía años realizaban aquella navegación fluvial relativamente segura. Ni uno solo de ellos carecía de historias de piratas de Bias Bay y de bandidos a lo largo de las riberas del Yangtsé, y todos ellos tenían un amor y un odio. Adoraban el *whisky* escocés y odiaban a los misioneros. Andrew era inconfundiblemente y con orgullo un misionero, intrépido en su independencia, sin temer a nadie, fácil presa para un capitán que se respetase. La contienda comenzaba generalmente con algún insulto salido de boca del capitán, porque Andrew era siempre pacífico y aparentemente gentil en su conducta. El insulto favorito estaba relacionado con la obscenidad de la Biblia. El capitán solía decir en voz alta a alguno de sus camaradas.

—Lo que me asombra es que estos misioneros pueden andar por ahí con un libro como la Biblia. Hay más historias sucias en ella que en cualquier otro libro. Corromper a los paganos, esto es lo que hacen.

Un rojo oscuro comenzaba a aparecer por encima del cuello de Andrew.

—Parece conocer usted muy bien algunas partes de la Biblia, capitán —observaba.

—No puede usted negarlo, ¿verdad? —respondió el capitán.

Andrew, levantando sus penetrantes ojos azules para mirar al rostro del capitán, contestaba con una perfecta tranquilidad que todos temíamos cuando le escuchábamos:

—La Biblia, es cierto, contiene algunos pasajes que tratan de hombres pecadores y de la manera cómo Dios se entendía con ellos. Eran castigados por sus pecados. El que sabe leerlos debidamente, lee en ellos la salvación de su alma. Pero hay también otros que sólo leen en ellos su perdición.

Y se servía tranquilamente su porción del inevitable budín de arroz con ciruelas cocidas que formaba parte de la minuta de a bordo.

Algunas veces la pelotera no pasaba de un ronquido de desprecio del capitán. Pero, si insistía, Andrew luchaba gustosamente hasta el final y sin la menor animosidad. Sólo durante los años de penuria, un poco más tarde, cuando la edición de su Nuevo Testamento se estaba comiendo todo lo que teníamos, evitó los duelos con los capitanes, y esto tan sólo porque no podía soportar ya el gasto de navegar río arriba con los blancos. Nos metíamos con ropas chinas y navegábamos con los chinos en los sollados. Andrew sacaba partido de la forzosa aglomeración y empezaba a

repartir folletos y hacer sermones. Los que no estaban fumando opio o jugando, lo escuchaban complacidos porque no tenían otra cosa que hacer. Escuchaban bostezando de aburrimiento mientras él les explicaba cómo Cristo murió por sus pecados. Ellos no sabían lo que quería decir con esto de los pecados, ni quién era aquel hombre que quería salvarlos, ni por qué lo hacía. Lo miraban, escuchándolo a medias, cayéndose dormidos en posturas grotescas sobre la cubierta donde estaban sentados en medio de sus bultos.

En cuanto a mí, que empezaba entonces a ver y darme cuenta de las cosas sin entenderlas, jamás podré olvidar el olor de aquellos barcos. Porque habíamos entrado en los años de una pobreza como no conocí nunca, y recuerdo la oscuridad de aquellos departamentos cuadrados y bajos de techo. Eran siempre los mismos. A un lado estaba el ancho camastro para los fumadores de opio, de madera y rotén con una larga tabla baja que lo dividía. Allí había siempre dos figuras que dormían acostadas, con sus humeantes lámparas sobre la mesa, y el espeso humo dulzón se elevaba filtrándose por las grietas. De las puertas entornadas de los camarotes salía el mismo olor, de manera que el aire parecía saturado de él.

Había también una mesa redonda casi tan grande como el camastro, en la que se servía la comida dos veces al día, pero todos los demás ratos servía para jugar. Desde primeras horas de la mañana hasta rayar el alba después de la noche, resonaban las fichas de bambú sobre la mesa, y en torno a ésta apretujábanse los jugadores, con los rostros absortos por la pasión del juego. En medio de la mesa había un montón de dólares de plata que todo el mundo, en la fiebre de la espera, vigilaba estrechamente con codicia. El montón disminuía y aumentaba, y en alguna ocasión era totalmente retirado por una mano huesuda y amarillenta. Entonces se oía un extraño rugido entre las filas de los jugadores y los espectadores que se apretujaban de pie alrededor de la mesa. No hubieran parado el juego ni para comer si unos sucios camareros no hubieran barrido la mesa arrojando las fichas al suelo, colocando sobre ella unos cuezos de madera llenos de arroz y cuatro o cinco coles con pescado y carne, y los tazones de madera y los palillos de bambú. En el mismo tétrico silencio en que habían jugado, comían, tazón tras tazón, buscando en silencio, con sus palillos, los mejores pedazos de carne y legumbres. Cuando los pasajeros estaban hartos, los camareros y los *boys* de los camarotes, todos ellos sucios e insolentes, venían y se comían los restos.

Pero Andrew permanecía imperturbable. Tomaba su tazón y ponía en él una modesta cantidad de arroz y coles y se iba a cubierta a comer de pie contemplando el desfile de las suaves riberas verdes del río. Tenía una manera característica de demostrar su integridad doquiera que estuviese, y el público le cedía el paso con una especie de asombro porque estaba constantemente en sitios donde nadie esperaba encontrar una figura como la suya, moviéndose con tal dignidad en medio de los humildes.

Pero estaba en todas partes como en casa. Ninguna magnificencia podía

impresionarlo ni ninguna pobreza amedrentarlo. Dormía pacíficamente en la sucia litera superior de los asquerosos y diminutos camarotes. Estando yo en la litera inferior con Carie recuerdo haber visto sus grandes pies desnudos rebasar largamente su litera. Estas literas eran siempre demasiado cortas para él y solía alternar el reposo de sus pies o su cabeza porque no podía apoyar ambas cosas a la vez. Pero no se quejaba nunca porque había elegido lo que tenía que hacer.

En cuanto a Carie, se pasaba el día procurando mantener a sus hijos en las condiciones más antisépticas que le era posible, vigilando que no les quitasen sus cosas. Porque los barcos del río estaban llenos de ladrones profesionales. Cuando llegaron a ser como una epidemia de peste, hasta el punto de que el negocio comenzó a ir mal por culpa de ellos, los armadores de los barcos pagaron a la asociación de ladrones una cierta cantidad a cambio de que se alejasen de los barcos una temporada. Pero siempre quedaba alguno y eran tan hábiles que robaban todo lo que querían. Una vez Andrew entró en el camarote, y la penetrante mirada de Carie observó un vacío en su chaqueta.

—¡Tu reloj ha desaparecido! —exclamó.

Y había desaparecido, en efecto, y pocos minutos más tarde, cuando Andrew necesitó su estilográfica vio que había desaparecido también, y buscó su monedero y no estaba tampoco en su bolsillo. Mientras había estado predicando en la habitación atestada, algún hábil ladrón, apretándose contra él aparentando escucharlo celosamente, se lo había quitado todo. Andrew pareció quedar impresionado un momento, especialmente por la pluma, que era un regalo y le prestaba gran servicio.

—¡Bah!... —exclamó.

Era el punto máximo al que llegaba en su indignación; representaba lo mismo que las palabras más gruesas y siempre se sentía aliviado después de haberlo dicho. Pero no le duraba mucho rato. Era un optimista irreductible, convencido siempre de que todo ocurría por voluntad de Dios y que, por lo tanto, al final todo terminaría bien.

De regreso a la ciudad del interior donde habían vivido antes, Andrew no encontró una acogida muy calurosa por parte de sus colegas misioneros. Vio que sus muebles habían sido sacados de cualquier manera de la casa de la que Carie había hecho un hogar. Todo había sido metido en una especie de almacén donde las hormigas blancas habían dado buena cuenta de las cosas.

—He cogido mi cajón de libros —dijo solemnemente— y ha caído reducido a polvo.

Lo peor de todo era que sus preciosos libros estaban estropeados por la humedad y el moho. Nunca pudo olvidar ni perdonar completamente aquello.

—Tenía unos buenos comentarios a la Biblia —decía, recordando con pena lo ocurrido—. Traté de pegar los trozos buenos en hojas de papel.

Hubo algunas discusiones sobre la casa, ocupada por otra gente.

—Creíamos que no volverían ustedes —dijo el otro misionero, excusándose.

—¡Que no volveríamos! —exclamó Andrew—. ¡No puedo creerlo!

Entonces fue apareciendo poco a poco la verdad. Tenía, le dijeron, puntos de vista heréticos. Creía demasiado en el conocimiento humano; de lo contrario, ¿por qué pasaba tanto tiempo enseñando a sus pastores? ¿Por qué no confiaba, como hacían los otros misioneros, en la inspiración del Espíritu Santo? Cristo utilizó a unos hombres ignorantes e hizo de ellos sus apóstoles. Estaban tan seguros de esta opinión, que habían escrito incluso al comité de América pidiendo que no fuese mantenido en su puesto a causa de sus imposibles opiniones. Andrew los escuchó horrorizado hasta que hubieron terminado de hablar. Después les dijo lo que pensaba de ellos.

—¿Qué les dijiste? —le preguntamos al cabo de unos años.

—Les dije que eran unos perezosos —dijo—. Les dije que lo único que querían era vivir en casas confortables y mimar a sus familias y dar gusto al cuerpo. Les dije que no eran dignos de su alta misión. En una palabra —añadió con energía—, les dije que eran unos hipócritas.

—¡Padre! —exclamamos.

—¡Oh, se lo dije muy amablemente! —contestó con tranquilidad.

Pero el resultado final fue que le dijeron a Andrew que podía ir donde quisiera y que votarían porque se lo permitiesen. Siempre terminaba la historia diciendo triunfalmente:

—Me dieron un voto de confianza y me mandaron el dinero necesario para establecer otra misión donde yo quisiera.

Tenía un alma demasiado cándida para ver lo que en realidad habían hecho. Lo que querían era librarse de él a toda costa, liberarse de su indomable energía, de su infatigable determinación de ser digno de la misión para la que había sido designado y que para él era sagrada, liberarse de la sencillez de su corazón en el cumplimiento de su deber. Pero, ante todo, querían liberarse de su simpatía hacia aquellos a quienes había ido a salvar. Cada día quería más a los chinos. Hubo una queja contra él, acusándolo de que si tenía que dar crédito a un chino o a un blanco, daba siempre crédito al chino. «He aprendido amargamente a saber que me inspiran mayor crédito», solía contestar hoscamente. Tuvo la recompensa de su amor hacia ellos y esto no le procuró mayores simpatías por parte de sus congéneres. La verdad es que Andrew era absolutamente intolerante con la política de las misiones. La política de los misioneros era mantenerse a toda costa unidos contra los «indígenas». Si algún misionero tenía algún choque con un converso o un predicador chino, todos los misioneros se unían al blanco sin examinar siquiera si tenía razón o no.

—No es posible —solían decir— permitir que los indígenas minen la autoridad de los misioneros.

¿Qué sería entonces de la autoridad de la iglesia?

Pero Andrew prescindía de estas palabras con un ademán de su mano.

—¡Bah!... —solía decir.

No sentía el menor respeto por ninguna autoridad humana. Y más de un humilde pastor chino, luchando en un pueblecito perdido, a diez dólares al mes, tenía que dar las gracias a Andrew por gozar incluso de este módico salario. ¡Qué miseria! Andrew luchó toda su vida por la cuestión de los salarios, pero nunca por el suyo.

Y cuando no podía conseguir, nada, escatimaba un dólar o dos de su propio sueldo para dárselos a aquel a quien se le habían rehusado.

Sí, querían liberarse de la intolerancia de Andrew sobre la superioridad de la raza y la autoridad del clero.

—¡Un príncipe de la iglesia! —solía exclamar—. ¡Bah!... ¡Esto es una cosa imposible!

Y así empaquetó los pocos libros que le quedaban, y Carie empaquetó todo lo demás, y emprendieron la marcha hacia el Norte en dirección a una ciudad nueva.

No encontraron ninguna casa que alquilar. Nadie quería alquilarlas a los demonios extranjeros. Lo mejor que Andrew pudo encontrar fue tres habitaciones pequeñas en una posada y tan pobres que el dueño, empedernido fumador de opio, al no tener huésped alguno y llevado por su ansia de la droga, consintió finalmente en alquilárselas a alto precio. Los suelos eran de tierra desnuda y las ventanas muy pequeñas, meros agujeros en los muros de barro. Pero una vez el techo hubo amparado las cabezas de su familia, Andrew los dejó a todos allí y se fue a sus quehaceres.

Y ahora le parecía que no había tenido nunca una tan gran oportunidad. En centenares de millas a la redonda era el único misionero, el único blanco. No había ninguna otra secta con sus enseñanzas obstruccionistas. Tenía para él solo un área tan grande como el Estado de Texas, lleno de almas que no habían oído hablar nunca de los Evangelios. Estaba envenenado con la magnitud de esta oportunidad.

Pero no había ido solo. Ahora, dondequiera que fuese, le acompañaban algunos predicadores chinos que lo habían elegido a él y sus doctrinas. El principal de entre ellos era el alto mahometano, Ma, cuya sangre árabe tan claramente aparecía en su rostro delgado y altivo y en su orgulloso porte. Con él y algunos más, Andrew planeaba su nueva campaña. El campo, como llamaba siempre al área de la cual se consideraba responsable, fue dibujado en un mapa y cada uno de ellos fue encargado de explorar una fracción. Porque Andrew tenía que conocer siempre el aspecto material de su campo; cuántas ciudades amuralladas había, cuántas almas vivían entre las murallas, cuántos templos había y a qué religión pertenecían, cuál era la principal actividad de la población y si la gente vivía desahogada o pobremente. Estas ciudades amuralladas tenían que ser los centros. Tenía, por consiguiente, que saber cuántas ciudades amuralladas había, cuántos mercados, dónde estaban las principales casas de té y dónde se reunían los campesinos de poblaciones menores para charlar, si tenían tiempo, una vez habían vendido sus mercancías. Su ambición era una iglesia en cada ciudad amurallada y una capilla en cada población donde hubiese mercado. Pero nunca nada a la fuerza.

—Jamás fundo una iglesia ni una capilla en un sitio donde la gente no la quiere —solía decir con orgullo.

—¿Cómo sabes si la quieren o no? —le preguntábamos nosotros cuando ya éramos suficientemente mayores para ser malvados.

—Siempre la quieren cuando he acabado de hablarles y les he dicho lo que significa negarle algo a Dios —decía.

Lo que Andrew no supo jamás es que una religión más o menos no le importa nada al pueblo. Siempre cabe la posibilidad de que haya un dios de más del que no hubiesen oído hablar nunca, y que pudiese mostrárseles propicio. Añadir un dios más de un hombre blanco no podía hacer daño alguno. Buda mismo había sido extranjero, aunque negro. Sólo cuando Andrew predicaba que su dios era el único verdadero, se armaba un hostil alboroto. Cuando Andrew les decía que debían dejar de adorar a sus antepasados en los vestíbulos de su casas familiares, porque postrarse ante un hombre era darle lo que sólo pertenecía a Dios, era cuando muchos se marchaban y dejaban de seguirlo. Pero Andrew no desfallecía. Tenía fe en que aquellos a quienes Dios había llamado permanecerían, y los predestinados a no permanecer se marcharían, y él los dejaría marchar, indiferente.

Sin embargo, es evidente que Andrew, en aquella época de su vida, se consagró a salvar almas. En primer lugar se puso vestiduras chinas y se dejó crecer el cabello hasta formar una coleta. Esto lo hizo porque su alta estatura y su aspecto extranjero atemorizaba a la gente del pueblo. Algunas veces, cuando llegaba a un pueblo, la población entera se refugiaba en los campos, dejando sólo a los perros amarillos que le ladrasen. Pero nunca se encontró a sus anchas con traje chino. Sus vestiduras entorpecían sus largas piernas y se sentía incómodo desde el primer momento. «¡Oh, bah!...», exclamaba poniéndose un cinturón como hacen los *coolies*. El cabello largo le era especialmente insoportable, y después de mucha vacilación se lo cortó por fin, y usó una coleta falsa que Carié le cosió dentro de su redondo gorro chino de seda negra. No era una mala combinación y le evitaba la molestia de desenmarañarse el cabello; no era una mala imitación hasta que se quitaba el gorro, como hacía siempre, para colgarlo en la pared. Entonces el aspecto de la coleta era extraño, por no decir nada más.

Pero el traje chino no duró mucho tiempo. Las anchas mangas y la falda larga pronto le fueron insoportables. A Andrew le gustaba la ropa ceñida, y sobre todo, sencilla. No podía llevar las sedas de los chinos ricos porque eran demasiado buenas, y las ropas de la gente pobre eran de algodón y colgaban de su alto cuerpo de una manera tan grotesca que Carie se negaba a dejárselas usar. De manera que al poco tiempo volvió a su antigua indumentaria.

Andrew detestaba cualquier cosa presuntuosa o extraña en su indumento. Despreciaba profundamente los trajes de los clérigos profesionales, y nada le enfurecía más que un traje de obispo, y muy particularmente el cuello clerical.

—Nadie sabe cómo se lo abrochan —solía decir—. Quizá se lo ponen como una

cabezada. —Y con un toque de su característica ironía añadía—: El hombre no tiene que usar uniforme para demostrar que sirve a Dios Nuestro Señor. Tiene que demostrarlo en todo lo que dice y hace.

Se negaba resueltamente a usar nada que no fuese un traje sencillo y corriente. Tenía una levita que se había hecho para la boda, y muchas de las escenas violentas tenidas con Carie, eran debidas a que no quería usarla. Carie, algunas veces, triunfaba empleando el mimo y el halago.

—Eres lo suficientemente alto para usar faldones largos, Andy. Los hombres como tú estáis tan bien así...

Andrew era más susceptible a estas pequeñas adulaciones de Carie que muchos hombres (si bien no había olvidado nunca las palabras de *mistress* Pettibrew) y muchas veces capitulaba, pero regresaba a casa enfurecido, quejándose de la incomodidad de sentarse sobre los faldones.

—No tienes que sentarte encima de ellos —dijo Carie—. Ábrelos y siéntate en medio.

Pero Andrew se encogía de hombros.

—No puedo pensar en estas cosas en presencia de Dios Todopoderoso —respondía.

Y así la levita se fue volviendo verde con el tiempo y no se hizo nunca ninguna más. En lugar de ello siguió usando los trajes baratos que le hacían los sastres chinos. Sin embargo, tenía sus pequeñas peculiaridades. Jamás se quitaba la chaqueta en presencia de una mujer; ni bajo un calor sofocante se sentó a la mesa sin ella. Ni jamás llevó otra cosa que camisa blanca y cuello almidonado, siempre impecable. Sin estos cuellos no parecía el mismo. Si alguien lo sorprendía sin cuello, envuelto en su batín, al cruzar el vestíbulo o volviendo del baño, su cuello parecía demasiado delgado para soportar su voluminosa cabeza. Le daba una expresión infantil y abandonada. Se alegraba uno de que se pudiese de nuevo el cuello, porque sin él su aspecto infantil se acentuaba y parecía delatarlo.

Y tenían una característica infantil. Con mucha facilidad se le engañaba. No había en él ni la más leve sombra de astucia. Creía en el acto y con júbilo al primero que le llegaba y le decía que quería hacerse cristiano. Era incapaz de desconfiar de un converso o de hacer preguntas al que le decía que creía en Nuestro Señor Jesucristo, porque pensaba que el que creía estaba predestinado a salvarse, y recibía con una profunda y conmovedora confianza a toda alma que se convirtiese.

Durante la ceremonia del bautismo, Andrew era verdaderamente impresionante para quien le viese. Cuatro veces al año recibía a los conversos. Se reunían en el lugar prefijado, viniendo de todos los ámbitos de su campo, formando un pequeño grupo de gente, en general humilde y campesina, mezclada con algunos habitantes de las poblaciones, y raras veces alguno de aspecto culto o poderoso. Andrew no los recibía a la ligera ni los bautizaba en seguida. Permanecían allí algunas veces hasta una semana, y Andrew los examinaba tratando de comprobar sus conocimientos de la

nueva religión. Durante semanas enteras, a veces meses, sus ayudantes habían estado enseñándolos; a los que no sabían leer se les leían los folletos que Andrew les había preparado, los otros leían directamente las Sagradas Escrituras. Cuando acudían para bautizarse, Andrew los interrogaba minuciosamente, tanto sobre sus conocimientos de los principios de la cristiandad como sus disposiciones espirituales. Algunas veces, cuando la ignorancia era demasiado patente, los mandaba otra vez a su casa a que aprendiesen más. Pero cuando la profesión de fe era sincera, los admitía. En la iglesia se acercaba la congregación uno a uno y él los iba llamando por sus nombres; hundiendo su dedos en el bol de agua bendita les rociaba la cabeza, orando y dando gracias a Dios por cada nueva alma que ganaba.

Las expresiones de los rostros de los catecúmenos variaban desde el terror hasta la esperanza. A menudo era la expresión de los que buscaban sinceramente a Dios. Pero también algunas veces era la astuta y pía granujería. Sin embargo, Andrew los recibía a todos por un igual y una vez bautizados les daba la comunión. Lo que cada cual pensaba de todas aquellas ceremonias variaba según la sinceridad de sus propósitos. Había los que declaraban públicamente, en cuanto el agua había tocado sus cabezas, que les parecía que les hubiesen quitado una piedra de la puerta de sus corazones, y había también los que decían privadamente que no habían tenido sensación alguna, y no veían en la vida ninguna paz y que todo era un engaño.

Pero nada de esto importaba. Lo que importaba era que aquellos días el alma de Andrew rayaba en el éxtasis. Estaba literalmente transfigurado con un júbilo que no era de esta tierra. Llegaba a la cena de los domingos como si llevase en su interior una lámpara ardiente. No era que estuviese alegre; su júbilo era demasiado intenso para ello. Permanecía sentado tranquilamente, comiendo a su manera, lenta y escasamente, sin oír una palabra de lo que se decía en la mesa, pero con una especie de irradiación a su alrededor. Yo solía contemplarlo y me parecía ver una especie de halo de luz que brotaba de su cuerpo. Sus ojos se ponían particularmente azules. Después de la cena, se encerraba invariablemente en su estudio durante largas horas, para salir de él en una especie de feliz agotamiento.

A causa de estas horas, que ninguno de nosotros compartía porque nadie podía compartirlas con él, su estudio era para nosotros como si no perteneciese a la casa. Jamás se nos ocurrió ir a jugar a él ni entrar para nada, salvo para darle algún recado necesario. Más tarde me vi obligada a entrar para tomar mis lecciones de latín, y jamás estuve de pie delante de él recitando mi lección, porque, desde luego, no estar de pie era inconcebible sin tener la impresión de que me escuchaba algo más que un hombre.

De todo este nuevo campo acudían los conversos como pájaros que regresan a sus nidos. Era una región azotada por la pobreza, asolada por el hambre, porque el Río Amarillo se abría paso caprichoso a través de los llanos, cambiando su lecho y dejando al seco su antiguo curso para abrirse otro. El pueblo estaba enojado con sus dioses y cansado de sufrir, y a menudo se le oía decir:

—¡No hay dios que pueda ser peor que el nuestro! ¡Vamos a probar el dios extranjero y ver si hallamos algún bien en él!

Algún bien les procuró a algunos, porque Andrew y Carie les proporcionaron comida, pidiendo dinero en las iglesias de su país y aliviando la miseria de los que pudieron. El pueblo, esperando con frenesí más de lo que Andrew podía procurarles, acudía a las capillas clamando por su salvación. Cuando se dieron cuenta de que no podía haber bastante para todos, muchos se volvieron a marchar, pero algunos se quedaron, de modo que Andrew sintióse sumamente animado.

Estaba continuamente fuera de casa, predicando. Con él iba su habitual banda de seguidores a quienes preparaba un sacerdote chino. Como estaba establecido, ponía uno de sus hombres en cada centro para predicar y dirigir una escuela. Porque a Andrew le encantaba enseñar, y donde instalaba una iglesia instalaba una escuela en la que, por un módico precio, los hijos de los miembros de la iglesia o cualesquiera otros, podían aprender a leer, escribir y los principios de la religión cristiana. Si como lectura elegían los textos clásicos de Confucio, Andrew no les decía nada. En las Escrituras había una magia que no podía quedar ofuscada por la literatura pagana. Así lo creía él.

En medio de tales éxitos y desarrollo recibió un rudo golpe que vino del lado que menos hubiera podido esperarlo. Regresaba un día a su casa después de un largo recorrido de prédicas. Era a principios de primavera y llevaba fuera de su casa varias semanas. Había sido un viaje muy provechoso y tenía la sensación de haberse ganado un poco de descanso. Por todas partes había sido recibido con efusión y muchos fueron los que solicitaron el bautismo. Ahora, feliz hasta lo más hondo de su corazón, convencido de su éxito y de la bendición de Dios, soñaba ya en el placer de un baño caliente y una cama limpia, en buena comida y en el gozo de hablar su lengua, pues hacía tiempo que no había oído hablar inglés, y en volver a ver a su familia. Merecía unas vacaciones, podía descansar algún tiempo sin tener esa sensación suya de culpabilidad en la malicia.

Pero cuando entró en el patio de la hospedería y se apeó de su borriquillo, se encontró a Carie esperándolo; no sólo a Carie, sino a Carie y a los tres chiquillos —el más pequeño había nacido hacía algunos meses— y la niñera del pequeño. Iban vestidos todos con traje de viaje, y todos los enseres estaban empaquetados en diferentes bultos dispuestos a ser llevados por unos hombres que esperaban.

—¿Qué... qué... qué significa esto, Carie? —tartamudeó Andrew.

—Significa —respondió ella— que los chicos y yo nos vamos a buscar un sitio donde podamos vivir. Puedes predicar desde Pekín hasta Cantón, pero los chiquillos y yo no iremos nunca más a ninguna parte contigo.

Sé sus palabras de memoria porque me las ha repetido infinitas veces. Y las sabía de memoria porque las dijo muchas veces durante las semanas en que Andrew estuvo ausente. Las dijo una y otra vez mientras cuidaba a su hijito enfermo con una pulmonía, con la habitación inundada por el agua, de manera que hubo que poner los

muebles sobre unos ladrillos y caminar sobre unos tablones como si fuesen pasarelas de barco. Ella no había experimentado el júbilo de salvar almas y predicar delante de las multitudes apiñadas. Poco a poco ella había salvado una vida, la vida de su hijo menor, si es que la había salvado, porque estaba muy delicado todavía.

No sé exactamente lo que ocurrió en aquel patio. Andrew se contrariaba siempre cuando llegábamos a este punto. «Estaba completamente fuera de la razón», solía decir. Porque para ellos aquello no era una lucha entre marido y mujer. Era una mujer que desafiaba a Dios. Luchaba contra Dios, contra la misión de Andrew encomendada por Dios, contra el éxito de su obra, contra la promesa del futuro.

—No le importaban un comino todas las almas que había todavía que salvar —dijo una vez Andrew en la amargura del recuerdo—. Era como un huracán, nada podía detenerla.

Al final ganó, tal como había decidido y planeado conseguirlo. Las habitaciones estaban desalojadas, el dueño de la hostería había sido pagado, los carros encargados y esperando para llevarlos a un junco alquilado ya. Había cerrado todas las puertas. Andrew no tenía necesidad de ir con ellos, podían ir solos. Pero fue con ellos, rabioso, descompuesto, protestando. Se volvió un momento hacia su camarada Ma, y le prometió formalmente regresar en cuanto hubiese instalado convenientemente a su familia. Pero estaba profundamente conmovido. De su propio hogar había salido el golpe que lo había alcanzado. Jamás se lo perdonó totalmente a Carie, y a partir de aquel día anduvo todavía más solitario que hasta entonces.

Pero es que Andrew había nacido solitario. Jamás tuvo un amigo íntimo. Cuando era joven lo necesitó. Tenía sus sueños de huir del trabajo que odiaba, sus planes de aprender y su misión. Ni aun a pesar de haberse casado, vio en el matrimonio un plan de camaradería; porque no veía en una mujer al compañero. Entre hombres había oído hablar cruda y despreciativamente de las mujeres, considerándolas seres llenos de vanidades y caprichos, necesarias para el hombre y dignas tan sólo de ser consideradas como útiles para las simples funciones matrimoniales y domésticas, y este desprecio fue tan sólo atenuado durante la breve aberración de su cortejo, para reanudarse de nuevo con mayor fuerza. No se le ocurrió nunca buscar o desear una camaradería intelectual ni una comprensión espiritual en una mujer. Ciertamente era que una vez una mujer se sintió atraída por la serena benignidad de su aspecto y por la tranquila seguridad de su manera de ser, y de sentirse empujada hacia él, se lo dio a comprender, pero nada podía desesperarlo más profundamente ni embarazarlo con mayor intensidad. Estaba una vez desayunando cuando, al examinar su correo, su rostro se cubrió del rubor de la indignación al leer una carta que acababa de abrir. La tendió en el acto a Carie. Ella la leyó pestañeando, con la cólera brillando en sus ojos negros.

—¡Esta mujer está loca! —dijo con su habitual energía—. ¡Déjamela a mí, ya le

contestaré yo esta carta, Andrew! —La dobló y se la metió en el bolsillo. Después lo miró fijamente—. ¿No habrás ido a hablar con ella a solas para meterle ideas en la cabeza, o algo así...?

Un sudor frío cubría la alta y despejada frente de Andrew. Movi6 la cabeza, demasiado impresionado para poder hablar. Después se aclar6 la garganta.

—Un momento —dijo sombríamente—. Una noche me pidió que hablase con ella unos minutos, ahora lo recuerdo; míster Jones había tenido que salir. Me dijo que no acababa de entender bien el significado del concepto de San Pablo sobre la salvación por la gracia, y se lo expliqué.

—¿Y entonces te dio las gracias y te dijo que no lo había entendido nunca tan bien como ahora?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, sorprendido.

Carie soltó una risa breve y musical.

—Ya sé cómo se las arreglan las mujeres cuando van detrás de un hombre; siempre necesitan consejo o desean que les expliquen algo. No te ocupes más de esto. Ya me las entenderé yo con ella.

Andrew terminó su desayuno y se alejó, a la vez aliviado y un poco embarazado. Inmediatamente después de su desayuno, Carie se sentó en su escritorio y estuvo un rato escribiendo.

—Aquí está —dijo escribiendo el sobre—. ¡Pobre infeliz! —añadió, echándose a reír y recobrando el buen humor. Después añadió—: ¡Desde luego, sé que Andrew es tan inocente como un corderito! Pero hombres así son siempre los que se dejan pescar.

No creo que Carie tuviese siempre plena confianza en Andrew respecto a las mujeres, precisamente porque estaba él tan falto de malicia. Cuando yacía en su lecho de muerte, en su angustia y dolor porque amaba la vida, dijo con amargura algo referente a que se volviera a casar pronto. Y él intervino, ofendido. «Parece como si me creyera un viejo... un viejo Abraham». Le oí alejarse por el vestíbulo. Pero no era esto. Yo creo que Carie sabía que no había penetrado nunca hasta aquellas reconditeces de su corazón en las que vivía enteramente solo, y tenía sus dudas al mismo tiempo que sentía la amargura de pensar que acaso otra mujer consiguiese entrar donde ella no había penetrado.

De lo que no se dio nunca cuenta fue de que nadie podía jamás entrar allí. Andrew no sabía cómo abrir aquella puerta a nadie. Hubo un tiempo, cuando fue más viejo, en que suspiró porque alguien entrase allí; tenía ansias de sentir alguien cerca de él, pero nadie podía estar cerca de él porque no sabía cómo darle entrada. Conservaba su alma guardada y su corazón cerrado. Una caricia, incluso de sus hijos, lo confundía, y al no poder responder a ella, los demás dejaban de hacérselas. Crecieron mucho antes de darse cuenta de cuánto le gustaba secretamente esa señal de afecto, y que una palabra de alabanza o aprobación le llenaba los ojos de lágrimas. Pero la gente no lo alababa con frecuencia porque era demasiado tímido para elogiar

a los otros; tenía demasiado miedo de parecer rastro. En el hogar de su infancia se gastaron muchas bromas crudas entre todos, y sólo él era lo suficiente sensible para dolerse de las pullas y sufrir. Y a nadie se le ocurría elogiar a los demás. El resultado era una culpable vanidad. Y así creció con una lengua susceptible de criticar a los demás, pero incapaz, cualquiera que fuese el impulso de su corazón, de modelarse a la suavidad de la alabanza. Cuando sus hijos fueron pequeños no lo quiso por este motivo, pero cuando crecieron y él era ya viejo, con las transparencias de la edad avanzada, vieron que bajo un credo diferente y más suave su alma hubiera florecido con un más dulce humor y una más libre ternura. En él había el amor de la ternura y un anhelo de afecto y comprensión que el chiquillo conservó oculto a través de los años. Pero era incapaz de expresar nada de todo esto.

Y así sentía que Carie no lo había comprendido nunca y no le dijo nada, pero tampoco nunca se le ocurrió preguntarse si él la había entendido a ella. Se llevó a su mujer y sus hijos canal abajo hasta el río, y allí encontró una casa vacía sobre una colina, y, dejándolos allí, regresó de nuevo a su camino solitario.

Pero Dios lo confortaba.

CAPITULO VII

Aquellos ocho años que precedieron a la rebelión de los *boxers* fueron los de mayor peligro para la misión de Andrew. No estando nunca en un lugar fijo sino rondando siempre por lugares nuevos y desconocidos, se encontraba a menudo entre pueblos hostiles. Los chinos siempre han sido desconfiados con los extranjeros, no solamente con los extranjeros de diferentes países, sino con sus mismos compatriotas de otras regiones y provincias. Esto es, quizá, la razón por la cual cada pueblo o ciudad se ha mantenido durante siglos enteros como una localidad separada. No han tenido prácticamente gobierno desde arriba ni desde fuera, y el espíritu de clan es muy fuerte. En algunos lugares era costumbre matar a todo extranjero que llegaba injustificadamente, enterrándolo vivo. Una costumbre muy común en algunos pueblos, que perdura todavía hoy, es lanzar contra los forasteros a los perros medio salvajes. Y los perros, dándose pronto cuenta de que no tenían miedo a la presa de sus colmillos en sus tobillos, aprendían a dejarlos tranquilos hasta que penetraban en lugares desconocidos. ¡Son cobardes estos perros!

Nadie supo cuántos peligros había corrido porque nunca hablaba de ello sino después de una gran cantidad de preguntas y soltando sus palabras a la fuerza. Entonces, en pocas palabras, refería una historia en la que otro hubiera empleado todo el día.

Hubo una vez en que, durmiendo sobre un lecho de ladrillos en una hostería, se despertó al ver una luz y se encontró al hostelero de pie a su lado, con una lámpara de aceite en una mano y un enorme cuchillo de cocina en la otra. Andrew, abriendo los ojos, fijó su mirada en el rostro del hombre e imploró a Dios en voz alta.

—¡Sálvame, Dios mío!

Lo dijo en inglés y el hombre se asustó.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Llamo a mi Dios —dijo Andrew sin apartar la mirada de los ojos del hombre.

El hombre levantó el cuchillo con firmeza y lo agitó en el aire.

—¿No tienes miedo? —gritó.

—No —dijo Andrew tranquilamente—. ¿Por qué quieres que tenga miedo? No puedes hacer más que matar mi cuerpo y mi Dios te castigará.

—¿Cómo? —preguntó el hombre deteniéndose.

—Vivirás en el tormento —dijo Andrew con tal calma y serenidad que el hombre se quedó mirándolo y al cabo de un momento se alejó.

—¿Y qué hiciste entonces? —le preguntamos casi sin respiración.

—Di media vuelta y me volví a dormir —respondió.

—¡Hubiera podido volver! —dijimos jadeantes.

—Tenía quién me guardaba —respondió sencillamente.

Una vez fue arrojado al río desde un *ferry-boat* por un hombre rudo que lo había

insultado, y viéndolo inmovible lo tiró al agua. Pero Andrew salió del agua fangosa, se agarró al timón del junco y allí quedó aferrado. La muchedumbre lo miraba, pero nadie le tendió una mano. Sin embargo, tampoco él la pidió. Así permaneció agarrado hasta que sintió la ribera del río bajo sus pies. Entonces salió chorreando agua, pero imperturbable, y fue a buscar su maleta al *ferry-boat*. Había desaparecido; el hombre se la había robado.

La muchedumbre se echó a reír.

—¡Estaba llena de dólares de plata! —gritaban—. Todos los extranjeros viajan con maletas de dólares de plata.

Andrew sonrió y siguió contento su camino. Los pocos dólares de plata de que disponía, eran los folletos y evangelios que contenía la maleta.

—Dios tiene sus designios con los hombres —dijo al contarnos la historia, convencido de que aquel hombre habría salvado su alma.

Más de una vez había sido arrojado al suelo y apaleado cuando aparecía inesperadamente en alguna ciudad extraña. Lo apaleaban sin otra razón, al parecer, que no haber visto nunca a nadie como él, de la misma manera que los perros se arrojan sobre un perro extraño.

Pero las cosas que más le importaban no eran éstas. Físicamente, era un santo refinado, y a menudo regresaba a su casa asqueado y enfermó de repugnancia por la porquería que había tenido que soportar. Un día llegó horrorizado.

—¿Qué te pasa? —gritó Carie.

—Hoy he comido serpiente —dijo con voz ronca—. La he comido en una posada y no lo he sabido hasta después.

Y sólo pensarlo le dio náuseas.

No podía soportar en nadie la costumbre de gargajear y escupir. Él, que era infinitamente paciente con las almas de los hombres, era intolerable con sus cuerpos. Cuando los trenes comenzaban a funcionar, se alegró al ver los anuncios prohibiendo escupir en otro sitio que en las innumerables escupideras puestas allí con este fin. Pero nadie hacía caso de ellas. Los chinos estaban acostumbrados a escupir donde querían. Muchos no sabían leer, y los que sabían, no hacían caso. La necesidad física es ley en China. Una tarde de verano regresó Andrew muy contento.

—Hoy en el tren había un hombre sumamente gordo —dijo súbitamente durante la cena.

Todos lo miramos, esperando.

—Se había quitado la camisa y estaba en calzoncillos y tenía una barriga como una rana —prosiguió con el asco en sus ojos. Se secó la boca cuidadosamente—. Escupía en todas partes menos en la escupidera. Yo no pude soportarlo y le señalé el aviso.

—Espero que serviría —dijo Carie escépticamente.

—No sirvió de nada y le dije lo que pensaba de él —dijo Andrew.

—¿Y qué le dijiste? —preguntamos.

—Le dije que era más asqueroso que una bestia —dijo tranquilamente Andrew.

—¡Padre!

—¡Oh, se lo dije gentilmente y bromeando! —respondió con su voz pausada, sin comprender de qué nos reíamos.

Tenía, desde luego, enemigos. La mayoría de ellos, naturalmente, estaban entre sus compañeros de misión, pero a éstos ya los consideraba enemigos naturales. A los misioneros y los magistrados los colocaba en la misma categoría de enemigos; es decir, como personas designadas por el Demonio para obstruccionar la voluntad de Dios y lo que él, Andrew, quería hacer. Con los magistrados era implacable, y usaba abiertamente de todos los derechos que le conferían los tratados para obligarles a alquilarle locales para capillas. Porque jamás abría capillas si la gente no lo quería, pero siempre había grupos que se oponían a la implantación de una religión extranjera en su ciudad. Andrew prescindía enteramente de éstos. Si había una sola alma que quería oír la palabra de Dios, era su perfecto derecho oírla, pese a que hubiese centenares que no quisieran. Y así acudía con bravura a los tribunales, presentándose una y otra vez, esperando horas enteras sus caprichos. Algunas veces, un magistrado, teniendo la firme intención de no recibirlo jamás, lo demoraba día tras día con cualquier excusa. Día tras día Andrew volvía a presentarse y esperaba hasta la noche, sólo para regresar a casa como antes, hasta que todo el mundo se cansaba de él. Jamás puso una moneda de plata en la palma de la mano de los subalternos. Sabía muy bien que el dinero le hubiera abierto muchas puertas, pero no tenía dinero propio y no quería emplear en esto el dinero de la iglesia, que era solamente para la predicación de los Evangelios. Al final, si el magistrado resultaba obstinado, Andrew echaba mano de la fuerza, es decir, la fuerza de los tratados firmados después de las Guerras del Opio, según los cuales los chinos tenían derecho a hacerse cristianos si querían, y los misioneros, a predicar. Si el magistrado era irreductible y se reía de los tratados incluso con algún cañonero detrás de ellos, Andrew acudía a su cónsul, quien, pese a que detestase a los misioneros y dijera, creo que con razón, que la vida sería muy sencilla sin ellos, se veía obligado a mandar una carta oficial al magistrado. Esta carta, escrita sobre papel oficial ostentando el gran sello desconocido de los Estados Unidos, conseguía siempre lo que Andrew quería. Con desagrado, en términos de desprecio cuidadosamente elegidos, se concedía el permiso. Pero a Andrew le tenía sin cuidado el desprecio del magistrado. Se iba a predicar triunfante, siempre el más obstinado de todos los obstinados hijos de Dios.

Durante aquellos años apenas vimos a Andrew en casa, y para sus hijos, era un extraño que aparecía raras veces, y cuando esto ocurría, no venía como el que regresara a su hogar, sino como el hombre que sólo quiere albergue para una noche y se vuelve a marchar. Las vidas de la gente estaban organizadas sin él, sus días estaban llenos de otras presencias que la suya. Eran huérfanos de padre porque su vida estaba consagrada a los demás, pero ni siquiera lo conocían lo suficientemente bien para echarlo de menos. Algunas veces se daba cuenta vagamente, al llegar a su casa y ver

a su hijo ya crecido, y a su hija que no era ya una chiquilla, y al pequeño que había nacido en aquella hostería. Pero éste murió cuando tenía cinco años, poco antes de que su último hijo, una niña, naciese.

Algunas veces trataba de intervenir en sus vidas. Había dos ocasiones al año que lo recordaban de una manera diferente, no como un ángel viajero que pasaba con ellos una noche, sino como un hombre que compartía con ellos las cosas que tenían que hacer. Una de estas veces era Navidad, y la otra cuando llegaban las cajas de Montgomery Ward, y Navidad era quizá entonces menos interesante.

Navidad, en cuya festividad tanto hacía Carie por sus hijos, era para Andrew una fiesta de dudosa celebración. Durante su infancia no se había celebrado Navidad, salvo yendo a la iglesia y con una cena. No había regalos, ni San Nicolás que viniese. Tenía también un concepto extraño de los regalos. No se le ocurría nada que dar a los chiquillos, salvo las cosas que había deseado de pequeño y que ellos no querían. Pero si no sabía qué dar a los chiquillos, todavía sabía menos qué darle a Carie. Incluso los chiquillos sentían el dolor de un regalo inadecuado cuando, con pena en el corazón, lo veían la mañana de Navidad abrir su paquete de papel pardo y apartar sin ningún comentario el regalo que contenía. Pero su mirada era triste. Y, sin embargo, nosotros sabíamos que no era intencionado, pero jamás la conoció, y no sabía lo que le gustaba, lo que usaba ni lo que necesitaba. Los chiquillos, que la adoraban apasionadamente, trabajaban para poderle dar lo que quería, pasando semanas enteras antes de Navidad haciendo «algo bonito para mamá». Sabían su secreta ambición de cosas bonitas.

Pero, desde luego, Andrew, por encima de todo, no podía soportar la idea de gastar dinero por nada que no fuese la causa de su vida. El dinero era la fuerza para salvar almas, para alquilar capillas, abrir escuelas y comprar Biblias. No quería nada para él. De manera que cada año había pequeños disgustillos por Navidad. Y además, murmuraba perplejo:

—Nadie sabe la verdadera fecha del nacimiento de Cristo. Además, hay pruebas de que esta festividad está mezclada con tradiciones paganas. En realidad no sabemos lo que celebramos, quizá incluso el nacimiento de un antiguo dios pagano.

—¡Tonterías, Andrew! —exclamaba Carie—. Se trata de dar alegría a los chiquillos.

Pero nadie se había preocupado de darle una alegría al chiquillo Andrew, y éste estaba más dudoso que nunca. El caso era que no se sentía nunca libre del peso de su tarea. Su felicidad dependía exclusivamente del éxito de la misma, de nada más. Dios lo poseía.

Pero las cajas de Montgomery Ward eran otro asunto. Venían llenas de golosinas y cosas delicadas, encargadas desde hacía varios meses, pagadas y llegadas sin incidentes. Los chiquillos soñaban desde hacía tiempo en aquella mañana en que Andrew, mirando sus cartas durante el desayuno, diría: «Han llegado las cajas». Si no estaba él en casa, les costaba contenerse, porque Carie no les permitía abrirlas hasta

que llegase. Pero a principios de invierno estaba casi siempre allí. Había una especie de rutina a seguir siempre interesante. Andrew tenía que ir a la oficina de Aduanas y presentar la factura para retirar las cajas. Los chiquillos, en casa, esperaban a la puerta si hacía buen tiempo, encaramándose, tratando de ser todos el primero en verlo regresar por la esquina del viejo templo budista del valle. Si llovía, detrás de la puerta, con las narices pegadas a los cristales. Entretanto, Carie preparaba en el patio posterior un sitio donde depositar las cajas.

No había momento más emocionante que aquel en que Andrew aparecía por detrás del templo, seguido de cuatro o cinco *coolies* que llevaban las cajas atadas con cuerdas a sus pértigas. El sonido de su rítmico paso ascendía por la colina e iba acercándose. «He-ho-Hei-ho». Pronto, pronto las cajas estarían en casa y los hombres alborotarían y armarían una algarabía a causa de las propinas. Andrew tenía que sostener una verdadera batalla para defender lo que pedían a gritos, golpeándose los pechos sudorosos, señalando las mataduras de sus callosos hombros.

—¡Estas cajas extranjeras están llenas de plomo! —gritaban—. ¡Están hechas para matarnos, hemos subido con ellas la colina y ahora nos dan esta miseria! —Y arrojaban las monedas que Andrew les había dado y escupían sobre ellas, y Carie tenía que implorar a Andrew—. ¡Dales algo más, Andrew! ¡Tan sólo esto!

Y bien a pesar suyo les daba un poco más, y cesaban las muecas y se marchaban. ¡Y allí estaban las cajas!

Siempre había uno de los chiquillos que tenía en la mano el martillo y la gran palanqueta que Andrew había comprado para estas ocasiones. Esperaban jadeantes mientras Andrew arrancaba diestramente los clavos, que salían con un chirrido como de contrariedad.

Las tablas se guardaban cuidadosamente porque eran de buena madera de pino, seca, como no había madera tan seca en toda China. Todas nuestras cajas de libros, escritorios y cómodas del ático estaban hechas con madera de las cajas de Montgomery-Ward. Bajo la tapa había un fuerte papel pardo. Carie lo guardaba cuidadosamente, y debajo de él aparecían las cosas de América. Era nuestro más real y tangible contacto con nuestra tierra.

Ahora, pensando en aquellos tiempos, todo esto nos parece muy fácil, como cosas que todos los días se encargan en la tienda y las consideramos normales. Mas para nosotros eran unas exquisiteces inauditas, cosas que no podían comprarse en ninguna parte de donde vivíamos, manjares dignos de ser saboreados y disfrutados como cosa rarísima, herramientas que parecían mágicas de tan perfectas, ropas hechas a punto de ser usadas, maravillas de corte.

Allí había auténticas latas de café y sacos de azúcar, sopas y levaduras para los pasteles, un barrilito de melaza para los famosos panes de jengibre de Carie, y especias que acaso hubiesen crecido en Oriente y estaban ahora de nuevo allí dispuestas a ser empleadas. Había alfileres y agujas, horquillas y carretes de hilo, todas esas cosas que no se encuentran en las tiendas de China; cintas de alegres

colores con las cuales atar las trenzas de las chiquillas los domingos (los demás días se ataban con una trencilla de algodón) y mil otras chucherías deliciosas; té de sastrás, que Andrew adoraba a la hora de la cena en una noche fría de invierno, y algunas libras de pastillas de menta; paquetes de gelatina y jarros para frutas que Carie preparaba para el invierno. En cuanto a ropas, había todo lo que se necesitaba como ropa interior durante los húmedos inviernos chinos en casas mal caldeadas, y Carie hacía medias, suéters y cuellos y puños de lana para precaverse del frío. Y finalmente había alguna cosilla especial que cada uno de los chiquillos había escogido de un inmenso catálogo. ¡Ah, las horas adorables pasadas sobre el catálogo buscando alguna cosa que no costase más del dólar que nos estaba permitido, aquellas acaloradas discusiones sobre si era mejor tener varias cosas que costasen menos o una sola tan ansiada que costase el dólar entero! ¡Y aquel sufrimiento cuando la cosa anhelada costaba un dólar con diecinueve centavos! Era inútil pensar en acudir a Andrew, a nadie se le hubiera ocurrido, pero Carie, siempre tierna de corazón, era más fácil de convencer, y cuando se presentaba la factura ante los duros ojos de Andrew, había la seguridad de que Carie diría:

—Yo se lo he autorizado, Andy, ya lo sacaré de alguna otra cosa o, si no, lo sacaré del gasto de la casa.

Y Andrew lo dejaba pasar, aunque, haciéndole justicia, lo hubiera dejado pasar también si la Obra iba bien y estaba de buen humor.

Cada chiquillo tenía, pues, su paquetito y lo recibía con júbilo, y con júbilo lo desenvolvía y jugaba con él, y por la noche lo ponía debajo de la almohada. Pero aquel catálogo encogía el corazón. Había tantas cosas que costaban más de un dólar... Una de las muchachas, por ejemplo, suspiraba desde hacía años por una muñeca, y jamás la había olvidado. El letrero al pie rezaba «Tamaño natural». O sea, que era del tamaño de un chiquillo. Recordaba perfectamente su cara redonda y rosada, su gorrito de encajes y sus manos regordetas, su traje largo y su chaqueta de punto. Pero costaba tres dólares noventa y ocho centavos, y desde luego, estaba afuera de toda posibilidad. Compró un par de muñecas más pequeñas; pero, desde luego, no era lo mismo. Durante años rezó para que alguna Navidad..., pero esta Navidad no llegó nunca. Tuvo muñecas más pequeñas, vestidas exquisitamente y completadas por las manos de Carie, pero no eran de «tamaño natural». Cada Nochebuena la chiquilla se iba a la cama con el corazón henchido de esperanza después de haber rezado centenares de oraciones. Pero la primera mirada al montón de pequeños objetos desvanecía todas las esperanzas mantenidas durante un año entero. Si Carie se hubiese dado cuenta de lo que aquel corazón infantil anhelaba hubiera hecho lo indecible para conseguirlo a costa de algún fabuloso sacrificio, pero no lo supo nunca, porque la chiquilla jamás la pidió, creyendo que aquella suma fabulosa estaba muy por encima de las posibilidades de sus padres. San Nicolás o Dios, podían proporcionárselo, pero no Andrew, que necesitaba todo su dinero. Y Carie no tenía dinero particular. De manera que la muñeca se quedaba en el catálogo

para que la niña soñara en ella uno y otro año, hasta que al final renunció, hasta el día en que la chiquilla, demasiado crecida ya, no podía pensar en la sección de juguetes y sí en llenar su vida de auténticos chiquillos.

Pero había muchos chiquillos blancos que vivían en el corazón de China para quienes Montgomery Ward se situaba entre San Nicolás y Dios. Una chiquilla fue un día a su madre y le dijo solemnemente:

—Estoy segura de que *miss* Nany y *mister* Rob se van a casar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su madre.

—Porque los he visto mirando el catálogo de Montgomery Ward juntos —respondió astutamente la chiquilla.

En aquellos tiempos, una lenta tormenta se iba levantando de las profundidades de China. Ninguno de nosotros se daba cuenta, y menos yo, siendo una chiquilla que vivía en casa de Andrew. Sin embargo, recuerdo haber tenido mucho miedo por las noches a causa de las cosas de que había oído hablar a Carie y Andrew. Parece que la gente no estaba dispuesta como antes a escuchar los sermones de Andrew. Volvía a casa con muchísima más frecuencia que antes y a menudo llegaba descorazonado y melancólico, de manera que, antes de que llegase, Carie solía encomendarnos con gran cariño que fuésemos buenos con él y afectuosos, y que recordásemos lo cansado que estaba.

—Vosotros, chiquillos, no podéis comprender, las cosas que tiene que soportar mientras estáis aquí tan seguros...

Hacía una pausa, escuchando, preguntándose acaso, si estaban tan seguros.

Pero los chiquillos tenían buen corazón y hacían mil cosas para la llegada de Andrew: cogían flores, de las que no se daba nunca cuenta; le ponían en la puerta sus viejas zapatillas de cuero para que se las pusiese, cosa que le gustaba mucho y de la que sí se daba cuenta. En aquellas grandes zapatillas de cuero usadas había una especie de simbolismo. En manos de un chiquillo que llevaba una sola parecían enormes como zapatos de gigantes; y parecían tener, además, una especie de magia, porque en cuanto se las ponía, aparecía en el rostro de Andrew una expresión nueva. Era la expresión del hogar, una infinita fatiga del cuerpo, un destello en el corazón y una especie de codicia en los ojos. Pero acaso no fuese sino el ansia de estar en su hogar, deseo que hubiera sido incapaz de expresar con palabras.

Mientras transcurrían los años que llevaban, hacia la guerra de los *boxers*, cada día llegaba a casa más cansado. Pasaba horas enteras en su estudio, aparentemente sin hacer nada. Nosotros solíamos verlo allí, sentado en su viejo sillón tapizado con una imitación de cuero, que había comprado de segunda mano en una tienda de Shanghai. Si mal no lo recuerdo, había sitios por donde le salían las crines, y otros en que su cuerpo dejaba profundas huellas, especialmente en los sitios donde apoyaba sus codos cuando rezaba.

Y se hablaba bastante también, porque Carie y Andrew jamás ocultaron sus vidas a sus hijos. De repente, en la mesa, Andrew decía:

—Este mes he tenido que cerrar tres capillas más. Los propietarios no me dejan sostenerlas. No encuentro otro sitio, ya nadie quiere alquilar nada para rezar. Aquí pasa algo...

O bien decía:

—Celebramos reuniones en casa de los diferentes miembros de la iglesia. Tenemos que celebrarlas como hicieron los cristianos de los antiguos tiempos... a medianoche, en secreto, como podemos.

Muchas eran las noches en que los chiquillos se despertaban al oír la puerta y ver el rayo de luz de la lámpara de petróleo de Andrew, que llevaba siempre de noche y conservaba personalmente limpia. Era una de las pequeñas extravagancias, limpiar personalmente sus lámparas y linternas. En aquellos tiempos usábamos lámparas de petróleo americano. Cuando veíamos aquella rendija de luz procediendo del vestíbulo blanqueado, sabíamos que era Andrew que regresaba de una de sus reuniones secretas.

Toda la casa parecía a veces estar saturada, no diré de temor, pero sí de una especie de solemne espera. Uno tras otro, el personal de servicio se fue marchando, hasta que no quedó más que la nodriza y su hijo. Y Andrew cada día estaba más en casa, y su rostro se iba poniendo cada vez más preocupado.

Fue varias veces a ver al cónsul americano, y al volver le dijo a Carie:

—No puede hacer nada; todo el mundo está esperando.

Y una noche no regresó a casa. Era cerca del mediodía de la mañana siguiente cuando volvió por fin con las muñecas ensangrentadas por las esposas.

Cuando Carie, medio muerta de ansiedad, lo recibió con un grito, él respondió sobriamente:

—Alégrate de verme vivo. Estaba en casa de Lin Meng administrando la comunión a su anciana madre, cuando se presentaron los soldados. Se llevaron a Lin y lo han torturado hasta que ha muerto. Pero permaneció fiel. Se llevaron a su hijo de diez años, pero lo han soltado hoy, y vino a decírmelo, y me ha soltado. Me dejaron atado y la mujer murió mientras yo estaba allí, atado a un poste.

Su rostro se convulsionó, y sentándose, lanzó un gruñido. Después nos miró con una expresión extraña, brillantes sus ojos de color de hielo, y la voz solemne y triunfante:

—Lin Meng ha comparecido en presencia de Nuestro Señor; un mártir, para permanecer entre los sagrados elegidos.

Y así ocurría en todas partes. Pronto comenzaron a llegar rumores de muerte. En la ciudad de Shantung, toda la pequeña comunidad de misioneros fue asesinada, incluso los chiquillos. Misioneros a quienes no habíamos visto nunca nos fueron traídos varias veces por amigos secretos entre los chinos, harapientos, desfallecidos y enfermos, y Carie se ocupaba de ellos y los mandaba a Shanghai, donde estarían en

seguridad. Algunas veces traían chiquillos de ocho a diez años, muy pocos, pero nunca más pequeños, porque habían muerto de disentería, de fiebre o de cosas demasiado espantosas para ser contadas. Los hijos de Carie nunca oyeron estos rumores, pero la vieron a menudo sollozar de angustia temiendo por los suyos. Y así la tormenta iba creciendo, creciendo hasta aquel día en que la bandera americana se izó hasta un punto convenido para avisarnos que saliésemos inmediatamente, y Carie cogió a los chiquillos y se fue. Pero Andrew se quedó solo.

Es imposible saber qué tenía Andrew en la mente cuando regresó, solo, a aquella inmensa región. Jamás, ni entonces ni después, abandonó su puesto ante el peligro. Regresó tranquilamente. Por el camino le escupieron a menudo y las maldiciones caían sobre él. Pero las maldiciones eran cosa corriente y no paraba mientes en ellas. Entraba en la casa vacía, se bañaba, cambiaba de ropa y se sentaba a cenar. Un muchacho, el hijo de la fiel nodriza de los chiquillos, era el único que quedaba para servirlo.

La historia de la rebelión de los *boxers* se ha relatado mil veces y sería inútil relatarla aquí de nuevo. Queda, como el cuento del Agujero Negro de Calcuta, como una de las más ponzoñosas épocas de la Historia. Si hoy en nuestros días de horribles matanzas y guerras, el número de muertes puede parecer pequeño, fue la forma de matar, los inocentes chiquillos y los recién nacidos sacrificados, lo que estremece el corazón, aunque la mente pueda razonar y pensar. La mente puede aceptar la fuerza de los chinos al no querer extranjeros sobre su suelo, puede reconocer el no solicitado imperialismo de hombres como Andrew, por rectos que fuesen y honrados en sus propósitos y buenas intenciones. La mente dice que el pueblo tiene el derecho de no aceptar imperialismos. Pero el corazón se estremece. Porque los que fueron martirizados fueron los buenos y los inocentes, no los menos buenos e inocentes, porque estaban ciegos. Porque la gloria de Dios los había cegado. Estaban ebrios de su amor a Dios, de manera que no veían más que su gloria, eran incapaces de ver nada que no fuese una necesidad, ni que los demás fuesen como ellos. Y así, olvidándolo todo, fueron como van los ciegos, confiados, incapaces de ver el peligro o, si lo veían, no creyendo en él.

Es imposible acordar el corazón y la mente. La mente puede decir mil veces y con razón: «No tenían derecho a estar allí. Han provocado lo que han recibido». Pero el corazón contesta: «Eran inocentes, porque creían que lo que hacían era por Dios».

De manera que no hay respuesta posible ni puede haber decisión. Ciertamente, Andrew pertenecía a estos ciegos. Su fuerza residía en que creía con tanta firmeza en lo que le dictaba su alma que los ojos de su carne no se abrieron jamás entre su nacimiento y su muerte. Jamás vio al hombre de otra manera que como «un árbol que camina». Hubiera quedado sorprendido si alguien le hubiese dicho que los chinos tenían el derecho de protestar por la presencia de misioneros extranjeros en su suelo.

Era como si protestasen de la autenticidad del verdadero Dios, el suyo. Nadie tenía el derecho de protestar contra Dios.

Durante todo el tórrido verano permaneció obstinadamente en aquella casa de la misión, únicamente con aquel muchacho chino. El muchacho, yendo a rondar por las calles por la noche, le traía cada día rumores de nuevas matanzas de gente blanca en las poblaciones. Andrew era el único blanco de toda la región. Iba y venía obstinadamente predicando abiertamente por las calles hasta que la furia de los transeúntes y sus gritos impedían que fuese oído. Entonces distribuía sus folletos con esa obstinada serenidad suya; veía cómo los arrojaban al suelo o los rompían y se iba a predicar a otra calle. Su tranquilidad, la extrema dignidad de su alta silueta, su falta de miedo, parecían protegerlo. Lo sé por Ma, el cristiano, que seguía todavía a su lado. Una vez, hablando de Andrew, me dijo:

—Varias veces he creído que lo matarían. Muchas veces, a su lado, he pensado que, como Saulo de Tarsos, tendría que ser testigo de la muerte de un mártir. Le arrojaban piedras, y una vez una de ellas le cortó la mejilla, pero ni siquiera levantó la mano para restañarse la sangre.

—¿Tuviste miedo? —le preguntamos a Andrew cuando, siendo más viejo, nos lo contaba.

—Hubo algunas veces en mi vida en que tuve miedo —dijo después de haber reflexionado—. Pero fue siempre por cosas insignificantes. —Se refería a los ladrones, ruidos nocturnos, y esos rumores de la oscuridad que despertaban sus temores infantiles tan profundamente ocultos en él que no los reconocía—. Pero cuando trabajaba por Dios no tuve nunca miedo —terminaba.

—Y no obstante, murieron muchos —murmurábamos nosotros.

—No es la muerte lo que uno teme. Ésta era una de sus ingenuidades a las cuales les era difícil contestar.

Pero se sentía tan reconfortado durante aquellos días, que después los recordaba con claridad, no sus peligros ni temores, no historias de enfermedades y muerte, sino una especie de éxtasis. Vivía, al parecer, como fuera de sí mismo.

«Me parecía —escribió— no tener cuerpo. Me daba cuenta de la presencia de Dios en mí como una potente luz que ardiese día y noche. Todo lo que fuese ser humano estaba ausente de mí. No tenía relación alguna con un ser humano, salvo con Ma, un día mahometano y ahora cristiano. Permaneció fiel a sus nuevas creencias. Cada día le explicaba la exégesis de las Escrituras y juntos hacíamos planes para una más amplia expansión cuando la tormenta hubiese pasado».

Porque Andrew no dudó jamás de que la tormenta pasaría, que el mal tenía que ser vencido y triunfar el bien. En cada oración que decía no olvidaba nunca añadir: «Mantén nuestra fe hasta el día ineludible en que el mal desaparecerá de la tierra y Dios triunfará».

¡El día ineludible! Sobre esta certidumbre edificó su vida, y no teniendo duda ni sombra de error, vivió feliz bajo todas las circunstancias. ¿Qué más necesita nadie si

tiene la seguridad del anhelo de su corazón?

Los meses pasaron. El verano terminó, y terminó la rebelión, como todo el mundo sabe, con una expedición punitiva de los poderes cuyos misioneros habían sido asesinados. Los ejércitos extranjeros entraron en Pekín, la Emperatriz viuda huyó de la corte; excusas, indemnizaciones y nuevas concesiones siguieron en el orden habitual. Pero el pueblo se mantuvo recalcitrante. Observaba una amenazadora resistencia a oír la palabra de un Dios extranjero. Andrew estaba impaciente. Vino el tiempo frío, ese tiempo en el cual emprendía el camino de los campos, predicando en los mercados soleados, deteniéndose en los pueblos, hablando con los campesinos reunidos sobre los campos labrados. Pero no querían escucharlo. Lo amenazaban, lanzaban sus feroces perros contra él, le negaban los locales para alquilar ni sitio casi donde detenerse. Dos veces quemaron una capilla.

«Dios no ha tenido tiempo todavía de obrar», escribió Andrew a Carie.

Recordó que hacía nueve años que no había visto su país y que tenía derecho a unas vacaciones. También Carie, que vivía en unas habitaciones alquiladas en Shanghai, tenía ganas de cambiar un poco. Bien, entonces dedicaría a Dios un poco más de tiempo. Un año de permiso y regresaría, y en compañía de Ma comenzarían de nuevo su campaña. Cerró la casa de la misión y se fue a Shanghai. Sus hijos lo habían casi olvidado, pese a que cada noche rezaban: «Dios mío, protege a papá contra los *boxers*».

Les pareció más alto que nunca y más delgado, y sus ojos eran de un azul intenso en medio de su rostro moreno y rojizo. Y se sentía embarazado con ellos y no sabía cómo hablarles.

CAPITULO VIII

Desde este segundo regreso de Andrew a América, puedo hablar con cierta autoridad porque por aquellos tiempos lo recuerdo ya por mí misma. Pero es cierto, sin embargo, que no puedo dar de él una historia consecutiva porque mis recuerdos no alcanzan a ello. No lo veo como una figura cotidiana, como Carie, por ejemplo. Venían los días y se iban, y en ellos aparecía irregularmente y con violencia. Debí sin duda crear una especie de tirantez cada vez que venía, porque estas impresiones de su presencia eran mucho más vivas que todo lo demás, pese a que me ocurrían ya muchas cosas que no me habían ocurrido nunca; todas, en realidad, en América. Recuerdo, por ejemplo, la primera vez que vi a Cornelius, el adorado hermano de Carie, a quien toda mi vida puse al lado de Dios. Salió de la gran casa blanca —en la que, según Carie, yo había nacido— con su blanco cabello brillando bajo el sol. Parecía sumamente viejo y pensé que debía ser *Hermanus* y grité: «¡Abuelo!». Pero Cornelius se echó a reír y detrás de él vi otra figura más anciana todavía, de pelo blanco, y era *Hermanus*. Y sin embargo, en medio de todas aquellas emociones, en medio de los primos con quienes podía jugar, en aquel jardín del que había oído hablar, pero que no había visto nunca, con las vacas y caballos, y las praderas sin cercar, ¡cuán extraña y desamparada me sentía al principio sin un muro para proteger la casa y el jardín, y cuando me convencí de que los bandidos no nos atacarían y que nadie nos robaría nada, cuán radiante y feliz!

Y sin embargo, en medio de todos estos recuerdos, la figura de Andrew se destaca con una fuerza impresionante. Estuvimos todo el verano en casa de Carie, y yo me sentía día tras día sumida en una especie de éxtasis. Andrew se había ido a visitar a sus hermanos y hermanas. Me parece que Carie creyó difícil acompañarlo a causa de sus dos pequeños. Andrew predicó en las iglesias siempre que fue invitado a ello. Recuerdo mi ansiedad cuando le ofrecieron que predicase en la iglesia de la casa de Carie y pensé que no sabría predicar en inglés, y no sólo predicó, sino que lo hizo durante largo rato. Vi que tenía mucho que decir. Aquello era la iglesia de la cual David, el hermano de Andrew, era ministro. David se parecía tanto a Andrew que yo estaba asombrada. Pero era más tranquilo que Andrew, más pálido y menos violento. Era un hombre anciano, pálido y de cabello plateado; incluso su piel tenía un blanco de plata, de manera que parecía un fantasma. Y hasta sus ojos azules parecían palidecer bajo una especie de película de plata.

Andrew sumió a la familia en la consternación cuando lo vieron llegar tan tarde el sábado, vigilia del domingo en que tenía que predicar. Yo me sentía desgraciada y en cierto modo culpable de ello. *Hermanus* esperaba refunfuñando por el retraso y Carie trataba de excusarse, y yo, puesto que Andrew era mi padre, creía que tenía que ser capaz de hacer alguna cosa. Era un día caluroso de agosto y la mayor parte de la tarde la pasé sentada en los escalones del portillo bajo el viejo arce, contemplando la

carretera polvorienta. Alrededor de la mesa las tías y los tíos miraban a Carie con severidad.

—¿Suele llegar siempre tarde? —le preguntaban.

—No, no, de ninguna manera —respondía ella apresuradamente—. No sé qué puede retenerlo. Me escribió diciéndome que venía a caballo de Lewisburg por la montaña.

—Va a estar extenuado si llega ahora —dijo melancólicamente *Hermanus*. Y añadió—: No creo que sea suficientemente buen predicador para levantarse e improvisarnos un sermón.

Carie no dijo nada, pero yo advertí una mirada especial en sus ojos. Y sentí en el acto un agudo dolor; era extraño que mi madre se dejara reñir de aquella manera, como una chiquilla, y sentía ganas de defenderla.

Y súbitamente entró Andrew, con la maleta en la mano y los zapatos llenos de polvo.

—¡Bien, hombre! —gritó *Hermanus*.

—Mi caballo comenzó a cojear a las dos millas de haber salido —dijo Andrew—; así, que he tenido que venir a pie.

Todos se quedaron mirándolo.

—¡A pie! ¡Por la montaña y con una maleta! —exclamó Cornelius.

—No había otra manera de venir —dijo Andrew—. Voy a lavarme.

Desapareció, y recuerdo todavía el alboroto del asombro. Había recorrido quince millas por las montañas llevando una maleta a cuestas.

Me sentí orgullosa de él y dije:

—Y además, en la maleta lleva siempre libros.

—No estará bien mañana —dijo *Hermanus* malhumorado. Y cuando apareció Andrew recién lavado e impecable, *Hermanus* le dijo a mi tía Dorothy—: ¡Ve a buscarle algo caliente que comer! ¡Debe de estar hambriento!

Y se sentó allí, soltando algunas risitas sarcásticas y ahogadas, mientras Andrew comía.

No recuerdo si Andrew estuvo bien o no, porque al día siguiente después del desayuno anuncié súbitamente mi decisión de profesar. La cosa no se me había ocurrido hasta que vi a mi prima favorita, que tenía mi misma edad, probarse un traje blanco y nuevo antes del desayuno. «Hoy profeso», me dijo complacida dando vueltas y más vueltas delante del espejo. Yo me quedé mirándola, abstraída. También yo tenía un traje nuevo preparado para cuando se presentase la ocasión, pero ésta no se había presentado todavía. Incluso había sido motivo de disgustos entre Carie y yo por no haber encontrado todavía una ocasión digna de ello. La idea me gustó. Corrí a encontrar a Carie.

—¡Quiero profesar también!

Estaba en su habitación, retorciendo su abundante cabello castaño. Dio vuelta a su trenza con la mano, y mirándome por el espejo, adoptó una expresión solemne.

—No puedes entrar en religión de esta manera —exclamó indignada—. Es un paso muy importante; tienes que pensarlo mucho tiempo.

—Ya lo he pensado —dije yo rápidamente—. Lo he pensado muchas veces.

—¿Y por qué no lo habías dicho antes? —preguntó Carie astutamente.

Yo me estiré el traje.

—Tenía miedo de profesar sola —dije—. Pero hoy puedo hacerlo con Hilda.

Carie me miró pensativa.

—No sé —dijo al fin—. Tienes que pedirselo a tu padre.

En aquel momento entró Andrew con la tranquilidad en los ojos después de sus oraciones matinales.

—Esta chiquilla quiere profesar —dijo Carie.

Sentí sus ojos fijarse en mí con mayor interés que nunca. En realidad, salvo cuando había cometido alguna travesura, no recuerdo que se hubiese fijado sobre mí jamás. Pero cuando era culpable de algo, su mirada era terrible y amenazadora. Ahora era diferente. Había en sus ojos un ansia de interés; eran casi, si no del todo, dulces.

—¿Qué te hace creer que deseas profesar? —preguntó gravemente.

Alisé mi traje y no dije nada, porque no sabía qué decir. Los dos me miraban y yo sentía las dos cualidades de sus miradas. La de Carie era sagaz y un poco escéptica. Un momento más y se sentiría dispuesta a prohibir todo aquello. Pero la mirada de Andrew era suave, amplia y hacía exaltada.

—¿Amas a Nuestro Señor Jesucristo? —preguntó.

Súbitamente no hubo entre nosotros nada de padre e hija. Era un sacerdote interrogando a un alma. Incluso yo estaba asustada e hice una pausa para reflexionar un poco. ¿No amaba a *Jesús*? No había pensado nunca en ello, dándolo por descontado. Andrew era, ya lo he dicho, muy bueno con los chiquillos.

—Sí, padre —dije.

Se volvió solemnemente hacia Carie.

—No tenemos derecho a contrariar la vocación de un alma —dijo.

—¡Pero si es demasiado joven para saber lo que hace! —exclamó Carie.

Yo no quería mirarla, porque conocía el poder de sus ojos negros e investigadores. Además, ¿no amaba acaso a Jesucristo?

—De los jóvenes es el reino de los Cielos —dijo Andrew sencillamente.

Esto lo dejó solucionado. Sin una palabra, pero con el escepticismo todavía en sus ojos, Carie sacó el traje blanco y me lo puso, y me ciñó la faja, y me puso mi sombrero de paja, y nos fuimos a la iglesia. La familia había sido informada de la situación, y mi prima y yo avanzamos una al lado de la otra, detrás de *Hermanus*, sintiéndonos un poco embarazadas.

—Tendrás que contestar a unas preguntas —me susurró Hilda.

—No me importa —le contesté también en voz baja.

¿Acaso no había sido instruida en el Catecismo infantil, y el Catecismo Abreviado de Westminster no contenía centenares de himnos y salmos? Es cierto que centenares de veces había ido a quejarme a Carie diciéndole: «No sé de qué me va a servir tanto catecismo y tanto versículo», a lo cual ella me respondía: «Un tiempo vendrá en que te alegrarás de saberlos». Quizá, pensé, aquél era el tiempo, pero nunca lo creí.

Por esto el sermón de Andrew me pareció largo. No escuché, porque no escuchaba nunca sus sermones, pensando que podía oírlo predicar en casa. Pero siendo una chiquilla tímida comencé arrepentirme de haber dicho que quería consagrarme a la iglesia. Ahora que era inevitable, porque se lo había dicho a tío David, y jamás podría retroceder delante de toda la familia, mi corazón latía en mi garganta como una máquina jadeante. Sólo la idea de mi traje me sostenía. Era mucho más bonito que el de Hilda y todo el mundo lo vería.

De lo demás, recuerdo poco. Antes de la bendición, tío David se levantó y anunció que iba a recibir dos nuevos miembros en el seno de la iglesia e invitó a recibir a todos los que quisieran quedarse después de la bendición. Todo el mundo se quedó. Carie me quitó el sombrero y Hilda y yo avanzamos por la nave lateral, una nave que me pareció interminable, si bien anduve tan aprisa que Hilda me dijo después que había casi que correr. Sé que sentí mis tirabuzones moverse de un lado a otro de mi cuello. Hubo un momento de silencio profundo, y tío David, fijando sus ojos de plata en mí, me hizo un par de preguntas, a las cuales contesté débilmente «Sí», o «Sí, así lo creo». Me tendió una bandejita de plata cubierta con un encaje sobre la cual había unos trocitos de pan blanco y tomé un trozo. Después me ofreció un cáliz y me invitó a beber. Comí y bebí. Pero el pan era duro e insípido, y el vino quemaba mi lengua, y lo detesté. Y en cuanto llegamos a casa me hicieron quitar el traje blanco. Cuando todo hubo terminado quedé decepcionada.

Andrew, por lo visto, no podía vivir en paz ni en América, donde no había misioneros, ni, es de presumir, paganos. El recuerdo que tengo de él es una vieja casa alquilada en una pequeña población de Virginia, donde fuimos a ver a mi hermano Edwin, que estaba en la Universidad. Creyó, en vista de que América estaba llena de dinero, que lo mejor era hacer lo que se pudiese para llevar adelante su obra. Y así depositó allí a su familia o, mejor dicho, trató de hacerlo, porque hubo algunas dificultades con la casa. Ésta había sido alquilada a una importante dama, ya anciana, de Virginia, que vivía en una casa historiada, situada en lo alto de la colina, y que, si bien los domingos asistía al servicio religioso y dejaba incluso un par de monedas en la bandeja de las misiones extranjeras, desconfiaba profundamente de los misioneros cuando llegaba el momento de tratar personalmente con ellos. Ignoro si tuvo algún incidente desagradable con ellos. Pero Andrew no toleraba arrogancias a nadie; tenía ya bastantes consigo mismo, y especialmente no las toleraba en las mujeres que, a su

juicio, debían ser dóciles y sumisas. Era la lucha del pedernal contra el pedernal y se cruzaron un buen número de insultos.

Era imposible que una chiquilla se diese cuenta de lo que pasaba. Una cosa era clara: Andrew no estaba dispuesto a pagar el alquiler mensual que ella exigía, y cuando le preguntó qué garantías le daba por el pago del alquiler, le contestó con esa furiosa tranquilidad suya:

—La misma garantía, señora, que tengo de que el Señor vele por la suya.

Evidentemente, la dama no quedó muy tranquilizada, pese a ser cristiana, porque Andrew se detuvo aquella noche durante la cena, en el momento de tomar una sopa de tomate, y observó:

—Esta mujer es sencillamente una diablesa, ni más ni menos.

—¡Oh, Andrew! —exclamó Carie.

Todos esperábamos que dijese algo más, pero Andrew había vuelto a preocuparse de su sopa. No obstante, cada vez que veía a *mistress* Estie bajo su parasol y en su coche, guiado por un cochero negro como la tinta y tirado por dos soberbios caballos grises, avanzando bajo el dosel de árboles de la calle, la miraba con dureza. ¡Una diablesa! Iba sentada orgullosa y erguida, con su blanco cabello ondulado al viento, el fino perfil soberbio y altivo. Fue en otro tiempo una de las bellezas del Sur y no lo había olvidado nunca. Pero ésta es una enfermedad muy curiosa. Llega a asquear hasta la muerte a todos los que tratan a una mujer así, pero permanece firme e incurable en la mujer que la posee.

Únicamente un recuerdo tengo de Andrew de aquel extraño año en América. Andrew estaba casi siempre fuera colectando dinero, pero en cierta ocasión estaba en casa y debíamos ir todos juntos a hacer una visita de familia. Recuerdo que a mí me habían vestido la primera con un nuevo traje de muselina azul adornada con florecillas. La falda de seda azul caía sobre un miriñaque, las mangas eran cortas y abolladas, y el cuello, de encajes. Mis largos tirabuzones acababan de ser peinados por Carie, y en lo alto de la cabeza llevaba un lazo azul, mientras balanceaba mi gran sombrero con las manos. Así ataviada y perfectamente satisfecha de mí misma, estaba de pie en los escalones que daban a la calle, esperando impecable, cuando dos muchachos que pasaban se detuvieron para mirarme. Yo aparenté no darme cuenta de ellos, desde luego, a pesar de que los veía perfectamente. Estaba precisamente ofendida de un reciente incidente que había tenido con un muchacho detestable, el zopenco de nuestra clase, que me había consagrado su adoración, a pesar de mis furiosas protestas y mi cólera.

Aquellos dos muchachitos desconocidos, al mirarme, fueron, por consiguiente, como un bálsamo para mí, pese a que aparentemente no me daba cuenta de su presencia. Por último uno de ellos, después de haber lanzado un suspiro, le dijo al otro:

—Oye, ¡qué bonita es!, ¿verdad?

Pero antes de que el otro pudiese contestar, oí la voz de Andrew en el porche.

—¡Bah! —exclamó.

Había llegado, dispuesto a irse, a tiempo para oír la observación del muchacho.

—Ve a buscar a tu madre —me ordenó. Y al dar la vuelta, disgustada, porque no había ni que soñar en desobedecerlo, vi a los dos muchachitos echar a correr calle arriba, seguidos por su colérica y ofendida mirada.

—¡Hum! —le oí exclamar, mirándolos.

Y allí permaneció con una expresión de disgusto en la cara, como si oliese el pecado no lejos de allí.

Buscando en mis recuerdos, me veo de nuevo en nuestra casa cuadrada de la misión. Después de la agitación y el gentío de aquel año en América, aquella casa me parecía muy tranquila, muy solitaria. Para nosotros, que éramos los hijos de Andrew, no había ningún chiquillo blanco con quien jugar, y los días eran largos y los llenábamos con todo lo que encontrábamos a mano.

Pero, ciertamente, Andrew no tenía nada que ver con ello. Porque aquí empieza la parte más próspera de su carrera de misionero. Había llegado con la mayor parte del dinero que quería, y había encontrado una China extraordinaria y casi amenazadoramente tranquila. Durante aquel año había ocurrido algo. En lugar de hostilidad encontrábamos en todas partes una máscara de cortesía y complacencia. Pudo, donde quiso, alquilar habitaciones para instalar capillas y escuelas, y la gente se amontonaba en ellas. Ciertamente es que parecía gente de una nueva clase, gente que se sentía molesta, con dificultades que solventar, con ofensas, procesos y ambiciones. Andrew se dio cuenta, como les ocurrió a todos los hombres blancos durante aquel período, de que poseía un poder del que no se había percatado.

La explicación, desde luego, era el castigo infligido a los chinos por el levantamiento de los *boxers*. Pero todo el imperio chino había corrido la consigna, esa consigna que vuela de boca en boca, más aprisa que los telegramas de nuestros días. Los hombres blancos, siendo fuertes y rápidos y temibles, tenían que ser temidos, detestados, envidiados, admirados y utilizados. Cada blanco era un pequeño rey.

Andrew lo consideró el triunfo de Dios. Avanzó a grandes pasos por aquella región de China que consideraba su reino espiritual. Con Ma a su lado para ayudarlo y aconsejarlo, y evitarle errores donde los errores podían ser evitados, abrió una iglesia tras otra, nombró predicadores para situarlos donde fueran responsables no sólo de sus congregaciones, sino de una cierta parte del territorio que los rodeaba, teniendo en cuenta que al lado de cada iglesia había una escuela. En un momento dado Andrew tuvo doscientas iglesias y escuelas en su diócesis. Dos veces al año celebraba una asamblea general de todos los que tomaban parte en la Obra, y valía la pena de ver aquella aglomeración reunida para redactar memorias y recibir instrucciones y enseñanzas. Porque Andrew no cesaba nunca de entrenar y enseñar a aquellos a quienes había elegido para enseñar a los otros. Y Ma, el cristiano, estaba siempre a su lado, sombrío y silencioso, salvo algún que otro susurro al que Andrew

prestaba inmediata atención.

En todo aquello había un algo curiosamente imperial, y no era ajeno a ello que se tratase de un imperio del espíritu, si bien Andrew era inocente hasta el fondo de su corazón y ni soñaba en todo esto. Pero los cristianos sombríos tenían estos sueños y aquel reino no era únicamente el de Dios. Había también aquellos que usaban el privilegio del hombre blanco y de la religión del blanco para conseguir sus propósitos. Porque en aquellos tiempos era suficiente jactarse delante de un magistrado diciendo «pertenezco a la iglesia del blanco y tengo su protección», para que el magistrado permaneciese silencioso y le diese la razón sin la menor consideración a la justicia.

Pero Andrew no creía que estas cosas pudiesen existir, y no las hubiera creído tampoco si se las hubieran dicho. Los hijos de Andrew, recordando el pasado, se acuerdan de que Carie se lo dijo muchas veces y a menudo lo había puesto en guardia. Ella estaba más en contacto con el pueblo de lo que él pudo estar jamás. Las mujeres no la temían y charlaban con ella y le contaban cosas, y así se enteró de que Li cobraba tres dólares por cada admisión en la iglesia, y si daban cinco la admisión era segura, pero sin esto la entrada en la antigua profesión de fe era imposible. Supo también que el viejo Ting tenía tres concubinas y que el predicador Rao fumaba opio. Se lo repetía todo a Andrew, pero él se negaba a creerlo. Un curioso aspecto de su naturaleza era que no daba nunca crédito a nada que no le gustase tener que creer.

—Si tan sólo quisieras tratar de enterarte por ti mismo, Andrew —exclamaba Carie—. ¡No dejes que te engañen!

Pero Andrew se limitaba a contestar:

—Es asunto de Dios, y suya es la responsabilidad de estas almas, no mía. Me he limitado a sembrar la buena semilla; Él separará la cizaña del trigo.

No lo perturbaba en lo más mínimo que una flagrante hipocresía entre ellos saliese a la luz.

—También Cristo tuvo su Judas —decía imperturbable.

Carie no era la única en batallar con él bajo este concepto. Los demás misioneros lo atacaban también una y otra vez, y había quienes trataban de desacreditar toda su obra, creyendo que era mejor conseguir dos conversos, pero verdaderos, a los centenares que conseguía Andrew. Pero Andrew se limitaba a reírse de ellos a manera silenciosa y tranquila. Era una risa extraña, una especie de mueca de su rostro correoso, un súbito brillo de sus ojos que no por eso los suavizaban. Y en un arranque de inusitada astucia, decía:

—¡Polson y su precioso par de conversos! ¡Apostaría a que uno por lo menos es hipócrita, con lo cual ya hay un cincuenta por ciento de¹, su comunidad que es falsa. Es más seguro tener quinientos.

Los misioneros inventaban toda clase de reglas y añagazas para obstaculizar los caminos de Andrew, pero éste no se sentía más cohibido que Gulliver con las ligaduras de los liliputienses. Seguía su camino serenamente, mientras los demás se

encolerizaban, y al poco tiempo, los hijos de Andrew estaban imbuidos de que sus semejantes estaban contra su padre, y por consiguiente, contra ellos. Más tarde, cuando crecieron, quedaron sorprendidos al ver que toda aquella gente era buena a su manera, gente sencilla y honrada que trataba de cumplir con su deber lo mismo que Andrew. Pero entre ellos y Dios estaban los funcionarios de la misión y los reglamentos, mientras Andrew se las entendía sólo con Dios.

Conviene aquí, quizá, hablar de la parte que Andrew tomó en la guerra del Nuevo Testamento, que fue la mayor complicación de su vida. Al principio de su carrera Andrew decidió que la traducción china de la Biblia era un galimatías. Estaba llena de cosas absurdas porque, según él decía, los traductores no habían entendido suficientemente los idiomas chinos. El carro de Elías, por ejemplo, estaba traducido por «vagón de fuego», palabra empleada más tarde para el ferrocarril, lo cual llevaba a los paganos a imaginarse a Elías subiendo al cielo en ferrocarril y de esta idea se creaba una gran confusión geográfica. Andrew decidió, por lo tanto, que en cuanto tuviese tiempo haría una nueva traducción directa del hebreo y el griego al chino. Por aquel tiempo fue también cuando los demás misioneros se convencieron de la necesidad de hacer una nueva traducción, y nombraron un comité para llevarla a cabo, y siendo el docto conocimiento del idioma una de las cosas que reconocían en Andrew, fue éste solicitado para formar parte de él.

El plan era simple. El Nuevo Testamento fue lo primero que se decidió traducir y fue repartido en capítulos entre los miembros de la comisión, en partes iguales. Cada uno de ellos debía trabajar en su casa asesorado por un chino docto, y en verano tenían que encontrarse en un lugar determinado para comparar lo hecho, juzgarlo y conferenciar sobre el trabajo de cada uno.

Para Andrew era un trabajo de categoría sagrada. Con Ma a su lado, pasó las noches trabajando durante todo el invierno y primavera. A principios de julio, Ma y él emprendieron el camino hacia el Norte, al punto de reunión. Ésta revistió una cierta solemnidad. Carie había conseguido con mimos y halagos que él se hiciese un nuevo traje blanco: su santo tenía que ir tan acicalado como todos los demás.

Ocho semanas estuvo fuera. Pasamos aquel largo y tórrido verano con una cierta sensación de desahogo como una brisa fresca bajo el calor. Todos teníamos cosas que deseábamos hacer. Carie quería darme clases de canto, y haciendo economías sobre el dinero de la casa, había comprado secretamente en Shanghai cuatro libros nuevos, dos de ellos novelas, que leeríamos en voz alta.

Y queríamos hacer también cortinas nuevas para el salón. Carie quería asimismo hacer cortar el «árbol parasol» del jardín. Los árboles eran una discusión continua entre Carie y Andrew. Carie adoraba el sol, pero en aquel valle húmedo del Yangtsé los árboles crecían recios y musgosos, daban sombra a la casa y hacían que el moho invadiese, en el espacio de una noche, los zapatos y vestidos y las alfombrillas de paja. Pero Andrew no quería nunca que se cortase ningún árbol. El «árbol parasol» había sido el caballo de batalla, entre ellos. No quería ni oír hablar de cortarlo, pese a

que sus grandes hojas en forma de abanico se posaban sobre parte del porche, y las serpientes del jardín trepaban por sus húmedas ramas. Carie detestaba aquel árbol y su demasiado rápida imaginación lo imbuía de siniestra influencia. Meses antes nos había dicho:

—En cuanto se marche Andrew haré cortar el árbol ese. Arma un escándalo en cuanto se lo digo, pero no creo que se dé cuenta siquiera cuando venga.

Y apenas Andrew había franqueado la puerta cuando el jardinero estaba ya actuando sobre él. Carie estuvo allí triunfante viéndolo caer. Se vino abajo con un gran estrépito e inmediatamente los rayos del sol iluminaron las sombras del porche.

—¡Así! —exclamó Carie—. ¡Por fin puedo respirar!

Afortunadamente no demoró el hacerlo, porque en menos de dos semanas Andrew estaba de regreso. No nos había dicho nada, porque sus cartas eran todas muy vagas. «Las moscas de Chefú son terribles —escribía—. Son una plaga de Egipto, y los mosquitos son peores». Se quejaba algunas veces de sus compañeros de trabajo. «Barton es un perezoso. No empieza a trabajar hasta las ocho de la mañana. Son sus costumbres inglesas del té de la mañana y ya le he dicho que desayuna demasiado fuerte». Pero más tarde mandó unas quejas más severas sobre el misionero inglés: «Barton quiere que todo se haga a su manera». Carie, al leerlo, se reía, diciendo:

—No hay otro como él, ¿no creéis?

Le escribió recomendándole paciencia, tolerancia e insinuándole la posibilidad de que ocho tuviesen más razón que uno, y que la mayoría tendría que decidir. Pero ¿desde cuándo tenía algún sentido la mayoría para Andrew, que estaba acostumbrado a ser una minoría de uno? «Barton es inaguantable», escribía.

—Me parece que Andrew no se va a salir con la suya —dijo Carie lamentándose.

Al día siguiente compareció, seguido del sobrio y silencioso Ma. Andrew llevaba su traje nuevo que había olvidado ponerse hasta entonces, pero se acordó cuando se trató de ver a Carie. Parecía espléndido y triunfante y muy feliz por verse de nuevo en casa. Estuvo inusitadamente jovial toda la noche, si bien no pudimos sacar en claro qué había pasado, excepto que Andrew no había aprobado más traducción de la Biblia que la suya. En honor a él tengo que decir que, al parecer, reinó un estado de ánimo unánime en todo el comité. Pero Barton había sido el peor.

—Este hombre no es ni siquiera educado —dijo Andrew, tomando su sopa con franco deleite—. Salió del colegio a los dieciséis años y estuvo empleado en una tienda de ropas de Londres. Na sabe una palabra de griego ni hebreo.

—Quizá conozca el chino —dijo Carie que se mostraba inclinada a tomar el partido de los demás contra Andrew.

—¡Bah! —dijo Andrew—, no tengo confianza en él.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntamos nosotros.

—Hacer la traducción yo mismo.

—¿Así sabrás que está bien? —preguntó Carie, riendo.

Pero Andrew levantó la vista con sorpresa y gravedad.

—Exacto —respondió.

En cuanto al «árbol-parasol», Carie tenía razón. Jamás se dio cuenta de que ya no estaba, si bien dos años más tarde, cuando en un arranque de malicia, Carie se lo contó, dijo que desde entonces había echado de menos algo, pero que no había podido averiguar qué era. Y estuvo tan categórico que no nos atrevimos a echarnos a reír hasta que estuvo fuera de la habitación.

Y así, de esta manera, comenzó aquel trabajo que para los hijos de Andrew adquirió, mientras transcurrieron los años, el aspecto de un gigante de una fuerza inexorable que se tragaba sus juguetes, sus placeres, sus modestos deseos y los dejaban casi sin nada. Pero esto no tiene importancia en esta narración. Porque para Andrew era excitación, creación y realización de su obra. Y tenía una necesidad de crear, de la que no se había dado cuenta hasta entonces. Cuanto más y más ponía en manos de Ma la obra de vigilar y fiscalizar las iglesias y las escuelas, más se sumergía él en las raíces griegas, en la teología y en el idioma chino con todas sus variantes. Se retiró todavía más del mundo, pasando noches y más noches en su inolvidable estudio. Oíamos la extraña música del griego mientras leía en voz alta y las cantantes entonaciones del chino. Lentamente, muy lentamente, el montón de páginas en griego, interlineadas con los caracteres chinos de su gran escritura, iba creciendo bajo el pisapapeles que representaba un Buda al que uno de sus conversos había adorado, del que renegó después, se lo regaló más tarde y ahora estaba irónicamente allí sobre las Sagradas Escrituras.

Sus compañeros de misión protestaban enérgicamente del empleo del tiempo de Andrew. Nadie, decían, le había dado permiso de traducir solo el Nuevo Testamento.

—Nadie, excepto Dios —dijo, altivo y orgulloso.

La mayoría de estas guerras y escaramuzas entre Andrew y sus compañeros de misión se producían, no de día en día, sino en la reunión anual, a la cual acudían todos los misioneros con sus esposas para dar cuenta de sus actuaciones, discutir los reglamentos y dictar nuevas leyes y políticas. Es de presumir que las mujeres no tuviesen nada que ver con aquello. La misión de la iglesia para la cual Andrew había sido criado y en la que ahora trabajaba, era, y es todavía, una especie de secta formada por un grupo de americanos del Sur que presentaba una curiosa mezcla de calidades humanas de un género fascinador. Hoy en día mantienen aún una increíble estrechez de credo que acepta enteramente los milagros de la virginidad en el nacimiento, el agua convertida en vino, el muerto resucitado y la segunda aparición, cotidianamente esperada, de Cristo. Su juicio sobre los que no tienen o no pueden tener estas creencias es inhumanamente cruel: estas personas, sencillamente, no existen para ellos; no hay relación posible, ni amistad deseable con ellas. Pero dentro de su grupo y sus simpatizantes son amigos, se prestan ayuda sin fin en la enfermedad y

la pobreza. La religión, en su caso, como en tantos otros, ha endurecido sus corazones hasta tal punto que les es imposible ver, salvo a través del sombrío cristal de su propio credo, lo que es la vida o lo que debería ser.

Uno de los más curiosos aspectos de su credo es la total adopción del desprecio de San Pablo por la mujer. En aquel pequeño grupo de misioneros jamás una mujer levantaba la voz delante de un hombre, ni para rezar ni para hacer uso de la palabra en una reunión. En sus reuniones, las mujeres se arrodillaban delante de los hombres, quienes se arrodillaban delante de Dios y sólo ellos podían hablarle. Y Andrew era uno de ellos. Una vez, en una reunión, una mujer inglesa, que pertenecía a otra fe, comenzó a rezar en voz alta cuando se dio la orden de empezar las oraciones. De los cinco hombres que allí había, tres se levantaron y salieron. Yo abrí los ojos para ver cómo se portaba Andrew. Seguía inmóvil, de rodillas, pero Carie estaba a su lado con los ojos fijamente abiertos, no atreviéndose a moverse. Andrew no miró a Carie, pero no se marchó; sin embargo, estaba haciendo una cosa que nadie le había visto jamás hacer: tenía los ojos abiertos y miraba a través de la ventana. En cuanto a él hacía referencia, no existía plegaria alguna.

La reunión anual era, por consiguiente, tan divertida como el circo. Porque las mujeres de estos misioneros no eran criaturas débiles. Eran tan pioneros como sus maridos, y si bien no podían hablar en público, se resarcían hablando mucho en privado. Allí estaba *mistress* Houston, por ejemplo, de Georgia, de quien todo el mundo conocía la historia. Cuando *míster* Houston fue a casarse con ella antes de emprender el viaje a China, comenzó a ponerse nervioso a medida que el tren se acercaba a la población donde ella vivía, y se fue directamente a la costa y embarcó sin detenerse, para casarse, a pesar de que la novia estaba vestida y los invitados esperaban en la iglesia. Pero Jennie Houston no se amilanó. Hizo sus equipajes con todo su ajuar de novia y se presentó en Shanghai donde se casó con él para convertirse en una esposa capaz, fuerte y dominadora, que con su voz ronca del Sur le dictaba órdenes que él obedecía ciegamente.

Y allí estaba Sallie Gant, mucho mejor predicadora que su pobre mirado, Lem Gant; Sallie, que proclamaba públicamente su completa sumisión al *credo paulino* y bajo este yugo inclinaba su linda cabeza rubia. Sin embargo, bastaba verlos a los dos juntos para comprender en el acto que Sallie tenía el alma de Lem entre el índice y el pulgar y que lo estrujaba cruelmente.

Porque, naturalmente, el inevitable resultado de esta sujeción religiosa de las mujeres, fue hacer nacer en ellas una irrefrenable independencia y un intenso deseo de expresión, hijos de su innato e inconsciente sentido de la ofensa e injusticia. Toda la gente sometida sufre así. Si los hombres fuesen cuerdos, darían a las mujeres libertad completa, y sus rebeldías se desvanecerían en la vacilación y la incertidumbre.

Pero en aquellas vigorosas, fuertes y reprimidas esposas de misioneros bullía la sangre. En sus rostros tempestuosos se marcaban surcos de resolución y firmeza y,

muy a menudo, un rasgo de humorismo. Había en ellas una buena cantidad de *pathos*, especialmente en las de no mucha edad, que suspiraban todavía por un poco de placer o se interesaban por un traje nuevo o por cuál era «el estilo» en casa. Si hubiese habido que elegir entre los hombres y las mujeres, éstas hubieran ganado por la fuerte expresión de paciencia dibujada en sus rostros y la obstinación marcada en sus labios. Y en las reuniones de la misión, aun cuando sólo los hombres podían levantarse y hacer uso de la palabra, al lado de cada misionero estaba sentada su mujer con la mano pronta a agarrotar el faldón de su levita. ¡Cuántas veces he visto a un hombre ponerse de pie, temblándole la barba gris y con los ojos echando llamas, y al abrir la boca para hablar volvió a sentarse súbitamente, respondiendo a un tirón de sus faldones! Entonces había una larga discusión susurrada entre hombre y mujer. Algunas veces él era tan obstinado como ella, y si no podía decir lo que quería, prefería no decir nada. Pero la mayor parte de las veces volvía a levantarse al cabo de un momento, apagado el fuego de sus ojos, y, aclarándose la voz, comenzaba a hablar con una voz suave como el viento del verano. Las mujeres se arrodillaban mientras los hombres daban cuenta de sus actos o dictaban leyes de la iglesia u oraban. Sus ágiles dedos volaban en las labores mientras tenían que permanecer mudas. En aquellos puntos iban todos sus contenidos deseos, sus obstinados afanes y ambiciones. Sin este desahogo, no creo que hubieran estallado.

Pero había algunas mujeres que no estaban casadas y no tenían marido que hablase por ellas. Éstas trabajaban para la misión y daban por escrito cuenta de lo que había hecho cada año, y pedían a un hombre que lo leyese mientras permanecían silenciosas y los hombres discutían cuánto dinero había que darles y lo que tenían que hacer con él. Allí estaba, por ejemplo, la doctora Greene, que dirigía un gran hospital para mujeres y niños, y tenía, además, una escuela de enfermeras, y era una de las mujeres más extraordinarias que he conocido. La vida de Florence Nightingale era una historia trivial al lado de la solitaria y feroz lucha de la pequeña *miss* Greene en aquella lejana ciudad del interior de China. Era querida de todos, y los enfermos acudían de todas partes, porque tenían confianza en ella. Sin embargo, cada año daba cuenta de los centenares de casos tratados, de las terribles operaciones, del increíble número de vidas salvadas, y entregaba su memoria a algún hombre para que la leyese a los demás, y ellos votaban lo que podía y lo que no podía hacer. Verdad es que permanecía tranquilamente sentada, sin hacer labores, sólo descansando por una vez, y cuando habían decidido por ella, se iba y hacía exactamente lo que le parecía bien. Pero la recuerdo mejor de esta manera: Siendo chiquilla estaba yo una vez en el patio del hospital cuando le llevaron a una pobre muchacha esclava que se estaba muriendo por haber tragado opio. La doctora Greene, enterándose de la gravedad del caso, se precipitó hacia el patio, pero era ya tarde: la pobre criatura había muerto en aquel instante.

He visto mucha gente muerta, incluso en aquella edad, pero aquélla era la primera vez que veía un alma escapar del cuerpo. Y la muchacha era tan bonita... ¡tan bonita!

No pude evitar echarme a llorar y le pregunté a la doctora Greene:

—No va a ir al infierno, ¿verdad? Dios no va a mandarla al infierno, ¿verdad?

El gentil rostro pálido de la doctora se inmutó un poco y suspiró:

—No lo sé, hija mía. No puedo soportar pensarlo —dijo.

Y acarició la mano fría y pálida de la muerta. Era una herejía, desde luego. Hubiera sido imposible decir aquello en presencia de santos. ¡No saberlo! ¡Era una herejía no saberlo!

Y, sin embargo, aquellos santos tempestuosos y humanos, tan llenos de su pecado original como cualquier otro, sin nada de la gracia temperada de los paganos civilizados a quienes trataban de convertir, eran capaces en un momento dado de dejar de lado sus diferencias y sus furias, y juntos partir el pan y beber el vino de la comunión, y después una extraña paz llenaba la casa donde se reunían. Era la paz de la firme creencia en aquello para la cual vivían, la absoluta certeza de sus mentes, la total sumisión de sus almas aquello que se habían propuesto. No había diferencia alguna, hablando de una manera absoluta, entre que tuviesen razón o no. Era innato en la creencia de que aportaban la salvación a aquellos que aceptaban su credo. Y en cierto sentido tenían razón. Los que fuesen capaces de creer como creían ellos, serían salvados de la desconfianza y de la duda, fruto de una mente insegura de su propio ser. Pero nadie era tan feliz como ellos, porque nadie estaba tan ciego en su certidumbre. Sus corazones estaban vacíos y huecos, y la luz de su entendimiento, apagada. Ningún problema podía invadir su mente. Uno de ellos me dijo un día, viendo en mis temblorosas manos el libro de Darwin «El Origen de las Especies».

—Jamás pensaría en leer un libro que fuese contra mis creencias o llevar conmigo a un esclavo descreído para predicarle, como en meterme veneno en el cuerpo.

Sí, elevaban sus propias ciudades, y los muros eran altos hasta el cielo, y sólo había en ellas una pequeña puerta para entrar. Pero si había guerra dentro, había también la paz.

Andrew salía siempre de las reuniones de la misión exasperado y nervioso a causa del conflicto y la discusión suscitados. Era uno de los dos o tres hombres de aquel grupo que no hacía caso de los tirones del faldón de su levita. Algunas veces, Carie, movida por una intensa divergencia de opinión, le susurraba algo al oído, pero jamás vi que lo afectase en lo más mínimo, es decir, en el sentido en que ella esperaba.

—¡Bah, bah!... —solía exclamar en voz alta, y se levantaba de esa forma suave tan suya, tomando la palabra para decir exactamente lo que había planeado. Esta sensación de impotencia era amarga para Carie.

—Vuestro padre es más terco que una mula nos dijo una vez con vehemencia, —y con furia añadió—: Y lo peor es que muchas veces tiene razón, lo cual no arregla las cosas.

Por mucho que Carie pudiese quejarse privadamente de Andrew, públicamente le

daba siempre la razón.

Una vez, en un momento de romántica adolescencia, soñando en el *Princess* de Tertnyson, levanté la vista para preguntarle:

—Di, madre, ¿papá y tú habéis estado alguna vez enamorados?

Estaba cosiendo un traje de casa y de momento no pude medir la profundidad de la súbita mirada que me dirigió. Era... ¿era dolor?... ¿extrañeza?... ¿Qué era? Fue como si de repente, hubiese descubierto un secreto. Entonces la mirada se dulcificó.

—Tu padre y yo hemos estado siempre muy ocupados —dijo con una voz como un susurro—. Hemos pensado más en nuestro deber que en nuestros sentimientos. —Marcó un dobladillo y siguió cosiendo.

Pero Andrew era inmovible ante los consejos conyugales y ante el amor. Por aquellos tiempos fue cuando declaró una nueva guerra. Era siempre, desde luego, la guerra del Nuevo Testamento. Cada año, durante las reuniones de la misión, daba cuenta del número de capítulos que había traducido y escuchaba benignamente cuando los demás votaban que no debía proseguir por este camino ni se le daría dinero para seguirlo. Pero la nueva guerra estaba relacionada con el establecimiento de un centro de instrucción del clero chino; un seminario teológico, en una palabra.

Era una empresa demasiado vasta para que un solo grupo pudiese iniciarla y mantenerla, pero eran varias las sectas que habían decidido adherirse a ella, y la de Andrew estaba estudiando el asunto. Desde el principio Andrew fue partidario de ello. Encontrar un sitio estable para la instrucción de los dirigentes de la iglesia china... ¡Su mente parecía saltar de excitación! Y se había puesto ya de pie para explicar sus planes.

Así comenzó la larga guerra que debía continuar año tras año. Andrew y algunos más habían conseguido persuadir, con su elocuente palabra, a una mayoría conservadora. Pero pronto se vio claramente que la unión no se conseguiría nunca. Estaban los metodistas y sus obispos, respecto a los cuales Andrew hizo observar secamente:

—Están perfectamente dispuestos a unirse a todos con tal de que todos se unan a los metodistas.

Y, además, los bautistas, que insistían en que la clerecía china en formación debía ser instruida de acuerdo con la doctrina esencial de la inmersión; y los episcopalistas..., pero nadie esperaba que los episcopalistas se uniesen a nada. Y los peores de todos eran los componentes de las sectas que tenían un tinte modernista. Pronto se vio claramente que la unión con otras sectas era imposible y la guerra siguió adelante. Pero, año tras año, durante la reunión de las misiones, Andrew, hijo de varias generaciones de padres presbiterianos, calvinista, adepto de la predestinación, creyente en la segunda venida de Cristo, libraba batalla para esta unión.

—¡No por el modernismo! —protestaba cuando lo acusaban—. ¡Jamás! La única manera de cambiar una cosa es permanecer en ella y cambiarla desde dentro. Es

imposible realizar nada saliendo de ella y siguiendo adelante solo.

Fue una guerra larga, agotadora, que duró veinte años. Era una guerra formada en casi su totalidad por gente del Sur, de sangre de secesión. Pero Andrew no cedió jamás. Los escarneció a todos, consagrando los últimos años de su vida a la unión de la cual la mayoría había votado desde hacía tiempo. Pero, ya lo he dicho, la mayoría no quería decir nada para Andrew. Pasó toda su vida formando una minoría directiva de un solo miembro.

Durante los ocho años triunfales que siguieron a la revolución de los *boxers*, Andrew vio su obra establecida sobre un vasto territorio. Su lista de conversiones pasaba de cien al año. Su traducción del Nuevo Testamento iba siendo publicado libro por libro a medida que los terminaba, y los cuatro Evangelios los reunió en un solo volumen. De nuevo esto le atrajo muchas críticas; era, decían, demasiado «vulgar» su estilo.

Porque de nuevo Andrew estaba por delante de su tiempo. Hacía mucho tiempo ya que se había dado cuenta de que una de las más poderosas razones de la ignorancia y el analfabetismo en China era que el lenguaje de los libros y el lenguaje del pueblo era totalmente diferentes. Era una situación análoga a la de la antigua Inglaterra, en la que casi toda la literatura estaba en latín, del cual el hombre común no sabía una palabra. Andrew, por consiguiente, al emplear un estilo sencillo y vernáculo para su traducción del Nuevo Testamento griego, era revolucionario en extremo, anticipándose en un par de años a aquellos posteriores revolucionarios chinos que trajeron lo que se llamó Renacimiento chino, basado exactamente en el mismo principio que Andrew había visto tan claramente. Pero eran demasiado patriotas para reconocer a un blanco y un cristiano como el iniciador de sus principios.

Andrew había decidido, por consiguiente, no usar el chino clásico adorado de los viejos doctores, sino el robusto idioma vernáculo, mandarín del pueblo. No podía, desde luego, hacerlo demasiado vernáculo a causa de sus instintos puristas, pero eligió un estilo sencillo y claro, abreviando, sin el menor tinte de acicalamiento, correspondiendo en cierto modo a la traducción *Moffat* de la Biblia inglesa. Los pocos chinos viejos y doctos que se habían convertido se quejaron de que el idioma vernáculo no tenía valor literario, y que Andrew había hecho un libro apto solamente para el bajo pueblo. Andrew, docto en la materia, esbozó su enigmática sonrisa de hombre independiente.

—Exacto —dijo—. Ahora, cuando un hombre vulgar consigue leer un poco puede ya sacar algo de las enseñanzas de Cristo.

Y siguió traduciendo y puliendo cada libro a medida que los terminaba, pagándolos con increíbles privaciones y economías e incluso pidiendo. No sentía la menor vergüenza al pedir dinero para la realización de su obra. Distribuía sus libritos por todas partes donde iba. Pero no los regalaba nunca, porque había observado que cualquier trozo de papel o cartón aprovechable era inmediatamente empleado por las infatigables mujeres chinas para hacer suelas para los zapatos. Y así les hacía pagar

un penique o dos por su salvación. Pero él pagaba mucho más que ellos.

Durante aquellos años los hijos de Andrew iban creciendo. Muchos años más tarde, después de haber llegado a viejo y haber muerto, se miraban unos a otros tratando de recordarlo, pero no lo conseguían. Lo recordaban en ciertos momentos de acción, pero no había continuidad en sus recuerdos. Los días transcurrían tranquilamente sin él en el pacífico ambiente de la casa. A veces venía y nada parecía natural hasta que volvía a marcharse. Caminaban de puntillas porque estaba muy cansado, iban a buscar sus zapatillas y sus libros, abandonaban a Carie para ocuparse de él y escuchaban un poco acongojados su tempestuoso discurrir sobre la «Obra», o sobre un nuevo misionero recién llegado.

—Un buen hombre —resumía Andrew durante la comida—, pero no muy brillante.

Estas visitas de Andrew a su casa no eran quizá enteramente francas, porque Carie era demasiado blanda de corazón para azotar a ninguno de sus hijos, y, no obstante, había sido educada en la creencia de que escasear los azotes era estropear a los hijos. Y así los castigos más severos estaban reservados para las visitas de Andrew. No perdía mucho tiempo en averiguar las causas. Después de todo, no había más allá de dos o tres cosas que un chiquillo pudiese hacer que mereciese el látigo, y una de ellas era mentir.

Y Andrew creía siempre a Carie bajo palabra.

Andrew, en su estudio, levantaba la vista del libro para mirar al pequeño mentiroso que estaba temblando delante de él.

—Ve a cortarme una varilla —le decía con una dulzura amenazadora.

Cuando se la traía examinaba su tamaño y flexibilidad. No tenía que ser ancha, pero tampoco demasiado pequeña.

—¡Abajo las ropas! —decía si quedaba satisfecho. Daba la vuelta a su silla giratoria—. ¡Quieto! —ordenaba.

Jamás soñamos en desobedecerle ni en gritar excesivamente, aun cuando con Carie y sus vacilantes castigos, nos amparábamos vergonzosamente en el pleno conocimiento que teníamos de su buen corazón. Pero, una vez, el más travieso de los hijos de Andrew dobló secretamente la varilla por una docena de sitios y se la ofreció de esta forma, aparentemente entera, pero pobre en eficacia. Andrew la descargó sobre el pequeño muslo en el que cayó inofensivamente y vio en el acto que había sido engañado.

—¡Oh, bah! —exclamó.

Un destello de humor apareció en sus ojos, pero se levantó y fue a cortar él mismo una linda ramita de sauce que despojó de sus yemas y alisó hasta su máxima eficacia.

Pero ¡alto ahí!, había algunas raras veces —¿sería, quizá, por Nochebuena o algún

cumpleaños?— en que Andrew jugaba con nosotros al *crokinole*. No recuerdo haber jugado a nada más con él. Carie jugaba a las damas y nos enseñaba el ajedrez, que adoraba, y nos leía autores autorizados para nuestra educación. Pero, un año, en las cajas de Montgomery Ward vino un tablero de *crokinole*, y había noches en que Andrew jugaba. Se divertía enormemente, hallando en el juego un inesperado placer, y olvidándolo todo de momento. Tenía un dedo pulgar sumamente largo y una gran precisión de tino, y metía con una fuerza terrible las piezas redondas de madera en las bolsas de red donde tenían que introducirse. Todos nos acurrucábamos un poco y conteníamos la respiración, porque si daban en una pequeña clavija situada en el centro del tablero rebotaban, como una bala, con una terrible fuerza: Una de sus hijas anduvo unos días con una herida en el esternón.

Y, ¡alto ahí también!, había noches, además, en que, una vez terminadas las oraciones con la servidumbre, nos leía en voz alta mientras Carie cosía. La lectura era siempre el «Century Magazine», al cual se suscribía regularmente durante muchos años y cada año iba a Shanghai a renovarlo. Había una gran colección de ellos formando hilera en la estantería de su estudio, y unos tras otro, sus hijos cogían subrepticamente uno de ellos y ahuecaban los demás para que no se viese el espacio. Porque quería los libros por sus historias, y Andrew no aprobaba la lectura de los «libros de historias». Sólo una vez nos leyó una novela en voz alta e, inadvertidamente, se abstraigo en ella al leer las primeras páginas. Cogió el libro para prohibirlo y, mirándolo, se echó a reír al leer una frase que había visto. El libro era *The Casting Away of mistress Lecks and mistress Aleshine*. Estuvo dándoles vuelta a las páginas mientras nosotros conteníamos la respiración. Lo dejó sobre la mesa y no dijo nada. Pero después de la cena lo volvió a coger.

—Supongo que esto os gustará —dijo, dirigiéndose a Carie, y empezó a leer en voz alta.

Estábamos todos inmóviles escuchando y riéndonos, y ninguno de nosotros se reía tanto como Andrew. Sus ojos se movían y relucían, su voz se ahogaba y su rostro se ponía colorado. Trató de seguir adelante, pero era demasiado gracioso para él. Dejó el libro y se estuvo riendo y riendo hasta ahogarse.

Cuando terminó fue un día triste. Jamás nos habíamos divertido tanto. No he vuelto a ver aquel libro nunca más, pero yo creo que es el libro más gracioso del mundo. Ni siquiera Mark Twain era tan divertido. Carie consideraba a Mark Twain un poco grosero, y Andrew opinaba que adolecía de cierta tendencia antirreligiosa. ¡Pero *mistress Lecks* y *mistress Aleshine*! Eran dos mujeres viejas y absurdas, pero deliciosas, y Andrew podía reírse de ellas sin la menor sombra de pecado. Recordándolo un día, se nos ocurrió pensar qué clase de hombre hubiera podido ser Andrew con su profundo sentido del humor, qué clase de hombre hubiera podido ser, es decir, si Dios no se hubiese apoderado de su alma y Calvino no hubiera estrujado con tanta fuerza su corazón.

CAPITULO IX

Por el propio relato escrito por Andrew sé que aquellos años fueron de felicidad. «Me pareció que antes de que pudiera darme cuenta habían transcurrido ocho años y era época ya de otro permiso». El primitivo plazo de servicio era de diez años, pero ahora se había acortado a ocho, lo cual era un plazo innecesariamente corto, pensaba Andrew. ¿Para qué necesitaba un hombre descansar de un trabajo que con tanto entusiasmo realizaba? No hubiera tomado vacaciones de no ser porque una de sus hijas tenía que entrar en el colegio, y Carie quería irse con ella. América era ya extraña y muy diferente, y la chiquilla no estaba acostumbrada más que a aquellos tranquilos pueblos de China y sus colinas. Además, había que contar con toda la parentela. Y así, refunfuñando, Andrew aceptó las vacaciones, consolándose con la esperanza de recaudar dinero para su obra y avanzar en su traducción.

Para aquéllos de sus hijos que lo acompañaron fue aquél un memorable viaje. Porque Carie declaró súbitamente que no quería volver a atravesar el Pacífico, que la ponía a morir, que los chiquillos tenían que ver Europa, que ella quería conocer Rusia y que tenían que subir por el Yangtsé hasta Hankow, y allí tomar el tren hacia el norte y de allí a Siberia y Rusia, de dónde irían por tren a Alemania. Era un plan asombroso, porque todos recordábamos que Andrew estaba siempre distraído cuando se trataba de cuestión de billetes. Podía dirigir los esfuerzos de centenares de iglesias y escuelas y millares de almas, pero lo intrincado de las combinaciones ferroviarias lo desorientaban. El viaje entero no fue más que una serie ininterrumpida de catástrofes de todo género. Sus hijos recuerdan menos Rusia que su padre, metido todo el día en un angosto compartimiento de ferrocarril, sin sitio donde poner sus largas piernas. Él, que necesitaba espacio y libertad, estaba reducido a verse privado de las cosas.

Ni siquiera había lavabo en el tren, y nos veíamos obligados a asearnos por turno en una pequeña jofaina que habíamos traído, y el agua era muy escasa y se encontraba sólo en las estaciones y, además, había que ir con una jarra y comprarla.

Hubo una mañana en que la más pequeña de las chiquillas olvidó vaciar la jofaina después de haberse servido de ella, y Andrew, siempre distraído y ahora seriamente preocupado por aquella situación, se sentó sobre ella estropeando así el único par de pantalones que tenía. No había acabado de serenarse de lo ocurrido cuando encontró una taza medio lleno de agua y, queriendo usar la taza, arrojó el contenido por la ventana. Pero era corto de vista y el cristal estaba levantado, de manera que el agua le salpicó. Carie se echó a reír. Aquello era demasiado. Se sentó.

—No hay motivo de risa —dijo tristemente, y durante el resto del día permaneció contemplando con melancolía el triste paisaje de Rusia, y murmurando a intervalos:

—No veo nada interesante en este país; no veo nada que valga la pena de hablar tanto de él.

La forma efusiva de besarse los campesinos le dejaba atónito. Veía aquellos

campesinos sucios y barbudos darse grandes besos gritando, y se encogía de hombros. Aquello era peor que un país de paganos, decía.

Su asombro tenía que crecer todavía más adelante. Cuando se detuvieron en diferentes lugares, durante algunos días, fueron naturalmente a las iglesias, y allí permanecían horas viendo entrar y salir a la gente, la mayoría miserable y harapienta, pero había también algunos ricos entre ellos; y pobres y ricos se inclinaban para besar las reliquias de algún santo, consistentes en un trozo de tela, hueso o piel. Era curioso, no sentía ni la menor piedad ni la menor responsabilidad ante aquellas almas.

—Tienen la Biblia —decía—. Si quisieran podrían encontrar la verdad. Pero el camino es fácil; viven en el pecado y después van a buscar un sacerdote, besan un hueso y llaman a esto salvación.

De manera que estuvimos todos contentos cuando entramos en Alemania; no obstante, al primer día de nuestra llegada a Berlín vimos una cosa que no habíamos visto nunca: Andrew estaba tan exaltado que se quiso pelear con un cochero. El hombre era un tipo alemán voluminosa y pesado, y en la estación de ferrocarril, en presencia de un gentío innumerable, le puso el puño debajo de las narices a Andrew porque consideraba mezquina la propina, ante lo cual Andrew, que juzgaba que las propinas eran obra del diablo, dobló sus puños y los lanzó contra la mandíbula del cochero. Quedamos tan asombrados que no podíamos creer que fuese Andrew. Carie lanzó un grito y lo agarró del brazo y buscó en su bolso algún dinero con que aplacar al enfurecido teutón, y éste, por fin, se fue mascullando maldiciones, y nos llevamos rápidamente a Andrew a un hotel, teniendo la precaución de tomar, para llevar nuestros equipajes, al mozo de aspecto más pacífico. Andrew fue con nosotros, con un aspecto tan divinizado como jamás hubiéramos podido creer, dando, mientras caminaba, su opinión sobre la raza blanca, que en aquel momento era más baja todavía que de costumbre. Desde luego, yo creo que este incidente fue más que nada la causa de la firme actitud adoptada por Andrew durante la guerra mundial, y desde el primer momento estuvo dispuesto a admitir sin reservas todas las versiones de las atrocidades cometidas por los alemanes.

—¡El tipo aquel! —exclamaba años después—. ¡Los alemanes son capaces de todo!

Y esto a pesar de sus remotos antepasados, alemanes ancestrales, y su inocente orgullo de su eficiencia en el conocimiento de la lengua alemana.

Una de sus hijas no olvidará jamás el aspecto de Andrew en América. Estaba sentada entre sus compañeras en la capilla del colegio, esperando con cierta ansiedad. Andrew había sido solicitado para dirigir las Vísperas, y hallándose entre las primeras amigas que se había hecho de su raza, tenía el afán de que su padre produjese la mejor impresión. Dirigió una mirada de inquietud a Andrew al verlo entrar, tranquilo como siempre, detrás del presidente. Ningún hombre podía tener mayor dignidad que

él antes de un servicio que tuviese que desempeñar. Todo el mundo lo miró y su hija lo vio bajo un nuevo aspecto: muy alto, su figura ligeramente encorvada, con un orgullo nato en el porte de su noble cabeza, con un fino perfil señalando hacia delante. Pero sólo vio que su levita era la vieja levita de siempre, de un corte absurdo, verdoso, brillante en las costuras, y recordó la escena que se había producido antes de que se la pusiese.

—Andrew —le había dicho Carie—, no vas a ir a predicar a este colegio con tu viejo traje gris.

—¡Oh, no es viejo! Todavía está en buen estado. Es suficiente para un predicador.

—¡Andrew! —exclamó Carie, fijando sus elocuentes ojos en él, y Andrew apartó la vista avergonzado.

—Un predicador no tiene necesidad de ir bien vestido —murmuró. Los ojos de Carie, fijos en él, seguían hablando, y él, desconcertado, prosiguió—: Ya te he dicho muchas veces que detesto esta levita con sus faldones largos. Me aprieta en los sobacos.

—Ya hace años que quiero que te hagas otra —dijo Carie con peligrosa mansedumbre.

—¿Para qué? —preguntó él—. Está perfectamente bien.

—Entonces, ¿por qué no la usas?

—¡Ah, bah! —exclamó, y se levantó, vencido.

En la capilla, detrás de su hija, hubo algunos murmullos. Una voz infantil dijo con un suave e inocente acento del Sur.

—Parece que lo hayan estirado.

Hubo un momento de amargura, y la hija de Andrew dijo, con los labios secos:

—Es mi padre.

Hubo un silencio angustioso.

—¡Oh... perdona! —dijo la voz armoniosa.

—No importa —dijo la hija de Andrew secamente—. Es así, estirado. —Y permaneció tranquila, pero sufriendo mientras Andrew continuaba su sermón.

Porque no sabía nunca qué hacer con él. Como padre, no la ponía en ningún altar. Era un gran misionero, un alma intrépida, pero no había en él el menor instinto paternal. Debía ser respetado, admirado, pero no como padre, sino como hombre. Sus hijos eran meros incidentes que le habían ocurrido. ¿Cómo explicar, si no, que cuando se enteró con horror del coste mínimo de la educación en un colegio, decidiera no perjudicar los fondos del Nuevo Testamento, y escribió a una de sus amistades, hombre muy rico, preguntándole si no quería educar a un misionero en ciernes? Carie, al abrir, durante su ausencia, la carta que contenía una cortés negativa, perdió la cabeza ante su orgullo ultrajado y no pudo guardarse para sí la ofensa. Su hija, al enterarse, se indignó. Tenía la sensación de haber sido vendida como esclava. Aquel horrible locutorio en el que estuvieron sentadas Carie y ella, estaba para siempre impreso en su mente. Desde fuera llegaban a ella voces de muchachas, de

muchachas americanas, nacidas libres de aquellos lazos con los que Andrew había inconscientemente sujetado a sus hijos. Ninguna de ellas sabía lo que era no ser nunca nada en comparación con una causa, una obra o un credo.

—No tiene por qué preocuparse de mí —dijo, sofocada de orgullo y ofendida—. Puedo bastarme a mí misma. Hoy mismo dejaré el colegio y buscaré un empleo en algún almacén a precio fijo. Me basto y sobro. No tiene necesidad siquiera de darme de comer.

—No lo tomes así —le suplicó Carie con lágrimas en los ojos—. No hubiera debido decírtelo. No lo hizo con mala intención, debes comprender que no es como los demás hombres. Es... algo como un sueño.

Sí, así era. Andrew era algo como un sueño, un alma poseída, para la cual la vida y el corazón humano no tienen importancia. Jamás vivió en la tierra. Comprendía lo que quería decir Carie. No censuraba a Andrew, no, de veras, pero se sentía huérfana de él. En años posteriores vivió más cerca de él, tan cerca como era posible vivir, y llegó a comprenderlo y darle su verdadero valor; supo por qué era como era, a la vez tan grande y tan pequeño. Pero todo este posterior conocimiento no puede borrar el desamparo de aquella hora. Porque los hijos de Andrew estaban desposeídos de lo que jamás tuvieron, de lo que nunca podría darles, porque había dado a Dios todo lo que en él había.

Al regresar a China, Andrew encontró un país nuevo. Durante todos aquellos años de una paz demasiado grande, de un triunfo de la voluntad de Dios, demasiado fácil, había ocurrido una cosa. Era una rebelión profunda, una revolución que iba subiendo desde el Sur, siguiendo el camino más fácil de todas las revoluciones, el antagonismo al extranjero y el estallido del nacionalismo. Andrew, Carie y sus hijos más jóvenes acababan de regresar a la misión cuando la falsa paz de once años hizo explosión, y Sun Yat Sen y sus secuaces derribaron el viejo Imperio.

Pero esto es otro relato perteneciente hoy a la Historia, y otros acontecimientos le han quitado mucho de su significado. Pero Andrew, en aquellos tiempos, lo veía con entusiasmo. Estaba tan asqueado de la corrupción de los funcionarios chinos con quienes había tenido que tratar, que hubiera acogido con gusto cualquier estallido, aunque hubiese sido un terremoto, que se los tragase. De manera que cuando todos aquellos virreyes, mandarines, magistrados y fumadores de opio empezaron a escapar para esconderse, abrazó el partido de los revolucionarios. Fue particularmente feliz con la muerte de la Emperatriz Viuda. Era incapaz de ver ni drama ni belleza en aquella espléndida figura. Una mujer gobernadora era para él la más horrible y antinatural de todas las creaciones. No sentía respeto siquiera por la reina Elisabeth. Su concepto de toda nación que aceptase ser regida por una mujer era de lo más bajo. A la Emperatriz Viuda la llamaba «Jezabel», y contaba con deleite el fin de esta reina, que, habiendo sido arrojada desde lo alto de una torre, fue devorada por los perros. Andrew hubiera permanecido con gusto allá, viéndolo y considerándolo una justa retribución. Nacido una generación antes, hubiese quemado hechiceras. Había en él

un antagonismo de sexo profundo e inconsciente, arraigado en ignotas sensaciones infantiles y acuciado —triste es decirlo— por la presencia de Carie, aquella mente rápida y centelleante incapaz de comprender, pero contra la cual luchaba por sostenerse. Porque, como cualquier otro hombre, no podía soportar la idea de una mujer más inteligente que él. Además, San Pablo le daba la razón.

Se unió, pues, a la revolución de los jóvenes.

Porque, en realidad, era una revolución de gente joven, y Andrew siempre estaba dispuesto a ponerse a su lado. Glorificaba cada paso que daban, incluso en sus brutales leyes que cortaban por fuerza las coletas. Andrew era partidario de la severidad de las leyes. Una cosa era o buena o mala, y si era buena, era justo darle toda la fuerza.

No obstante, era desconsolador pensar que a pesar de que Sun Yat Sen era cristiano, había en la revolución un profundo sentimiento anticristiano. Pero Andrew tenía plena confianza en el triunfo de Dios.

—Dios arrancará la cizaña del trigo y la arrojará al fuego —solía decir.

De nuevo emprendió, pues, su largo viaje a caballo y en barco. Ma, el cristiano, había regido maravillosamente las iglesias, trabajando con ese ardiente afán que, de tan avasallador, dejaba a los hombres perplejos, no sabiendo ya lo que era el bien y el mal. Había convivido tanto con Andrew y llegó a quererlo tanto, que acabó adquiriendo inconscientemente muchos de sus ademanes y su manera de hablar y predicar. Si uno cerraba los ojos y escuchaba, era difícil decir cuál de los dos estaba predicando u orando.

Pero Ma no era un revolucionario. No tenía el optimismo y la cándida fe de Andrew en los hombres que le decían que su propósito era bueno. En público, guardaba silencio, pero bajo muchos conceptos frenaba a Andrew.

—Esperemos veinte años y veremos —le decía—, veinte años como prueba.

Cuando estos años hubieron transcurrido, y la mayor parte de los exrevolucionarios estaban desde hacía tiempo establecidos en el Poder y habían caído en la corrupción oficial y en no pocos contubernios con el Occidente, tuvo que asentir:

—No hay gobernante bueno. Jamás se ha oído hablar de un buen gobernador, ni antes ni ahora.

Pero Andrew no podía pensar mal de un hombre joven. Y acogía con placer cualquier cambio; en realidad, sentía un infantil afecto por el nuevo, pensando siempre que sería mejor que si fuese viejo. Sólo cuando fue lapidado en cierta ciudad por los jóvenes revolucionarios y expulsado por predicar una religión extranjera y ser ciudadano de un poder imperialista, accedió a reconocer la presencia de la maldad. ¡Imperialismo! Era la primera vez que oía esta palabra, pero debía escucharla con exceso en los años venideros. No tuvo jamás la menor idea de lo que quería decir.

—Es una de estas palabras que emplea, la gente —solía decir de esa forma imperial tan suya, y aquí terminaba todo.

Pero su obra progresaba con creciente dificultad. Hacía tiempo, desde que había ensanchado tanto su territorio, que su caballo blanco que había substituido al asno, era ya viejo y no bastaba. El nuevo ferrocarril que iba a Shanghai alcanzaba una parte de su territorio, pero había una gran área a la que sólo tenía acceso por barco. Durante años enteros Andrew sostuvo batallas incesantes con los dueños de los juncos al alquilar uno de ellos para que lo llevase por los canales hacia el interior del país.

Los bateleros de China pertenecen indudable y universalmente a la raza de los piratas. No hay uno solo que no tenga corazón de pirata innato. Una y otra vez Andrew vio demorado su viaje porque un capitán de barco exigía más dinero del que había convenido primero. Y así Andrew tuvo la idea de tener un barco propio, y por casualidad disponía de dinero suficiente para comprarlo. Un americano le había dado dinero para que mandase edificar una capilla en memoria de su mujer difunta, y Andrew pensó que sería más útil a Dios emplearlo en la compra de un barco. No se le ocurrió pensar que el donante podía no querer dedicar un barco a la memoria de su mujer. Y como de costumbre, habiendo decidido que era buena cosa, Andrew procedió inmediatamente a ponerla en práctica. Sólo cuando el barco estuvo terminado escribió al generoso donante diciéndole que el lugar de una capilla lo ocupaba un barco.

Andrew no había previsto los resultados. El hombre se puso furioso. Resultó que su mujer se mareaba siempre y odiaba los barcos. Rehusó el barco y exigió la devolución del dinero.

Andrew quedó sorprendido ante esta falta de comprensión. Dobló la carta, y con tono de absoluta calma y justicia, dijo: «¿Cómo puede pedir que se le devuelva el dinero cuando sabe que está gastado? Además, le dije bien claramente que un barco me sería mucho más útil que una capilla».

Y con infinita dignidad, añadió: «No le haré caso». Ésta era quizá su más frecuente frase de desacuerdo.

Pero el hombre era rico, acostumbrado a hacer su voluntad y consideraba a Andrew un poco por encima de un lacayo, pero no mucho. ¡Misioneros! ¿Qué eran? Servidores de la iglesia, y la iglesia, prácticamente, le pertenecía, puesto que le entregaba tanto dinero. Se quejó enfurecido al comité de que dependía Andrew y éste escribió a Andrew con rudeza. Dio la casualidad de que este Comité era precisamente al que con mayor frecuencia escuchaba, porque podía privarlo tanto de su salario como de los fondos de la obra, y jamás distinguió claramente una cosa de otra. Empleaba el dinero mientras había, especialmente para la obra. Ni aun Carie podía tocarlo. Creía que las mujeres no debían tener talonarios de cheques, y la idea de una cuenta indistinta en un Banco le horrorizaba.

—¡Cómo! ¿Poder sacar dinero tú y que yo no supiese dónde va a parar? — exclamó una vez en que ella le sugirió la idea de un talonario de cheques particular suyo.

—No sé nunca dónde estoy —respondió Carie—. Tengo que alimentaros y

vestiros a todos y no sé nunca con lo que puedo contar.

Era el punto álgido de la eterna guerra entre ellos que duró toda la vida. Andrew nunca creyó que la comida y el vestir costasen nada. De todos modos, la Obra ante todo. Carie hacía verdaderos milagros con el dinero, pero él no se enteró nunca. Una vez, guiñando un ojo y con suspiro, dijo:

—Andrew hubiera podido casarse con aquella viuda de la Biblia que tenía una jarra de aceite sin fondo y un arcón de harina que no estaba nunca vacío. Desde que oyó hablar de ella nada le satisface.

Pero era más severo consigo mismo que con nadie, y nadie comía más frugalmente ni se vestía con mayor pobreza que él en loor a Dios. Sin embargo, existía aquella guerra entre ellos que debía durar cuarenta años, cuando un día, súbitamente, sin razón aparente, Andrew cedió y le dio un talonario de cheques para una cuenta indistinta. Por aquel tiempo, Carie no tenía ya necesidad de él. Los chiquillos habían crecido ya y sus deseos se habían extinguido. Sin embargo, en nombre de su victoria, extendió un par de cheques bajo su dictado y después abandonó el talonario. Pero era un consuelo para ella. Por fin, si quería, podía extender sola un cheque.

Encontrarse, pues, ante la exigencia del Comité de la misión de que rindiese cuenta de los mil dólares recibidos para la edificación de una capilla y gastados en la construcción de un barco, fue algo aterrador incluso para Andrew y sencillamente catastrófico para Carie. Le dirigió reproches, viendo ya a sus hijos sin nada, en un país extranjero en el que el pueblo cada día era más hostil.

—¡Si no fuese tan testarudo!... —le dijo tristemente descorazonada. Pero un Andrew que no fuese testarudo no sería Andrew.

Sin embargo, cualquier reproche de este género no hacía más que reforzar los propósitos de Andrew.

—Yo sé lo que hago —dijo severamente.

Desgraciadamente para su propia autoridad, el Comité que escribió la carta cometió la torpeza de añadir, creyendo que sería un acicate para Andrew:

—Míster Shipley es uno de nuestros más generosos donantes y es de lo más incorrecto ofenderlo de cualquier forma.

Un resplandor de hielo brilló en los ojos de Andrew al leer estas palabras. ¡Conque tenía que obedecer a aquel hombre sólo porque era rico! Un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos, ¿y, sin embargo, él, Andrew, tenía que obedecerlo antes que a Dios? Se sintió presa de su reciente cólera y desprecio y escribió una de aquellas cartas que sus hijos llamaban de «Dios todopoderoso», preguntando al Comité, con frases breves y sencillas, qué pretendían al inclinar sus cabezas delante del dios Mammón, y cómo se consideraban dignos de sus cargos de directores de la obra de Dios. En cuanto a él, no escucharía a ningún rico ni a ninguno de ellos, sino sólo Dios. El barco estaba construido y lo emplearía.

Jamás volvió a oír hablar del rico ni del Comité y usó el barco durante muchos

años hasta que fue ya demasiado viejo para viajar.

Cuando hubieron terminado los primeros éxitos de la revolución, se vio claramente que los cambios que había aportado no eran fundamentales. Sun Yat Sen, habiendo vivido tantos años en el extranjero como para llegar a serlo en su propio país, cometió un profundo error en el objeto de esta revolución. Observando los países occidentales, creyó que un Gobierno central podía aportar todos los cambios que él anhelaba para China, y que el primer paso y el más importante era cambiar la forma de Gobierno, y esto fue lo que hizo y sigue siendo lo más importante de su obra. Pero lo que no comprendió es que un Gobierno central en China no es tan importante como en otros países, ni nunca lo ha sido. La vida del pueblo, sus vidas y las reglas que las rigen, no han procedido nunca de un Gobierno central, sino de ellos mismos, de sus familias y del conjunto de su vida. Derribar un Gobierno central y cambiar su forma no era de gran importancia para el pueblo. El pueblo chino, como Inglaterra, Estados Unidos o Francia, ha creado de una manera lenta, progresiva, paso a paso a través de los siglos, su propio Gobierno central. El Gobierno de China fue primitivamente de conquistadores, ya señores guerreros del país o bien extranjeros, que establecieron una especie de vasallaje. El pueblo no era regido por ellos en el sentido en que otros Gobiernos los rigen por la fuerza o las leyes dictadas y obedecidas. La vida del pueblo siguió, por consiguiente, y de una manera fundamental, de la misma forma, porque el verdadero Gobierno local no había cambiado.

Y los poderes extranjeros se dieron prisa en presentar reclamaciones y tratados de protección sobre las vidas de sus conciudadanos. Aquel nuevo y débil Gobierno revolucionario, inexperimentado y fácilmente asustadizo, no se atrevió a crearse enemistades tan pronto. A los pocos años Andrew estaba en condiciones de proceder tan osada y seguramente como antes, predicando donde le placía, y precisamente porque era extranjero era también libre de obrar a su antojo. De nuevo su obra prosperó.

Jamás se nos ocurrió a ninguno de nosotros que Andrew podía envejecer. Su cuerpo había sido siempre el mismo, delgado como un pino, y su piel, curtida de un color de bronce oscuro. Jamás aumentó una libra de peso y su cintura seguía siendo tan esbelta como en su juventud. Jamás existió, a decir verdad, un santo que dominase la carne como él. Doquiera estuviese, con todos los inconvenientes y bajo todas las circunstancias, su régimen era el mismo: un baño frío al levantarse, y se levantaba invariablemente a las cinco y media; de seis a siete se entregaba a la plegaria y meditación; a las siete, el desayuno, invariablemente siempre el mismo, consistente en un plato de gachas de trigo secado al sol y molido en un molino a mano. Inmediatamente comenzaba el trabajo y lo continuaba hasta el mediodía, en que comía y volvía al trabajo hasta las cinco, en que salía a dar un paseo de una hora

hasta la hora de cenar. Por la noche, oraba un poco en alguna capilla, o si estaba libre, leía y se metía en cama a las diez. Era la simple rutina Incluso sus comidas eran absolutamente iguales en cantidad. Cuando se abandonaba, le gustaba la comida. Pero era tan rígido consigo mismo como si hubiese sido su propio médico. Ninguno de nosotros recordaba el menor lapso ni extralimitación.

Y su magnífico cuerpo continuaba siendo un milagro de vigor; sus ojos, claros y vivos, y su piel donde no estaba quemada, tan blanca y tersa como la de un chiquillo. Tampoco tenía el rostro surcado por arrugas. Ni aun cuando fue muy viejo tuvo la cara arrugada. Su vasta frente permanecía tranquila e intactas sus tersas mejillas. Esto era tener una mente imperturbable y segura sí misma. Era un alma perfectamente feliz, vi viendo en un cuerpo fuerte y sometido.

Así anduvo por todas partes a través de la epidemias y las enfermedades y permaneció san e inmune a ellas. Si tenía un poco de malaria una tableta de quinina lo ponía bien: tan rápidamente respondía su cuerpo sano. Con el transcurso del tiempo, parecía que hubiese adquirido la inmunidad de su cuerpo y no volvió a tener malaria nunca más. Una y otra vez entraba en áreas afectadas por el hambre a aportar su alivio, y otros misioneros regresaban con tifus, pero él jamás. Escapó a la viruela, si bien incluso él se extrañaba de ello, porque durante años enteros no se acordó de hacerse vacunar. «Se me ha ido de la cabeza», solía decir con calma. Sólo una vez estuvo gravemente enfermo durante su juventud y madurez, y fue de una insolación, cogida un día de calor espantoso en Shanghai. Durante seis semanas yació sin sentido, librando las batallas de sus sueños, discutiendo con sus enemigos, los misioneros y los mandarines, y planeando nuevos campos de extensión. Ampliar, extender, alcanzar nuevas almas: ésta era la interminable pasión tanto en su delirio como en su vida.

Pero, inconscientemente, sentía el acortamiento de sus años, porque durante la década que siguió a sus cincuenta años trabajó como no había trabajado nunca. Su traducción del Testamento estaba terminada y corregía edición tras edición. Formaba parte de innumerables comités, porque su energía y acometividad eran admiradas y reconocidas incluso por aquéllos que lo odiaban. En verdad que no hubo muchos como él bajo este concepto.

Ser misionero es una profunda prueba de integridad. Porque para un misionero no hay inspección. Vive entre algunos de sus iguales, los otros misioneros, y una gran cantidad de los que considera sus inferiores, los indígenas. Su comité regulador está a miles de millas de allá; no hay nadie que compruebe cuántas horas trabaja y si es perezoso o no. Y el clima, el mezquino, pero seguro salario, la gran cantidad de servidores mal pagados, todo facilita la pereza; y un compañero es reacio a hablar mal de él aunque tenga motivo y los chinos conversos están desamparados porque no saben a quién quejarse. No hay nadie Para ellos que esté por encima del misionero. Está situado cerca de Dios y asume la autoridad suprema, porque tiene el derecho de conceder o retirar fondos, todo lo cual significa la vida.

La integridad de un misionero, por consiguiente, debe estar por encima de la de todo hombre blanco, y algunas veces, quizá incluso la mayor parte de ellas, lo está. Porque la Standard Oil o la British-American Tobacco Company pueden comprobar las listas de ventas y tienen la prueba fehaciente del dinero recibido, pero incluso una lista de miembros de la iglesia no quiere decir nada, por lo menos en China, donde el don de lenguas es universal y donde el poder histórico es una posesión común. Los más recientes conversos son capaces, después de un mínimo de ensayos, de elevarse por encima de la congregación y hacer una plegaria tan rica y elocuente, tan copiosa de experiencia espiritual que haría la envidia de cualquier obispo americano. Los misioneros son bastante humanos. Dios lo sabe, y los chinos también. Sin duda alguna muchos son los que luchan contra la pereza, como luchamos todos, e incluso algunos sucumben a ella, pero la mayoría sigue luchando. Sin embargo, Andrew personificaba la integridad. Era imposible imaginarlo luchando porque tenía constantemente el dominio de sí mismo. Su deber era cumplido hasta el último ápice de su misión. Ni aun sus enemigos discutían esta ardiente integridad. En cuanto a los chinos, confiaban en él como chiquillos. Si decía algo, sabían que era verdad. «Él lo dice» era la frase habitual en todas partes. Cosa curiosa..., pero ¿era realmente curiosa? El hecho de que los chinos lo quisiesen y confiaran en él cada vez más no hacía que los demás misioneros aumentasen también su cariño hacia él. Pero también es verdad que tomó siempre el partido de los chinos. Creía, por ejemplo, en el día demasiado prematuro para tal creencia, en que los trabajadores chinos y americanos tendrían igual poder de decisión respecto a la política del trabajo. No compartía la idea establecida de que el blanco tiene que apoyarse mutuamente y mantener uní ficción de derecho y autoridad ante el chino. Tales ideas, en sus días, eran herejías.

La idea de la edad se le ocurrió también como una cosa absurda. Es difícil recordar cuándo empezó. Estaba haciendo, como siempre, largos viajes, examinando solicitudes dirigidas a la confraternidad de la iglesia, examinando el plan de enseñanza de las escuelas, celebrando conferencias con predicadores y maestros, recorriendo increíbles distancias a pie, a caballo, en tren y por vía fluvial. Durante aquellos años posteriores tropezó con muy pocos peligros físicos porque era conocido y querido.

Una vez, en las colinas de Kiangsú, fue apresado por los bandidos, que le preguntaron quién era. Cuando se lo dijo lo soltaron y le devolvieron la bolsa que le habían quitado.

—Hemos oído hablar de ti en muchos sitios —le dijeron—. Haces buenas obras.

Andrew, viéndolos en buena disposición de espíritu, comenzó a predicar y les contó la historia del buen ladrón crucificado al lado de Cristo y que fue admitido en el cielo cuando se arrepintió. Debió predicar largo rato, porque algunos de los bandidos jóvenes comenzaron a impacientarse, pero el viejo jefe les gritó:

—¡Callaos! ¿No veis que este hombre está tratando de ganar el cielo realizando la tarea que se ha impuesto de salvar nuestras almas? Debemos ayudarlo escuchándolo

hasta que termine.

Y así los obligó a quedarse, y Andrew les dio a cada uno folletos de los Evangelios que había escrito y regresó a su casa triunfante, confiando para siempre más en que encontraría a alguno de aquellos bandidos en el cielo. Porque estaba seguro de que el Cielo lo había mandado a salvarlos.

—¿Y no tenías miedo? —le preguntábamos.

Pasó, tenía que reconocerlo, un mal momento cuando uno de los bandidos le apoyó un cuchillo en el estómago e hizo con él movimientos giratorios peligrosos.

—Pero después fueron muy amables —decía.

Estaban muy quietos escuchando; realmente muy buena gente, pese a su desgraciado oficio.

En Andrew había un algo intrigante. Algunas veces parecía casi tonto de tan inocente. Era casi cosa de pensar que no había entendido las situaciones en que se encontraba. Pero era una antena de Dios.

¿Cuándo comenzó a ocurrírseles que aquel cuerpo magnífico y victorioso tenía que caer también? Creo que fue cuando los chinos comenzaron a decirnos:

—No tendría que levantarse tan temprano, ni, viajar tan lejos, ni trabajar de esta manera tan: dura. Convéncele de que descanse y coma más. No es joven ya.

¡Ya no era joven! Miramos a Andrew. Parecía el mismo. No introducía el menor cambio en su rutina. No, no tomaría más vacaciones. ¿Por qué tenía que ir él a la frescura de las montañas a descansar cuando sus colegas chinos no podían? Fue después de un verano particularmente, caluroso que había pasado solo, cuando nos dimos cuenta de una expresión de cansancio que no tenía antes, una desidia que no podía definirse, porque trabajaba como antes. Pero no con aquella furia con que había trabajado, y a veces estaba tan cansado que no podía comer nada.

Hubo una noche, por ejemplo, en que llegó a casa inusualmente tarde, por haber tomado un tren muy posterior al usual. Sin embargo, no dio ninguna explicación. Subió a su habitación, se bañó y afeitó y volvió a bajar para cenar con un aspecto extraordinariamente bueno, vestido con un traje blanco de hilo chino.

Algo le preocupaba, sin embargo; lo veíamos claramente, y cuando le apremiamos dijo, avergonzado y con un embarazo que era un poco con: movedor:

—No sé cómo ha podido ocurrirme, pero me he dormido en el tren y he pasado de la estación. Cuando me desperté, el tren estaba en el término de su línea y había llegado tarde para el servicio, de manera que no tuve más que dar la vuelta y regresar a casa.

Era en él una cosa tan inusitada quedarse dormido, que pensamos si le ocurriría algo, pero no vimos nada anómalo en él. Una semana después regresó de un viaje con una ligera parálisis en el rostro, el párpado izquierdo caído, y un gesto en la comisura izquierda de sus labios. No podía articular claramente, pero entendimos que había viajado toda la noche en clase *coolie* para economizar.

Carie se indignó, inquieta.

—¡Economizar! —gritó—. ¿Y tu salud, qué?

¿De qué te va a servir un dólar cuando estés muerto?

Él la miró sin contestar, con actitud humilde. Se llamó al doctor, quien dijo que era necesario un descanso inmediato. Hacía ya años que tenía derecho a su permiso, pero lo había olvidado completamente, y, además, Carie había tomado la decisión de no volver a cruzar nunca más el mar en ningún sentido. Pero la más joven de las chiquillas estaba en edad de entrar en el colegio y era necesario que alguien la acompañase a América, sabiendo que a menos de inducirle a obligarle a hacer su deber, no iría nunca, especialmente cuando, al cabo de unos cuantos días de descanso, su rostro adquirió su estado normal, y se encogía de hombros ante la idea de seguir descansando. Pero Carie lo consiguió, y catorce años después de haber abandonado su país, Andrew regresó a él de nuevo, haciendo el que tenía que ser su último viaje. Era una decisión que había tomado por miedo a morir fuera de China. Su enfermedad, por leve que fuese, le había hecho sentir que su cuerpo era mortal. Iría a América, pero sólo por algunos meses; no quería estar alejado de China donde había vivido toda su vida y donde estaban sus amigos, y, lo que era más aún, donde estaba su obra. Embarcó, pues, resueltamente, permaneciendo apoyado en la borda del barco, viendo desvanecerse las luces de «Bund» de Shanghai.

—De hoy en cuatro meses exactamente estaré de vuelta —dijo.

Había comprado ya su billete de regreso, y sujetándolo con un imperdible en su «cinturón del cólera», faja de franela que llevaba alrededor de su cintura noche y día.

Nos era imposible comprender por sus cartas todo lo que sentía en América. Insinuaba que era un país enteramente nuevo, no ya en absoluta el país que Carie y él había llamado «patria». Carie, leyendo sus lacónicas frases en voz alta, levantó la vista y dijo:

—Andrew es el único hombre capaz de decir menos cosas, pero jamás le he visto decir menos que esta vez sobre nuestra tierra. Por lo visto, no vale la pena de ir.

Cuando, a los cuatro meses justos, volvimos a encontrarnos con Andrew en Shanghai, le gritamos todos a la vez:

—¿Cómo está América ahora? ¡No nos ha dicho nada!...

—No me atrevía a comenzar —dijo con una mueca. Y después añadió—: Hay cosas que no quería escribirlas sobre el papel.

—¿Qué cosas? —preguntó Carie con curiosidad.

—Toda clase de cosas —respondió.

Palabra por palabra fuimos sonsacándole los hechos más salientes de la América de postguerra. Todo el mundo se emborrachaba, repetía una y otra vez..., bueno, casi todo el mundo. Andrew no era totalmente abstemio, seguía a San Pablo aconsejando a Timoteo beber un poco de vino para el bien de su estómago. Y solía decir pensativamente que algo debía querer decir que todos, los pueblos de la tierra

tuviesen una clase u otra de licor. Carie se lanzaba contra él al oírlo hablar así; tenía sus razones para detestar la bebida. Además, nunca la alteraba más que oír citar a San Pablo. Escuchábamos solemnemente a Andrew mientras nos hablaba de fumar y beber, incluso las mujeres.

—Las mujeres son las peores —decía reservadamente; y después de una pausa, añadía con cautela—: No sé ni cómo hablaros de las mujeres de América.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba Carie con dureza.

Él vacilaba, porque cuando se trataba de mujeres era siempre el más tímido de los hombres.

—Es la manera como se visten —decía. Nosotros esperábamos—. Casi no llevan faldas —dijo rápidamente.

—¡Andrew! —gritó Carie.

—Es la verdad —dijo él—. Por todas partes donde fui las mujeres iban vestidas por encima de la rodilla. Era horrible.

—¡No me digas que mis hermanas hacen eso! —exclamó Carie.

—Bien..., las tuyas eran mejores —dijo, y después repitió con una especie de triste reminiscencia de placer—. Sí, por todas partes donde fui llevaban la falda por encima de la rodilla.

Lo miramos en silencio, escandalizados.

—Tenían unas piernas horribles —dijo, evocando—. Gruesas, largas o demasiado delgadas.

Carie no pudo soportarlo.

—Creo que no tenías ninguna necesidad de mirarlas —dijo con severidad.

—No pude evitarlo —dijo él simplemente—. Andaban por todas partes...

Permanecimos sentados en silencio, horrorizados ante la idea de una América arruinada; Carie fue quien nos volvió a la realidad. Se levantó con viveza.

—Bien, si de todos modos estás de vuelta sano y salvo... —dijo.

Pero algo nos hizo pensar que no había dicho todo lo que pensaba.

Más tarde, por conducto de diversos parientes supimos detalles de la estancia de Andrew en América. Se había expresado con entera libertad sobre todos los puntos de la vida y dedujimos. «Andrew obraba como si se creyese en un país de paganos», escribió Christopher, el metodista.

—Es verdad —dijo Andrew, haciendo un paréntesis al leer la carta. Levantó la vista—. Chris no predica con suficiente fuerza —prosiguió—. Le he oído... Es imposible salvar almas con cuatro frases suaves.

«Andrew parecía estar muy bien —escribió su hermana Rebeca—. Es tan testarudo como siempre».

—¿Qué hiciste en casa de Becky? —le preguntó Carie.

—Era el día más caluroso de todo el verano y quería que me pusiese la levita para

predicar —dijo Andrew con cautela.

Carie lo miró sin decir nada. La levita había sido ya motivo de discusión cuando se trató de ir a América y, por fin, ella se la había metido en la abultada maleta. Pero cuando estuvo fuera, mientras guardaba las ropas de invierno, la encontró colgada en el armario detrás de su gabán. Carie se exasperó, pero no podía hacer nada.

—Si no estuviese en medio del Pacífico, iría detrás de él con la levita en las manos —dijo echando chispas por los ojos.

Andrew apartó la vista ahora.

—Tampoco me la hubiera puesto aunque la hubiese tenido. Me puse un traje blanco como siempre que hace calor.

—¡Pero si en América nadie usa traje blanco! —exclamó Carie.

—Entonces yo era la única persona sensata de todo el país —dijo él.

No había nada que hacer con él. Regresó de sus cuatro meses de vacaciones tan activo y dispuesto como siempre, brotándole los planes de sus ojos y el vigor de sus pasos. Tenía ya cerca de setenta años, pero representaba cincuenta. Su cabello encanecía, pero era todavía fuerte y abundante; sus pobladas cejas y su bigote eran tan rojos como siempre, y sus ojos, del mismo azul de hielo. Estuvo un solo día en casa y de nuevo se marchó con Ma, el cristiano, bajando alegremente por el Gran Canal para ir a dar una vuelta por su campo y hablar sobre todo lo ocurrido desde que se marchó. Ma, que tenía veinte años menos que Andrew, parecía más viejo que él. Durante los últimos años se le declaró una tuberculosis pulmonar que lo dejó en los huesos y dio a sus ojos un brillo más ardiente y profundo, y su cabello negro parecía seco y muerto. Sus manos parecían las de un muerto: tanto se parecían a una sombra. Andrew lo cuidaba con leche condensada, huevos crudos y muchas oraciones, y la enfermedad pareció por fin mantenerse estacionaria, si bien Andrew regularmente observaba: «Ma no pasará otro invierno». Pero lo pasó, y vivió más años que Andrew, sin abandonar aquella tos tan suya. Algo más que la comida y la carne lo mantenía con vida.

Mirando atrás, hacia el desarrollo de la vida de Andrew, se ve que aquella vuelta fue el apogeo de su vida. Era la hora en que toda su obra hallábase delante de él en plena sazón, organizada, operante, gobernándose en gran parte por sí sola y viviendo autónomamente. Siempre había creído, en oposición a la política de muchos misioneros, que los cristianos chinos debían tener plenos poderes de autogobierno. Tenían que ser libres, decía, de todas las reglas y dominación de los misioneros. Llegaba incluso, siendo disconforme como era, a decir que si las formas y los credos del gobierno de la iglesia encontrados en las diversas sectas del Oeste no les convenían, los chinos podían establecer aquéllos que conviniesen a sus almas, pero conservando siempre en la mente la Santísima Trinidad.

Estas ideas hacían que fuese querido de los chinos y detestado de la mayor parte

de los misioneros de mente autócrata, porque la mayoría de los misioneros lo son. Pero Andrew seguía con su idea, porque sabía tener razón.

Aquel otoño fue, pues, el apogeo de su vida. El trabajo había avanzado durante su ausencia y pasó aquellos largos días brillantes de otoño, de la mañana al anochecer, inspeccionando su campo. Sé que la belleza de la región lo impresionó con una claridad inusitada, porque con mayor frecuencia que nunca habló del esplendor de las cosechas de los campos de arroz. Había sido un buen año y aquel invierno no habría hambre, de manera que esta sola perspectiva era ya de por sí motivo de júbilo. Detestaba predicar ante un pueblo hambriento, temiendo que lo escuchasen más por la esperanza de obtener algo de comer, que por su salvación.

Y era una región maravillosa. El vasto y dorado Yangtsé la cruzaba por el centro y se derrumbaba a los lados en centenares de canales y riachuelos que alimentaban los más fértiles valles de la China. Más allá de los valles se hallaban las ondulantes colinas cubiertas de bambúes, en las que se levantaban viejos templos desde hacía centenares de años y en los cuales unos sacerdotes soñolientos sonreían con beatitud cuando Andrew les decía que sus dioses eran falsos. Siempre creyó su deber decírselo, pero no con rudeza, sino con un cierto tinte de humor.

Señalaba con su bastón un cuenco de comida puesto delante de un dios y les decía gentilmente: «Supongo que se lo debe comer cuando nadie lo ve». Y los sacerdotes hacían una mueca o asentían, o decían tranquilamente:

—Lo ve y toma su esencia, y no le importa que nosotros, pobres sacerdotes, tomemos lo que él ha dejado y nos lo comamos.

Entonces Andrew les hablaba un poco del verdadero dios y los sacerdotes escuchaban y murmuraban:

—Cada hombre tiene su dios y enseña que el suyo es el verdadero, y hay bastante para todos nosotros.

Pero esta tolerancia no le convenía a Andrew. Le gustaba citar aquel proverbio chino que dice que alrededor de la boca del infierno se agarran con fuerza los sacerdotes.

A través de los valles y más allá de las colinas, corrían los viejos caminos pavimentados de guijarros, llenos de roderas trazadas por chirriantes carretas — porque es señal de mala suerte que una carreta no chirríe, de manera que cada cual cuida de la suya con esta intención— y el ligero trote de las caravanas de borricos. Andrew había sentido siempre un gran cariño por aquellos borriquillos grises de la China; en realidad, sentía una gran ternura por todos los animales, pero particularmente por los caballos y los asnos, y en casa, por los gatos. En el cariño del gato por el hogar había algo que le gustaba. Cuando fue viejo, pasaba horas sentado con el gato en sus rodillas, acariciándolo. Y siendo joven, más de una vez demoró su partida para amonestar a un] arriero porque la carga de su borrico era excesiva. Sabía, decía algunas veces, que los planes del Dios no prevén sitio alguno en el cielo para los animales, y por consiguiente, el hombre tiene que poner especial cuidado en

darles una buena vida en la tierra, puesto que no hay otra para ellos.

Por todas partes donde iba era bien recibida y amado. Era impresionante viajar con él y vea cómo, en centenares de millas, era conocido y respetado. «¡Ha vuelto el Viejo Maestro! ¡El Viejo Maestro!», el pueblo lo llamaba, y los chiquillos de la calle lo seguían y se apretujaban en los bancos de las capillas; y soportaban sus largos sermones hasta el final con admirable paciencia hasta que podían entonar rugiendo un himno que les deleitaba y pedían a gritos estampas de la Biblia. La estampa de Cristo la examinaba siempre con particular atención. Una vez, un chiquillo sucio y harapiento, mirando una imagen de Cristo en medio del sermón, interrumpió a Andrew: «¡Eh, este Cristo parece un chino, sólo que tiene la nariz más larga! Su nariz es como la tuya, pero su piel es como la mía».

Y Andrew, que no hubiera tolerado una cosa semejante a ninguno de sus hijos, sonrió con benevolencia y le explicó que Cristo, en realidad, no era un hombre blanco, y siguió adelante con su sermón. Tenía una infinita paciencia con la gente para quien se creía mandado.

Por todas partes donde fue aquel otoño, las iglesias parecían particularmente prósperas. Los miembros no pertenecían ya a las clases más pobres. Eran ricos mercaderes de sedas y té, dueños de tiendas y casas de comidas, que daban a gusto dinero para el mantenimiento de la iglesia. Hasta donde alcanzaba la vista, todo parecía ir bien. Los servicios religiosos se celebraban regularmente y las iglesias estaban atestadas. Las escuelas funcionaban también a la perfección. Habían pasado los tiempos en que había que sobornar al pueblo para que mandase a sus hijos a la escuela cristiana y había que darle de todo, incluso ropas y comida. Ahora podían recaudarse derechos de enseñanza; la instrucción occidental se había puesto de moda, e incluso las escuelas gubernamentales se reorganizaban y los viejos clásicos eran relegados al olvido para sustituirlos por la ciencia y las matemáticas, y muy especialmente por la lengua inglesa. Si un chiquillo sabía el inglés, podía quizá tener un empleo en la Standard Oil o en la Compañía de Tabacos, o conseguir incluso una beca de la indemnización de los *boxers* y estudiar en América. Los muchachos jóvenes de las aldeas que tenían disposición para aprender, empezaban a soñar en ir a América, como sus padres soñaron en pasar los viejos exámenes imperiales para llegar a mandarines.

No era que Andrew alentase los deseos de los muchachos de ir a América. Sería su ruina, deparaba. América no era lo que fue, y con tantos automóviles nadie iba a la iglesia. Vio en algunas partes las cifras de los muertos por los automóviles en los Estados Unidos durante el año y jamás la olvidó. Solía citarla solemnemente cuando alguien le hablaba de progreso y automóviles. «¡Treinta mil personas muertas en un año y la mayor parte de ellas en el infierno! ¡Ésta es la clase de gente que procede así, indudablemente!». Una vez un chiquillo travieso le observó:

—Así habrá menos almas que tomarse la molestia de salvar.

A lo cual él respondió secamente:

—Ni a un bautista quisiera ver mandado al infierno por medio de un automóvil. Pensaba en el misionero tuerto.

Pero China era la tierra de su corazón. Alejaba de su mente todos los demás países, sabiendo que allí era donde viviría su vida y donde moriría. Aquel otoño rondó por montes y valles, y visitó poblaciones y ciudades, y la acogida que en ellos recibía alentaba su corazón. Aquel regreso era para ellos motivo de un día de gala; se sentían felices al verlo de nuevo sano y salvo. Así cumplió sus sesenta y nueve años, lo cual representaba setenta para los chinos, ya que éstos cuentan que cuando un niño nace tiene ya un año de existencia y le prepararon grandes fiestas, le dieron pergaminos dorados e inscribieron su nombre con palabras de alabanza, dándole banderas de satén rojo con letras de terciopelo negro y, finalmente, la insignia de funcionario de honor, una enorme panoplia de satén rojo montada en lo alto de un palo. Todo aquello era para él un gran estorbo, pero se sentía honrado con ello y llegó a su casa triunfante con todos los regalos. Carie fue la encargada de saber qué hacer con toda aquella magnificencia de satén escarlata en aquella exigua casa de la misión, y al final lo metió todo en el baúl de tapa curvada del patio. En aquella casa de sacrificios no había lugar para los honores y la gloria. Más tarde, el baúl cayó en manos de los soldados revolucionarios, que se partieron entre ellos aquella tela brillante, rasgándola a trozos con sus manos sucias y peleándose por cada pedazo. Andrew experimentó un alivio al verlo desaparecer porque Carie estaba ya en la tumba y era la única de todos nosotros que estaba a salvo.

Después de aquel viaje de tres meses, Andrew regresó a casa en un estado de serena felicidad. Toda su vida había sido feliz. Sus raros momentos de melancolía se curaban siempre por el trabajo, y éste no se terminaba nunca. A través de tantos años su alma había ido elevándose en su plan incesantemente ampliado, y una y otra vez su espíritu hallaba nueva frescura en el éxtasis de saber que alguna nueva alma había hallado esa nueva fuente de razón de la vida que él hallaba en Dios.

No hay manera posible de explicar este éxtasis en Andrew. La única cosa que he visto parecido a él es el éxtasis del padre que sostiene a su hijo por primera vez en sus brazos. Andrew experimentaba una ternura paternal hacia toda *alma* que acudía a él en busca del bautismo. Había *una* expresión en su rostro, al levantar la mano *para* bendecir aquella alma que acababa de nacer, que los hijos de su carne jamás vieron cuando fijaba su mirada en ellos. Porque esta *descendencia* de Andrew no era la de su sangre, sino la de tu espíritu, y estaba ligado de una manera *mística* a cada alma que creía haber llevado a la salvación. Por estos éxtasis se sentía renovado.

Pero ni aun nosotros lo habíamos visto jamás con la exaltación de aquel otoño. No se le había ocurrido siquiera pensar que se iba haciendo viejo o que lo era ya. Jamás se había mirado en un espejo para ver cómo era; *mistress* Pettibrew lo había establecido definitivamente hacía muchos años, cuando era pequeño, en West Virginia. Su cabello se había vuelto gris y no era todavía blanco; su rostro era rojizo y sus ojos tan azules como siempre. Tenía una locuacidad humorística, casi juvenil;

gastaba bromas y se reía, porque se sentía muy feliz. Medía la felicidad por el éxito de su *obra*, por el ansia de las almas arremolinándose *para* ser salvadas —de lo contrario, ¿por qué solicitarían ser miembros de la iglesia?—, y su obra progresaba y las almas acudían a centenares.

—¿En qué estás pensando? —le preguntamos un domingo por la mañana durante el desayuno, una vez hubo apartado su taza, al verlo como si estuviese escuchando, con los ojos brillantes y radiante el rostro.

—Se me ha ocurrido pensar de repente que hay miles de casas hoy, que un día fueron paganas, y se están preparando, jóvenes y viejos, a adorar a Dios, y en centenares de iglesias y capillas estarán sentados escuchando los sermones y orando.

Era el apogeo de su vida.

CAPITULO X

Poco antes de todo esto habían llegado a la casa de la misión, de la que Andrew había hecho su residencia, un joven misionero, y poco después, dos más. Al cabo de muchos años de querer estar solo, Andrew había decidido, por fin, que sería mejor tener a alguien con él. Siempre le había gustado la gente joven y tenía con ellos una manera muy suya de bromear, medio humorística medio paternal, no tomándolos muy en serio y burlándose algunas veces de ellos por los errores que cometían en chino. Hubo aquel día, por ejemplo, en que uno de ellos, pensando dedicar una de sus festividades a la gloria de Dios, aludió a ella en un sermón. Era el día del nacimiento del dios de la Flor o Hwa Shen, como llamaba el pueblo al dios, y el joven misionero predicó elocuentemente contra el falso dios, exhortando al pueblo a no adorarlo. Pero dio una pronunciación errónea a las dos sílabas y las transformó inconscientemente en otras dos cuyo significado era «cacahuets». Los fieles escuchaban profundamente asombrados, sin comprender por qué aquel joven americano se excitaba tanto para decirles que no debían adorar los cacahuets, a los que jamás habían adorado, mientras Andrew lo escuchaba riéndose disimuladamente. Era demasiado gracioso para no contarlo y lo contó quizá un poco demasiado pronto. Y era una cosa que no era fácil de soportar para un joven misionero. Y había otras: Andrew sabía una gran cantidad de ellas y era docto en conocimientos chinos, porque había pasado la mayor parte de su vida en China. Es un poco cruel reírse de los jóvenes, pero Andrew no pensaba en ello.

Y había también su obstinación. Llevaba muchos años acostumbrado a su manera de ser. Cuando los tres jóvenes misioneros votaron contra él durante una reunión a la que asistían cuatro hombres con voto y cuatro mujeres sin él, Andrew lo encontró simplemente divertido. ¿Cómo? ¿Es que aquellos chiquillos que tenían los labios húmedos todavía de la leche de su seminario le iban a decir a él lo que había que hacer? Le citaban reglas de las misiones referentes a las mayorías, pero él se limitaba a contestar con un mohín de desprecio y hacía lo que le parecía bien.

Era Carie quien luchaba por él; Carie, con su astucia francesa, se daba cuenta de que incluso los profetas luchaban unos con otros. Algunas veces, turbado, solía decir:

—El día menos pensado te echarán de aquí, Andrew; trata de que no ocurra.

—¡Ah, no pueden! —respondía él, distraídamente.

Jamás supo el número de veces que, cuando él no estaba allí, lo defendió, y con toda la energía de sus palabras los mantuvo quietos. Ésta era la enemistad entre viejos y jóvenes.

Una vez en que Andrew regresó a su casa en pleno triunfo, en plena fuerza de su éxito, fueron a verlo un día y le hablaron de una nueva regla que la misión había votado durante su ausencia.

—¿Qué regla? —preguntó amablemente.

La misión se pasaba la vida dictando nuevas reglas; un hombre podría estar constantemente ocupado con sólo estudiarlas.

—Se ha dictado una nueva disposición sobre el retiro —dijo el mayor de los tres misioneros.

Había estado un tiempo empleado en una oficina del Estado y Dios lo había llamado a China para salvar almas, pero no se había despojado nunca totalmente de su afición a los reglamentos. Venían de arriba. Solemnemente, prosiguió:

—La regla exige que un misionero se retire a los setenta años.

Aquellos rutinarios y jóvenes misioneros que tenían delante a un hijo de Dios, endurecido por los años de duro y penoso trabajo, viviendo lejos de villas y ciudades, esperaban ver cómo lo tomaría. Andrew no era un hombre de salón, a pesar de su altivo porte y su docta serenidad; no se tomaba jamás la molestia de ser atento con nadie en cosas mezquinas. Jamás nadie le había visto recoger el pañuelo de una mujer, por ejemplo, o levantarse para cederle el puesto. Despreciaba profundamente el tacto y lo consideraba un subterfugio de la debilidad. Los miró a uno después de otro. ¡Mozalbetes! Sí, eso es lo que eran.

—¡Bah! —exclamó en voz alta.

Acababa de ocurrírsele que tenía casi setenta años. Permaneció tranquilo, incluso amable. ¿Qué podían entender aquellos jovencitos? Eran jóvenes. ¡Si había muchas cosas que tan sólo entonces había empezado a comprender y ser capaz de hacerlas! China era un país en el que la edad aumentaba el prestigio y el rendimiento. El pueblo lo respetaba precisamente porque era viejo, es decir, más viejo.

Pero fue Carie quien dio la batalla; Carie con su lengua acerada, su firme sentido de la justicia y su exaltado temperamento. Sin ser vista, lo había oído todo desde la habitación contigua. Le tenían miedo y habían dicho a Andrew que querían verlo a solas.

—He desconfiado de ellos en cuanto les he oído decir esto —exclamó al referirlo.

Se levantó, derribando su enorme cesta de costura al hacerlo. Durante días enteros encontramos botones y carretes de hilo debajo de los muebles.

Se metió en la habitación de al lado con los ojos echando chispas, electrizada hasta el pelo. Ya sabemos qué aspecto tenía, ¿no habíamos visto a Carie en plena batalla?

—¿Qué están ustedes diciendo? —gritó. En estas ocasiones no se preocupó jamás de hablar con voz moderada—. ¡Salgan ustedes de mi casa! ¡No hay ninguno de ustedes digno de usar sus zapatos viejos! ¡Comodones, holgazanes! ¡Trabaja más duro que ninguno de ustedes! ¿Setenta años, él? ¡Largo de aquí!

Y se habían marchado.

Esto es lo que confesó haberles dicho; «y mucho más», añadió Andrew secamente. No apreciaba las batallas libradas por Carie en defensa suya, mujer, al fin, después de todo...

—Sé defenderme solo —le dijo gentilmente, pero con firmeza.

—Te lo imaginas, pero no es así —respondió ella—. Te ganarán.

—No ganarán —respondió él. (Sus conversaciones consistían en gran parte en contradicciones).

—Sí —dijo ella.

Y Andrew, levantándose súbitamente, salió.

—Andrew no tiene la menor noción de cómo es la gente —dijo ella al cerrarse la puerta—. Está tan lejos de toda idea de conspirar que no sabe cómo va el mundo. Y el ser cristiano no les cura de ello.

Carie era ligeramente pesimista respecto al género humano. Pero Andrew era, sin discusión posible, cándido y ciego.

Andrew dijo que este reglamento de retiro no le preocupaba. Nadie lo retiraría hasta que lo retirase Dios, llamándolo a la muerte.

—Pueden hacerte una jugarreta y echarte de esta casa —le dijo Carie.

—No harán eso —dijo pacíficamente. Y añadió—: Si lo hiciesen, habrían chinos que nos darían albergue y comida.

Y, en realidad, fueron los chinos los que le salvaron. Cuando se oyó hablar de la nueva reglamentación, el pueblo quedó consternado como nunca. ¡El Viejo Maestro! ¡Porque era viejo! En China los viejos eran dignos de todos los honores, eran mimados, se les daba libertad de acción, no se los apartaba del camino por la misma razón que les daban honor y dignidad. Además, ¿qué querían estos jóvenes americanos? Ellos estaban acostumbrados al Viejo Maestro, que los entendía y no querían que nadie más fuese su superior. Delegaciones de cortesés, pero decididos chinos, se presentaron con documentos firmados por interminables listas de nombres. Al final Andrew siguió sin ser retirado y más triunfante que nunca.

Mirando atrás, comprendo que aquellos jóvenes misioneros no saboreasen aquella adoración por un hombre anciano cuyos métodos de trabajo no eran los mismos que los suyos. No debía serles muy agradable darse cuenta de que no eran queridos como lo era él ni bien recibidos como él lo era. Pero tampoco se dieron cuenta del número de años que había necesitado para granjearse este cariño, cuántas persecuciones había soportado y con qué firmeza había visitado a los enfermos y asistido a los moribundos, y cuántas veces había ayudado a un alma que luchaba. Ninguno de nosotros supo nunca cuántas veces había hecho aquello, porque jamás nos lo dijo. Era sencillamente una parte de su obra. La mayoría de los chinos lo querían principalmente porque no hacía distinción entre el color de un alma, y una y otra vez había tomado el partido del amarillo contra el blanco; el partido del converso solitario, del pobre indígena míseramente pagado, del predicador contra el misionero arrogante, el superior de las misiones.

Pero aquellos jóvenes eran sinceros. Creían que Andrew era un obstáculo para la obra, para el desarrollo eficaz de la iglesia. En la iglesia recibía miembros que carecían de la adecuada preparación, decían, y lo visitaban una y otra vez para recriminarlo.

—Recibo —decía altivamente— por autoridad de mi misión, conferida sólo por Dios, a aquellas almas que profesan el arrepentimiento y aceptan a Jesucristo como su salvador.

No era bastante, decían ellos. Estas profesiones eran a menudo hipócritas. Esto significaba que había mucho personal en la iglesia que no debería estar en ella. Todo esto creaba una organización inadecuada.

—Dios los expurgará —decía Andrew confiado.

No era suficiente, decían. Había hipócritas incluso entre los directores. No todos los predicadores indígenas eran sinceros; quizá muchos de ellos, bajo la descuidada vigilancia de Andrew, eran culpables de muchas cosas. Se hablaba de corrupción, de dinero aceptado, de despilfarro en los fondos de la iglesia, de concubinato secreto.

Aquellos tres hombres rectos y sinceros se sentaban delante de Carie y hacían sus cargos. Andrew dejaba ya que Carie asistiese a las entrevistas. Empezaba a estar asustado. Veía a aquellos jóvenes misioneros sentados delante de aquellos dos ancianos de cabello blanco, porque el cabello de Andrew se había vuelto blanco en una semana y el de Carie era desde hacía ya años una masa de nieve. Tenían en sus manos los hechos y las cifras, y Andrew no había entendido nunca nada de cifras. Sabía vagamente cuántas almas había salvado y cuántas iglesias y escuelas tenía, y, en general, cuánto dinero podía gastar. Pero aquellos muchachos sabían cuanto hacía referencia a su campo. Lo habían averiguado todo mientras él estaba en América, examinando, haciendo preguntas, tomando notas. Tenían subalternos propios que mandaban a los pueblos a buscar a los enemigos de la iglesia, y hacer preguntas sobre la vida privada de aquellos en quienes Andrew confiaba.

Cuando acusaron a Ma, su amigo íntimo, se levantó temblando y con el rostro enrojecido.

—¡No, esto no; sé que están ustedes completamente equivocados! —balbuceó—. ¡Antes confiaría en Ma que en ustedes... o que en mí!

Los jóvenes misioneros sonrieron.

—Quizá éste haya sido su principal defecto; ha confiado usted en todo el mundo —dijeron.

Uno de ellos, pequeño y delgado, intervino:

—No se puede uno fiar de los chinos.

Andrew saltó con un rugido. Pocas veces en su vida había perdido la serenidad, pero su voz resonó esta vez como una gran trompeta.

—Si creen ustedes esto, ¿por qué han venido a salvarlos? —gritó—. ¿Cómo pueden ustedes salvar un alma si la desprecian? ¡Que la vergüenza caiga sobre el siervo de Jesucristo que desprecia a un hombre por pecador que sea! —Estaba en pie, gritando. Carie se hallaba sentada a su lado, silenciosa esta vez, porque él no la necesitaba. Se sentó de nuevo, súbitamente,... Aquellos momentos eran en él cortos y terribles. Permaneció un momento silencioso y de nuevo empezó esta vez con más calma—: Es necesario creer en aquellos para quienes hemos sido mandados. Un alma

sólo puede ser ganada a fuerza de fe y comprensión. Antes aceptaría algunas almas que no fuesen sinceras que rehusar una que lo fuese. Dios discernirá. El manda la lluvia sobre el justo y el injusto.

Pero allí estaban los hechos y las cifras, allí estaban las pruebas. Traían pruebas ciertas e irrefutables.

Durante días, semanas y meses estuvieron determinando y analizando todo su trabajo, desvalorizando todo lo que tanto trabajo le había costado construir. Se negaba obstinadamente a reconocerlo, pero estaba desesperado. Carie y él discutían incesantemente. Algunas de las cosas que decían eran ciertas, argumentaba Carie; era mejor reconocer lo que era verdad y corregir los errores de lo que no lo era. Pero él no quería reconocer nada. Los argumentos de Carie reforzaban todavía más su posición, y en la oposición, sus energías aumentaban su fuego. Mantuvo la situación tal como estaba; siguió admitiendo nuevos miembros; se negó a despedir a ninguno: ni siquiera a Lin, a quien acusaban de fumar opio; ni a Chang, de quien se decía que, con los fondos de la iglesia, regentaba una casa de té con cantadoras chinas. Necesitaba más pruebas que las que le habían mostrado para despedir a un hombre. Además, allí estaba Ma, que lo negaba obstinadamente todo. Siempre había creído en Ma.

No sé lo que hubiera ocurrido si Carie hubiese seguido viviendo. Estaba siempre a su lado, defendiéndolo en público, e induciéndolo en privado a tomar determinaciones, a tener energía, a defenderse y tomar nuevas decisiones, aprobando y analizando juntos.

Pero Carie murió al otoño siguiente. Sabía que no estaba bien, pero llevaba ya años no estando bien, y él apenas lo había sabido, porque la fuerza de voluntad de Carie era grande e indomable y su cuerpo indiferente. No se preocupó nunca de sí misma ni esperó que los demás se preocupasen de ella. Andrew tenía la idea de que las mujeres estaban a menudo enfermas, por lo menos bajo aquel clima. Además, Carie no quería nunca que estuviese a su lado cuando estaba enferma. Era un inconveniente que estuviese enferma, pero no veía qué podía hacer por ella, y además, había dos hijas en la casa. Había estado muchas veces en cama, pero él estaba tan absorbido por su trabajo, tan preocupado... Y de repente un día vio que estaba realmente enferma.

En el acto las discusiones con los nuevos misioneros fueron menos importantes. Carie le pidió que se fuese, pero él consideró que no debía apartarse de su lado hasta que el médico la hubiese examinado. Cuando el doctor hizo su diagnóstico no fue cuestión ya de marcharse. Estaba mortalmente enferma.

Cuando Andrew supo que si Dios no hacía un milagro la vida de Carie se acercaba a su fin, su primer pensamiento fue su alma. Por una vez no pidió ningún milagro ni esperó alguno. Sólo le preocupaba sin descanso su alma. Creyó su deber hablar con ella.

—No me he sentido nunca muy seguro respecto al alma de tu madre —le dijo una

mañana a una de sus hijas.

—¡El alma de mamá es buena! —replicó su hija.

Andrew no contestó. Subió lentamente al dormitorio de Carie. Pero cuando trató de hablarle, saltó en el acto y arremetió contra él con una fuerza de la que no había sido capaz hacía muchos días.

—¡Tú vete a salvar a tus paganos! —dijo con un momentáneo destello en los ojos.

Y así abandonó su propósito, y Carie siguió muriéndose tal como estaba.

Cuando el fin estuvo cercano, la enfermera que habían mandado venir de Shanghai entró en su estudio donde estaba corrigiendo su Testamento. Por casualidad estaba trabajando en el pasaje de la crucifixión, y la solemnidad de la muerte se había apoderado ya de él.

—¡Ha cambiado! —exclamó la enfermera.

Andrew se puso en pie para subir al dormitorio. No podía darse prisa, sentía un miedo extraño. ¡Carie, moribunda! Aquello traía la muerte demasiado cerca. Había estado al lado de muchos lechos de muerte y algunos de sus hijos habían muerto, pero jamás la muerte le había parecido tan cercana como ahora.

Entró en la habitación que por espacio de tantos años había compartido con Carie, y en cuya cama doble yacía ahora ella sola.

Está sin conocimiento. Casi se alegró, porque no hubiera sabido qué decirle. Era curioso, no se le ocurría nada de lo que hubiera podido decirle. Permanecía al pie de la cama, esperando. La habitación se llenó de una gran solemnidad en el momento en que Carie hizo una inspiración, lanzó un profundo suspiro, y la respiración se detuvo. En medio del interminable silencio, Andrew dio la vuelta y bajó las escaleras, regresó a su estudio y cerró la puerta.

No volvió a hablar de ella y ninguno de nosotros lo vio llorar. Si sintió mucho la pérdida o no, ninguno de nosotros lo supo. No intervino en los últimos preparativos, y cuando lo llamamos para el entierro, acudió vestido cuidadosamente y salió con nosotros. Permaneció sin una lágrima al lado de la tumba, con el rostro grave y los ojos serenos. Pero no dijo nada, y cuando hubo terminado, regresó de nuevo al estudio y cerró la puerta. La hija de Carie, temiendo por él, pasó por delante de la ventana para ver si estaba afligido, solo. Pero estaba trabajando en el Testamento, con el pincel chino en la mano, pintando los caracteres arriba y abajo de las páginas. Era imposible entrar, y subió a la habitación, ahora sólo de él, a fin de arreglársela. Sobre la cama estaba la levita. La había sacado preguntándose si la usaría como tributo a Carie. Pero al final no se la había puesto, y allí estaba, sobre la cama, y la hija de Carie la cogió y la colgó de nuevo.

Jamás volvió a pronunciar el nombre de Carie mientras vivió, a menos que le hiciesen una pregunta directa, y ninguno de nosotros podría decir si sufrió con su

pérdida. Y ni una sola vez visitó su tumba. Pero algo se quebró en él, una parte de la fuerza de su obstinación. No había ya nadie en casa para contradecirlo, censurarlo, elogiarlo o despertar en él la energía. La casa estaba muy tranquila ya, pues sólo quedaba en ella una hija; las demás, casadas, se habían ido a vivir río arriba. Había vivido siempre en la rutina y no se le ocurrió cambiarla, pero algunas veces lo intentó y no pudo. Carie había protestado siempre de la rutina; le gustaba el cambio y los días diferentes. Oponiéndose a su volubilidad, la rutina le había parecido a Andrew lo único de valor, lo único importante, y el único modo de realizarlo todo; ahora le parecía de menos valor, porque no tenía ya a nadie que le contradijera.

En medio de su desamparo, los jóvenes volvieron al ataque, y Carie no podía levantarse de su tumba para darles la batalla. En el silencio de la casa escuchaba sus certidumbres, porque, por primera vez en su vida, la verdad comenzaba a abrirse paso en él. Quizá tuviesen razón, quizá nada de lo que había hecho tenía ningún valor. Se llevaba las manos a la frente en su viejo ademán de asombro y Carie no estaba allí para gritarles: «¡Ninguno de ustedes es digno de calzar sus zapatos!». Y tenía ya pruebas de todo, bonos de opio estampados con el sello de la iglesia, confesiones firmadas, declaraciones juradas. Todo se estremecía y se tambaleaba en su interior. Carie había muerto y su hija era una chiquilla, saturada de su propia soledad. No había ya nadie para guiarlo y decirle que hiciese algo que no quería hacer y que no haría; para hacerle creer de nuevo en sí mismo. En ese único momento de duda y perplejidad, aquellos hombres estrictos le pusieron delante algo que firmar, una especie de promesa de poner su campo de acción en sus manos, a fin de que, por el buen nombre de la iglesia, ellos pudiesen purificarlo. Sin saber lo que hacía, firmó el papel y renunció a su obra.

Durante todo el invierno permaneció en la casa en un estado de estupor y desfallecimiento. Se iba haciendo viejo; ya se lo habían hecho creer. Su cabello era enteramente blanco y, si fue posible, más fino. Trabajaba un poco cada día en su traducción y cuando hacía buen tiempo iba a una iglesia cercana a rezar. Pero ¿cuándo hasta ahora se había detenido Andrew por el tiempo? El manantial que llevaba en su interior se secaba. Incluso cuando alguno de sus fieles conversos venía a suplicarle que no lo abandonase, movía la cabeza desalentado. «He firmado no sé qué...», decía con un profundo suspiro. Jamás supo exactamente lo que decía el papel, pero sí sabía que se lo arrebatara todo. Y Ma, que hubiera podido ayudarlo, estaba en cama aquel invierno con un nuevo ataque de su tuberculosis.

Y entonces vino la primavera. Carie había dicho a sus hijas: «Vigiladlo en primavera. A primeros de abril es difícil de manejar. No importa lúe tenga ochenta años: querrá irse por estos mundos a predicar». Cuando los sauces echaron brotes a primeros de abril y los almendros florecieron y el trigo fue verde, un día levantó la cabeza. Husmeó el aire. Súbitamente, se levantó, dejó los pinceles y fue al encuentro

de su hija menor que era ahora la única ama de casa.

—Prepárame mis cosas —le ordenó.

—Algo se apoderó de mí —decía hablando de ello años más tarde—. Vi que había hecho una tontería.

A las pocas horas iba cabalgando en su viejo caballo blanco, avanzando por aquellas rutas familiares y pedregosas y los suaves senderos de las colinas. Y a cada milla que avanzaba iba recuperando las fuerzas. «Algo asombroso me saturaba —escribió al redactar su historia—. Comprendí que había sido presa de una desesperación pecaminosa. Desmonté de mi caballo y, atándolo a un macizo de bambúes, me postré de rodillas pidiendo a Dios el perdón de mi pecado de desfallecimiento. Y Dios me escuchó y me sentí liberado y nunca jamás permitió que me sintiese abandonado por Él».

Cuando alcanzó la primera iglesia del pueblo sintió un intenso odio contra los tres severos misioneros y notóse liberado de toda fatiga.

Pero fue una cosa triste. Mientras iba de un lugar a otro vio que los tres misioneros habían trabajado intensamente. Todo estaba reorganizado. Los predicadores chinos que él había preparado e instruido estaban en la mayor parte ausentes, «despedidos», solían decirle una y otra vez, «sin la más mínima prueba y tan sólo por rumor». ¡Rumores! ¡Cristo fue crucificado por rumores y por esos mismos hombres, que se llamaban justicieros!

Una furiosa cólera se apoderaba de él a medida que recorría su antiguo campo de acción. Encontró algunas de las iglesias cerradas y las puertas selladas; las escuelas, cerradas también.

Cuando regresó a su casa fue a encontrar a los tres jóvenes y les pidió explicaciones.

—Hemos encontrado tal corrupción —dijeron—, que la única esperanza era cerrarlo todo, dispersar a los miembros y esperar a empezar de nuevo.

Y los miembros estaban dispersos, en efecto. Ahora, voces desconocidas predicaban y algunos forasteros estaban escuchando indiferentes. Todo había terminado, el trabajo de su vida había sido barrido.

Mas para él la cólera era una fuerza y una cura. Reaccionó. Empezaría de nuevo. Dios le daría muchos años de vida. Buscaría a sus antiguos conversos y edificaría nuevas iglesias para ellos, no iglesias presbiterianas, no organizaciones sujetas a la dominación y los caprichos de los blancos sino iglesias indígenas autóctonas, sin otro dinero que el de los indígenas, sosteniéndose y gobernándose por sí solas. Comenzó a hacer planes y con ellos desapareció su desaliento, y al poco rato había desaparecido también su cólera, y de nuevo era feliz.

Y así comenzó a buscar a aquellas almas que había ganado y perdido y que ahora quería hallar de nuevo. Durante toda la primavera y el verano anduvo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, y Ma estaba bueno de nuevo gracias al calor, y los dos juntos anduvieron buscando. Algunas de las almas no fueron nunca encontradas.

Habían desaparecido en la expurgación. Encontraron a otros que habían vuelto a sus antiguos dioses, y muchos se hallaban perplejos sin saber qué hacer, y sintieron un gran júbilo al volver a ver a su Viejo Maestro, que había regresado a ellos. Y había otros, los suficientes para consolarlo y darle fuerzas, que habían permanecido fieles, adorando a Dios en sus hogares cuando se sellaron las puertas de las iglesias. Aquéllos eran el núcleo de la nueva iglesia que Andrew tenía que edificar, la iglesia independiente de las locuras de los dominaciones y vaguedades de los hombres. Ellos eran los que tenían que mirar directamente a Dios. Se encontraban en los lugares más pobres, en el diminuto vestíbulo de una casa de campo, en la habitación de suelo de tierra de una posada rural. Pero Andrew los excitaba a la independencia. Era muy feliz.

Los tres jóvenes misioneros se enteraron de lo que estaba haciendo. Tenían subalternos que les iban con historias. Andrew, decían, estaba dividiendo la iglesia. Causaba disensiones. ¡Una iglesia indígena independiente! ¡Aquello era una herejía!

Cuando llegó a su casa los encontró esperándolo y los tres le pusieron delante el papel que había firmado. Pero ahora se sentía fuerte ya. Se encogió de hombros y se negó a mirarlo.

—Lo he firmado por coacción —declaró—. No es siquiera legal. Lo juraré ante el cónsul, si quieren ustedes.

De nuevo se hallaba libre de ellos, libre de todo.

Pero él era viejo y ellos eran jóvenes y había cosas que podían hacerle, si bien en su buen humor se olvidó de ellos. La obra de Dios estaba todavía por hacer. Dios triunfaría, pero, entretanto, trabajaba con el mismo ahínco con que había trabajado de joven. A cada observación de su hija respondía con una interjección de desprecio. Y los tres misioneros jóvenes estaban tratando de hacer pesar sobre él toda la presión de las autoridades de las misiones. Podía ser despedido completamente, enviado a América para no volver, retirado hasta la muerte. Su hija tuvo miedo.

No había ni una sola de las hijas de Carie en la que ella no hubiese vertido su sangre. No había ninguna que la valiese, pero todas eran luchadoras y no tenían miedo a los hombres. Y su sangre bullía ahora dispuesta a luchar por Andrew. Tenía que ser salvado y poder vivir feliz. No tenía que volver a sentirse viejo nunca más, ni vivir apartado e inútil. Tenía que haber siempre trabajo para él, un trabajo en honor de Dios porque no hubiera considerado nada más digno de ser hecho.

Se dispusieron a buscar la salvación de Andrew de una forma tal que él no supiese nunca que había sido salvado o incluso necesitado de salvación, porque era un orgulloso hijo de Dios. ¿Cómo podía amoldarse a un mundo de gente joven? Parecía que no hubiese sitio para él. Tenía que ser sacado de allí y llevado a alguna otra parte donde pudiese trabajar libremente como siempre había trabajado, porque la libertad era el único aire en el que su espíritu podía vivir y existir.

Ocurrió que una parte del fruto de la vida de Andrew había ayudado a construir un seminario teológico. Aquella pasión suya de un sacerdocio literato y educado

había ido más allá de sus clases instructivas, y los que lo ayudaron llegaron a planear una escuela a la que pudiesen ir los muchachos jóvenes a instruirse. Había empezado humildemente hacía ya muchos años, pero había ido creciendo gracias a las donaciones y concesiones, hasta convertirse en un grupo de edificios de ladrillo patrocinado por diversas sectas de la iglesia protestante, formando una institución de una cierta dignidad, si bien su tradición seguía siendo conservadora. Esta tradición era demasiado angosta para la secta de Andrew, y por este seminario había luchado durante años enteros con su reiterada frase: «Es mejor seguir luchando que abandonar perdiendo toda esperanza de victoria». Andrew no le tenía al modernismo más miedo que al diablo. Era un buen enemigo, y un enemigo siempre lo enardecía.

A esta institución volvió, pues, los ojos una de las hijas de Carie. Era un buen sitio para que Andrew, ya con años, pudiese trabajar en él. Haría el trabajo que le gustaba: enseñar a la gente joven, tratar con ellos cada día, y darles provechosas lecciones con su experiencia. Allí estaría fuera de la jurisdicción de aquellos tres justicieros, y si se acercaban a él, ella vigilaría. Y, lo mejor de todo, podría vivir bajo su mismo techo, donde ella podría ocuparse de él, ya que vivía en Nanking, donde estaba el seminario. Había adelgazado demasiado y su rudeza había desaparecido, dejando una especie de transparente blancura en medio de la cual sus ojos parecían demasiado azules e irreales. Pero primero había que obtener la plaza.

Era una tarea que detestaba. Jamás hubiera pedido nada para ella —en esto era como su madre—, pero pediría para Andrew. Se fue, pues, de la manera más natural posible, a ver al dignatario eclesiástico que estaba entonces al frente del seminario, y le expuso el caso sin ambages, y cuando hubo terminado le dijo claramente, tal como lo había planeado con anterioridad:

—De manera que es necesario que le busque usted algo por aquí de forma que yo pueda ocuparme de él y hacerle feliz, pero, sobre todo, no tiene que saber una palabra de mi visita.

El dignatario conocía a Andrew y su temible familia de siete hermanos. Y en sus tiempos tuvo incluso un par de agarradas con Carie sobre el tema de Andrew. Vaciló y jugueteaba sobre el pisapapeles. La hija de Carie recordó siempre que era un niño montado sobre un búfalo de yeso.

—No hay ninguna vacante —dijo.

Y añadió algo referente a que querían gente joven.

—En China, no —dijo la hija de Carie decididamente—. Aquí la edad no importa. Además, habrá seguramente muchas cosas que podrá enseñar, fruto de sus años.

Al parecer, no era así. La hija de Carie se marchó, batida, pero no descorazonada. No en balde había sido criada bajo un dominio en el cual a las mujeres no se les reconocía voz ni voto. Por otros procedimientos se procuraban lo que querían.

Volvió a la carga una y otra vez hasta que una expresión de terror aparecía en los ojos del dignatario, y aprendió a seguir inmediatamente pegado a los talones del

serviente antes de que el dignatario hiciese decir que estaba ocupado.

Y este método femenino de la perseverancia obtuvo su recompensa. En un momento de supremo agotamiento, el dignatario dijo, jugueteando con el búfalo:

—Desde luego, había planeado una especie de curso por correspondencia...

—¡La cosa indicada! —exclamó ella agarrándose a la oportunidad.

—Podríamos ponerle un par de ayudantes que hiciesen el verdadero trabajo... — prosiguió el dignatario.

Ella se echó a reír disimuladamente. ¡Como si Andrew pudiese ser mantenido apartado del verdadero trabajo!

—No les costaría a ustedes nada —dijo ella diplomáticamente—; su sueldo de América bastará.

—Puede convenir —asintió él sin entusiasmo.

Era lo suficiente para edificar encima, y edificó. Edificó por los dos extremos. Le dijo a Andrew que iban a invitarlo a ir al seminario y se ocupó de que la carta de invitación fuese algo más que una cosa fría e indiferente y que, además del título y la posición, viese que había trabajo que hacer. Tenía que ser decano de la Escuela de Correspondencia, un título que no existía. ¡Pero todavía será más interesante crearlo!, dijo entando a Andrew.

Y siguió inmediatamente a la invitación. Lo que en ella había de Carie le dijo cómo había que persuadirlo.

—Podrás dirigir todas tus iglesias con la misma facilidad desde mi casa y no habrá nadie que intervenga contigo, y al mismo tiempo puedes enseñar y tendrás, además, mucho tiempo para trabajar en tu Nuevo Testamento.

Era una halagadora perspectiva de libertad y no pudo resistirla. Era, dijo, una ampliación de su utilidad y, por consiguiente, sin duda alguna, a voluntad de Dios.

—Estoy segura de ello —dijo radiante la hija le Carie.

Y de este modo aquella especie de pabellón que Carie había convertido en un hogar fue desmantelado. Hubo una pequeña venta un poco triste; no había nada que valiese gran cosa, y se salvaron algunas cosillas: el escritorio y el órgano de Carie, la mecedora en la que había mecido a todos sus hijos, los libros y escritorio de Andrew, y un par de cuadros. Se embarcó todo en un junco y fue enviado río arriba, y la casa quedó vacía y el jardín abandonado. Una extraña ida tenía que invadirla; la vida asoladora de la revolución creciente. La próxima vez que la hija de Carie vio aquella casa, que debía ser la última, aquella casa tan llena de recuerdos infantiles, de calurosas tardes de verano y mañanas de Navidad, de la voz de Carie cantando y los regresos de Andrew, fue un alojamiento lleno de escombros y despojos de la revolución. Veinte camillas de refugiados se amontonaban en aquejas habitaciones que Carie mantuvo tan aseadas, y el yeso estaba arrancado hasta los listones, y los suelos estaban cubiertos por pulgadas de suciedad humana, y la gente hambrienta miraba como perros asustados a través de los agujeros de las ventanas. Y el jardín, donde Carie había criado sus rosas y donde habían florecidos lirios y bambúes, estaba

convertido en un erial por el continuado pisoteo. Mas los ojos de Carie estaban bien cerrados en su tumba y yo me alegraba de ello.

Andrew debía vivir todavía diez años. Comenzó felizmente desagradándole en el acto la habitación que la hija de Carie le había destinado en la casa. Ella se había tomado una serie de molestias por esta habitación. En primer lugar, había elegido la mayor, la que daba a la montaña y la pagoda, en la cual entraba el sol alegremente. La había amueblado con cosas que fueron de su casa: la alfombra del saloncito de Carie, su sillón el reloj al que había dado cuerda regularmente durante cuarenta años; puso sus libros en la librería y le hizo cortinillas para las ventanas, pero muy sencillas porque conocía a Andrew. Estaba orgullosa de aquella habitación. Entró delante de él.

—Toda la casa es tuya, padre, pero ésta es tu habitación reservada.

Sin embargo, se vio en seguida que no se encontraba a gusto. Anduvo rondando por toda la casa examinando todas las habitaciones.

—Mi habitación —dijo— es demasiado grande hay demasiadas cosas, demasiado lujo.

—Puedes tomar la habitación que quiera —dijo ella.

Eligió una habitación pequeña encima de la cocina y sus efectos fueron trasladados a ella. De nuevo la hija de Carie extendió la alfombra colgó cuadros y cortinas. Andrew estaba fuera cuando se hizo el cambio y al regresar no hizo comentario alguno. Pero aquella noche, cuando se hubo ido a la cama, estuvo oyendo ruidos hasta muy tarde. La hija de Carie se acercó a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió él serenamente.

Intentó girar el picaporte, pero la puerta estaba cerrada, de manera que no le quedó otra cosa que hacer que volver a marcharse.

A la mañana siguiente, cuando entró en la habitación una vez él se hubo marchado a su trabajo cotidiano, no pudo creer lo que veían sus ojos. El suelo estaba desnudo y las cortinas habían desaparecido y no quedaba ningún cuadro, ni aun el retrato de Carie que ella había colgado. La almohada que había puesto en el respaldo de la silla para suavizar la dureza de la madera, había desaparecido también, así como el doble colchón que puso para ablandar un poco la dureza de la cama de hierro que había insistido en comprarse. Miró debajo de la cama y encontró allí la alfombra y el colchón, y en un armario, los cuadros y cortinas. La habitación era como un ático y el sol penetraba implacable en él para mostrar su desnudez. Pero Andrew lo había arreglado tal como convenía a su espíritu. Durante los años siguientes, la hija de Carie, sufriendo a causa de la fealdad de aquel ambiente que había tratado de embellecer con lo poco que tenía, puso de nuevo cortinas en las ventanas o algún almohadón disimulado, o intentó suavizar secretamente la dureza de aquella cama de hierro, pero Andrew no toleró jamás aquellas comodidades ni un solo día. Todo lo

encontraba siempre fuera de donde lo había puesto, arrollado bajo la cama o metido en un armario, y Andrew vivió hasta el final de esta manera monástica.

Emprendió su trabajo con verdadero celo y fue feliz. Nadie se cruzaba en su camino y vivía intensamente. Estaba ocupado desde muy temprano hasta la última hora de la tarde. Tenía constantes conferencias con los hombres que había elegido para dirigir el nuevo movimiento independiente. La vida no le costaba nada aquellos años. Tenía dos trajes en buen estado y no veía la necesidad de comprar otros durante muchos años, si es que comparaba alguno, y disponía de todo su sueldo para movimientos independientes. Porque, desde luego, necesitaba alguien para visitar iglesias, enseñar al pueblo y alentarlos con los planes de expansión. ¡Expansión! Era la vieja energía de la vida de Andrew.

Confieso que aquellos hombres de las iglesias independientes que venían con regularidad a buscar el dinero de Andrew no tenían un aspecto nada tranquilizador. Pero Andrew no toleraba que se los criticase. Eran las economías de la obra de su vida.

—¡Bah, no puede cambiar su aspecto! —decía cuando la hija de Carie expresaba su repulsión por alguno de aquellos hombres—. No me gustan los hombres guapos. Lo esencial es un alma convertida y sincera.

Pero aquellos almas sinceras y convertidas miraban con una mirada un poco astuta, una mirada que no se fijaba directamente en la franca expresión de los ojos de la hija de Carie, y las manos que ocultaban bajo sus anchas mangas estaban repulsivamente sucias y ávidas de dinero. Era más que probable que aquellos tres jóvenes y severos misioneros tuviesen, por lo menos en parte, razón, y que el trigo de Andrew estaba lamentablemente invadido por la cizaña. ¡Era un alma tan cándida y esperanzada! Pero era feliz y la hija de Carie estaba contenta.

Era completamente feliz. Por la noche llegaba radiante a casa porque adoraba su trabajo en el seminario. La visión de aquellos chinos jóvenes que se preparaban para ir a predicar el Evangelio, era una cosa emocionante para su corazón. Le gustaban aquellos hombres que trabajaban con él y hacía planes apasionados de crear por correspondencia una escuela de la mejor clase. Mandó a todo el mundo a buscar métodos de enseñanza por correspondencia y cogió de cada uno de ellos lo que le pareció mejor. Su Nuevo Testamento halló una nueva razón de ser porque, sin vanidad alguna, Andrew consideraba que su traducción china del Nuevo Testamento era la mejor y la única inteligible, y poseído de su sentido del deber la introdujo entre los textos necesarios a su nueva enseñanza. Cuando lo tuvo todo a punto, la nueva escuela fue anunciada e inmediatamente obtuvo un enorme éxito. En el transcurso de diez años Andrew tenía que ver llegar a centenares el número de estudiantes, y entre ellos había gente de todos los países de Oriente y algunos de las islas de los Mares del Sur, y también chinos de los Estados Unidos. Andrew se sentía profundamente orgulloso. Estaba constantemente trabajando en pro de iglesias independientes, y dos veces al año alquilaba un junco —porque había vendido el suyo a fin de recoger

dinero para el nuevo movimiento—, y salía a visitar a todos los miembros.

Y así Andrew no envejecía. Pero era fácil ver que su cuerpo, bien a pesar suyo, iba haciéndose insuficiente para las ambiciones de su alma. Después de cada viaje llegaba exhausto y agotado a su casa y con una palidez que hacía que su tez pareciese opaca. No había sol que tostase su rostro durante aquellos tiempos. Adquiría una blancura de escarcha y le daba un aspecto más ultraterreno que de costumbre. La hija de Carie le suplicó que abandonase por lo menos los viajes a las lejanas iglesias, pero él no quiso.

Pero llegó el día en que no tuvo más remedio. Ocurrió inesperadamente una tarde soleada de octubre, y su hija vio en el acto que estaba gravemente enfermo. Subió, tambaleándose, los peldaños de piedra de la escalera delantera, y el sol parecía que brillase a través de su cuerpo como si fuese un fantasma ya.

La hija de Carie no le hizo pregunta alguna porque, conociéndolo, sabía que no las contestaría. Lo metió en cama y mandó llamar al doctor, que diagnosticó una disentería sumamente grave. En el transcurso del día, sentada a su lado, la hija de Carie fue sabiendo lo ocurrido. Había creído su deber comer todo lo que sus fieles conversos le habían preparado para festejarlo.

—Son gente pobre —le dijo—; deben haber comprado algo barato, pero su intención era buena.

Había regresado a su junco, donde estuvo en cama tres días y dos noches violentamente enfermo.

—¡Tres días!, —exclamó la hija de Carie—. ¿Y por qué no viniste en seguida o mandaste un mensajero a avisarnos?

Al parecer, no pudo. El capitán del junco era un granuja, y con un hombre viejo y enfermo a su merced no se movería si no era a fuerza de dinero. Le quitó a Andrew todo lo que tenía, su reloj, su pluma, todo lo que llevaba, y sólo con la promesa de Andrew de que no trataría nunca de castigarlos consintió en llevarlo a casa por fin, medio muerto.

Pero nos alegramos de que aquel granuja no lo hubiese asesinado y arrojado su cuerpo al río, y nos sentimos contentos de que no lo hubiese dejado morir.

Durante algunos días estuvo a las puertas de la muerte, pero entonces se presentó la dificultad. El doctor había dicho que Andrew tenía que ir al hospital, pero él protestó con unas energías que parecían las últimas. No había estado nunca en un hospital y dijo que no tenía ninguna confianza en las enfermeras profesionales ni en su moralidad. Estaba demasiado débil para enfadarse, pero cuando estuvo un poco mejor, el médico, por medio de amenazas, consiguió mandarlo al hospital. Pero era inútil. Una vez allá, insistió en revisar personalmente el horario de su tratamiento, pese a que casi deliraba bajo la fiebre, y cada diez minutos tocaba el timbre para recordar a la enfermera que estaba muy enfermo y que le tocaba la medicina a tal o cual hora, sin dejar el reloj de su mano. En cuanto recobró el pleno conocimiento insistió en ser llevado a su casa. Fue entonces cuando dijo:

—Tengo una hija que no tiene otra cosa que hacer que cuidar de mí.

Y armó tal escándalo y alboroto que no hubo más remedio que mandarlo a casa, pese a que estaba demasiado grave todavía para incorporarse.

Y así la hija de Carie cuidó de él y finalmente se restableció. Pero no volvió a estar nunca del todo bien. La enfermedad lo había asustado. Un día estaba sentado en un amplio sillón, en un ángulo soleado del jardín, y la hija de Carie le llevó una taza de caldo.

Levantó súbitamente sus ojos azules fijándolos en los de su hija y exclamó:

—¡Tengo casi setenta y cinco años!

Ella lo miró y vio en sus ojos una especie de terror infantil. Su corazón se conmovió por él, pero frenó su arranque de estrecharlo entre sus brazos, como un chiquillo, para consolarlo. Aquella demostración lo hubiera embarazado. En lugar de esto acarició su manta y le dijo:

—¿Y qué son setenta y cinco años? Toda tu familia ha vivido mucho más. Además, estás ya bien; hace una mañana maravillosa, y he estado pensando que deberías revisar tu libro sobre los idiomas chinos. No hay nada que pueda substituirlo si dejas que la edición siga agotada.

—Es verdad —dijo, halagado—. Ya he pensado que tenía que hacerlo.

Pero fue el primer temor. Jamás emprendió otro viaje circular, y el movimiento en pro de las iglesias independientes no fue nunca completado. Mientras vivió acudieron algunos hombres a verlo y se llevaron su dinero, pero la hija de Carie no le hizo nunca pregunta alguna. Si las iglesias independientes lo hacían feliz, que gozase con ellas, pese a que estuviesen pobladas de granujas.

Sin embargo, el trabajo del seminario era ideal para un hombre de su edad. Cada mañana se levantaba temprano y esperaba con impaciencia su desayuno, e inmediatamente tomaban un *ricksaw* particular, victoria que la hija de Carie había obtenido sobre él, y estaba en su despacho a las ocho. Le encantaba la vida del seminario, aquellas asambleas en las que tomaba su turno en la predicación, el ir venir de los hombres jóvenes en las clases, sus montones de cartas y periódicos. Se sentía necesario y ocupado. Y los muchachos jóvenes acudían a él en busca de consejo y advertencias, y él escuchaba sus relatos y sus quejas de pobreza, y de una manera u otra conseguía darles algo más que consejos. La hija de Carie tenía que vigilarlo o, de lo contrario, no le hubiese quedado nada para él. Cada par de semanas abría su armario y miraba sus ropas.

—¿Dónde está la chaqueta de punto que te compraste por Navidad? —le preguntaba, o bien—: No encuentro más que dos pares de calcetines de lana.

Conocía muy bien aquella mirada culpable.

—Uno de los muchachos tenía ayer un frío atroz...; en los edificios no había calefacción, y es demasiado pobre para comprarse una estufa de carbón. Además,

tengo mi viejo suéter. No necesitaba una chaqueta de fantasía. ¡No puedo usar más que un par de calcetines! No soy ningún ciempiés, ¿verdad?

Y el *coolie* que arrastraba su *rickshaw* lucía ahora orgullosamente su levita, que había sido causa de tantas discusiones entre Carie y él. Andrew la contemplaba ahora, henchido de satisfacción.

—Al fin esta porquería sirve para algo —decía—. El hombre, muy inteligente, ha descosido los faldones; no sé cómo no pensé en ello hace ya tiempo.

Era inútil darle cosas. Por Navidad, su cumpleaños o cualquier otra fiesta, tratábamos de aumentar su mezquino guardarropa, pero daba en seguida todo lo que usaba de momento, y era desagradable ver un traje suyo colgar deshilachado del cuerpo de un estudiante de teología.

Andrew era un verdadero cristiano exasperante en el estricto sentido de la palabra. Con el pretexto de que no lo necesitaba porque tenía su reloj de bolsillo, regaló incluso su precioso reloj de pared a una capilla cercana, pero se reservó el derecho de ir una vez por semana a darle cuerda.

No obstante, no estaba del todo satisfecho de su trabajo en el seminario. Su curso por correspondencia no lo ocupaba bastante, decía; de manera que quedó conmovedoramente agradecido cuando le dieron un par de clases secundarias. Jamás un estudiante pasó tanto tiempo de preparación como él. Consideraba un trabajo sagrado la tarea de adiestrar hombres como predicadores. Era como una extensión de su oportunidad de salvar almas. A través de estos hombres, podía alcanzar un gran número de almas.

Pero ni aun así estaba satisfecho si no podía predicar ante las ánimas irredentas. Y así, dos o tres veces por semana, pese a los lamentos del *coolie* que arrastraba su *rickshaw*, iba a los barrios más populosos de la ciudad, donde había alquilado un par de habitaciones que daban a una calle populosa, y desde ellas predicaba a la muchedumbre, que se detenía a escucharlo sentada en un banco.

—Para un hombre de su edad, tiene un corazón vehemente —solía decir el *coolie*, mientras arrastraba su cochecito, de regreso hacia su casa.

CAPITULO XI

Pero tampoco entonces debía hallar la paz que anhelaba para su trabajo. Mientras había estado viviendo aquellos días de satisfacción, una nueva tormenta comenzaba a levantarse en el Sur, la tormenta de la última revolución.

Andrew no había prestado gran atención a ello. Había visto ya muchas revoluciones en sus días y jamás había consentido en marcharse cuando le decían que había peligro de guerra. Nadie le haría daño, decía siempre. Y así se había quedado cuando otros huían, yendo y viniendo con su habitual rutina, esperando, quizá, al lado de una calle ver pasar el ejército, pero sin hacer otras concesiones a la eterna inquietud de la vida política de China.

Y aquellas idas y venidas de aquel hombre alto, de cabello blanco, daban al pueblo una sensación de calma y seguridad.

—¿Se ha marchado el Viejo Maestro? —se preguntaban unos a otros.

—No, no se ha marchado —se respondían, y de nuevo se tranquilizaban—. Si el Viejo Maestro se marcha, no sabremos dónde escondernos —solían decir.

Pero jamás se marchó. Y se encogía de hombros ante la idea de que aquella revolución fuese diferente de las demás. Cuando la gente hablaba de la nueva influencia bolchevique, él no quería darle importancia. Los bolcheviques no eran más que el pueblo, al fin y al cabo. Además, «los chinos jamás se entenderían con ellos», solía decir confiado. Uno de los secretos de su ilimitada serenidad era que siempre creía firmemente todo lo que decía.

De manera que cuando la revolución estalló en el Sur, extendiéndose hacia el centro de China y bajando por el Yangtsé, André la contemplaba sin miedo e incluso, esta vez, con cierta indiferencia. Había visto producirse y cesar tantas revoluciones, no dejando tras ellas más que ruinas, que esta vez no se sentía optimista. Además, su mente iba apartándose cada día más y más de los asuntos humanos para concentrarse en lo único esencial para su vida, su propia obra. Tenía ya la sensación de los pocos años que le quedaban de vida y nada lo apartaría jamás de su camino. No se enteró, pues, del levantamiento de ninguna tormenta. Cuando se esparció por la región la noticia del asesinato de un sacerdote católico, hizo observar con calma:

—Bien, era católico, y quizá no les gusten los católicos.

Cuando los cónsules extranjeros comenzaron a lanzar advertencias aconsejando a las mujeres y niños irse a Shanghai, ya nadie podía prever qué actitud adoptarían las fuerzas revolucionarias que se aproximaban; no se le ocurrió siquiera pensar que él pudiese estar incluido entre ellos. ¡Cómo! ¿Tenía que echar a correr con los chiquillos y las mujeres?

Pero el pueblo blanco estaba netamente dividido en dos bandos. Algunos de ellos pensaban que no podía salir nada bueno de aquel movimiento capitaneado por los jóvenes chinos de educación occidental y apoyados por los bolcheviques. Pero había

también quienes creían en él, y todavía más que no sabían qué hacer ni qué pensar. Las noticias de los tratamientos infligidos al pueblo blanco en territorio revolucionario, eran desconcertantes, pero era imposible tener pruebas ni confirmación; y un rumor alarmante es cien veces más alarmante en China, la tierra de las cien lenguas y los irrefrenables prejuicios entre hombres de todos los colores.

La hija de Carie abrazó el partido de los revolucionarios. Desde su infancia había admirado a Sun Yat Sen, Carie se lo había enseñado. «Este hombre hará algo», solía decir con aquel tono suyo de confiada profecía, a pesar de que había sido una fugitiva la mayor parte de su vida. De manera que cuando Andrew dijo que no se movería de allí, a pesar del avance de las tropas revolucionarias, no protestó.

Y entonces vino la mañana aquella en que la advertencia del consulado fue tan apremiante que equivalía casi a una orden, como convenía a una nación democrática, ordenando que en vista de las noticias que llegaban de los atropellos cometidos con los extranjeros, todas las mujeres, niños y ancianos debían alejarse de allí. Estas fuerzas estaban ya cerca. Si se escuchaba bien, podía oírse el lejano ruido del cañón. Y el contingente final de los blancos que habían decidido marcharse, debía salir aquel día. Era la última oportunidad, y si la descuidaban, no volverían a tener otra. Los que se quedasen tendrían que soportar todo lo que pasara, porque el momento de la batalla estaba cerca, y las grandes puertas de la ciudad serían cerradas, y nadie podría entrar ni salir hasta que se supiese quiénes eran los vencedores y los vencidos.

La hija de Carie reflexionó largamente. Creía en los revolucionarios, pero después de la batalla podía haber alboroto. Pensó en sus hijos, en su hermana, que había buscado refugio en su casa al huir de una lejana ciudad del interior en poder ya de los revolucionarios; se había salvado de milagro, y la cosa no era muy prometedora. Y había también los hijos de su hermana, además. En fin, con los chicos ya se arreglarían, ¿y Andrew? No podía ya ir muy lejos ni soportar fatiga de ninguna especie. Le pidió que se fuese a un lugar relativamente seguro.

Pero Andrew, cuando se veía empujado a hacer una cosa contra su voluntad, tenía el truco de ponerse enfermo. No era una ficción predeterminada, era la consecuencia de la contrariedad de no poder hacer lo que quisiera. Cuando subieron a decirle que tenía que prepararse para emprender el camino, lo encontraron acostado en su estrecha cama de hierro, con la sábana hasta la barbilla.

—Estoy enfermo —dijo—, me es imposible marcharme.

Ella lo miró, conociéndolo, y sabiendo que no habría manera de persuadirlo.

—Entonces nos quedaremos todos —dijo; y salió cerrando la puerta.

Durante todo el día resonó, intenso, el ruido de los cañones, aumentado por el eco reflejado contra las rocas de las montañas. Por la tarde las puertas de la ciudad se cerraron y en todas partes reinó una extraña y tensa calma. Las tiendas estaban cerradas y las calles desiertas. Las gentes estaban sentadas detrás de las puertas esperando nadie sabía qué. Habían hecho lo mismo muchas veces ya e incluso los chiquillos habían pasado varias guerras. Pero esta vez era diferente. Se oían decir

tales cosas... Los campesinos, la servidumbre, los aprendices, los pobres que vivían en cabañas de barro..., todos estaban poseídos por una extraña inquietud. Nadie sabía lo que le esperaba.

Por las calles vacías avanzaba como de costumbre el *rickshaw* de Andrew arrastrado por el *coolie* con la vieja levita. Estábamos en marzo y el aire era fresco todavía. Andrew predicaba aquella noche en una de las capillas en la que no había casi nadie, y los pocos que acudieron avanzaban rápidamente en medio de la oscuridad. Al llegar a su casa la encontró enteramente iluminada y una larga cola de chinos se reunía ante las puertas. Los sótanos estaban llenos de gente desconocida y pobres que buscaban refugio. Hasta entonces las casas de los extranjeros habían quedado a salvo. Desde 1900 los extranjeros no habían sido atacados, los extranjeros tenían barcos de guerra y tratados que los protegían. Todo aquello era familiar a Andrew. Estaba sentado en el salón con su familia y sus amigos chinos. Solamente los chiquillos, inocentes de todo, dormían.

—Este suelo parece hervir —dijo—. Los sótanos están tan atestados... —Y después añadió—: Celebro haberme quedado. Hay que compartir la suerte de los que uno ha elegido como su pueblo.

Llegó medianoche sin que se tuviese ninguna noticia, y era imposible ver nada en la oscuridad; sólo se oía el constante rugido del cañón. Andrew estaba muy cansado.

—Puesto que no puedo impedir la lucha, creo que me iré a la cama —dijo con su amarga sonrisa.

Y subió a su habitación a echarse y escuchar el tableteo de los disparos. Cerca del alba reinó un profundo silencio y antes de que pudiese preguntarse qué significaba, se quedó dormido.

Aquella alba revolucionaria no parecía distinta de la de los demás días. Se despertó, y el sol de marzo inundaba su estancia y desde fuera llegaba el ruido de los platos del desayuno y el olor del tocino y el café. No se oían ya disparos. Todo había terminado. No tenía que perder un solo día de trabajo. Se levantó, se duchó en el aparato que él mismo se había dispuesto mediante un pequeño depósito de plancha y una regadera y, después de vestirse cuidadosamente, bajó alegre y triunfante a tomar su habitual desayuno a las siete de la mañana. Todos lo esperaban, hijos y nietos, y la hija de Carie estaba encantada con los primeros narcisos que habían brotado en su jardín. Había salido antes del desayuno y, habiéndolos cortado, estaban sobre la mesa.

—Son narcisos proféticos —dijo—. Me alegro de que hayan esperado hasta hoy para abrirse.

Todo iba bien, dijeron. Los revolucionarios habían ganado, las puertas fueron abiertas y la ciudad, habiéndose rendido, estaba tranquila. Los chinos se habían ido a sus casas a desayunar y la casa estaba normal como antes.

—¡Qué tontería haberse marchado! —se dijeron entre ellos saboreando los huevos con tocino.

—Las guerras siempre son lo mismo; lo sé por experiencia —dijo Andrew muy

contento.

Fue un desayuno alegre y, terminado éste, los hombres se fueron hacia sus quehaceres y la hija de Carie arregló la manta sobre las rodillas de Andrew en el *rickshaw* y le puso en el ojal un capullo de rosa roja que había crecido en una maceta de la ventana. El rojo era el color de aquel nuevo día.

Podía elegir su camino atravesando la ciudad o dando la vuelta a la colina. Aquella mañana eligió dar la vuelta a la colina. El aire era fresco y cortante, pero los rayos del sol iban templándolo.

Sin embargo, había empezado apenas a saborearlo, cuando oyó su nombre repetido a gritos una y otra vez. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie cerca. Cuando pensó en ello recordó no haber visto a nadie en el camino. Habitualmente estaba animado por las hileras de campesinos que llevaban a los mercados sus cestos con legumbres, o polvoriento a causa del paso de los borricos cargados con sacos de arroz puestos a través sobre sus lomos. Pero no había visto a nadie.

Entonces vio a uno de los criados de la casa que corría hacia él, gritándole. El *coolie* del *rickshaw* se detuvo y el hombre llegó jadeante. Estaba amarillo como la cera y tenía la boca tan seca que casi no podía hablar.

—¡Viejo Maestro! ¡Viejo Maestro! ¡Vuelve atrás! —jadeaba—. ¡Están matando a los extranjeros!

—No lo creo —dijo Andrew.

—¡Es verdad! Uno de ellos ha muerto ya. Lo han matado a tiros en la calle. Tu hija mayor te ruega que vuelvas a casa.

—No volveré —dijo Andrew—. Tengo trabajo que me espera. ¡Vamos! —le dijo al *coolie*, pero el criado puso sus manos en los brazos del *rickshaw*.

—Me ha dicho que si no querías volver tenía que agarrarte y llevarte aunque me pegaras. En cuanto a mí —dijo el *coolie*—, no quiero arrastrarte más y tener tu sangre sobre mi cabeza.

Andrew quedó desalentado.

—Da media vuelta, entonces —dijo amargamente.

No era la primera vez que había tenido que pensar que podían matarlo. El sol se volvió gris para él. Nadie sabía lo que podía ocurrir aquel día; podía ser el fin, quizá... y tenía trabajo que realizar.

Cuando llegó a su casa estaban todos reunidos en la escalera, esperándolo. Habían salido de casa tal como estaban, sin abrigos ni sombreros. En diez minutos el mundo entero había cambiado. La alegría del desayuno y la cálida seguridad de la casa parecía ahora que no hubiesen existido nunca.

—¡Aquí está! —gritó uno de los criados.

El *coolie* bajó los brazos del vehículo y Andrew se apeó.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—¡Tenemos que escondernos! —exclamó la hija de Carie.

¡Esconderse! ¡Y con todos aquellos chiquillos! Además, le repugnaba la idea.

—Sería mejor que entrásemos en la casa a rezar —dijo él.

—No hay que perder tiempo —respondió ella—. Las tropas revolucionarias están contra nosotros. Han matado ya a los dos padres católicos y a Jack Williams.

Antes de que pudiese discutir con ella llegaron los criados sollozando y corriendo hacia ellos, y algunos vecinos se escurrían por las puertas secretamente.

—¡Escondeos! ¡Escondeos! —les suplicaban—. ¡Las casas extranjeras no están a salvo hoy!

—¿Dónde podemos escondernos? —preguntó la hija de Carie.

Los chinos se miraron. ¿Quién se atrevía a soportar la carga de aquellos extranjeros? Si los encontraban en una casa, matarían al dueño y a todos sus hijos.

Durante todo este tiempo un horrible rugido circulaba por las calles. Era el ruido de la muchedumbre. No había tiempo que perder, pero no había dónde ir. Los blancos se miraban unos a otros. Aquella tierra había sido su patria: para Andrew desde su juventud, para los chiquillos desde que nacieron en ella. Pero, súbitamente, en el espacio de una hora, no era la patria ya. Su casa no podía protegerlos: no había puertas ni muros que pudiesen ponerlos a salvo.

Una pequeña silueta vestida de azul apareció por la puerta trasera, corriendo con toda la velocidad que le permitían sus pies vendados. No era más que una pobre mujer campesina a quien la hija de Carie había dado en un momento en que hubo hambre en la región del Norte y que, durante otro año de hambre, había vuelto a verla en el Sur. La hija de Carie no se alegró mucho de volver a ver a aquella mujer sin un céntimo, hambrienta y preñada. Pero la metió en casa porque tenía un corazón infantil; dejó que el chiquillo naciese, y allí se ocupó de protegerlo contra el tétanos, del que habían muerto los demás chiquillos que había tenido aquella mujer; y de nuevo se ocupó de él cuando la mujer estuvo a punto un día de dejarlo morir quemado. No le había gustado en absoluto tener que hacer aquello, y riñó a la estúpida y agradecida madre por su estupidez, y cuando el marido bajó del Norte en busca de su mujer, había tenido la satisfacción de encontrarle empleo como mozo de granja, y así pudo liberarse de los dos. Pero el chiquillo fue creciendo sano, y la hija de Carie se alegraba de verlo con vida y sano.

La mujer llegó, por lo tanto, corriendo. Dijo que su marido estaba fuera todo el día, y vacía su pequeña habitación; por lo tanto, la hija de Carie y toda su familia podían ponerse a salvo allí. No era más que una minúscula cabaña, en realidad, y a nadie se le ocurriría buscarlos por las cabañas de tierra. Tiraba de ellos arrastrando a la hija de Carie de la mano y a Andrew de la manga; pero, llevando al más pequeño de los chiquillos rubios, echó a correr hacia la puerta y a través de los campos, de manera que todos la siguieron.

Se sentaron silenciosos en aquel estrecho recinto, unos sobre el lecho de tablas, otros sobre un banco de madera, y la mujer cerró la puerta silenciosamente.

—Aquí se está seguro —susurró por entre las rendijas—. Hay tantos chiquillos por aquí, que aunque llore uno extranjero, no llamará la atención.

Pero ninguno de los chiquillos extranjeros lloró durante aquel interminable día. Había dos niñas y un niño, ninguno de los cuales tenía cinco años, que formaron un trío alegre y bullicioso días atrás. Pero aquel día, en aquella obscuridad, bajo aquel extraño rugir de fuera, permanecieron inmóviles y tranquilos sobre las rodillas de sus mayores, como si presintiesen el peligro que les amenazaba.

En cuanto a Andrew, no podía creer que aquello fuese el fin. Permaneció durante todo el día sin decir una palabra, entre sus hijos y sus nietos. Pero nadie habló. Cada cual estaba sumido en sus pensamientos. Andrew estaba repasando en su memoria los años transcurridos. «No tanto pensando —escribió en años posteriores— como contemplando los cuadros que iban desfilando por mi memoria. A menudo pensaba en otra cosa». Y una de las hijas de Carie pensaba en aquel hijo que tenía que nacer, imaginando si viviría lo suficiente para darle la vida. Y la otra estaba mirando a sus dos hijitas y pensando serenamente que cuando llegase su hora tenía que ser suficientemente fuerte para, antes de morir, hacer que muriesen primero ellas, a fin de no dejarlas, una vez muerta, en manos de los soldados.

Pasaban las extrañas horas. La servidumbre llegó a campo traviesa trayendo unos paños bajo sus vestidos, una botella de agua hervida y una lata de leche condensada para los chiquillos. De cuando en cuando se abría la puerta y asomaba el rostro de un chino amigo. Sólo entonces había un momento de terror. ¿Era un amigo? ¿Quién podía decirlo en un día como aquél? Pero eran amigos, y venían allí a meter la cabeza y a decirnos que tuviésemos valor porque estaban haciendo cuanto podían con los jefes revolucionarios a fin de interceder por sus vidas. Y al mediodía se abrió de nuevo la puerta y apareció una buena madre china desconocida, llevando cuencos de arroz cocido, y nos dijo que comiésemos y no tuviésemos miedo, que nadie de toda aquella aglomeración de chozas diría que estábamos allí. Habían amenazado incluso a los chiquillos.

—Le he dicho a mi diablillo que lo mataré a palos si dice una palabra —dijo para tranquilizarnos. Y así pasó mediodía.

Aumentaba el ruido exterior. Andrew había oído ya aquel ruido; no era el rumor de un pueblo colérico, sino el de un pueblo que se divierte, el de un pueblo pobre que veía, por fin, entre sus manos lo que durante tanto tiempo había codiciado. Se oía el ruido de golpes dados sobre la madera de una puerta que luego caía hecha astillas, el rumor de unos pies que corrían por el campo, de maderas que saltaban, y de nuevo los gritos y la algazara.

—Han entrado en casa —dijo Andrew súbitamente.

La puerta de la choza se abrió en el momento de decir estas palabras y entraron los dos chinos que habían intercedido cerca de los jefes revolucionarios. Cayeron en el suelo delante de Andrew.

—Perdónanos —dijeron—. Hemos hecho cuanto hemos podido por salvar vuestras vidas, pero no nos ha sido posible. No hay ninguna esperanza.

Y levantándose y haciendo reverencias se alejaron con el rostro color de yeso.

Durante dos horas Andrew y sus hijos estuvieron allí esperando, temiendo a cada instante ver abrirse la puerta y entrar los soldados en tropel. Pero no se abrió. Y fuera de aquel antro seguía el bullicio y la algazara. La choza se iluminaba con el resplandor de los incendios, porque estaban quemando las casas de los extranjeros. Quizá no les quedasen más que algunos minutos de vida. Cada uno de ellos se despedía a su manera de la vida y pensaba en cómo morir dignamente delante de una raza enemiga, y Andrew bajaba la cabeza. Los chiquillos dormían en nuestros brazos, conmovedoramente bellos, porque era su último sueño. Dentro de un momento, de una hora todo lo más, habría llegado nuestro último instante.

Y entonces, en medio del horror de la situación, resonó en la choza un terrorífico trueno. La choza se estremeció y los chiquillos se despertaron. De nuevo se repitió, una y otra vez, una especie de trueno como ninguno de nosotros había oído jamás. Nuestros oídos se ensordecieron con las explosiones. Nos mirábamos unos a otros, extrañados; no era un trueno del cielo, no podía repetirse con aquella regularidad.

—¡El cañón! —exclamó uno de los hombres.

Andrew levantó la cabeza.

—Los chinos no tienen un cañón como éste —dijo en medio del estruendo.

—Americano..., cañón inglés..., —gritaron los otros.

Entonces recordamos lo que todos habíamos olvidado. Siete millas más abajo había en el río barcos de guerra americanos, ingleses y japoneses. Habían abierto fuego contra la ciudad. Nos amenazaba un nuevo peligro. Podíamos ser hechos pedazos por nuestros propios cañones. Pero en el acto sentimos un alivio; tendríamos, por lo menos, una muerte digna, rápida y limpia, sin tortura en manos de los soldados chinos.

Súbitamente, todo se apagó. Todo ruido se extinguió. El fuego cesó y reinó el silencio, un extraño, un súbito silencio. No hubo ya bullicio ni algazara, ni aullidos, ni más ruidos de maderas destrozadas. Sólo el chisporroteo de las llamas, y nuestra pequeña choza estaban tan iluminada cómo pudiese estarlo de día.

Andrew se levantó y miró a través de la diminuta ventana hacia las colinas. Apretó su rostro contra el agujero, mirando fijamente algo.

—Están quemando el edificio del seminario —susurró.

Y sentándose se cubrió el rostro con las manos. Su obra había desaparecido una vez más...

No había otra cosa que hacer sino esperar. Alguien acudiría a decirles lo que tenían que hacer. Fue una espera larga y agotadora, la más dura del día. Ninguno de nosotros podía decir qué significaba el bombardeo ni el silencio. ¿Había sido arrasada la ciudad bajo aquellos potentes cañones y sólo nosotros quedábamos en vida? Nadie se acercaba.

Ya avanzada la noche, la puerta se abrió. Dos de nuestros amigos chinos estaban allí con una guardia de soldados.

—Hemos venido a llevarles a ustedes a un lugar seguro —dijeron alegremente.

Pero los soldados nos hicieron dar un paso atrás. Llevaban un extraño uniforme y jamás vi una guardia con un aspecto más canallesco. Tenían los rostros burlones y enrojecidos y parecían como hinchados por el vino. Permanecían de pie allí, apoyados sobre sus fusiles, con los rostros iluminados por el resplandor de las antorchas. Retrocedimos. ¿Podíamos confiar a Andrew y los chiquillos a aquella gentuza?

—¡Pero si éstos son los mismos soldados que han estado atacando todo el día! — protestó la hija de Carie.

Pero no había otro camino.

—Es vuestra única oportunidad —nos suplicaron nuestros amigos—. Todos los blancos están reunidos en el gran laboratorio de la universidad. Os llevaremos allí.

Y así, uno tras otro, precedidos por Andrew, salimos de la diminuta choza donde durante trece horas habíamos vivido tres hombres, dos mujeres y tres chiquillos de corta edad. ¡Aquellos tres hombres enormes! La hija de Carie jamás los creyó tan enormes.

Echamos a andar a través de los campos, pasando al lado de humeantes y chamuscadas ruinas de los que por la mañana fueron alegres hogares americanos, dirigiéndonos a la negra masa de edificios universitarios. Una vez un chiquillo se tambaleó contra uno de los soldados, y éste se volvió en el acto con un ronquido que nos paró el corazón. Pero la madre del pequeño gritó:

—No ha querido empujarte..., tiene sólo tres años. —Y el soldado siguió su camino con un gruñido.

Por fin llegamos a la gran puerta de la Universidad. Allí había otro retén de soldados revolucionarios con el mismo aspecto burlón y congestionado. Al vernos llegar se rieron y, cogiendo sus fusiles, los agitaban en el aire para asustarnos. Pero ni los chiquillos profirieron un grito; se limitaban a mirar, perplejos, recordando que toda su vida les habían enseñado a querer a los chinos y considerarlos como amigos. Y así la comitiva penetró en el edificio y siguió hacia arriba en medio de la obscuridad.

Allí, en el vasto laboratorio, nos encontramos reunidos un centenar de blancos, hombres, mujeres y chiquillos, casi todos americanos. Siete habían sido muertos desde el alba, pero todos aquellos se habían escondido en alguna parte o habían sido ocultados por algunos chinos amigos y, después de angustiosos momentos, rescatados de las manos de la muchedumbre y la soldadesca. Más tarde nos dimos cuenta de que habíamos sido muy afortunados. Pocos de todos los demás blancos habían escapado de enfrentarse con el enemigo de una u otra forma. Pero el trágico día había terminado y ahora la obscuridad los envolvía y trataban de dormir. Pero a cada nueva entrada volvían a comenzar los gritos queriendo saber quién era el que llegaba y si estaban a salvo. Uno tras otro, durante toda aquella noche interminable, fueron llegando los blancos, unos heridos, otros apaleados, pero no hubo más muertes. Nadie sabía, sin embargo, lo que el alba podía aportarnos, porque la ciudad estaba ya en

manos de los revolucionarios.

Durante todo el día siguiente esperamos, reunidos en aquella vasta habitación. No fue un día triste, pese a que nadie sabía lo que nos esperaba al final. Nos organizamos la vida, distribuimos lo que había que comer y atendimos a los enfermos o heridos y a las mujeres que tenían recién nacidos. Y había también chinos que trabajaban para nosotros. Iban y venían, llevándonos comida y ropa de cama. Venían sollozando, pidiéndonos perdón y asegurándonos que los muertos estaban decentemente enterrados. Nos trajeron cepillos de dientes y toallas y abrigos, porque el viento de marzo era penetrante y el edificio no estaba caldeado, y los soldados nos habían robado todas las ropas de abrigo.

Por la tarde los soldados nos dieron la orden de salir y bajar hasta el muelle, situado siete millas más abajo, para embarcar en los buques de guerra surtos en el puerto. Nos empujaron hasta el piso inferior, y bajo la custodia de aquellos mismos soldados de aspecto patibulario y repugnante, metidos en carricoches destartados, a pie, o como pudimos, emprendimos la marcha. Al crepúsculo llegamos al recodo del camino que llevaba al río, y allá, iluminados de proa a popa, estaban anclados los barcos de guerra. Marineros americanos y guardiamarinas estaban de pie en el muelle y se precipitaron a ayudar a meterse en las barcas a las mujeres, ancianos y chiquillos. Luego, el agua obscura que se precipitaba contra los botes, el balanceo bajo la rápida corriente, el precipicio de los flancos de los barcos, la escalera que se balanceaba y, por fin, la sensación del suelo firme de cubierta bajo los pies. Unas voces alentadoras nos gritaron: «¡Están ustedes ya en territorio americano! ¡La cena les espera!».

Pero todo aquello era una especie de espejismo; los camarotes llenos, los exiguos salones, las cazuelas de comida caliente sobre la mesa, sopa y judías estofadas y guisado de carne, servido por marineros joviales y sonrientes. ¡Comida y descanso y, por encima de todo, la gloria de la seguridad! Mujeres que no habían Horado nunca, que habían resistido al saqueo, a la crueldad y a la muerte, no podían evitar ahora los sollozos, y valientes chiquillos que habían permanecido imperturbables al lado de sus padres frente a los fusiles de los soldados, lloraban ahora a gritos, sin causa ni razón que lo justificara.

En cuanto a Andrew, había desaparecido de la mesa, y la hija de Carie se levantó para ir a buscarlo y ver qué hacía. Estaba apoyado sobre la borda contemplando por encima del agua la ciudad a oscuras. No había ni una sola luz, pero sabíamos dónde estaba, porque, destacándose sobre el cielo, podíamos ver la cresta de la montaña y los muros de la ciudad que se enroscaban por los pies de la colina.

—¿Qué piensas? —Je pregunté.

—Estaba proyectando volver —contestó serena y tranquilamente.

No se volvió ni añadió una palabra, y la hija de Carie se marchó, dejándolo contemplando la ciudad a oscuras. ¡Volver! Desde luego, no pensaba en nada más.

Es difícil ahora separar una cosa de otra. Es todo una amalgama de rostros y relatos, de lágrimas y de risas. Ahora que estábamos a salvo, todo el mundo a bordo tenía una historia que referir, un milagro que contar. Un viejo americano cuya afición era el cultivo de la miel, nos contó: que un abyecto soldado creyó que sus colmenas encerraban un tesoro y al abrirlo fue atacado por un enjambre de abejas furiosas, y tuvo que salir corriendo por el jardín.

Pero había otras historias que no eran de risa, como la de aquel profesor chino que estaba de guardia al teléfono de la Universidad poco antes del alba y que hubiera quizá podido salvarnos a todos. La noche anterior a la batalla se habían montado guardias, porque había sido convenido que cuando las fuerzas revolucionarias entrasen por la puerta sur, detrás de la cual se libraba la batalla, se telefonaría a la Universidad, situada en la parte norte, para decir cómo iban las cosas. No había otro teléfono en aquel extremo de la ciudad y las noticias había que llevarlas a pie de casa en casa. Pero el profesor chino, pese a que estuviese aleccionado en las mejores escuelas americanas de agricultura y régimen forestal, era gordo y perezoso y se echó a dormir, no creyendo, para hacerle justicia, que ocurriese nada. El teléfono sonó y sonó, pero él dormía. Si hubiese vigilado o hubiera estado en su puesto, algunos de los que hoy están muertos estarían con vida, y muchos nos hubiéramos evitado horas que preferimos no recordar.

Todos aquellos infelices llegaron a Shanghai para buscar abrigo donde pudiesen hallarlo. La mayoría de ellos estaban demasiado descorazonados y tristes para hacer otra cosa que tomar un billete para su tierra en el primer barco y no regresar nunca jamás a China.

Pero Andrew tenía ya elaborados sus planes. Animadamente dijo:

—Siempre he oído decir que una obra de misiones en Corea es mucho más productiva que en China, y siempre he deseado saber por qué. Me voy a Corea.

—¡No te irás solo! —exclamó la hija de Carie.

—Completamente solo —dijo él, y fue.

Lo que hizo en Corea puede sólo ser más o menos conjeturado por sus escasas cartas. Consiguió hacer mucho. En Corea descubrió colonias de chinos que no tenían iglesias, ya que los misioneros de Corea no hablaban chino, de manera que empezó inmediatamente a predicarles, celebrando servicios religiosos en sus casas y trabajando para organizarlos en una iglesia. Sus cartas eran cada vez más entusiastas y optimistas, como si no le hubiese ocurrido nunca nada. «Es extraordinario —escribía— la cantidad de trabajo que se puede hacer».

«Los chinos —escribía— valen mucho más que los coreanos. Incluso aquí son los chinos los que hacen todo el trabajo y llevan los negocios. Por lo que he podido ver, los coreanos no hacen más que estar sentados con sus trajes blancos y ensuciarlos, y

las mujeres se ocupan únicamente de lavarlos».

Se burlaba intensamente de la indumentaria coreana.

«A nadie se le ocurriría llevar unas ropas tan ridículas —escribió—. Los hombres usan unas faldas de hilo blanco y unos sombreritos altos atados bajo la barbilla. Casi no vale la pena de salvar sus almas».

«Si no hubiese japoneses aquí —escribió otra vez—, creo que los coreanos no se tomarían siquiera la molestia de alimentarse».

A los seis meses regresó, en plena forma y satisfecho.

—No es de extrañar que los misioneros en Corea lo pasen tan bien —dijo—. A un coreano lo convierte cualquiera. Es más difícil convertir a un chino que a veinte coreanos, pero al final el número es mayor. Ahora volveré al verdadero trabajo.

Nadie consiguió disuadirlo de su idea, ni aun el cónsul, que se mostraba amenazador. No se permitió regresar a Nanking a ningún americano, salvo a algunos jóvenes en visita de inspección. No había sitios decentes donde vivir. Las casas extranjeras que no habían sido destruidas estaban llenas de soldados. Todo estaba desorganizado y el espíritu antiextranjero imperaba todavía con mucha fuerza.

Pero Andrew se encogía de hombros ante todo. Su viaje al clima frío de Corea le había sentado muy bien y estaba poseído de una alta y serena obstinación.

—No necesito una casa —decía—; me basta una habitación y un muchacho para cocerme los huevos y el arroz. No necesito nada más.

No había nada que hacer con él, como no lo había habido nunca. La hija de Carie, después de pelearse furiosamente con él, hizo su modesta maleta y metió en ella todo lo que pudo sin la menor esperanza de que nada jamás fuera usado por él. Y mandó buscar un fiel servidor y le encomendó que se fuese con aquel hijo de Dios, lo cuidase y velase por él, y así se marcharon, creyendo ella que no volvería a ver a Andrew nunca más. Aquel año circularon relatos terribles de cólera, tifus y disentería.

Pero nada detenía a Andrew cuando quería hacer una cosa. Su criado le encontró una habitación destartalada en una escuela medio en ruinas, y compró un fogón de tierra para carbón y una olla de barro, y Andrew compró un camastro de hierro, una silla y una mesa. Los artículos extranjeros se vendían muy baratos en aquellos días y las tiendas de objetos usados estaban llenas de género. Y de nuevo se puso a trabajar. El edificio del seminario estaba casi totalmente quemado y lo que de él quedaba estaba ocupado por algún capitoste de la guerra, que los medraba con la revolución. El edificio tardó años en ser devuelto.

Pero, sin embargo, Andrew no creyó mucho nunca en edificios. Comenzó buscando a los estudiantes y fue hallándolos aquí y allá. La gente le contaba historias sobre aquellos estudiantes en teología. Entre ellos había habido comunistas, y fueron los que lanzaron a la muchedumbre contra los extranjeros. Pero Andrew no se inmutó.

—No lo creo —dijo serenamente.

Y no lo creyó.

Le gustaba ser el único blanco que había regresado. «Se está en completa seguridad, el cónsul no dice más que tonterías», escribió a la hija de Carie. Aquellos días gozaba de la vida. Y la gente de la calle, los dueños de las tiendecillas, los propietarios de las pequeñas hosterías y la gente pobre de toda especie iban a verlo y se alegraban de saber que estaba de nuevo entre ellos.

Él gozaba con su salud y su admiración y llevaba la vida del pobre tal como a él le gustaba llevarla. Pronto comenzó a predicar en las calles y en las casas de té, y en un momento en que nadie conseguía encontrar una casa o una habitación, porque nadie quería alquilar a los extranjeros, Andrew consiguió alquilar dos habitaciones que daban a una calle populosa, compró dos bancos y un púlpito, sacados de las antiguas iglesias antes de la revolución, y predicaba cada día, tarde y noche. Uno de los púlpitos procedía de una iglesia metodista, lo cual causó a Andrew gran satisfacción.

—Ahora sale de él la verdadera doctrina —dijo con su sonrisa irónica.

Y la gente acudía a escucharlo; gente que comenzaba a estar desengañada de los revolucionarios y de sus vastas promesas jamás cumplidas. Los campesinos, decepcionados, refunfuñaban:

—Nos dijeron que todos tendríamos empleos en las factorías y nos dieron unos boletos para demostrar que íbamos a tener trabajo. «Enseñad el boleto a la entrada», nos dijeron. ¿Qué entrada?... ¿Qué factoría? ¡Sueños eran!

De cuando en cuando algún estudiante comunista interrumpía una reunión, pero Andrew se limitaba a decir con calma a la muchedumbre que se dispersaba:

—Mañana, como de costumbre, a la misma hora. —Y nadie podía rebasar aquella inmensa determinación.

Y así, cuando nadie era capaz de trabajar en medio del pueblo, él hacía su trabajo de su manera habitual, sin temor ni precipitaciones.

Por otra parte, las circunstancias exteriores de la vida no significaban nada para él; un casa, hogar, comodidades, todo esto no era nada. Su hogar era su trabajo; su anhelo, hacer el trabajo que Dios le había encomendado. Para él no había otra felicidad.

Cuando la hija de Carie regresó, al cabo de un año de estar ausente, y comenzó la tarea de convertir en hogar las ruinas de una casa, mancillada por la suciedad y usada como hospital de coléricos durante varios meses, encontró a Andrew sereno y tranquilo. No parecía ya casi terrenal a fuerza de vivir solo, adelgazar todavía más, no hablar sino para predicar y alimentarse de aquella manera tan frugal. El fiel servidor se quejó a la hija de Carie de que su dueño no comía prácticamente nada.

—Su corazón es demasiado ardiente para un hombre de edad —murmuró, el sirviente—. Arde por dentro.

Le preparó, ante todo, la cama como ella sabía que le gustaba, y lo metió en la casa sin perturbarlo, y casi no se dio cuenta. Parecía haber olvidado que había habido

una revolución.

CAPITULO XII

Fue suavizándose a medida que los meses se convertían en un año. Toda aquella vieja energía suya iba desapareciendo y su carácter iba suavizándose. No era tan severo como antes, ni hacía con tanta dureza la distinción entre su credo y el de los demás. Más que nunca le desagradaba la denominación de los diferentes sectas, pero en aquellos días era capaz incluso de perdonar a un hombre que creyese en la inmersión y no discutía ya de nada. Pero su creencia permanecía incommovible. Creía palabra por palabra el Credo de los Apóstoles y vivía feliz en la creencia de la segunda venida de Jesucristo. Un día Cristo aparecería en el cielo, estaba seguro de ello, y los cuerpos de los justos se levantarían de la tierra para ascender con Él.

Pero Andrew no esperaba con ansiedad su venida. Esperaba no morir —ante la palabra «muerte» el terror aparecía en los ojos de la hija de Carie y se apoderaba de su corazón—, pero decía tranquilamente:

—No nos han dicho cuándo aparecerá Cristo; puede ser mañana, puede ser dentro de mil años...

Pero, en realidad, esperaba que no fuese dentro de mil años. Solía decirle a la hija de Carie que había ciertos signos, guerras y miseria, y especialmente el levantamiento de lo que él llamaba «Anticristo» en Rusia, que presagiaban su venida. La hija de Carie lo escuchaba y no discutía jamás con él ni le daba muestras de su incredulidad. Por nada del mundo hubiera querido robarle a Andrew un ápice de la fe que tanto había valorizado su vida, especialmente ahora que, siendo viejo, necesitaba su fe para alentar su muerte.

Y tan poseído estaba de su fe que jamás se le ocurrió preguntarle a la hija de Carie cuál era la suya.

Así vivió sus últimos años, suaves y dorados, sin enfadarse jamás, mimado, bajo todos los aspectos por grandes y pequeños. Y así, imperturbable, parecía convertirse ante nuestros ojos en un espíritu inefable, más frugal en el comer y beber que nunca, de más pausada palabra, más *espiritual*, más remoto y alejado de la tierra.

Es difícil decir cuándo se dio cuenta por primera vez del comienzo de la disolución de su vida. Pero, como todos los viejos, experimentó *gradualmente* la percepción de que no le quedaban ya muchos días para trabajar, ni muchas noches en que yacer dormido, y que pronto llegaría un alba de la que no despertaría. Algunas veces, durante las horas crepusculares, parecía temeroso de encontrarse solo, como si recordase las viejas historias de fantasmas que había oído referir siendo chiquillo. Hacía encender las luces temprano, quería oír voces humanas, tener gente a su alrededor. La hija de Carie permanecía a su lado y le contaba cosas alegres, trabajando con la costura del día, mientras los chiquillos rondaban a su alrededor.

Andrew se sentía reconfortado con aquellos pequeños detalles, pese a que jamás supo compartir la vida hogareña y de los chiquillos. Pero allí estaba sentado, y la expresión de terror desaparecía de sus ojos, y al cabo de un rato se levantaba para irse a la cama. Y la hija de Carie encontraba siempre un pretexto para subir a su cuarto a comprobar si estaba bien arropado, y si la luz estaba al alcance de su mano, y ponía sobre la mesita de noche una campanilla para que pudiese llamar por la noche, y dejaba la puerta entreabierta a fin de que pudiese oír los pasos de la gente y no se encontrase solo pensando en el pasado tan lejano y en la muerte que se avecinaba.

Cuando llegaba el alba y con ella el trabajo, volvía a ser el mismo de siempre. Nada podía apartarlo de su trabajo, ni la hija de Carie lo hubiera intentado, sabiendo que dejarlo trabajar era para él darle fuerzas y vida.

Pero durante la primavera de su octogésimo año incluso el trabajo fue ya demasiado para él. Aquel año cambió. Su carne se puso casi transparente, hasta que su cuerpo llegó a parecer una pálida neblina, como un verdadero espectro, en el cual sus ojos brillaban con una especie de luminosidad de bondad ultraterrena. Cuanto era humano había desaparecido en él: todo apetito, todo rencor, toda impetuosidad. Incluso su antigua obstinación. La mayor parte del tiempo, una vez había regresado a casa después de su trabajo, lo pasaba echado, con los ojos cerrados. Pero le gustaba acostarse en la habitación donde estaba la hija de Carie. Ésta, algunas veces, al levantar la vista de su costura, lo veía echado sobre el sofá, tan blanco, tan inmóvil, que sentía ganas de gritar. Y entonces él abría los ojos.

—Estoy bien —decía—; he trabajado mucho hoy y ahora descanso.

Sí, aquella primavera sufrió un cambio. El temprano calor de abril no lo excitó y por primera vez no miró con anhelo hacia la colina. La hija de Carie tuvo miedo y llamó a un doctor, y el doctor dijo:

—Nada grave, es sólo el agotamiento; déjele hacer lo que quiera.

Siempre lo hizo.

El final llegó feliz y rápidamente aquel verano. El calor lo había fatigado mucho, de manera que aceptó con gusto ir río arriba a pasar el verano en las montañas de Lu Shan, en casa de su otra hija. Subió contenta con su yerno, que vino a buscarlo. Aquel día se encontraba bien y estuvo bromeando durante el viaje. Y desde allí escribieron que el viaje parecía haberlo reanimado y que el aire de la montaña lo había hecho ser nuevamente el mismo que había sido desde hacía mucho tiempo.

Pasó todo el verano feliz. Encontró amigos y enemigos tan viejos que casi parecían amigos ya, y juntos olvidaron las viejas querellas y lo atendieron, y su hija le proporcionaba pequeñas distracciones. El verano pasó rápidamente y pronto estuvo, según dijo él, listo para el trabajo. Estaba mejor; en su vida se había tomado unas vacaciones tan largas. Escribió, pues, a la hija de Carie y ella preparó de nuevo su habitación y lo dispuso todo para esperarlo.

Fue el verano de las inundaciones torrenciales del Yangtsé. Los postes del telégrafo fueron arrancados de cuajo y arrastrados hacia el Océano, y los barcos

correos sufrieron retrasos de varios días. Cuando también Andrew sufrió un retraso, ella no se preocupó grandemente. Nadie podía moverse. Cuando, al cabo de una semana, llegó una carta y un telegrama, remitidos por líneas indirectas, Andrew había muerto ya. Allí, en lo alto de las montañas, se sintió otra vez enfermo con su vieja disentería, y a las pocas horas dejaba de existir. No sintió mucho calor, no muchos sufrimientos, sólo una profunda fatiga corporal, en medio de la cual su espíritu se elevó con un gemido hacia las esferas de su libertad.

Pero su cuerpo formaba tan poca parte de sí mismo que no parecía tener importancia. Estaba ya medio fuera de él, y la muerte no era sino acabar de despojarse de él y ser finalmente lo que siempre había sido, un espíritu. Enterramos su despojo corporal en lo alto de la montaña, en un sitio donde no hay nada entre el cielo y él, ni un árbol, ni una habitación humana. Las rocas lo coronan, las nieblas lo envuelven, los vientos soplan, y el sol y las estrellas brillan, pero no hay ninguna voz que pueda oírse por ninguna parte.

Es una insondable ironía de la vida pensar que Carie, que había amado las alturas de las claras montañas y suspiraba por vivir en ellas en cuerpo y alma, tuviese que yacer para siempre enterrada en un oscuro rincón de la tierra, en una parcela amurallada en el corazón de una ciudad china, rodeada de algunos muertos extranjeros. El mismo aire en que yacía estaba saturado de miasmas humanas, y a su alrededor resonaban incesantes los gritos, las querellas, las risas y los sollozos de los humanos. Ni las altas murallas ni las gruesas puertas pueden mantenerlos apartados. Y Andrew, que buscaba a los hombres por sus almas, yacía solo en la cima de aquella montaña, tan alejada de ella en la muerte como lo había estado durante la vida. Toda su vida había suspirado por escapar a la presa humana y su calor, y toda su vida la Humanidad la retuvo prisionera, prisionera de su propia humanidad y de la de todo el mundo, y la muerte fue una batalla con la vida y la perdió. Pero Andrew jamás rozó los bordes de la vida humana, jamás conoció su esencia, jamás sintió sus dudas ni compartió sus penas. Y así vivió, alma feliz, y jamás supo que se moría.

FIN



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nanking. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Secta anabaptista fundada en 1506 por Menno Simón. <<

[2] *Devil*, en inglés, significa «diablo». <<